



GUÍA HISTÓRICA DEL SITIO
DE QUERÉTARO

ANDRÉS GARRIDO DEL TORAL



[DIVULGACIÓN]



GUÍA HISTÓRICA DEL SITIO DE QUERÉTARO

ANDRÉS GARRIDO DEL TORAL





M.V. Z. Francisco Domínguez Servién
Gobernador Constitucional del estado de Querétaro

M. en D. Juan Martín Granados Torres
Secretario de Gobierno

Lic. José De la Garza Pedraza
Oficial Mayor del Poder Ejecutivo

Hugo Burgos García
Secretario de Turismo

Lic. Jaime García Alcocer
Director Estatal de Archivos

D. R. © 2017 Poder Ejecutivo del estado de Querétaro.
Dirección Estatal de Archivos.
Madero núm. 70, Centro Histórico
C.P. 76000 Santiago de Querétaro, Qro.

D. R. © 2017 Dr. Andrés Garrido del Toral

ISBN:

Impreso y hecho en México. 2017

Foto de portada: "Amanecer Republicano", autora Pilar Carrillo Gamboa.

AGRADECIMIENTOS

Para las personas que hicieron posible este sueño que celebra el acontecimiento histórico más grande que ha tenido Santiago de Querétaro: El triunfo de la República.

Con gratitud para el Señor Gobernador Francisco Domínguez Servién, el Secretario de Gobierno Juan Martín Granados Torres, el Secretario de Turismo Hugo Burgos García, los directores del Sistema Estatal de Archivos Luis Eusebio Avendaño González y Jaime García Alcocer, y al talento editorial de Erika Real, Brenda Guadalupe García Loyola, Jorge Marroquín Narváez.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN ANDRÉS GARRIDO DEL TORAL	15
EL SITIO DE QUERÉTARO HACIENDAS UBICADAS EN EL DISTRITO DE QUERÉTARO EN 1867	21
MUNICIPIO DE QUERÉTARO	23
MUNICIPIO DE SANTA MARÍA DE EL PUEBLITO	
MUNICIPIO DE SANTA ROSA	
MUNICIPIO DE SAN PEDRO DE LA CAÑADA	
SAN PABLO (AL NORTE DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE QUERÉTARO)	27
SAN GREGORIO (CALLE EJIDO, ENTRE ESMERALDA Y TOPACIO)	33
CERRO DE LAS CAMPANAS (ENTRE AVENIDA UNIVERSIDAD, 5 DE FEBRERO, HIDALGO Y TECNOLÓGICO)	41
SAN SEBASTIÁN (ENTRE LAS CALLES DE PRIMAVERA Y OTOÑO)	65
EL PUENTE GRANDE O DE EL MARQUÉS (AVENIDA UNIVERSIDAD ESQUINA CON INVIERNO Y JUÁREZ)	75
MOLINO DE SAN ANTONIO (AVENIDA UNIVERSIDAD ENTRE MARTE Y RONCOPOLLO)	81

TRINCHERA DE DAMIÁN CARMONA (CALLE DAMIÁN CARMONA ENTRE LA CALLE SITIO DE QUERÉTARO Y AVENIDA UNIVERSIDAD)	87
PATEHÉ (CAMINO DE HERRADURA A LA CAÑADA EN LO QUE SERÍA LA PROLONGACIÓN DE LA AVENIDA JUAN CABALLERO OCIO)	91
LA CRUZ (TEMPLO, CONVENTO, BARRIO, CEMENTERIO, PLAZA Y HUERTO, UBICADOS AL ORIENTE DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE QUERÉTARO)	97
GARITA DE LA CAÑADA (ESTUVO UBICADA EN LO QUE HOY ES LA COLONIA CALESA)	121
LA PURÍSIMA ANTIGUO MOLINO BLANCO O DE PATEHÉ (AVENIDA HÉRCULES , HOY SEMINARIO DIOCESANO)	125
FÁBRICA EL HÉRCULES (ANTIGUO MOLINO COLORADO, AVENIDA HÉRCULES)	131
LOS ARCOS (PROLONGACIÓN DE LA CALZADA ZARAGOZA ORIENTE, HOY AVENIDA DE LOS ARCOS)	137
CARRETAS (CALZADA DE LOS ARCOS AL SURESTE DE LA CIUDAD)	143
CUESTA CHINA (AUTOPISTA 57 A MÉXICO Y ANTIGUA CARRETERA PANAMERICANA, ENTRADA A LA CIUDAD DE QUERÉTARO)	149
HACIENDA DE CALLEJAS (AVENIDA CONSTITUYENTES ESQUINA CON 20 DE NOVIEMBRE)	155

EL CIMATARIO (SUR DE LA CIUDAD DE QUERÉTARO)	159
HACIENDA DE CASA BLANCA (AVENIDA CONSTITUYENTES PONIENTE)	171
HACIENDA DE EL JACAL GRANDE (AVENIDA CONSTITUYENTES FRENTE AL CLUB CAMPESTRE)	177
HACIENDA DE LA CAPILLA (ESQUINA DE TECNOLÓGICO CON ZARAGOZA, ARTEAGA Y CHURUBUSCO)	183
HACIENDA DE SAN JUANICO (CARRETERA A TLACOTE KM. 2)	187
HACIENDA DE ALVARADO (CARRETERA A SAN LUIS POTOSÍ KM. 230)	199
GARITA DE CELAYA (CASI ESQUINA DE AVENIDA PINO SUÁREZ, CASI ESQUINA CON JUAN DE LA BARRERA, CERCA DE DONDE ESTA EL ASILO DE ANCIANOS)	203
LA ALAMEDA HIDALGO (AVENIDA ZARAGOZA Y AVENIDA CONSTITUYENTES, ENTRE PASTEUR Y CORREGIDORA)	207
BARRIO Y TEMPLO DE SAN FRANCISQUITO (BARRIO SITUADO AL SUR DE LA CRUZ Y TEMPLO SITUADO EN LA CALLE 21 DE MARZO No. 134)	213
GARITA DE MÉXICO (AVENIDA EJÉRCITO REPUBLICANO CONTRA ESQUINA CON LA CALLE 20 DE NOVIEMBRE)	219
TEMPLO Y CONVENTO DE TERESITAS (CALLE REFORMA, ENTRE JESÚS GARCÍA Y VERGARA)	227

LUGAR DEL FUSILAMIENTO DE RAMÓN MÉNDEZ (ZARAGOZA PONIENTE DEL NÚMERO 10 AL 20)	239
CASA DEL MIRADOR (JUÁREZ Y ZARAGOZA)	243
CASA DE MIGUEL LÓPEZ (REFORMA 146 Y 148)	247
CUARTEL DE LOS HÚSARES (VENUSTIANO CARRANZA 39, 41 Y 43)	257
CASA DE JUAN CAMOTE (16 DE SEPTIEMBRE 95)	263
CASA DE LA ZACATECANA (INDEPENDENCIA NÚMERO 59)	267
CASA DE TOMÁS MEJÍA (PASTEUR NÚMERO 47 SUR)	273
CASA ESCONDITE DE MÉNDEZ (LIBERTAD No. 82 Bis)	279
CASA DE LOS CORREGIDORES (5 DE MAYO 43 ESQUINA CON PASTEUR)	283
CASA SEPTIÉN (PASREUR Y 5 DE MAYO, HOY SEDE DEL TRIBUMAL SUPERIOR DE JUSICIA)	293
CASA DE SEVERO DEL CASTILLO (PASTEUR SUR 12)	297
PORTAL QUEMADO (FRENTE A LA PLAZA DE ARMAS, LADO ORIENTE)	301

LA CONGREGACIÓN (PASTEUR Y 16 DE SEPTIEMBRE)	305
COMANDANCIA MILITAR REPUBLICANA (5 DE MAYO 18)	311
CASA RUBIO O DEL CONDE DE REGLA (5 DE MAYO 39 Y 39 B, CONOCIDA COMO LA CASONA DE LOS CINCO PATIOS EN LA ACTUALIDAD)	315
PLAZA, TEMPLO Y CONVENTO DE SAN FRANCISCO (CORREGIDORA ENTRE 5 DE MAYO Y LIBERTAD)	321
TEATRO DE LA REPÚBLICA (JUÁREZ ESQUINA CON ÁNGELA PERALTA)	331
CASA DEL GENERAL LEONARDO MÁRQUEZ (HIDALGO 4)	341
TEMPLO Y CONVENTO DE EL CARMEN (AVENIDA MORELOS ESQUINA CON CALLE JUÁREZ)	347
CASA DEL CONDE DE SIERRA GORDA (ESQUINA DE HIDALGO 18 Y ALLENDE)	353
ALOJAMIENTOS DE INÉS LECLERC, LA PRINCESA DE SALM SALM (HIDALGO 19 Y 15)	359
PRIMERA CASA DE MARIANO ESCOBEDO (HIDALGO 27 Y 29)	365
SEGUNDA CASA DE MARIANO ESCOBEDO (HIDALGO 33, CASI ESQUINA CON GUERRERO)	375

CONVENTO Y TEMPLO DE SAN JOSÉ DE GRACIA DE POBRES CAPUCHINAS (GUERRERO ESQUINA CON HIDALGO)	379
CASA DEL DR. VICENTE LICEA (GUERRERO 19 NORTE)	405
ARCHIVO GENERAL DEL ESTADO (MADERO 70)	413
CASINO ESPAÑOL (HOY PASAJE DE LA LLATA EN MADERO PONIENTE 12)	421
TEMPLO Y BEATERIO DE SANTA ROSA DE VITERBO (CALLE ARTEAGA ESQUINA CON EZEQUIEL MONTES)	429
BIBLIOGRAFÍA	435





INTRODUCCIÓN

A mables lectores, en la conmemoración del sesquicentenario del Sitio de Querétaro y del Triunfo de la República, me es muy honroso como Cronista de Querétaro, el presentar esta acuciosa obra como guía de los diferentes lugares de nuestra prócer ciudad de Santiago y sus alrededores que fueron testigos de los hechos más representativos de tan destacados acontecimientos para la historia patria, los más importantes del siglo XIX mexicano, porque sin duda, la restauración de la República en suelo queretano significó la Segunda Independencia nacional al haber sido vencida la intervención francesa y el llamado segundo Imperio, dando una lección el presidente Benito Juárez a las potencias europeas de que nunca más ninguna de ellas tendría injerencia en los destinos de América.

El triunfo republicano y el fusilamiento de Tomás Mejía, Miguel Miramón y Fernando Maximiliano de Habsburgo en Querétaro hizo que tanto el país como Querétaro aparecieran en el mapa mundial, ya que antes de eso difícilmente los habitantes de las naciones del mundo identificaban a nuestro país, creyendo algunos que México estaba enclavado en el continente africano.

A 150 años de esos importantísimos fastos no podemos dejar de resaltarlos porque representan a la patria sangrada pero no vencida; la que pudo reponerse de la ambiciosa intervención napoleónica gracias al tesón de sus hijos que no escatimaron sangre, sudor y lágrimas hasta ver al enemigo postrado en su trono de nopal y espinas.

Ya en 1967, al conmemorarse el centenario del Triunfo de la República, el maestro José Guadalupe Ramírez Álvarez había publicado una sencilla guía de dicha efeméride, la que hoy resulta difícil de conseguir y a la que podemos mejorar por la gran cantidad de descubrimientos que en torno al Sitio de Querétaro han hecho los historiadores, pero también por las nuevas tecnologías de edición e impresión. Con el apoyo del Archivo Estatal, esta obra ve la luz en medio de una

patria convulsionada con hechos de sangre, pero sabemos que el mexicano, por herencia, sabrá de superar estas horas de destino.



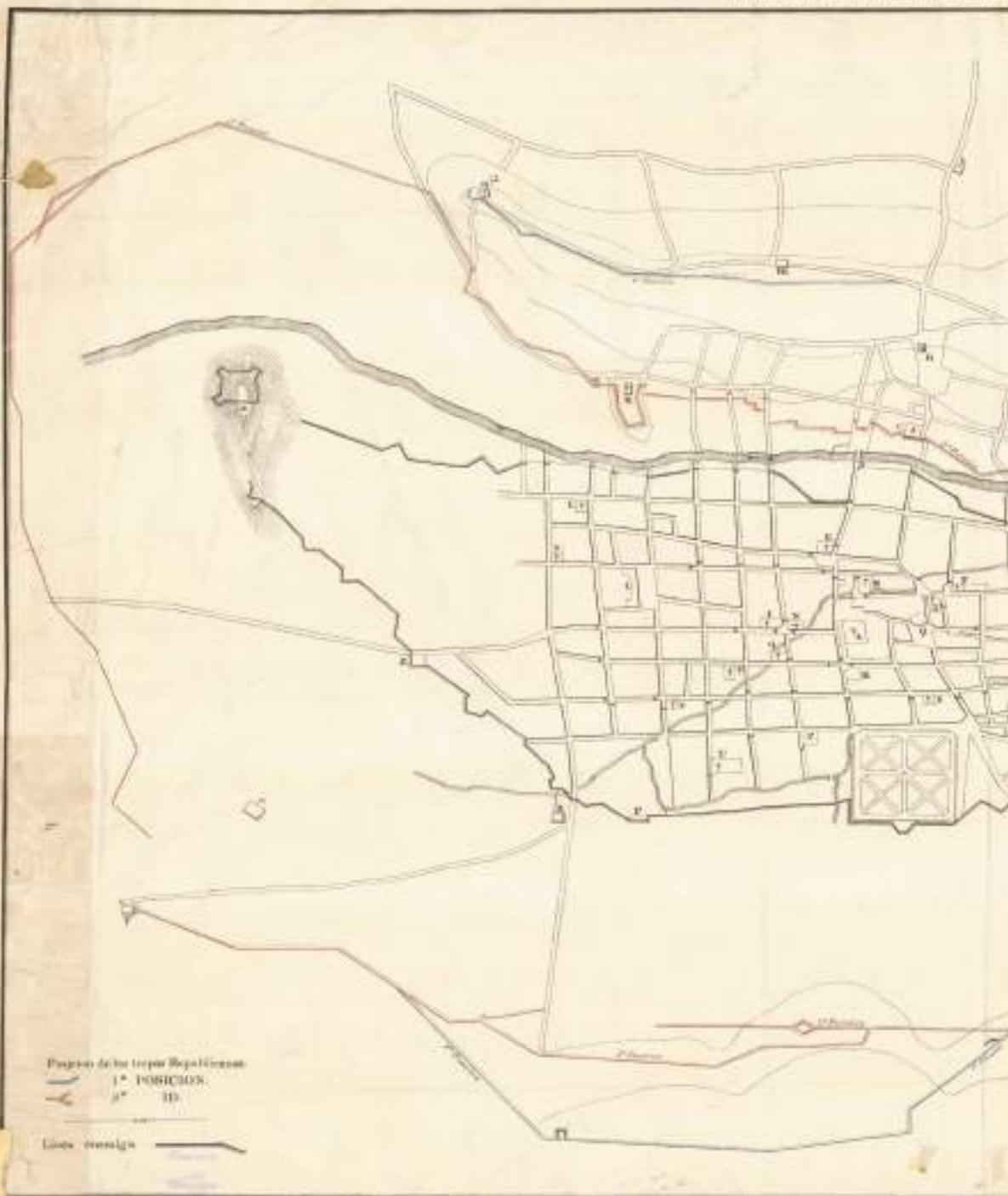
EL SITIO DE QUERÉTARO



1405

CRÓQUIS DE LA CIUDAD Y LÍNEA DE LAS FUERZAS REPUBLICANAS

AL MANDO DEL C. ...
Levantado por el oficial de Ingenieros del Estado ...



Posición de las tropas Republicanas
1.ª POSICION.
2.ª " " " " " "

Línea sencilla

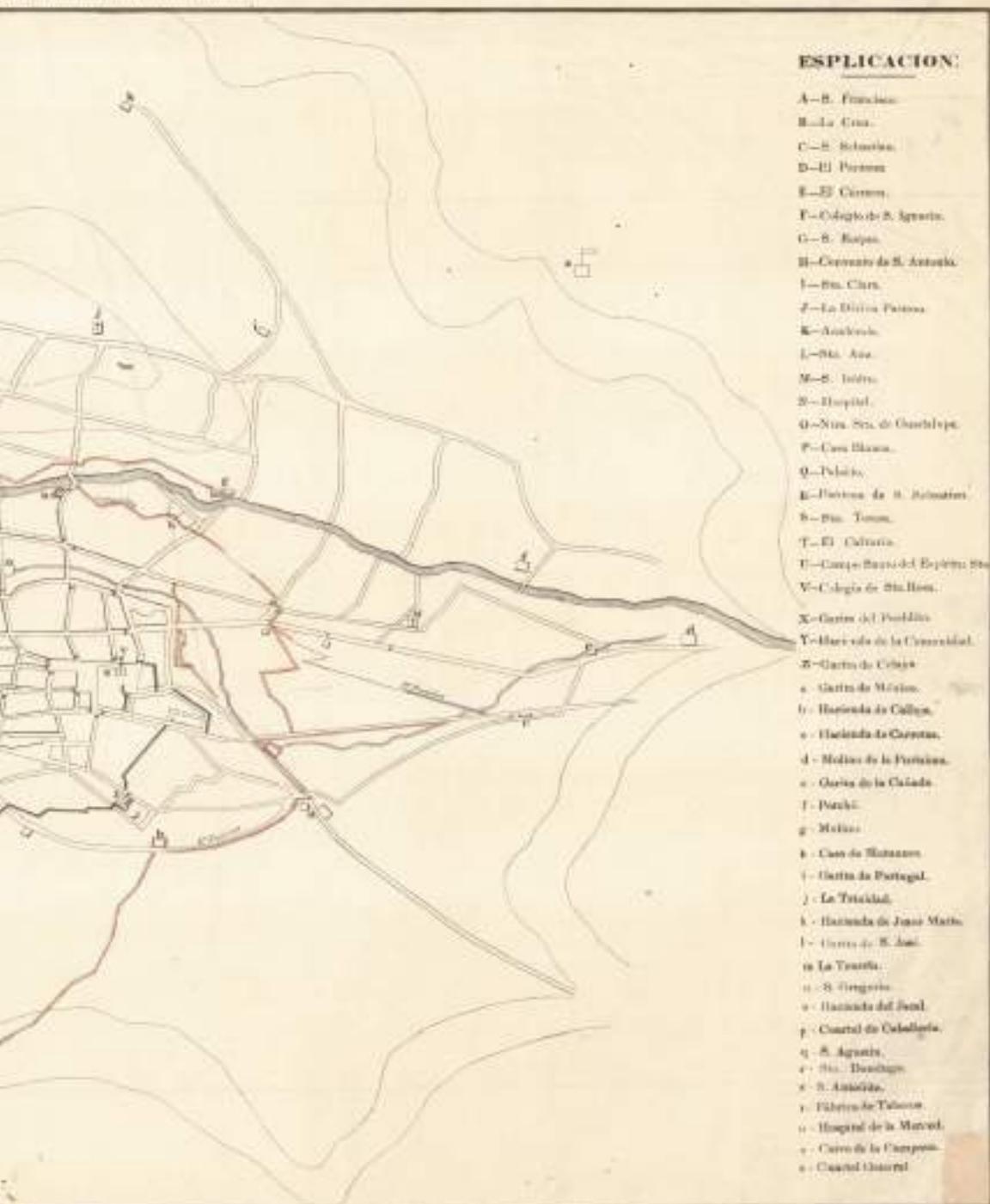
1405

Ciudad de Querétaro

Repúblicas en Abril de 1867,

1867. M. ESCOBEDO.

Mapa, Tomado del General Bertrán Villarreal.





Plano del Sitio de Querétaro a color

Página anterior.- Plano del Sitio de Querétarro 1867.

EL SITIO DE QUERÉTARO

Sin duda alguna, el Sitio de Querétaro es el evento más importante que haya tenido lugar en nuestra tierra queretana, pues significó el logro de nuestra segunda Independencia y mucho más integral que la de 1810-1821, por sus alcances políticos, sociales y económicos, ya que significó anular los odiosos fueros y privilegios a favor de unos cuantos y fundar realmente la nacionalidad mexicana. El Sitio de 1867 duró 71 días, del 6 de marzo al 15 de mayo. El día 7 de marzo de 1867 la ciudad ya estaba rodeada, si bien, los sitiadores sólo formaban una débil cortina, fácil de romper en todas partes, sobre todo por El Cimatario, al sur.

La línea de circunvalación tenía una extensión de 8 kilómetros, lo que nos da una idea del tamaño tan minúsculo de ese Querétaro, que apenas llegaba a 37,000 habitantes. Siguiendo las manecillas del reloj describo la línea sitiadora desde La Cruz, Carretas, Callejas, Casa Blanca, El Jacal, La Capilla, San Juanico, Cerro de Las Campanas, San Gregorio, San Pablo, La Laborcilla, San José de Los Álamos y San Isidro. El cerco se cerró de manera definitiva hasta mediados de abril, cuando llegaron las fuerzas de Vicente Riva Palacio y se apoderaron del sector sur que da a El Cimatario. Al comenzar el sitio las fuerzas republicanas llegaban a 31,000 hombres, mientras que las imperialistas eran en número de 9,000 elementos; al ser tomada o entregada la plaza el 15 de mayo, aquéllos eran 50,000 contra 5,000 de éstos, o sea, una desproporción de fuerzas que significó la caída de la ciudad prócer en manos chinacas.

El general en jefe de los republicanos fue Mariano Escobedo, de discreta capacidad, la que era muy criticada por compañeros suyos de carrera militar como Sóstenes Rocha y Ramón Corona sin contar a Treviño, Régules, Ignacio Manuel Altamirano, etc. Por el lado imperialista estaba al mando de las fuerzas Leonardo Márquez provocando el enojo del mejor guerrero de ultra derecha como lo fue Miguel Miramón Tarelo, general de división a los 26 años de edad y presidente de la

República a los 27 años cumplidos. Los queretanos odiaban a los franceses por los excesos cometidos desde 1863 en que llegaron al mando de Forey, destruyendo lo que quedaba de los conventos y templos, violando mujeres, profanando imágenes religiosas, torturando y encarcelando sin motivo alguno a los pacíficos lugareños, además de ruinosas exacciones fiscales. Pero Maximiliano sí era muy querido entre mis paisanos, sobre todo por tener entre sus filas al ex gobernador Tomás Mejía, hombre humilde y generoso nacido en el rancho El Toro de Bucareli, Pinal de Amoles, aunque muchos lo tilden de cacique e hijo de cacique de la Sierra Gorda. Este hombre declaró a la Virgen de El Pueblito como generala del ejército imperial y pudo haber salvado la vida por la gratitud de Mariano Escobedo a quien dejó en libertad en Río Verde unos años atrás.

Las calles queretanas en 1867 eran irregulares o inclusive en forma de biombo, pero en gran número se cruzaban en ángulos rectos. Las casas, eran en su mayoría de un solo piso, de construcción muy maciza y con azoteas que se prestaban para la defensa. Los pisos mayoritariamente eran de piedra, por lo que la madera se usaba solamente para las vigas, puertas y ventanas. Aun los vecinos más potentados tenían pocos muebles, concluyendo que la capa más pobre de la población dormía y comía sobre alfombras de paja. Por esta razón, era imposible reducir a cenizas una ciudad de cantera y canto. La existencia de tantos conventos e iglesias fuertes y señoriales mansiones facilitaron que Maximiliano y sus compinches decidieran venir a la “levítica ciudad” a dar la que sería la última de las batallas.

El clima político era de beligerancia al comenzar la Intervención francesa, pero una vez que Querétaro se convirtió en bastión imperialista en 1867, las pasiones a flor de piel no darían lugar a muchos actos de generosidad y los miembros de una familia acabarían por delatar la filia política de sus propios padres y hermanos en una auténtica guerra sin cuartel.

El vencedor de este episodio patrio fue don Benito Juárez García quien se preserva ante el mundo como el presidente de la República Mexicana más conocido y famoso, además de Benemérito de las Américas. Finalmente la espada rendida de Maximiliano aquel 15 de mayo en las inmediaciones del Cerro de Las Campanas le fue entregada a Juárez por medio de Mariano Escobedo y la llevó en su carruaje aquella mañana del 15 de julio de 1867 en que entró como César a la Ciudad de México.

¡No importa cuán patriotas, conservadores o juaristas seamos, pero no podemos menos que evocar con cierta nostalgia la sombría grandeza de este episodio de la historia mexicana y queretana!

Llama la atención las edades tempranas de los protagonistas del Sitio en estudio: Riva Palacio tenía al comenzar el cerco a Querétaro 32 años de edad, Ramón Corona 29, Mariano Escobedo 41, Miramón 35, Maximiliano 35, Manuel Ramírez de Arellano 36, y “los viejitos” eran Mejía y Márquez con 47 años ambos. En conclusión, los protagonistas de un bando y otro –en su gran mayoría– eran hombres jóvenes con suficiente experiencia militar, de fecunda iniciativa, con diferencias profundas en sus objetivos de lucha.

Pido disculpas al lector si encuentra leyendas y consejas en este trabajo, pero un cronista –a diferencia del historiador serio– tiene ciertas licencias metodológicas siempre que eso no altere la memoria histórica de un pueblo.

HACIENDAS UBICADAS EN 1867 EN EL DISTRITO DE QUERÉTARO

Sigo la nomenclatura y límites municipales del Querétaro de 1867, que forzosamente no coinciden con los del siglo XXI, además de manejar los nombres originales de las diversas haciendas. Advierto también que en el cambiante siglo XIX el municipio de Huimilpan mudó de ubicación política varias veces, entre el distrito de Querétaro y el de Amealco. Hechas estas observaciones hago la lista de las mismas, pero exclusivamente las pertenecientes al distrito de Querétaro, ya que son las que sirvieron como escenario a diferentes eventos del Sitio de Querétaro.

MUNICIPIO DE QUERÉTARO

Tlacote el Alto	La Laborcilla
Tlacote el Bajo	Carretas
Mompaní	Calleja
Jurica El Grande	San Pedrito
El Salitrillo (El Salitre)	San José el Alto
San Miguel Carrillo	San José del Obraje
Alvarado	Patehé
La Era	

MUNICIPIO DE SANTA MARÍA DE EL PUEBLITO

La Capilla
Vanegas
Jacal El Grande
San Francisco de la D
Balvanera
Bravo
La Estancia
Los Olvera
Santa María de Los Molinos
(San Juanico)

La Comunidad
Casas Blancas (Casa Blanca)
Tejeda
El Batán
La Cueva
San Rafael
San Pedro Mártir
Obrajuelo
Santa María de El Retablo

MUNICIPIO DE SANTA ROSA

Santa Rosa
Juriquilla
San Isidro
La Solana
San Miguelito

Buenavista
Santa Catarina
Monte del Negro (Montenegro)
Puerto de Pinto
Jofre

MUNICIPIO DE SAN PEDRO DE LA CAÑADA

Miranda
La Noria
La Machorra
Calamanda
La Griega
El Lobo
Alfajayuca
Atongo
Amazcala
Agua del Coyote
Chichimequillas
San Vicente

Dolores
Santa Cruz
San Pablo (San Pedro y San Pablo)
Lagunillas
Bolaños
Menchaca
El Pozo
Palo Alto
El Colorado
San José de La Cañada
Corralejo

SAN PABLO



Capilla de San Pablo, 1940.



Capilla de San Pablo, 2007.



Garita de San Pablo,
hoy Casa Ejidal.

SAN PABLO

(AL NORTE DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE QUERÉTARO)

Este cerrillo de vegetación yerma y raquítica, hoy barrio tradicional, fue un pueblecillo de indios fundado a principios del siglo XVII, muy apartado del pueblo de Querétaro, situado en lo más abrupto del cerro del mismo nombre e integrado a la gran ciudad hasta los años setentas del siglo XX. Advierto a mis lectores que dichos terrenos pertenecían en el siglo XIX todavía al municipio de San Pedro de La Cañada y no al de Querétaro. Hay que saber que esta hacienda de San Pablo originalmente se llamó de San Pedro y San Pablo, según me lo confirmó el estudioso historiador Ignacio Urquiola Permisán.

La orografía, ubicación y altura le dieron a San Pablo una característica no nada más de mirador sino también de fortaleza en cuyos alrededores los dominadores españoles y sus aliados congregaron a los nativos que eran tributarios de la familia Tapia –la de Conín- y que trabajaban en sus labores. Diego de Tapia recibió estas tierras en 1588, a la muerte de su padre Fernando de Tapia, que ocurrió en 1571. Diego a su vez las donó al convento de Santa Clara quien a su vez vendió la hacienda en 1695 a Lucas Lázaro González. En 1720 se originó un conflicto cuando los indígenas de la congregación de Carrillo se posesionaron de unas tierras intermedias entre San Pablo y la hacienda de Santa María Magdalena. En el año de 1723 se dijo por la autoridad virreinal al dueño de San Pablo que no molestara a los naturales que estaban en posesión de dichas tierras por más de cien años, al decir de la historiadora Martha Eugenia García Ugarte.

San Pablo fue una referencia para los viajeros de todos los tiempos porque el tráfico que ha pasado por ahí proviene desde las épocas prehispánicas con la movilización de diversos grupos, lo que continuó en el virreinato con la incursión

hacia la “Gran Chichimeca” y posteriormente fue el camino a “Tierra Adentro”. El camino viejo o real de San Pablo fue importantísimo no solamente por conectar a este barrio con la ciudad y los barrios de San Gregorio y Santa Catarina, sino que además estaba la “Garita de San Pablo”, donde se cobraban los derechos de paso e impuestos llamados alcabalas, de personas y mercaderías, además de fungir como punto de auxilio para viajeros, enfermería y mesón, abriendo de cinco de la mañana y hasta las ocho de la noche. Cuentan que en dicha garita y mesón se hospedó Ignacio Pérez a su regreso de la importante misión insurgente que le encargó doña Josefa Ortiz de Domínguez aquel 14 de septiembre de 1810. Lo que era la garita de San Pablo está convertida en la Casa Ejidal del ejido del mismo nombre. Maximiliano pasó por esa garita en agosto de 1864 cuando sedirigió de Querétaro al pueblo de Dolores a dar el grito de Independencia en un acto de buena fe pero de franco cinismo.

El templo parroquial dedicado a San Pablo Apóstol y a María Madre de la Iglesia, se edificó en el siglo XVII con posteriores construcciones durante los siglos XVIII-XIX y XX. Para el catálogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, la época de construcción es el siglo XIX, aunque la actual sacristía fue en un principio la capilla original de la comunidad. El nártex fue construido a principios del siglo XX y al día de hoy sigue en proceso de transformación al erigirse un nuevo templo en el mismo terreno, rompiendo con el risueño contexto colonial. De la antigua hacienda de San Pablo ya no queda más que algunos muros; el último propietario del casco como tal fue un señor de apellido Martínez y en la actualidad se ocupa dicha edificación en una casa de “mujeres de virtud fácil”. Como la población original de San Pablo fueron indígenas de raza otomí, se construyeron múltiples capillas familiares, que hasta hace poco tiempo permanecían como testimonio de esa tradición, de las cuales menciono la capilla de El Lirio, la de la Santa Cruz, la de San Antonio y la de Mina.

Fue dicho cerrillo de San Pablo un baluarte realista para divisar los movimientos del ejército Insurgente que merodeaba por las vecinas poblaciones de San José Casas Grandes (hoy de Iturbide) y San Miguel El Grande (hoy de Allende). Por estos rumbos, Sebastián de Aparicio con sus carretas, a mediados del siglo XVI, impulsó el camino a la “Gran Chichimeca”; pero además, en estos caminos suburbanos medraban los asaltantes, y en sus árboles y garita fueron colgados y expuestos los gavilleros aprehendidos por la Santa Hermandad en tiempos virreinales.

Antes del Sitio de Querétaro, San Pablo era un baluarte militar toral para los imperialistas, teniendo siempre allí tropas de indios serranos del general Tomás Mejía. Desde el 8 de marzo de 1867 fue ocupado este estratégico cerro por el Ejército del Norte, al mando del general republicano Mariano Escobedo, que lo retuvo durante todo el Sitio y fue su artillería muy efectiva y destructora sobre la línea de circunvalación del Río Querétaro y el Cerro de las Campanas.

En el campamento republicano situado en San Pablo, el 6 de marzo de 1867, el general Escobedo comentó a sus subalternos alrededor de un vivac que “todavía el 17 de febrero el presidente de la República ignoraba la marcha de Maximiliano a Querétaro. La Ciudad de México, hacia donde se dirigían él, Corona y Porfirio Díaz, era el punto de encuentro que esperaba fuese el final del Imperio; pero al llegar a San Luis Potosí, Juárez tuvo la noticia de que el emperador, al frente de su ejército estaba en Querétaro”, y que además él -Escobedo- “había recibido la orden de proceder sin consideraciones, incluso con crueldad, contra los partidarios que todavía tenía el emperador, para quitar a todo el mundo el deseo de ponerse de su lado”.

El 11 de marzo, el general imperialista Ramón Méndez realizó un reconocimiento sobre este cerro a la cabeza del Regimiento de la Emperatriz y un destacamento de húsares hacia las once de la mañana; en las alturas del cerrillo se encuentra con fuerzas republicanas a las que no se atreve a atacar, sino que se repliega a la ciudad dejando como retaguardia a unos tiradores que lo cubran.

El día 12 de marzo se mandó a las tropas imperialistas realizar un reconocimiento por el camino de San Luis, con orden de tomar –si era posible- la garita, los recursos y el templo de San Pablo. El general Severo del Castillo fue el encargado de este ataque con una parte de su división, a la que condujo vigorosamente y logró su objeto: reconoció que el enemigo sí se encontraba en ese sitio como se creía. Los cazadores franco-mexicanos penetraron el patio de la garita pauliana –edificio muy grande- y desalojaron al enemigo, apoderándose también de la pequeña capilla de indios, gusto que les duró muy poco porque inmediatamente retrocedieron hasta el río con bajas de siete muertos. Un comandante, de apellido Villasana (Villanueva dicen otros), fue gravemente herido y al día siguiente murió, nombrando el emperador en su lugar al príncipe de Salm Salm. También resultó herido en un brazo el republicano general Villaseñor. Este movimiento –el primer triunfo imperialista en el sitio- les hizo creer a los sitiados que el enemigo aceptaba por fin la batalla que se le ofrecía, pero no sucedió así. El pueblo de

San Pablo todavía no estaba lo suficientemente artillado, por lo que Escobedo regañó severamente a su comandante de esa arma. Por cierto que ese batallón de cazadores franco mexicano estaba integrado por trescientos hombres, mitad mexicanos y mitad franceses, por lo que Maximiliano mintió en las cartas enviadas a Europa donde decía que su ejército estaba formado exclusivamente por mexicanos en las operaciones de Querétaro, además de que contaba con algunos belgas y austriacos.

El 14 del mismo mes la artillería juarista de San Pablo cargó vigorosamente sobre la tropa del imperialista Severo del Castillo que tuvo que abandonar la línea en la famosa batalla de San Gregorio. Por cierto que en las levas que realizó Tomás Mejía para hacerse de tropas en la agonía imperial, San Pablo sufrió el reclutamiento forzado de sus hombres y niños. Con sus alfalfares y tierras de labranza de maíz, jitomate y frijol, San Pablo era de los principales abastecedores de la gran ciudad, pero al ser sitiada ésta el flujo mercantil se nulificó y lo que quedaba por cosechar fue aprovechado por los republicanos. Por cierto los sitiadores tenían su parque general en el valle que se forma entre los cerros de San Gregorio y San Pablo (hoy fábrica Gerber), y de allí se abastecían las baterías establecidas en los cerros mencionados, así como en la Cuesta China.

A las cinco de la mañana del 27 de mayo de 1867, la sensual princesa de Salm Salm tomó la calle Real de San Pablo en su carruaje rumbo a San Luis Potosí buscando la clemencia juarista para Maximiliano, pero las cinco mulas se encabritaron y emprendieron un asalto locuaz contra un muro de piedra dañando al vehículo. El protector se puso fuera de sí y con gritos y lamentos inútiles puso orden entre las bestias y un arreglo provisional al carro mientras compraban la refacción en San Miguel El Grande.

A su regreso triunfal rumbo a la Ciudad de México, el presidente Juárez pasó por la garita de San Pablo aproximadamente a las nueve de la noche de aquel 5 de julio de 1867, en medio de un torrencial aguacero, rumbo a la casona del hoy Archivo Histórico del estado, sito en Madero 70, donde pernoctaría.

SAN GREGORIO



San Gregorio.



Batalla de San Gregorio,
14 de marzo de 1867.



San Gregorio, 1867.



SAN GREGORIO

(CALLE EJIDO, ENTRE ESMERALDA Y TOPACIO)

En la segunda mitad del siglo XVI, después de la fundación del pueblo de Indios de Querétaro, se formaron congregaciones y se construyeron ermitas para el adoctrinamiento de las diversas etnias otomíes que habitaban el norte del Río Querétaro desde épocas prehispánicas. Durante los siglos XVII y XVIII, se levantaron las capillas que después identificarían a los barrios como tales. La mayoría de los habitantes de estas lomas o cerrillos eran de castas negros y mulatos, que trabajaban en faenas del campo, en el cuidado del ganado, sobre todo del lanar, fuente primaria del progreso de Querétaro como ciudad textil. También fueron mercedarios de tierras por méritos de conquista en guerra contra los chichimecas. Más tarde trabajaron con los hacendados, en los trapiches y obrajes y como albañiles y mano de obra en fábricas de ladrillos y cal.

El cerro de San Gregorio, lleno de magueyes, cactáceas y suculentas, así como de garambullos y nopales, fue un punto importante en todas nuestras guerras intestinas, pero también cuna de leyendas como la de la Llorona que paseaba con su lastimero grito desde los alfalfares hasta el rumbo por donde ahora está la Gerber, y de ahí tomaba por el camino real a San Pablo, no faltando el borracho donjuanesco que creyendo que se trataba de una mujer guapa con quien saciar sus apetitos más bajos la seguía, llevándose una sorpresa mayúscula cuando la dama volteaba y tenía cara de mula o caballo.

El templo de San Gregorio está en la parte alta de la loma y data del siglo XVII. La vialidad de la zona lo ha dejado como una pequeña isla, pues es una de las vías de acceso entre el norte y sur. Subiendo por Los Molinos y Los Alcanfores, hay que hacerlo por la calle Ejido, que conserva todavía su camellón arbolado

y le proporciona una agradable vista al pequeño templo donde se encuentran dos representaciones del santo patrono del barrio, una de ellas es de bulto y tiene aproximadamente un cuarto de siglo, y la otra es un lienzo al óleo y es más antigua. El templo tiene dos cuerpos rematado por una espadaña de dos vanos. Su cúpula es octagonal sostenida por contrafuertes de cada lado. La planta es de una sola nave dividida por pilastras con motivos fitomorfos y grabados. El altar con estípites que sostienen a los lados medallones y un nicho de cantera.

Al frente de la Capilla de San Gregorio en el mismo espacio atrial, está un “Calvarito”, formado por arcos mixtilíneos y con techo abovedado.

Desde que terminó el general en jefe, Mariano Escobedo, sus reconocimientos de las inmediaciones de la plaza, pensó en ocupar el cerro de San Gregorio, que el enemigo había descuidado en guarecer y fortificar, ya que este punto era indispensable apoyo para ejecutar con ventaja la embestida sobre la plaza. Por la noche del 7 de marzo de 1867, el general Escobedo se descuelga desde San Pablo y ocupa el cerro de San Gregorio y sus laderas que corren hacia el Río Blanco. Advertido de este movimiento, a media noche, se despierta al archiduque Maximiliano en el Cerro de Las Campanas para que resuelva lo que haya que hacerse ante la posibilidad de que las tropas republicanas ataquen. Se cita a un urgente consejo de guerra, aprobándose verificar un movimiento de conversión consecuente con el movimiento del enemigo, y así, la reserva que había estado en la Alameda, se pasa al llano tendido entre la falda del cerro y las últimas casas de la ciudad por el rumbo de Santa Ana.

El 12 de marzo, los imperialistas celebran un nuevo consejo de guerra alrededor de las siete y media de la noche: existe la obligación de hacer cambios en la defensa de la plaza; las fogatas y grandes luminarias que se advierten en el pueblo de San Pablo, San Gregorio, Patehé, Carretas y la Cuesta China, y que ya escasean por el poniente, indican claramente que el Cerro de Las Campanas no tiene por qué seguir siendo la atalaya más importante de los sitiados, ha perdido mucho de su importancia como centro, así que toman el acuerdo de que el Cuartel General sea a partir de ese día 12 el convento de La Cruz, más seguro y cubierto, y desde donde se podían dominar las posiciones republicanas situadas al oriente y norte.

Consecuentemente a este cambio de frente republicano, se toma también el acuerdo de extender la línea de defensa, menoscabando la del poniente, para extenderla desde San Gregorio, pasando por el río y apoyando su centro en el

Puente Grande (hoy Universidad e Invierno) y concluyéndola por el sur a la altura del barrio de San Francisquito, la Alameda y Casa Blanca. La línea de circunvalación mediría ocho kilómetros como ya comenté líneas atrás. Menciono que las fuerzas republicanas apostadas entre San Pablo y San Gregorio llegaban a doce mil hombres, número que excedía al total de imperialistas sitiados en la plaza que apenas sumaban nueve mil.

Los estrategas imperialistas se percataron tarde de la importancia que tenía este punto y para subsanar la omisión en su estrategia, el 14 de marzo, el general Severo del Castillo fue el designado para tomar el cerro de San Gregorio “a sangre y fuego”. Los republicanos, al ver este movimiento que hacían los sitiados al norte, planearon un ataque falso al convento de La Cruz y al templo de San Francisquito, trabándose en un nutrido fuego ambas líneas de la artillería colocada en esta zona. La tropa imperialista se replegó a la plaza quedando los republicanos en definitiva con la posesión del cerro de San Gregorio. El suceso de armas más importante celebrado en San Gregorio sin duda fue esta batalla del 14 de marzo.

El primero de abril, el ejército imperialista intentó otra fuerte ofensiva en la Otra Banda donde las líneas estaban resguardadas por el general Antillón con la Brigada de Guanajuato. Una de las mesetas de la falda oriental del cerro de San Gregorio, que se extendía hasta la Trinidad, se encontraba descubierta de sus flancos y el barrio de San Sebastián estaba totalmente desguarnecido. Miguel Miramón, hábilmente entró por San Sebastián, tomó La Cruz de El Cerrito y esperó refuerzos de Salm Salm para tomar Santa Catarina, San Gregorio y San Pablo. El embate de Salm Salm fue replegado por los republicanos que, con la llegada de otros batallones, rechazados a los imperialistas rehaciendo sus líneas hasta el Río Querétaro.

Muchas veces intentan los sitiados comunicarse con Márquez, el cual había salido de la ciudad la madrugada del 26 de marzo rumbo a México para traer refuerzos, y para tal empeño se auto propone ante el mismísimo emperador un connotado joven llamado Pedro Sauto, de los Malo Sauto y otras apreciables familias queretanas y sanmiguelenses conservadoras. Dijo el joven Sauto que no sería objeto de sospecha republicana porque diría a los chinacos que iba a resolver al campo asuntos de familia, la cual era propietaria de haciendas en Guanajuato y en Querétaro, como por ejemplo la hacienda de La Monja. Salido del caserío llega sin la menor novedad a la línea republicana situada en San Gregorio y salta el foso de la trinchera blandiendo una bandera blanca; alegó que estaba cansado de las

vejaciones de los imperialistas y deseaba servir en las filas de la República y como iba bien vestido y pertenecía a una conocida y rica familia local tiene amigos y conocidos entre los republicanos que abonan su actividad agrícola de rico ganadero y está a punto de lograr su propósito cuando por precaución un oficial fueño y rudo ordena que se le entregue uniforme de chinaco y se le revise ropa y equipaje con detenimiento y nada se le encuentra. Pensaba ir a la hacienda de La Monja y de ahí dar un gran rodeo hasta alcanzar por el oriente el camino a México. Ya se despedía de los militares cuando a uno de ellos se le ocurre regresarlo para examinar el sombrero de Pedro y allí, precisamente, llevaba oculto en el listón de seda un billete de finísimo papel con la firma de Maximiliano dirigido a Márquez, llamándolo de urgencia a Querétaro. Inmediatamente se avisa a Escobedo quien no duda en ordenar se fusile inmediatamente a quien había intentado burlar la vigilancia juarista. Solamente atinó el joven Pedro a rogar que se le diera aviso a su familia cuando supo de su inapelable sentencia. Cinco tiros sonaron esa misma tarde y, de frente a las trincheras imperialistas, cegaron la vida del joven que intentó realizar un servicio en favor de miles de familias sitiadas, al que además colgaron ya muerto del palo más alto para que no dejaran de contemplarlo los partidarios de Maximiliano, sacrificio totalmente inútil por la difícil situación de Márquez en México.

Era tanta la importancia estratégica de la loma de San Gregorio que un soldado liberal anónimo escribió lo siguiente: “Es el punto militar más importante de la plaza de Querétaro, forma un arco de más de noventa grados que comprende parte de la población y la domina a toda ella: si desde este punto se hubiera bombardeado, no habría resistido (Querétaro) dos días; pero esto no se ha hecho no sé si por Filantropía (sic) o por falta de bombarderos...” San Gregorio se distinguió por ser el sitio en que la artillería estaba más activa, y siguió con su tiroteo poniendo los nervios de punta entre la inofensiva población. Especialmente fue cañoneado el convento de La Cruz por ser la habitación y oficina de Maximiliano, cuyas paredes acusaban ya el deterioro de los días de sitio al tener incrustadas muchas balas republicanas, las cuales no pueden reciclar los sitiados porque serían fácil blanco de los enemigos. En cambio, en San Gregorio, donde quedaron cientos de balas de cañón de los imperialistas, los chinacos sí las reciclaron en el parque militar cercano.

El 1 de abril Miramón emprende un ataque sorpresivo que tiene como punto central San Sebastián pero llega hasta La Trinidad y San Gregorio capturando un sinnúmero de prisioneros, parque y botín de boca, perdiendo muchos hombres y

sin poder quitar dichos puntos a los republicanos. Escobedo quita el mando sobre San Gregorio al general Florencio Antillón por no haberse defendido efizcamente del joven Miguel Miramón y casi se pierde el punto tan importante.

El 3 de mayo vuelve a atacar Miramón San Gregorio y aunque los chinacos ganan la escaramuza, tienen que lamentar la muerte de doscientos soldados, que quedaron tendidos en el ala norte del cerro.

Batalla de San Gregorio,
San Pablo al fondo.





CERRO DE LAS CAMPANAS



Panorámica Cerro de Las Campanas antes de 1967.



Rendición
de Maximiliano
en el Cerro
de Las Campanas



Paredón y cruces 19 de
Junio de 1867.

Fusilamiento de Maximiliano,
Miramon y Mejía 1867.



CERRO DE LAS CAMPANAS

(ENTRE AVENIDA UNIVERSIDAD, 5 DE FEBRERO, HIDALGO Y TECNOLÓGICO)

Para convocar a actos religiosos se empleó una pequeña campana en la hacienda de La Capilla y esto hizo que a la hacienda y a los terrenos aledaños se les nombrara “de la campana”, incluyendo al cerrillo ubicado dentro de la propiedad y al que hoy llamamos “Cerro de Las Campanas”. La imaginación popular hizo que se creyera en unas hipotéticas piedras que sonaban como campana al golpearse unas con otras y que su sonoridad se regaba por el valle que circunda al cerro, cosa que algunos testigos sobrevivientes todavía me cuentan en pleno siglo XXI, adicionando la anécdota el que solamente eran tres grandes piedras o rocas que provocaban el campanil sonido; una estaba ubicada cerca de La Capilla Expiatoria y las otras dos miraban al Norte, muy cerca de la mítica pero real cueva. Lo cierto es que fruto de esta conseja popular, el nombre del “Cerro de la Campana” se pluralizó en “Cerro de las Campanas”, y todavía más, algunos creen que se nombró así porque en su falda se fundieron algunas de las campanas que alegraban con sus voces de bronce a la ciudad.

Durante los siglos XVII y XVIII la ciudad terminaba hacia el occidente en las capillas de Santa Ana, San Antoñito y la del Señor del Mezquite, la cual ya desapareció y que estaba en la esquina de Hortalera con Camino Real (donde ahora es la esquina de Sóstenes Rocha con Ignacio Pérez y Madero). El cerrillo era tan yermo que ni para el pastoreo servía, por lo que el abandono y la soledad lo preñaron de misterio al imputarle la vox populi ser el asiento de malos espíritus, duendes, brujas y nahuales, quienes celebraban orgiásticos aquelarres en las noches de plenilunio. Decían que se oían llantos y alaridos mujeriles que llenaban de pavor al cercano vecindario. La gente ignorante y por ende crédula, creyó que

allí tenían sus escondrijos las lloronas. Tales referencias son dadas por historiadores tradicionales, hombres de su tiempo, de un Querétaro que aun soñaba, y cuyos trabajos no son científicos pero sí llenos de datos aislados de nuestra historiografía que el día de mañana pueden ser utilizados como referencias por quienes realicen la historia revisada y científica. Al llegar la lucha por la Independencia, el 6 de octubre de 1810, el comandante realista Manuel Flon enfrenta la presión de los insurgentes por el rumbo de Casas Viejas, y manda fortificar el Cerro de las Campanas como punto estratégico para la defensa de la ciudad, y así continuaría hasta junio de 1821 en que Querétaro se rindió a la entrada del Ejército Trigarante.

Durante el sitio de Querétaro fue principio y fin de este importante episodio nacional. Por aquí comenzó el sitio y aquí rindió su espada Maximiliano, además de ser el lugar de su fusilamiento. ¡Corona ya se encuentra el 2 de marzo de 1867 en la llanura de Celaya! y el ataque republicano es esperado por el rumbo del Cerro de Las Campanas, el cual no llega porque el jefe republicano, Escobedo, prefiere estrangular la ciudad con más tropas, entre treinta y cuarenta mil hombres. Los oficiales imperialistas recibieron órdenes de afilar sus sables y despojarse de cualquier estorbo bagaje. ¡No había que dudar! El ejército saldría de la ciudad para ir a enfrentarse al enemigo por el rumbo del poniente para el día 4 de marzo. Desde un principio, este cerro fue el punto central de la defensa imperialista por el Occidente.

Todavía las luces del alba no bañaban la ciudad cuando ya se escuchaban las campanas de los templos llamando a misa de cuatro para que acudieran los fieles al recordatorio de la ceniza. Desde su provisional alojamiento Maximiliano se desprende por entre las todavía oscuras calles para dirigirse al Cerro de las Campanas. Va a caballo, rodeado de su Estado Mayor, sus oficiales de órdenes y de su secretario particular, a quien ha ordenado esté siempre a su lado por lo que pueda ocurrir en ese día que nada es seguro. También ocurren a ese punto el resto de tropas ocasionando pavor en los hogares el ronco rodar de los cañones, los cascos de la caballería chocando contra las piedras y la acompasada marcha de las infanterías por las calles en tinieblas. La ciudad se quedó sin tropas, sólo quedaban guardias de servicio porque el ejército imperial había salido hacia el Cerro de Las Campanas.

El 5 de marzo Maximiliano había decidido dejar el Casino Español como su Cuartel General e instalarlo al día siguiente en el Cerro de Las Campanas. Comienza a amanecer el 6 de marzo de 1867 cuando la comitiva llega a la colina

y poco a poco la luz matinal pugna por descubrir entre la neblina el espléndido paisaje en la mañana cuaresmal. En los templos se ora para que no continúe más la guerra que por años desangra al país y para que la ciudad no sea destruida en el día que inicia la cuarentena de sacrificio, oración y penitencia en ese miércoles de ceniza. Huye la bruma y hacia el norte y occidente, entre el brillo del sol, se ve como rara floración el brillo metálico de una extensa línea: ¡son las bayonetas de las armas juaristas que se ven por primera vez en Querétaro, que relucen al sol como heraldo de triunfo!

Inquieto durante el transcurso del día, el archiduque apenas prueba alimento y tras descansar brevemente regresa al Cerro de Las Campanas a las cinco de la tarde en que las luces vesperales dejan ver las bayonetas republicanas que están allí cerca amenazantes. Pasan unas horas y el austriaco toma la decisión de ya no volver a la ciudad, estableciendo de inmediato su Cuartel General en ese sitio. Ordena que su médico acuda de inmediato olvidando que le había pedido que llegara al cerro hasta el otro día. Cuando dan las diez de la noche se dirige a sus tropas pidiendo respeto para los vencidos en caso de triunfo e informando de la importancia de los próximos acontecimientos.

Todo ya es silencio en el cerro ese 6 de marzo de 1867, Maximiliano ordena que alguna tropa regrese a la ciudad y permite que su secretario particular Blasco duerma en ella. Bestias y soldados descansan entre la yerba, cactus, musgo y piedras, siempre en tensión, esperando el alerta de los vigías que tratan de atisbar en la cerrada oscuridad algún movimiento de las tropas que ominosamente están allá al frente y al lado norte. Maximiliano se dispone a descansar por unas horas a campo raso, en el suelo, de manera pintoresca, sobre un cobertor y un sarape de Saltillo de colores jaspeados, pues sucesos muy importantes le esperaban al día siguiente. Los oficiales de órdenes, los de campo, los criados y Blasio, dormirían alrededor de su jefe sobre esteras de palma y gruesos tapetes llamados cocos. Los días siguientes dormiría el hijo de Austria en una casa de campaña y a su lado instalarían las suyas Miramón y Mejía. Para los delicados señoritos de la ayudantía imperial eran una verdadera tortura las noches pasadas a campo raso, no tanto por el frío invernal ni porque dormían a la luz de las estrellas, sino por el incontable número de sabandijas de tierra y aire que los molestaban desde el anochecer y hasta que salía el sol.

Era muy comentado entre la chusma y no chusma de queretanos que la ciudad contaba con un sistema de túneles desde su fundación para refugio de ricos, escondite de tesoros y comunicación de casa a casa o de convento a convento

durante las guerras fratricidas y contra extranjeros. También existen sistemas hidráulicos desde el siglo XVI que pasan por el subterráneo citadino y en donde cabe perfectamente un hombre parado, hechos a la usanza romana e hispánica, con tubos de barro, acequias, cloacas, alcantarillas, cisternas, ojos de tormenta etc... En las criptas de Capuchinas, Santiago y Santa Clara todavía se pueden advertir restos de esas comunicaciones subterráneas, tal y como es el caso también del que existe entre el templo de la Merced Vieja y el Antiguo Obispado (casas señoriales en la hoy esquina de 15 de Mayo y Próspero C. Vega, en la cual el túnel atraviesa la calle de acera a acera). A su vez, la famosa cueva del Cerro de Las Campanas, nido de enamorados a los que el mismísimo Maximiliano sorprendió infraganti, tenía una longitud de siete metros, es decir, nada que se comunicaba con el convento de La Cruz atravesando la ciudad. Ningún túnel tuvo esas dimensiones, pero sí hay que dejar constancia de que existieron muchos de ellos con un objetivo claro y concreto: ¡pero nunca la conseja queretanísima de que hay un túnel desde el Cerro de Las Campanas hasta La Cruz, y que fue construido del 15 de mayo al 19 de junio de 1867 para salvar a Maximiliano!

El día 7 de marzo de 1867 la ciudad ya está rodeada, si bien, los sitiadores sólo formaban una débil cortina, fácil de romper en todas partes. Siguiendo su vieja costumbre, Maximiliano ha dormido sólo hasta la madrugada y de inmediato se levanta para inspeccionar la construcción de trincheras y parapetos en el cerro campanil. Los soldados, desplegando una actividad febril, se dedican a limpiar de yerbas y cactus y a aplanar el terreno en la parte más alta de la eminencia, ayudados por vecinos y presos comunes y de guerra. Luego se aprestan a subir hasta la cima los cañones. Al emperador le preocupa la distribución de víveres entre los soldados, los cuales a pesar de todo están en buen ánimo con su monarca.

El archiduque recibe a su secretario particular, José Luis Blasio, con una broma diciéndole: “Vamos a mi gabinete de trabajo” y bajan hacia donde se encuentra la cueva, en cuyo fondo hay un banco de granito y césped. Allí no solamente despacharon la correspondencia diaria sino que además tomaron su almuerzo bien servido consistente en pavo asado, carne fría, huevos, queso, pan y una botella de vino, pero que a Maximiliano no le pareció del todo bueno y se resignó a exclamar: “a la guerre comme a la guerre”, sin embargo el aire campestre –que abre el apetito- suple la cantidad y calidad de los alimentos. Habían colocado las servilletas sobre el banco natural de la cueva y se sentaron como pudieron.

Terminado el almuerzo, Maximiliano encendió un puro y se recostó a reposar en su sarape, saboreando el gorjeo de los pajarillos en el tranquilo y dulce

silencio de aquel bucólico gabinete imperial. Inmediatamente después visitan el ala derecha del frente, cerca del Río Blanco, ocasionando que haya gran barullo que se escucha hasta el Cuartel General.

Como desde la madrugada se espera el ataque republicano, la tensión nerviosa ha fatigado a todos y el austriaco decide estar solo y se va a descansar a la gruta. Cuenta el médico Samuel Basch que el descubrimiento de la cueva fue de Maximiliano, quien la llamó “un descubrimiento maravilloso”, la cual se encontraba en el costado septentrional del cerro, es decir, mirando a San Pablo, y estaba oculta entre la altísima nopalera donde revoloteaban graciosos colibríes. Le contó el emperador a su médico que a la hora del almuerzo con su secretario Blasio, se encontró a media gruta a una pareja de enamorados indiferente a los ecos de la guerra, y que asustados con la imperial aparición huyeron a toda prisa. Maximiliano no regañó a los amantes furtivos, al contrario, los felicitó por hacer el amor y no la guerra.

Hacia el anochecer pueden advertirse claramente las tropas republicanas por las fogatas encendidas en los cerros de alrededor. Hay una gran tensión dentro de la ciudad hasta donde llegan alarmantes rumores propiciados por los imperialistas en el sentido de que se está en peligro porque los juaristas, en número de treinta mil, caerán sobre la población dispuestos a destruir casa por casa y a castigar a los vecinos por traidores y reaccionarios. La alarma fue mayor porque Márquez mandó al prefecto imperial a embargar cuantas mulas de carga encuentre, y que se pongan a disposición del comandante del tren de equipajes, coronel Francisco Lozano. Por la noche, llega al Cuartel General del Cerro de Las Campanas un desertor republicano, que temblando y medio desnudo se echa a los pies de Maximiliano, rogando que se respete su vida. Se le hace levantar y se le asegura que nada le pasará y que mejor proporcione información sobre sus ex compañeros, fuerzas y planes, al general Márquez. Cuenta este sujeto que en el campo contrario se da muy mal trato a la tropa y que la mayor parte de los soldados están sirviendo contra su voluntad.

Los republicanos maniobran frente al enemigo al pie del Cerro de Las Campanas el 8 de marzo de 1867 y detienen e interrogan a toda persona que pretenda salir o entrar de la población. Ya están frente a frente las tropas, pero todavía los juaristas sin ocupar posiciones definitivas como para que pueda considerarse como cercada la ciudad. Sólo se escuchan los tiros que las avanzadas de ambos ejércitos se lanzan entre sí. Se reciben en el Cerro de Las Campanas más desertores

de las líneas enemigas. Con mucha arbitrariedad se obligó a los habitantes de la ciudad y muchos presos a que llevaran al Cerro de Las Campanas la madera que necesitaban para las obras de defensa.

Nuevamente hay consejo de guerra en el Cerro de Las Campanas ese 8 de marzo, el que se ha convertido definitivamente en una fortaleza, después de ser un templo de sacrificios indígenas, y los cañones están debidamente emplazados hacia el norte y el poniente, sin la nopalera y pedregal que impedía los movimientos. Maximiliano tiene también este día una larga conferencia con el ministro Manuel García Aguirre, mostrándose indignado aquél por la falta de recursos en que lo tienen los ministros radicados en la Ciudad de México.

El 9 de marzo tuvo lugar otro consejo de guerra en el que Márquez y Miramón vuelven a discutir acremente por haberse dejado sitiar sin batir en detalle a los ejércitos republicanos. En el consejo llevado a cabo el día 10 del mismo mes de marzo, Márquez emite una de las opiniones más desconcertantes que consiste en pedir que Maximiliano no tome la ofensiva en Querétaro -porque nada bueno puede esperarle- y que lo más pertinente es que el emperador retorne a la Ciudad de México, cosa que éste rechazó y apoyó al Macabeo en la idea de salir al campo y atacar. Después del consejo Maximiliano sale a visitar las líneas, aun las más avanzadas, y alcanza a observar desde el Cerro de Las Campanas la vistosa revista republicana que tiene lugar en los llanos de San Juanico. Todavía tiene la humorada de decir: “En esa revista no veo más que un acto de justo respeto del enemigo hacia mí, como soberano”.

Ese día 10 de marzo de 1867 comenzó el amago en contra de la ciudad; la artillería republicana ya se escucha y los generales Sóstenes Rocha y Carvajal están en acción. Contestan los imperialistas desde el Cerro de Las Campanas tirando cañonazos contra una columna republicana de cien jinetes. Miramón realiza a las cinco de la tarde una de sus audaces correrías hasta La Cañada para perseguir a Carvajal y cobrarle el robo al templo de La Congregación de años atrás. Dos muertos republicanos, dos caballos, sesenta bueyes, cien cabras, doce mil tortillas y una gran cantidad de maíz fue el botín logrado.

A las once de la mañana del día 12 de marzo, formadas las tropas de Ramón Corona frente al Cerro de Las Campanas, son fusilados y colgados frente a los imperialistas algunos espías de éstos que fueron sorprendidos fuera de la ratonera. El día 13 de marzo a las diez de la mañana realiza un recorrido el séquito imperialista desde el Cerro de Las Campanas hasta La Cruz, donde se instalará

definitivamente el Cuartel General y la habitación del rubio príncipe, quien cruza las calles meditativo y serio, pues para su alma supersticiosa es un martirio volver a viajar en día 13, como lo hizo el 13 de febrero que salió de la Ciudad de México.

Concluidos estos movimientos, Maximiliano y sus acompañantes recorren la línea del río a caballo al trote, bajo una lluvia de fuego que les arrojan los republicanos situados en las colinas del norte: Santa Catarina, San Gregorio y San Pablo. La comitiva imperial llega al Cerro de Las Campanas, pasa al galope por la hacienda de Casa Blanca y luego retorna a la ciudad, en medio de la fusilería enemiga a la que acompañaban toques de clarín y gritos de entusiasmo juarista.

Para darse cuenta de la situación que en el Cerro de Las Campanas priva el 17 de marzo, el archiduque se dirige hacia esa posición a caballo, donde es recibido con los acostumbrados “Viva el Emperador” provenientes de la soldadesca afecta a él. Por su parte, y sabiendo que si se dan esos gritos de entusiasmo es porque cerca anda el príncipe, los republicanos responden con proyectiles de fusil y cañón, además de cantar a todo pulmón las conocidas parodias de “Adiós Mamá Carlota” y “Los Cangrejos”, obra una de Vicente Riva Palacio y la otra de Guillermo Prieto, las cuales causaban el enojo de los sitiados que a su vez devolvían el insulto gritando: “¡Escobedo...burro orejón!”

El 21 de marzo se prepara una espectacular salida de Miramón rumbo al poniente, ya que desde el día 20 por la tarde éste había recibido noticias de que desde el Cerro de Las Campanas se había visto una polvareda aproximándose a San Juanico y, al enviar un reconocimiento en la madrugada del 21, se precisó que habían llegado muchos carros y carretas con cargamentos de víveres y otros efectos. El gobernador de Guanajuato, León Guzmán, mandó a sus aliados sitiadores dinero, víveres, municiones, ambulancias, botiquines y mineros reclutados para hacer las obras de zapa, en lo cual resultaron muy útiles. Para el 22 de marzo Maximiliano se dirige desde las seis de la mañana al Cerro de Las Campanas donde todos están esperándolo para apoyar –si es necesario- el movimiento de Miramón contra El Jacal y San Juanico, que es observado por su jefe y compañeros desde la cima del montículo que sería el cerro más famoso de México.

Por la mañana del día 23 de marzo, una enorme cantidad de muchachos del bajo pueblo sale al llano que se tiende de las últimas casas de la ciudad hacia el Cerro de Las Campanas, aventurándose más allá de éste, para recoger balas de cañón de las muchas que ayer y el día 14 lanzaron desde San Gregorio los sitiadores. Estas balas son para venderse en el Cuartel General imperialista donde

las pagan “a medio” y, para las circunstancias que se viven, es mucho dinero. Esta medida les sirve tanto a los recolectores como a los imperialistas que adolecen de proyectiles principalmente. Desde San Pablo y San Gregorio sigue el fuego republicano sobre los sitiados el 25 de marzo, y es tan intenso que Maximiliano abandona La Cruz, que era el principal blanco, para trasladarse al Cerro de Las Campanas. Varios soldados imperialistas son heridos, aun el general Ramírez de Arellano, ante el incesante cañoneo.

Los imperialistas acordaron lanzarse sobre San Gregorio y San Pablo el 31 de marzo, para recuperar el Puente Colorado, porque creyeron que los republicanos se habían reforzado hacia el poniente debilitando el frente norte. La infantería del coronel Farquet, dos regimientos de caballería y la artillería situados en el Cerro de Las Campanas, llevarían a cabo dicha acción, comandados por Miguel Miramón. El día primero de abril llegó movido; desde la madrugada se hicieron varias movilizaciones dentro de la plaza sitiada. En la explanada oriental del Cerro de Las Campanas se colocaron aproximadamente unos mil caballos de la división de Mejía y que tienen como evidente objetivo apoyar un movimiento principal contra el estratégico templo de San Sebastián.

La noche del 17 de abril es de luna llena y el valle puede contemplarse en todo su esplendor con mucha claridad, y los republicanos han colocado abundante caballería por el lado del Cerro de Las Campanas y sobre vigilado el punto. Por allí van Pantaleón Mariano Moret, Campos y Salm Salm, a quienes se les ha entregado la caballería menos útil para la defensa de la plaza, es decir, seiscientos caballos escuálidos y enfermos, con el objeto de llegar a la Ciudad de México. Desde el cerro mencionado y el Río Blanco se apoya con los guerrilleros Zarazúa y Macario Silva a estos enviados para que logren su salida, la cual se hace inútil por el bien cerrado cerco republicano, por lo que Salm Salm y compañía regresan después de dos horas descorazonados e impotentes entre las fosas y acequias del occidente queretano a rendir un desalentado informe a sus superiores dando como pretextos mil razones. Solamente Zarazúa y cincuenta de caballería consiguen escaparse, ignorándose la suerte que pueda correr con el ínfimo grupo que lo acompaña. Todos los documentos que llevaba Salm Salm –incluyendo poderes para arrestar ministros que no obedecieran sus órdenes y la solicitud de doscientos mil pesos al padre Fischer– son devueltos a la secretaría particular de Maximiliano, quien espera una nueva oportunidad para tener comunicación con la capital del país, único medio a su alcance para salvarse, según él. En caso de haber

tenido comunicación con Márquez, dudo mucho que éste le hubiera hecho algún caso al enviado imperial. ¡Al mismo Maximiliano lo despreciaba!

El 22 de abril deciden los republicanos fortificar su línea sitiadora en el Cerro de Las Campanas y nuevamente aparece otro ahorcado frente a las trincheras imperialistas, en lo que ahora es avenida Tecnológico esquina con avenida Universidad: se trata de otro correo enviado al mortal peligro por la ansiedad de Maximiliano de tener noticias de Márquez.

Desesperados esfuerzos realizan el 24 de abril los imperialistas para levantar la moral de los sitiados o, en el mejor de los casos, romper el sitio. El coronel Antonio Gayón recibe orden de efectuar una salida en contra de las tropas juaristas que se encuentran cerca del Cerro de Las Campanas, hasta las que llega sorpresivamente pero es rechazado de inmediato, pudiendo traer consigo unos veintiocho prisioneros provenientes del famoso batallón republicano llamado “Supremos Poderes”, que mucho daño han hecho a los sitiados con sus heroicas acciones y caracterizados por sus uniformes grises de paño, galones amarillos y chaco negro.

La madrugada del 15 de mayo de 1867 Maximiliano es despertado en La Cruz y se dirige al centro de la ciudad. Esa mañana del 15 de mayo Maximiliano caminó del Sangremal al Cerro de Las Campanas y lo alcanzó López hasta cerca de la plaza de Independencia en dos ocasiones y le propuso a su jefe y compadre esconderse y que aceptara un caballo. El austriaco solamente le dijo con desprecio “ya le he dicho que los monarcas no huyen”. Esto quiere decir con el “ya le he dicho...” que esta conversación era la continuación de otra no lejana, según dijo muy molesto Félix de Salm Salm en sus llamadas memorias. Al llegar al palacio departamental (hoy Palacio de Gobierno) ordena el rubio príncipe que todos se concentren en el Cerro de Las Campanas donde seguramente aún se encuentran tropas imperialistas. Bajan por la calle de El Biombo y frente a la casa de Cayetano Rubio López insta Miguel López a su imperial compadre entrar para esconderse –la casa está llena de sótanos- respondiéndole el archiduque con gesto desdeñoso que “un hombre de su estirpe no se esconde”. La comitiva imperial pasa por la Plaza de Abajo o del Recreo y toma la calle de El Hospital (hoy Madero), mientras el oficial Juan Ramírez se ofrece para adelantarse al Cerro de Las Campanas y avisar al coronel Antonio Gayón lo ocurrido y que espere a la ya crecida comitiva. Al pasar por el mesón de El Águila Roja (hoy oficinas de la Delegación del Centro Histórico) se detiene en él porque allí se aloja el primer regimiento de

su caballería y quiere ordenarle que lo sigan hacia el Cerro de Las Campanas. En este momento –según lo relata el acompañante de Maximiliano, Fürstenwärther, citado por Ratz- López nuevamente se presenta a caballo ofreciéndose a transmitir la indicación personalmente, se introduce al mesón y ya no sale. “Parece que es entonces cuando Maximiliano empieza a sospechar de él”.

Maximiliano llega al Cerro de Las Campanas donde lo alcanzan Mejía, Pachta y el teniente coronel Pedro A. González. Marchando con sus tropas por el sur, Ramón Corona advierte la bandera blanca en la colina de Las Campanas y ordena que cese el fuego sobre el cerrillo. Bajo una intensa lluvia enviada por el general Rocha sigue Maximiliano en las alturas del poniente acompañado de sus incondicionales, sin saber qué hacer, viendo hacia el poniente las oleadas de millares de soldados –ya también varios imperialistas unidos a los republicanos- dirigirse hasta donde ellos estaban al grito de “viva la libertad”, creyendo el iluso archiduque que las casacas rojas eran de sus húsares y no de los chinacos. Mejía insiste en que se intente un ataque violento de caballería para romper las filas enemigas, sin embargo, Maximiliano pide otros diez minutos para esperar a los Húsares y a Miramón, pues no quiere dejarle atrás. Salm Salm oye cuando el monarca le dice: “Ahora Salm, una bala feliz”, como queriendo perder la vida en ese momento y en ese lugar, lo cual le sería concedido, pero un mes y cuatro días más tarde. El cerrillo parecía una balsa de la que se aferraban los náufragos imperialistas, pues a cada momento llegaban más y más pidiendo se les dejara pasar y hubo un rato que a los mismos partidarios se les negó la entrada, por lo que se fueron por el lado de las troneras para que los artilleros los dejaran saltar. Agustín Rivera dice que máximo eran ochocientos los soldados imperialistas de que disponía Maximiliano en esos momentos, a lo que yo agrego que muchos de los cinco mil que deberían de ser los disponibles habían huido, se habían escondido, pasado a los republicanos o fueron masacrados cruelmente en las calles de la población a la entrada de las fuerzas republicanas sedientas de sangre.

Los asustados vecinos de la sociedad civil se han encerrado en sus casas, pero algunos han salido al pillaje y son castigados y llevados en leva por los republicanos encargados de mantener el orden. El delirio triunfal deja oír sus gritos y balazos de salva en los cerros de los alrededores y por todas las calles. Maximiliano tiene la mirada extraviada en el horizonte, como si no supiera que estaba totalmente perdido y que él –sí, precisamente él-, había buscado este momento. Entrega su cartera con tres sobres que contienen los papeles más reservados a su secretario particular con instrucciones de que los queme, lo cual

se hace en la tienda militar de Gayón, donde había una bujía cerca de una cama, entre el propio Blasio y Fuerstenwaerther. “Desgraciadamente con esos papeles se pierde el diario de Maximiliano dictado a Teodoro Kählig”. Maximiliano no resuelve ni indica nada esperando a Miramón, del que pronto es informado que está herido de gravedad en la mandíbula diestra. Dice entonces a Del Castillo y Mejía: “Montemos a caballo y tratemos de abrirnos paso entre esa cadena de hombres que sigue estrechándose en derredor nuestro. Si no conseguimos salir a lo menos ahí encontraremos la muerte”. De manera insistente pregunta a Mejía si es posible la salida rumbo a la Sierra Gorda, pero éste le contesta: “Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena trataremos de hacerlo; en cuanto a mí estoy dispuesto a morir”.

“No hay más remedio que rendirse”, afirma Maximiliano y así se hace. Mejía se negó a intentar la salida a esa hora porque no quiso cargar con la responsabilidad moral y militar de causar la muerte de su soberano en una acción tan arriesgada. Los mejores jefes imperialistas habían perdido la cabeza, según Alberto Hans. Ordena el rubio imperial que Pradillo y otro oficial se dirijan a la ciudad y se enarbola una bandera blanca improvisada con la lanza de un soldado y una sábana de la tienda de campaña del general Gayón “que los republicanos advierten como la vela rota de la nave imperial que naufraga en un estruendoso embravecido mar de fuego”.

Para este momento, sus mismas tropas le daban la espalda a Maximiliano –saltando las trincheras y tirando sus fusiles- y se enrolaban en el festejo republicano buscando con la camaradería el perdón. Inútilmente Pradillo busca con subbandera blanca a Mariano Escobedo en La Cruz, quien se acerca al Cerro de Las Campanas por la línea norteña. Pradillo se topa entonces con el general Joaquín Martínez y que informado del deseo de Maximiliano de rendirse contesta carecer de facultades para ello, pero se presta para acompañar al emisario imperial a la garita de Celaya donde se encuentra Corona. Maximiliano baja con una mínima escolta el cerrillo rumbo a la garita de Celaya que cubre Sóstenes Rocha, mientras que Guadarrama circunvala el Cerro de Las Campanas desde San Juanico. Ante el archiduque llega un ebrio desertor que había servido con Márquez y se había robado la caja de dinero de sus compañeros, de apellido Dávalos, y en una actitud de bravucón de pulquería, saca su pistola y la dirige a la cabeza y luego al corazón del destronado monarca, quien sereno sostiene la mirada mientras que sus compañeros se indignan pero no hacen por pegarle, cuando menos, al valentón de cantina porque el emperador se los suplicó con un gesto y se le quedó viendo

al borracho agresivo con sangre y ojos fríos, cosa que al temulento impresionó. Luego de que termina el momento de tensión, el bravucón de Dávalos pide a Maximiliano un abrazo y éste generosamente se lo concede manchando con sus babas el traje azul de general de división del archiduque. Todavía el monarca en caída tuvo que soportar a otro impertinente igual que Dávalos, sólo que éste es francés, de nombre Félix d'Acis, el cual preguntó con altanería al Habsburgo si era Maximiliano, a lo que éste respondió sonriendo desdeñosamente: “En efecto, yo soy Maximiliano”. Entonces el oficial galo, descubriéndose la cabeza dijo tomando una actitud burlona: “Maximiliano de Austria, yo te saludo”; el príncipe le lanzó una mirada llena de desprecio y le dio la espalda.

Por fin llegan los generales republicanos encabezados por el segundo de a bordo, el general Ramón Corona, a los que Maximiliano dice: “ya no soy emperador” y pide que lo conduzcan ante Mariano Escobedo para tratar asuntos relacionados con su rendición; Corona manda con un auxiliar de confianza a los ayudantes de Maximiliano y a éste, Mejía, Pradillo, Del Castillo y Salm Salm los escolta él personalmente para evitar que los ofendieran. Le dice al monarca que monte un caballo porque van hacia San Pablo –le llevan al manso “Anteburro”– y así continuaron juntos bajando la cuesta y mucho antes de la garita de San Pablo, a las seis horas de la mañana, coinciden con Escobedo y los Cazadores de Galeana. Cuando la mañana es ya bastante clara y el sol ilumina las bayonetas de la República, se encuentran el vencedor y el vencido cerca de un sauce llorón y al borde de una zanja. Para la mayoría de los autores la espada imperial fue entregada a Corona (enfrente del Tecnológico de Querétaro, a un lado del ISSSTE) y para otros a Escobedo, tras un frío saludo mutuo, cerca de San Pablo. Para el historiador Manuel Hernández, Maximiliano entrega su espada a Corona pero éste la rechaza diciéndole: “Devuelvo a usted su espada porque no soy el General en jefe, soy el Segundo en jefe. El General en jefe es el General Escobedo, a quien le mando dar parte de que se rinde usted a discreción”.

La entrevista es brevísima, apenas lo suficiente para que el candoroso austriaco repita aquello de que “soy su prisionero; ya no soy emperador” y le pida al neoleonés una escolta que lo acompañe al Golfo de México para salir del país, prometiendo no volverse a inmiscuir en los asuntos de la nación mexicana, lo cual naturalmente le es negado. Con este acto simbólico termina el llamado segundo Imperio mexicano. Ratz, siguiendo a Ignacio Álvarez y a Salm Salm, sostiene que Escobedo y Maximiliano regresaron juntos de San Pablo al Cerro de Las Campanas para sostener una entrevista privada en una tienda de campaña

donde afuera están Álvarez y Salm Salm y que –según ellos- alcanzaron a escuchar algo, como aquello de “Si se debe derramar más sangre tome Usted la mía” o la petición de Maximiliano de que el ejército imperialista sea tratado con las consideraciones debidas o que a la persona de Maximiliano y a los suyos se les considere prisioneros de guerra para ser protegidos por el derecho internacional y no considerados vulgares revoltosos pasaderos por las armas conforme al decreto juarista del 5 de enero de 1862. A todo esto Escobedo con la enigmática frase de “Eso es V. mío”, o lo que dice Somuano con más claridad “Eso es Usted del Ejército Republicano”; lo que Maximiliano interpretó como aprobación a su situación de prisionero de guerra, cuando el general en jefe quiso decir “ese es problema mío”. Escobedo entrega la espada del Habsburgo al coronel Jesús Fernández García agregando: “conservé usted esa espada que pertenece a la República”. Mejía no entregó la suya, simplemente la rompió, arrojó la empuñadura a los pies de los vencedores y conservó la hoja entre sus encallecidas manos. Escobedo encarga la custodia del príncipe prisionero al general Vicente Riva Palacio. ¡El emperador en manos del poeta que se había burlado de la emperatriz Carlota con los versos famosos de “Adiós Mamá Carlota... Adiós mi tierno amor...!” ¡El archiduque no fue al Cerro de Las Campanas a resistir, lo cual, por lo demás, era imposible. No hubo un muerto en ese lugar aquella mañana por querer resistir!

Después de una larga meditación en el Cuartel General republicano, el 16 de junio se señala al Cerro de Las Campanas como el lugar del fusilamiento, disponiéndose el envío de tropas suficientes para formar un amplio cuadro al sitio de la ejecución. La ejecución de la sentencia se prorrogaría para el 19 de junio de 1867 por la mañana. En el Cerro de Las Campanas se pueden observar el 17 de junio a vecinos morbosos que han acudido a ver el lugar donde serán ejecutados pasado mañana los ilustres imperialistas, no faltando los ventajosos que hasta cosas para la vendimia llevan. En el interior de la ciudad se ven las calles desiertas, como en un gran duelo por el devaluado monarca al que las féminas y chiquillada queretanas recuerdan con simpatía por sus galantes y caballerescos detalles.

La ciudad había despertado a las cuatro de la mañana el 19 de junio de 1867 con el ruido ensordecedor de las tropas marchando de sus cuarteles hacia el cerrillo del cadalso al ritmo de tambores, cajas de guerra y toques de clarín.

Van a las órdenes del general Jesús Díaz de León y se integran por cuatro mil soldados. Hacia las seis de la mañana queda formada la tropa en el Cerro de Las Campanas, incluyendo los tres pelotones de fusilamiento –uno para cada

condenado- que estarán a escasos cinco pasos del paredón, el cual fue hecho con los adobes que forzosamente habían fabricado los reos de las cárceles queretanas antes del sitio para construir trincheras. A esa distancia ni modo que fallaran los tiradores al mando del capitán Simón Montemayor, quien será ascendido a mayor y luego será rico terrateniente, encontrándose con la muerte a temprana edad, a los treinta y tres años de edad. Me quedo con la versión de que eran tres pelotones, uno por cada ejecución, formados cada uno por siete miembros según las fotografías del señor Aubert las cuales fueron tomadas a los respectivos pelotones siete días después de ocurrido el fusilamiento, por orden expresa de Escobedo. Para don Bernabé Loyola –que no fue testigo ocular del fusilamiento– sólo hubo un pelotón común para los tres ajusticiados, cosa que es errónea. Eran tan especiales las armas de los tiradores escogidos para la ejecución que, al terminar ésta, en su cuartel les fueron recogidas éstas y les dieron otras de uso ordinario. Los miembros de los pelotones eran sargentos segundos.

Media hora acaso tarda la lúgubre comitiva de los tres condenados en llegar de Capuchinas a la falda oriente del cerro de referencia (el de Las Campanas) y el primero en bajar es el austriaco –que lo hace por la ventana ya que la puerta se trabó- quien consuela a su lloroso y presunto consolador, el padre Soria y Breña. Miramón le dice al padre Ladrón de Guevara que ahí está el cadalso y le entrega un retrato de su cónyuge y un reloj para ser entregados a su amada Concha. El Macabeo toma un crucifijo y baja del coche, teniendo un ligero momento de indecisión, del cual se recupera rápido, para ascender la cuesta. Mejía, sólo tiene para dar al padre Figueroa su humilde sombrero, desciende del vehículo y con paso incierto va cuesta arriba abrazado a su crucifijo sufriendo terriblemente por lo que ya sospechaba: que su linda y joven amasia, Agustina Castro, presentaba ciertos síntomas de una incipiente locura.

Maximiliano les da ánimos con un desabrido “vamos señores”. Tras los soldados del cuadro hay solamente cincuenta curiosos a lo mucho, y todos de clase baja, exceptuando a los parientes de los dos generales condenados, según testimonio del barón de Magnus. Doña Agustina Castro de Mejía sigue gritando enloquecida de dolor con su pequeño en brazos tras la cortina militar frente al paredón, pero su marido no la escucha por el demoniaco barullo de los preparativos, ni la ve por estar absorto en su diálogo con Dios, el Dios al que entregó toda su vida militar.

Llegados al lugar del fusilamiento, –bello circo donde el César era el que iba a morir, no un vulgar gladiador- los tres sentenciados se ponen frente a su res-

pectivo pelotón de espaldas al paredón, luciendo Maximiliano un faldón de su levita desgarrado por un cactus. Por cierto que esta prenda de lujo le fue prestada por el rico industrial Carlos Rubio, pues el Habsburgo sólo contaba en su celda con una chaqueta de paño claro. El oficial Montemayor lee una disposición que condena a muerte a quien se oponga a la ejecución. Dice Bernabé Loyola que dicho oficial se acercó al príncipe para pedirle perdón por la orden que iba a ejecutar. El archiduque pide permiso y se adelanta hacia sus verdugos para dar una moneda de oro a cada uno y suplicarles que no le tiraran al rostro. Ya de nuevo en su lugar hace una proclama en voz alta donde resalta la libertad e independencia de México. ¡Qué desvergonzado al decir eso, siendo un intruso en los asuntos que sólo conciernen a los mexicanos! Mejía reparte una sola moneda a los miembros del pelotón que lo van a fusilar para que sea repartida entre ellos. Miramón sólo reparte ojos de pistola. El Macabeo saca un papel de entre sus ropas y a viva voz lanza un mensaje donde se deslinda del título de traidor para él y su descendencia. El romántico de Fernando Maximiliano alza la mirada para contemplar el cielo intensamente azul, con un sol brillantísimo, que hacía resaltar la inmensa gama de verdes de los cerros que circundan el valle de Querétaro. Extasiado por la vista y el perfume del espliego matinal, exclamó que en un día tan bello “quería morir”. Da su sombrero y pañuelo a uno de sus criados sollozantes –Tüdos, a quien le pide diga a su madre Sofía “que para ella fueron mis últimos pensamientos” y abraza a sus dos generales y les comenta que “dentro de breves instantes nos veremos en el cielo”. Todavía bromeó con ellos si habrían de caer de cara al sol o boca abajo.

Miramón dijo que boca arriba pero Mejía pidió que no se hablara de ello. En lo alto se ven zopilotes que forman una negra corona sobre la cabeza del Habsburgo, quien se despide de Miramón cediéndole el lugar central y ocupando él el extremo izquierdo al tiempo que le dice: “General, un valiente debe ser admirado hasta por los monarcas. Antes de morir quiero cederos el lugar de honor”. Quizá por cambiar de lugar ya no le tocaron a Maximiliano los tiradores más diestros y por ello recibió -al igual que Mejía- el tiro de gracia. Los tiradores que le tocaron a Miramón fueron entonces los más diestros y su muerte fue inmediata. Se dirige después Maximiliano a Mejía y le espeta que “lo que no se premia en la tierra lo premia Dios en la gloria”. Mejía alcanza a musitar “Madre Santísima”. Dice Agustín Rivera que “Mejía fue tan avaro de sus palabras como el rico de su oro; no quiso proferir ninguna palabra inútil, miró con noble orgullo y desdén a sus enemigos, los juzgó indignos de dirigirles la palabra y no les dio satisfacción alguna, dejando a la posteridad el juicio de sus hechos”.

En estos momentos, un niño vestido con elegancia, se acerca a Maximiliano y le ofrece tres vendas finísimas bordadas por encopetadas damas queretanas que llevaba en charola de plata. El archiduque las toma pero enseguida las deja caer, quizá para morir con los ojos viendo de frente a los opresores.

Toda esta larga sucesión de hechos ha ocurrido ya en un silencio hartamente sepulcral, lleno de tensión, en el que aun algunos soldados están llorosos. El penoso silencio es roto por el capitán Simón Montemayor que grita los terribles “preparen, apunten...” Maximiliano se separa la barba y señala su pecho, Miramón dice “aquí” mostrando su pectoral y levantando la cabeza, mientras Mejía separa de su cuerpo el crucifijo para que las balas no lo dañen, dejándolo en su mano derecha, extendida, lejos de su tronco. Se oye el “fuego” e inmediatamente se escucha una descarga perfecta que pareció producida por un solo fusilero. “Esa descarga echó por tierra a las tres columnas del Imperio”, dijo don Bernabé Loyola. Como fulminados caen al piso los ejecutados y Maximiliano mueve una mano, fruto de los estertores de una breve agonía, presentando cinco heridas de bala, una en el corazón, una en el pulmón derecho y tres en el bajo vientre. Las tres primeras son mortales por necesidad. Una bala le ha prendido fuego a su chaleco, del que el propio moribundo ha arrancado el botón superior, el cual apagan con un cubo de agua que ya estaba preparado ex profeso. El príncipe dice todavía “Ay, hombre, hombre”, moviendo los ojos y los brazos todavía, y el capitán Montemayor da la orden para que se le dé el tiro de gracia a la altura del pecho.

El soldado apuntó pero no pudo disparar –quizá por la tensión del momento– y don Simón Montemayor mandó a otro a disparar pero el rifle no sirvió, cumplimentándose la orden hasta el tercer intento. Por la cercanía de los tiradores ninguna bala quedó en el cuerpo del príncipe, todas salieron. Con anterioridad había dado instrucciones Montemayor para que los tiradores no apuntaran a la cara. Con el tiro último volvieron a prenderse las ropas del europeo. Mejía también recibió el tiro de gracia. Según Bernabé Loyola –que no fue testigo ocular de los hechos– el tiro de gracia lo ordenó Montemayor a Aureliano Blanquet, quien lo dio de manera magistral.

En el Cerro de Las Campanas se oyen las voces alzadas de “Viva la República, Muera el Imperio”, mientras que el médico Melesio Calvillo Hoyos –que se había mantenido a quince pasos del cadalso– levanta el certificado correspondiente y lo firma, pidiendo que también lo haga después el médico Reyes que estaba ausente por andar en la capital tunera. Con premura se rompe la formación militar y las tropas regresan a sus cuarteles al tiempo que conminan al petrificado padre Ma-

nuel Soria a abandonar el lugar porque su misión ha terminado. Los tres ataúdes para los sentenciados eran iguales, ordinarios, baratos, más corrientes que comunes, pintados de negro verdoso, con adornos amarillos y de madera de pino, cuyo costo fue de un peso cincuenta centavos por cada caja. Como Maximiliano no tenía una complexión parecida a un mexicano ordinario –medía un metro con ochenta y cuatro centímetros- no cupo en la caja, así que se le flexionaron las largas y flacas piernas para que cupiera, aunque algunos mal pensados piensan que inclusive se las quebraron. Mejía es recogido por doña Agustina y amigos del bravo general occiso, quienes reciben el aviso de que el cadáver de su antiguo amasio y jefe –respectivamente- será llevado al templo de San José de Las Capuchinas –lo mismo que el de Maximiliano- donde será embalsamado por cuenta de Escobedo. La mortaja de Maximiliano es celosamente cuidada por un nutrido destacamento militar al mando del coronel Palacios, mientras que la de Miramón fue recogida y vestida con un sudario por su amigo Joaquín Corral y su cuñado Alberto Lombardo, para ser trasladada a la macabra casa de la Zacatecana. Cuenta el señor Bernabé Loyola que al ser trasladado el cadáver de Maximiliano del cerrillo al templo de San José de Las Capuchinas, unas damas enlutadas y llorosas se acercaron a la caja de muerto y empaparon sus pañuelos en sangre real.

En la noche del miércoles 19 de junio de 1867, la noble y leal ciudad de Santiago de Querétaro parece dormir, cuando las familias modestas del barrio de Santa Ana entran en zozobra al ser despertadas por un aullido agudo proveniente del poniente que siembra espanto no nada más en los niños sino también en los mayores, los que se organizan y envían a los más osados a averiguar en el cercano Cerro de Las Campanas la causa del lastimero llanto. No tardaron mucho en dar con un animal enorme que profería aquel sonido: se trataba de un perro lebel, al que algunos identificaron como “Bebello”, aquel noble can que habiendo seguido a Miramón desde San Jacinto se había encariñado con Maximiliano quien lo adoptó para sí y era su inseparable compañero en los paseos vespertinos. Al concluir el sitio fue entregado al comandante militar de Querétaro, Julio María Cervantes, quien lo llevó a su casa y de la que el fino animal se escapaba. Ahora, cuando todavía estaba caliente la sangre de su amo en las piedras del cerrillo lúgubre, buscaba lastimeramente a quien tanto amor le dio. Los santaneros no se atrevieron a cogerlo y se dice que por muchos meses más el noble perro recorrió La Cruz, Capuchinas y el Cerro de Las Campanas en busca del austriaco que tanta compasión tuvo por los animales pero no con los millares de hombres que murieron por su causa.

Algunos exaltados y trasnochados liberales han propuesto en los días siguientes al fusilamiento que el Gólgota queretano ya no lleve el nombre de “Cerro de Las Campanas” sino el muy extraño y exótico de “Roca Tarpella del Imperio”. Para pensadores de la talla de Ignacio Ramírez, “El Nigromante”, mejor Escobedo hubiera fusilado en el acto a Maximiliano -cuando lo cogió infraganti en el Cerro de Las Campanas- y no simular un juicio apoyado en una ley inconstitucional a todas luces. Ya se comenta también entre la gente del pueblo que una sombra barbada y alta, como de un metro ochenta y cuatro centímetros, anda pululando por el panteón de La Cruz y el Cerro de Las Campanas, buscando el descanso de su alma.

Designado en ese mismo año de 1867 gobernador de Querétaro el coronel Julio María Cervantes, advirtió primero que nadie discutiría la categoría histórica alcanzada por el Cerro de las Campanas y dispuso que se erigiera un monumento en el lugar del fusilamiento y se abriera una calzada que llevara a él. Los acontecimientos políticos vinieron a interrumpir la obra.

El 19 de julio de 1875, el entonces gobernador de Querétaro, Benito Santos Zenea, compra a la señora Guadalupe Piña de Mena el Cerro de las Campanas y las haciendas de La Capilla, La Ladrillera y el Mesón, con el propósito de vender el cerro al Gobierno Federal cuando éste reconociera la importancia del mismo. La muerte del gobernante impidió sus proyectos de negocios. Entre los años de 1877 y 1881, piadosos queretanos colocaron en el lugar del fusilamiento de los imperialistas tres cruces de madera pintadas de negro, con guarniciones metálicas en los extremos y la inscripción de las iniciales de los fusilados con pintura blanca. Luego, el Gobierno del Estado se dio cuenta de que el lugar era sumamente visitado, por lo que se ordenó la construcción de tres columnas cuadrangulares, truncadas, de madera blanca. Estas cruces se encuentran ahora en el Museo de Historia de Querétaro (conocido como Museo Regional). La hacienda de La Capilla y el Cerro de Las Campanas pasan a ser propiedad de los señores doña Paula Gómez de la Cortina de Jimeno y don Santiago Jimeno Gómez de la Cortina en el año de 1884.

Tradicionalmente se ha escrito que el gobierno austriaco fue el promotor y patrocinador de la Capilla Propiciatoria o Expiatoria -no es lo mismo- que se levantó en 1901 en el Cerro de Las Campanas. Sin embargo, la historiadora austriaca, Brigitte Hamann, al tratar de localizar correspondencia o papeles entre el conde Khevenhüller-Metsch y Rodolfo de Austria, encontró el diario de Carl Khevenhüller, y en él sus recuerdos sobre el Imperio de Maximiliano en México,

el cual data de 1883. Después del fusilamiento de Maximiliano y del término de los combates, Khevenhüller tuvo el cometido de sacar con vida de México a los soldados de otras nacionalidades, sobre todo a los austriacos. Resolvió brillantemente la tarea como parlamentario con el general enemigo, Porfirio Díaz, a quién había probado ya su respeto en muchos encuentros militares. Díaz, aun ofreció a Khevenhüller, después de derrumbarse el Imperio, que permaneciera en México y que colaborara con él. La simpatía mutua entre los dos soldados, hasta entonces enemigos, se conservó hasta la muerte de Khevenhüller y se convirtió en amistad. La nostalgia de México -¡no del Imperio mexicano!- no lo abandonó durante toda su vida.

Más de treinta años después de la muerte de Maximiliano, la amistad entre Khevenhüller y Porfirio Díaz pudo emplearse con buen éxito en la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Austria-Hungría y México, asunto muy difícil desde ambos puntos de vista. Khevenhüller tuvo la idea de que como señal de reconciliación se construyese una capilla conmemorativa en el lugar donde murió Maximiliano en Querétaro y que la construcción corriese por cuenta de los mexicanos. Por consideración al partido juarista y al hijo del patricio, Benito Juárez Maza, Porfirio Díaz puso como condición que el gobierno mexicano, aunque sí proporcionaría el dinero, no apareciera como el constructor oficial. La obra fue financiada en secreto por México, con los recursos de los fondos confidenciales. Asimismo, el dinero era transferido, para ocultar al verdadero cliente, a un banco en Nueva York y de ahí otra vez a México. La dirección oficial de la construcción fue asumida por un austriaco radicado en México, el doctor Franz Kaska. Mientras tanto, en Querétaro se había construido un monumento en el Cerro de las Campanas por orden del gobernador, general Rafael Olvera, otro ex imperialista, en el año de 1884. Se levantaron tres columnas cuadrangulares sobre un pequeño zócalo embaldosado, en las que con letras de metal blanco se escribieron los nombres de los fusilados. El monumento se cercó con una baranda cuadrangular de cantera, en cuyos vértices se levantaron esbeltas columnas rematadas en cruces. Para evitar que los visitantes anti conservadores siguieran escribiendo injurias en contra de los sacrificados, se colocaron rejas entre columna y columna. Valentín F. Frías dice con insistencia que el lugar de las columnas no corresponde al sitio donde cayeron los cuerpos de los ajusticiados. Llama la atención el dicho de Khevenhüller en cuanto a que la condición de Austria para reanudar relaciones diplomáticas con México fuera que los mexicanos levantaran una capilla en memoria de Maximiliano, y no como se creía, en la historiografía

local, de que el hermano de Maximiliano, Francisco José de Austria, aportó los fondos. Sin duda, este acto del dictador puede considerarse como humillante para el México republicano por el afán de su gobernante de legitimar su figura de líder en Latinoamérica ante las potencias europeas. Un solo obstáculo había para comenzar la construcción de la capilla: el Cerro de las Campanas seguía siendo propiedad de particulares, por lo que el propietario dio su consentimiento para la erección del monumento sin transmitir la propiedad del predio. Como un gesto de agradecimiento, Francisco José envió a la familia Jimeno una cigarrera de oro. El Dr. Kaska encargó el proyecto de construcción al arquitecto Maximiliano Mitzel.

Concluido aquél, Kaska no pudo seguir dirigiendo la obra y delegó dicha función en el Sr. don Santiago Jimeno, dueño del predio y de toda la hacienda La Capilla, quien también al poco tiempo declinó la invitación, por lo que se solicitó la ayuda del presbítero don Marciano Tinajero y Estrada, director de la Escuela de Artes y Oficios y futuro obispo de Querétaro. Éste cumplió con tenacidad la determinación de que la capilla resultara sencilla y severa, dotándosele de un altar de madera, cuyo centro presidía una bellísima imagen de la Piedad debida al pincel de Delunge, del conservatorio de pintura de Viena, regalo del emperador Francisco José. Se trabajó para la capilla un recuerdo simbólico: una sencilla cruz de veinte centímetros, forjada con la madera de la fragata “Novara” que trajo en triunfo a Maximiliano cuando llegó a México y que lo condujo muerto en noviembre de 1867 a su patria. Por conductos diplomáticos, se suplicó al obispo de Querétaro, don Rafael Sabás Camacho, que bendijese la capilla concluida a finales de 1900.

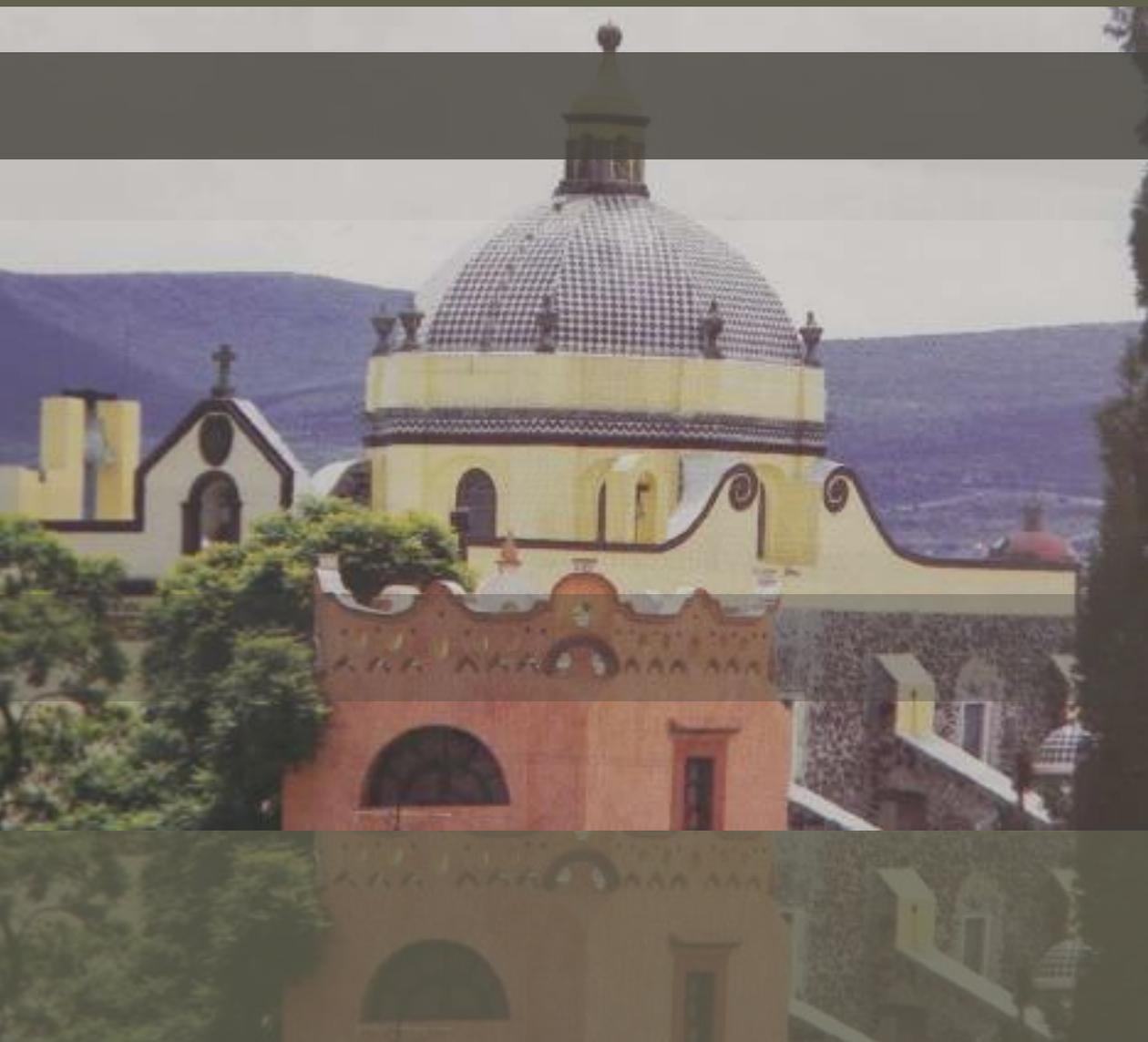
La construcción de una capilla conmemorativa para Maximiliano cumplió, pese a las dificultades que se alargaron durante años, el propósito de acercar otra vez a los estados nacionales –mexicano y austriaco–enemistados desde el cadalso de Querétaro. Hubo grandes complicaciones protocolarias debido a la ceremonia de inauguración. Díaz expresó el deseo, en una carta particular a Khevenhüller, de que una delegación austriaca viajara a México para las solemnidades. Viena no rechazó el deseo, pero insistió en una invitación oficial por parte de México, para lo que Díaz no estaba dispuesto a causa de la situación política interna y por consideración a los juaristas. Kaska y Khevenhüller fueron empleados una y otra vez para las negociaciones, pero los frentes se endurecieron en creciente medida. Khevenhüller sugirió entonces a su amigo, el ministro imperial y real de Relaciones

Exteriores, Goluchowski, la solución perentoria de que él, Khevenhüller, fuera a México para la consagración, con el conocimiento y la aprobación del emperador Francisco José, “pero sin una especial augusta orden”: “Esta solución parece la indicada para reconocer el empeño loable, por decir poco, del presidente Díaz en un acercamiento, sin perjudicar en absoluto la dignidad de Austria-Hungría”. En marzo de 1901, Khevenhüller viajó a México con su esposa, oficialmente como particular, pero fue recibido por parte de México como representante del Gobierno Imperial y Real “con todos los honores republicanos”. En la consagración de la capilla el 10 de abril de 1901 (o sea, el aniversario de la aceptación de la corona por Maximiliano en Miramar) participaron también la hija y una nieta del general Miramón, fusilado junto con Maximiliano, además de los embajadores alemán, belga y sueco. No asistieron representantes del gobierno mexicano, pero Díaz había preparado algunos gestos amistosos; aparte del pomposo recibimiento, también proporcionó un tren especial para llevar a los austriacos a Querétaro. Considerando la cuestión con benevolencia, quedaron satisfechas todas las condiciones. Al poco tiempo se intercambiaron embajadores y se firmó un tratado comercial y de amistad. Hasta el fin de la monarquía de los Habsburgo, la legación austriaca oyó todos los años una misa de réquiem en el aniversario de la muerte de Maximiliano, en la capilla de Querétaro, sin ser molestada por los mexicanos.

En 1939 el gobernador Noradino Rubio Ortiz comenzó la siembra de árboles, sobre todo eucaliptos, cediendo el gobierno federal varias hectáreas al gobierno local. En 1970 dejó de funcionar ahí el Centro Expositor de la Feria Anual de Querétaro -que se llevó a cabo de 1958 a 1969- y comenzaron las obras para construir el Centro Universitario, mismo que se inauguró el 8 de diciembre de 1973 con la presencia del presidente Echeverría, el gobernador Antonio Calzada Urquiza y el rector de la U.A.Q. José Guadalupe Ramírez Álvarez.



SAN SEBASTIÁN



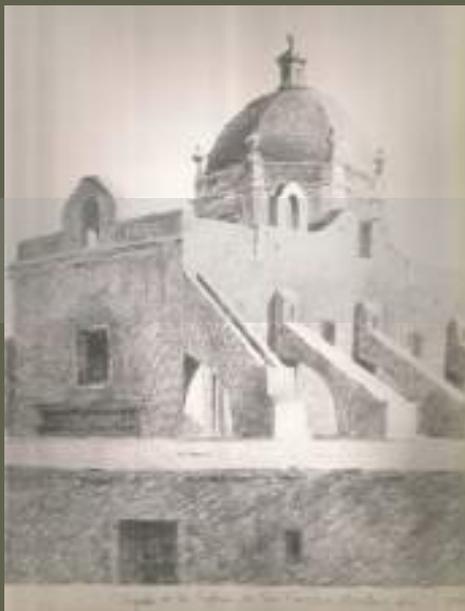
San Sebastián y El Faldón.



Mesón de San Sebastián.



Jardín San Sebastián.



San Sebastián,
dibujo de Fernando Pérez Nieto.

SAN SEBASTIÁN

(ENTRE LAS CALLES DE PRIMAVERA Y OTOÑO)

Es sin duda el barrio tradicional más importante de la Otra Banda, al norte del Río Querétaro, no solamente por su amplitud sino también por la existencia de casonas de imponente belleza y los hechos históricos desarrollados en su mesón y templo durante el sitio. Escribo de su amplitud porque iba de la actual calle de Marte hasta la hacienda de La Era, incluyendo el viejo panteón de San Sebastián, por la prolongación de la calle Primavera. La apertura de la calle Corregidora en 1962-1963 vino a romper con la unidad del barrio, porque ahora difícilmente los jóvenes y adultos no mayores de las calles del poniente de San Sebastián se sienten identificados con el antiguo templo y barrio.

El barrio de San Sebastián ya aparece registrado en documentos del siglo XVI. En documentos indígenas se menciona que algunos caciques importantes se trasladaron a la Otra Banda para instalarse definitivamente en comunidad.

Entre 1602 y 1603, los “jueces de Congregación” nuevamente reubicaron en San Sebastián y otros puntos de la Otra Banda a los naturales provenientes en su mayoría de Huimilpan y Apapátaro.

El templo del barrio, se levantó en 1718, como ayuda de parroquia de Santiago y muy pronto fue convertida en parroquia que extendía su dominio hasta La Cañada, al ser secularizada en 1768. Su primer párroco fue el Dr. Miguel Zárate.

El bachiller Zelá e Hidalgo, en Las Glorias de Querétaro, escritas a principios del siglo XIX, dice que la parroquia de “San Sebastián Mártir” estuvo como auxiliar de la de Santiago hasta 1720, entonces le adjudicaron algunas haciendas circunvecinas para la mejor subsistencia de los curas. Para 1774, en el templo de San Sebastián, se encontraba en funciones la Cofradía del Santísimo Sacramento y la de las Ánimas.

Posteriormente el templo fue objeto de mejoras, se estableció un panteón en 1718, casi en los terrenos de la hacienda de La Era y, frente al asilo, a principios del siglo XX, fue construida una escuela de canto litúrgico, por el P. Felipe Sevilla, a quien se le debe también la fundación del hospital para pobres y un colegio parroquial gratuito.

El templo está compuesto de capillas atrio, casa cural, teatro, caballerizas y sala de reunión. La plaza de San Sebastián todavía conserva sus añosos árboles, la fuente que fue construida en 1778 frente al atrio-cementerio del templo de San Sebastián, y la señorial Casa del Faldón, caracterizada por su torre estilo mudéjar, argumento de una leyenda que se ha convertido en un lugar común para los queretanos.

En la capilla del camposanto de San Sebastián, el 5 de septiembre de 1823, se levantó un vistoso y elegante túmulo y varias posas que venían desde el Cerrito, San Sebastián y El Tepetate, hasta El Puente Grande, para recibir los restos de los héroes de la Independencia que se trasladaban del norte del país a la Ciudad de México.

El panteón perduró incluso más allá de lo que permitían las Leyes de Reforma, toda vez que estuvo en uso hasta principios del siglo XX. Este panteón pertenecía a la parroquia de San Sebastián y se encontraba en lo que hoy es la colonia La Era como dije líneas arriba. Este panteón que se encontraba exactamente entre la calle de Esperanza Mc Cormick -sin ocupar toda la cuadra de Estío a Esperanza Mc Cormick- únicamente una tercera parte de esta manzana, que la conformaban hacia el oriente, la calle de Estío; al poniente, la calle de Esperanza Mc Cormick; al norte, la calle de Primavera; y al noroeste la calle de El Retablo. En la inundación de 1912, provocada por que se reventó la presa de Atongo e hizo que se saliera el Río Querétaro de su cauce, los restos humanos del panteón de San Sebastián fueron sacados por la corriente de agua de sus tumbas, seguramente a flor de tierra, y fueron arrastrados hacia el poniente ciudadano como afirma el cronista Eduardo Rabell Urbiola.

No es como mucha gente dice que en el fraccionamiento La Era todas las casas están construidas sobre las tumbas del panteón; esta explicación es incompleta porque no todo el fraccionamiento se construyó sobre el camposanto; por otro lado, si bien procuraron sacar todos los cuerpos de las tumbas, no sacaron el total de los restos que había, pues algunas fosas eran muy profundas, tenían entre 2 y 3 metros de profundidad y estaban enterrados hasta la cantidad de tres difuntos, uno sobre otro.

La gruesa puerta del panteón era de madera tallada y en cada una de las hojas del zaguán tenía un ángel meditando y unas calaveras muy bien labradas; de la puerta del mismo, hasta la puerta de la capilla que se usaba como descanso, había un pasillo y, a mitad de él, estaba una cruz atrial grande de cantera, grabada con todos los objetos usados en la crucifixión; tales como la escalera, el martillo, los clavos, la corona, el gallo, el cáliz y no recuerdo qué más. Una cruz como ésta se encuentra en el atrio del templo de Santo Domingo. Los padres dominicanos la rescataron del panteón del Espíritu Santo, que se encontraba donde hoy es el Colegio Salesiano.

La capillita panteonera, que en aquel tiempo se usaba como descanso, estaba muy limpia, con su modesto altar y su piso, ambos de tabique, donde había algunas losas tapando restos de algún difunto que ahí se enterraba. Pero irremediablemente, con el tiempo, terminó la destrucción de este interesante panteón, que hoy está convertido en un conjunto de casas habitación, dejando únicamente en pie la capillita de descanso, la cual fue remodelada y ahora es una linda ermita dedicada al culto de San Judas Tadeo.

La decisión gubernamental de derruir el camposanto de San Sebastián llegó a mediados del siglo XX, pienso que con el gobernador Manuel González de Cosío (1961-1963). Empezaron los albañiles a demoler todas las gavetas que se encontraban a la entrada del panteón, tanto del lado derecho como del izquierdo, por la calle de Primavera, así como por la huerta del señor Cerón y una parte por la huerta del casco de la ex hacienda de La Era; estas gavetas, las cuales se encontraban empotradas en la pared, guardaban ataúdes que estaban en excelentes condiciones y, dentro de éstos, fueron hallados cuerpos momificados en muy buen estado; de hecho, algunos fueron acomodados dentro de las bellas criptas que había. Algunas de estas momias se encontraban un poco rotas; pensando yo en que merecían un final mucho mejor, los vecinos veían cómo los albañiles las hacían pedazos con las palas y los picos, sin consideración alguna.

El 14 de marzo de 1867, de las alturas de San Pablo y de San Gregorio, bajan tropas juaristas en número de doce mil que asedian de continuo el flanco poniente de los defensores. En el Puente Grande hace nutrido fuego un cañón rayado causando estragos a los sitiados, pero un contra ataque vigoroso de Salm Salm hace replegar a los republicanos, dejando en manos de los imperialistas el cañón Parrot de ocho libras que mucho daño estaba haciendo, pero apoderándose aquéllos del mesón de la Otra Banda y del Puente Colorado que une a la ciudad con el barrio de San Sebastián. A pesar de la superioridad numérica de los sitiadores, los

sitiados lograron salir de sus trincheras y perseguir a sus enemigos, apoderarse de un cañón y hacerles trescientos prisioneros a los que matan inmediatamente queriendo vengar a los ajusticiados de San Jacinto.

Al norte del Puente Grande (Invierno y Universidad) se encuentra el mesón de la Otra Banda, el cual está ocupado por los imperialistas y es una importante atalaya en contra de los republicanos que tienen tomado el barrio de San Sebastián a unos cuantos cientos de metros. Éstos, el 24 de marzo de 1867, mantienen un fuerte cañoneo y fuego de fusil en contra del mesón de referencia –baldado de adobe– además de granadas, muchas de las cuales pasan arriba de la muralla sin estallar y otras, por mala puntería, estallan hasta el centro de la población. Por la noche del día 25 de marzo, los imperialistas hacen una salida por el norte y otra por el poniente, pero los resultados son adversos, pues al ser rechazados por el general republicano Antillón en el barrio de San Sebastián, éste avanza hasta el extremo sur del Puente Colorado sobre el Río Blanco; por el poniente tampoco lograron nada efectivo. Por cierto, entre los días 25 y 26 de marzo los sitiadores trataron repetidamente de destruir el Puente Colorado que comunica a la ciudad con San Sebastián, pero no lo consiguieron gracias a la defensa imperial.

Los imperialistas acordaron el 31 de marzo lanzarse sobre San Gregorio y San Pablo, para recuperar el Puente Colorado, porque creyeron que los republicanos se habían reforzado hacia el poniente debilitando el frente norte. La infantería del coronel Farquet, dos regimientos de caballería y la artillería situados en el Cerro de Las Campanas, llevarían a cabo dicha acción, comandados por Miguel Miramón.

El día primero de abril llegó movido; desde la madrugada se hicieron varias movilizaciones dentro de la plaza sitiada. En la explanada oriental del Cerro de Las Campanas se colocaron aproximadamente unos mil caballos de la división de Mejía y que tienen como evidente objetivo apoyar un movimiento principal. Casi al unísono se desprende la brigada de Salm Salm desde la garita de Celaya con rumbo a San Sebastián a las tres de la mañana, en cuyo templo y en lo alto de su torre están los artilleros republicanos castigando severamente a los imperialistas en sus trincheras a lo largo de todo el Río Blanco, y es por eso que es tan importante ganar el barrio y templo de “los encuerados”, porque lograrlo sería camino casi seguro para tomar también La Cruz del Cerrito, San Gregorio y San Pablo. Miramón era la cabeza de este audaz ataque imperialista, su quinta salida en lo que iba del sitio. El Macabeo alcanza un gran éxito al apoderarse de San Sebastián simulando ataques hacia el centro y derecha de la línea norte del sitio

y, auxiliado por Pitner y Félix de Salm Salm, se echa sobre La Cruz del Cerrito, la Trinidad y San Gregorio. Repuesto el mando sitiador una vez que Escobedo es avisado del sorpresivo y virulento ataque, se apersona en el lugar y ordena que se corte el avance del ex presidente aislándolo de su centro de operaciones. Para el efecto envía a La Cañada por las tropas de Rocha que gozaban de un refrescante baño, las cuales retornan a la ciudad para participar en la lucha. Gracias al ímpetu y pericia de Sóstenes Rocha, su movimiento está a punto de cortar a las tropas enemigas; éstas se dan cuenta y retroceden hacia el centro de la plaza apoyadas por su artillería colocada en el mesón de San Sebastián y en el riachuelo. Apenas son las nueve de la mañana y Miguel Miramón entra como campeón trayendo varios prisioneros y dos cañones arrebatados a los rojos (así llamaban a los liberales) apostados en el sur. Esta fulgurante pero efímera salida y repentino regreso costaron muy caros al Macabeo en bajas y en que su íntimo amigo, coronel Farquet, resultara gravemente herido de una rodilla.

Los chinacos se portaron muy crueles al final del combate de ese 1 de abril de 1867, ya que éstos remataron a los imperialistas heridos en el campo de batalla echándolos al Río Blanco para que se ahogaran y los vieran sus compañeros ubicados en las trincheras. Los republicanos hicieron setenta y ocho prisioneros en total, de los cuales treinta se hallaban heridos y causaron la muerte a cuarenta y cinco más. Ese día, 1 de abril, el general Antillón, estaba haciendo sus necesidades detrás de una nopalera –fumando el clásico cigarro relajante- cuando el ataque de los verdes (así llamaban a los conservadores) lo toma por sorpresa y tiene que huir con el trasero al aire, sin limpiarse y sin zapatos, para no morir, siendo la irrisión de sus propios subordinados.

El 2 de abril es designado Sóstenes Rocha –por su gran preparación científica- jefe militar en San Sebastián, e inmediatamente manda establecer una línea perfecta: para ello –y sin importarle el fuego imperialista- inicia la construcción de barricadas en todas las bocacalles de la zona; así mismo, comenzó el aspilleramiento de las paredes que dan al Río Blanco y ocupó de una manera sólida la iglesia y la torre –ésta especialmente- del hermoso barrio. En la tarde-noche de este día las barricadas se convierten en trincheras y se coronan con sacos de tierra algunos de los edificios dominantes –como la arabesca Casa del Faldón- por lo que este día San Sebastián se transforma en la fortaleza más inexpugnable de los chinacos para que no se repita la experiencia del día anterior. Se operó también del lado republicano un movimiento de avance para recoger y enterrar varios de sus muertos que llevaban un buen número de días insepultos.

El 3 de abril Sóstenes Rocha terminó las obras en la Otra Banda y no ha dejado en todo el día de hostilizar a los mochos, especialmente a los que se encuentran en la línea del Río Blanco. Éstos a su vez responden con artillerías colocadas una bajo el Puente Colorado, otra en una casa de altos al sur del Puente Grande y otra más que está en la azotea del mesón de San Sebastián, que a pesar de estar del otro lado del Río, sigue en poder de los reaccionarios o cangrejos. El duelo entablado en este sector ha cobrado muchas vidas y pérdidas materiales, dejando edificios vecinos –casas particulares- en estado ruinoso. –Sale más barato demolerlas y volver a construir que tratar de reconstruirlas- observan los vecinos al contemplar desde sus azoteas los destrozos ocasionados por el sitio.

Teniendo en cuenta los sitiados de que la posición del republicano Rocha en la Otra Banda, concretamente en la torre del templo de San Sebastián, es sumamente mortífera para ellos, deciden organizar para el 5 de abril la sexta salida, la que se realiza con extremo sigilo, hacia el Puente Grande, donde Rocha repele el ataque con energía y los recibe y despide con un vivísimo fuego que costó pérdidas de mucha consideración a los atacantes verdes. El 7 de abril, entre los puentes Grande y Colorado, la artillería de Sóstenes Rocha ha derribado ya una casona de mampostería que daba a la ribera del Río en su afán de ganar el mesón de San Sebastián que sigue en poder imperialista y desde el cual es puesto en jaque el principal bastión juarista; dicho mesón ha resistido a las granadas y a los cañones por ser de adobe, por lo que ahora el objetivo es destruirlo volándolo. A este fin ha dispuesto que de inmediato sus soldados comiencen a abrir una galería por la calle que va de San Sebastián al Puente Grande (hoy Corregidora Norte), hasta llegar bajo del mesón para construir ahí la hornilla y volar el hostal de referencia.

Después de entrevistarse con Maximiliano en La Cruz el 22 de abril, don Miguel Miramón acude al Puente Colorado, autorizado por su emperador y acompañado de Ramírez de Arellano, para sostener una charla con su antiguo compañero de aulas en el Colegio Militar, el general Sóstenes Rocha, de la cual no había dicho nada ni siquiera a su hermano Carlos que se hallaba casi siempre a su lado, para lo cual se suspenden todas las hostilidades sobre el Río Querétaro. Por medio de un mensajero del campo contrario, Miramón recibió una carta de su noble amigo el coronel liberal José Rincón Gallardo, quien desea encontrarse con él. Este oficial y su hermano Pedro proceden de una familia de nobles desde la época virreinal; su madre, la marquesa de Guadalupe, era muy amiga de Maximiliano y dama de

Carlota. Evidentemente los juaristas consideraban que había llegado el momento de negociar la rendición de los verdes. También estaría en la plática otro viejo amigo de Miguel, el coronel republicano Montesinos y el propio Rincón Gallardo. Eran las nueve de la mañana la hora en que se llevó a cabo esta corta pero crucial plática en la que Rocha instó a Miramón a decirle a Maximiliano que capitulara lo más rápido posible, prometiendo la libertad a los jefes imperialistas de la plaza, incluida la del pseudo emperador. Miramón no llevaba poderes ni instrucciones para acceder a tanto, así que se niega y pregunta a su fraterno el por qué los juaristas no se adhieren a la idea de convocar a un congreso constituyente que decida la forma de gobierno en México, ya que desde hace dos años venció el período presidencial de Juárez. Para concluir, Rocha invita a Miramón a pasarse en lo individual a las filas chinacas pero éste se niega terminantemente, lo mismo que a hacer un alto temporal al fuego, retornando así con su acompañante a informar de lo acontecido al ahora inseguro y acalambrado Maximiliano, después de dar un fraternal y apretado abrazo a sus viejos compañeros de escuela.

La sed se constituye en el jinete apocalíptico más feroz, a lo que se debe de enfrentar la población y, por tanto, la soldadesca, como si fuera nuncio de la muerte en el escenario de tragedia que vive Querétaro. Posesionados los republicanos de la línea del Río en casi toda su extensión –menos en el Puente Grande y mesón de San Sebastián-, ni siquiera la caballada imperialista puede acercarse a beber en la pútrida agua. Muchos de los caballos moribundos por la sed, el hambre y las heridas, han sido sacrificados y con su carne se abastece la ración diaria a los soldados; también las mulas de las baterías imperialistas se hallan en estado lastimoso, atadas días y noches, mal alimentadas, flacas y llenas de mataduras, pese a los cuidados que se les prodigan para contener su sufrimiento, el que las deja con un aspecto horroroso, por lo que son sacrificadas. Una pequeña porción de estos cárnicos llega al pueblo, el que tiene que pagar precios muy elevados.

Los imperialistas tenían a su disposición los panteones de Santa Ana de 1826, el de El Espíritu Santo de 1637 -año de la peste- y el de La Cruz de 1683. Por su lado, los republicanos podían utilizar los de Santiago de 1531, San Isidro de 1840 y el de San Sebastián de 1718. El problema es que ya estaban saturados por tanta mortandad. El 5 de mayo de 1867, en el quinto aniversario de la batalla de Puebla donde el Ejército mexicano derrotó a los franceses, hay un gran jolgorio republicano y festejos con fuegos artificiales por toda la línea de circunvalación.

A las ocho de la noche, después de los fuegos artificiales, siguen fuegos de verdad, ya que desde las alturas que rodean la población bajan los chinacos que

hacen replegarse a los sitiados más allá de sus trincheras, haciendo parecer que el sitio se estrecha más. Es tal el estruendo que los vecinos creen que esa noche caería Querétaro en manos de los juaristas, pero es más el efecto psicológico que la realidad porque todo ese argüende es producto de los alcoholes ingeridos por los festejantes. Los imperialistas responden atacando San Sebastián y relativamente pronto terminan el ataque y su respuesta.

Llega el 14 de mayo de 1867 y nadie de los sitiados piensa más que en la salida que deberá realizarse esta noche o entradas las primeras horas del día 15, a las tres de la mañana concretamente. Durante el día desertan varios individuos de tropa imperial porque no quieren acudir a una muerte inexorable, según dice el parte del capitán imperialista Rodrigo Adalid; solamente en la línea de San Sebastián se pasaron doscientos cangrejos hacia el campo enemigo. Miramón hace correr la versión de que la salida se hará por San Gregorio –para que los informantes de Escobedo le lleven la noticia falsa- por lo que en el Cuartel General republicano se ordena el refuerzo en ese cerrillo, cuando en realidad la acción será por otro rumbo.

El domingo 24 de junio Escobedo escribe a su Cuartel General y pide se saque una foto al vehículo que sirvió de transporte a Maximiliano rumbo al patíbulo. Se pide que la placa sea tomada lejos de miradas acusadoras, por lo que se escoge como escenario la esquina de Ribera del Río con calle de El Puente, frente al mesón de la Otra Banda o de San Sebastián.

EL PUENTE GRANDE O DE EL MARQUÉS



Mesón de San Sebastián.



Puente Corregidora.

EL PUENTE GRANDE O DE EL MARQUÉS

(AVENIDA UNIVERSIDAD ESQUINA CON INVIERNO Y JUÁREZ)

Este magnífico puente fue mandado construir por el marqués Juan Antonio de Urrutia y Arana, en 1730, con el dinero que recibió de la dote por haberse casado con doña Paula de Guerrero y Dávila, ya que se compadeció de los vecinos de la Otra Banda que no tenían forma de atravesar hacia la ciudad en tiempos de lluvias en busca de sus víveres, ya que en ese vado, precisamente, Fernando de Tapia había desviado el cauce del hoy Río Querétaro para mandarlo hacia el poniente, en lugar de atravesar la población por la hoy calle Juárez, que fue la primera calle de la actual ciudad de Santiago de Querétaro.

Las inundaciones en dicho lugar eran frecuentes. La cantera y lo lujoso del puente corresponde al Siglo de Oro de la economía queretana, cuando éramos la tercera ciudad de toda América, mientras Nueva York, Los Ángeles y Buenos Aires eran simples aldeas, y Santiago de Querétaro una metrópoli.

Aunque el sólido y elegante puente construido por el marqués fue remodelado en 1903, por el ayuntamiento capitalino —rebautizándolo con el nombre de Puente de Los Héroes—, me atrevo a decir que fue el primero en permitir el paso de vehículos de tracción animal en la ciudad, ya que el “Puente Colorado” que va de la calle Pasteur a San Sebastián sólo permitía el paso de un caballo o una mula, y el puente Grande fue primero en tiempo y mucho más ancho que aquél.

La importancia del Puente Grande fue mucha, por ser el paso único y años después el paso principal hacia la Otra Banda, la que se formaba por los barrios de San Sebastián, La Cruz del Cerrito, La Trinidad, San Gregorio, San Roque y Santa

Catarina. El nombre impuesto en 1903 como Puente de Los Héroes fue en alusión a las batallas celebradas en dicho lugar en el sitio de 1867, entre republicanos e imperialistas.

Junto al puente que hoy estudiamos estaba una plaza con una gran fuente, misma que recibió también el nombre “de Los Héroes”, y que hoy conocemos como jardín de los Platitos, dada la remodelación que hizo de esa plazuela el gobernador don Noradino Rubio en 1941.

En el Puente Grande hizo nutrido fuego un cañón rayado causando estragos a los sitiados aquel 14 de marzo de 1867, en pleno sitio de Querétaro, pero un contra ataque vigoroso de Salm Salm hace replegar a los republicanos, dejando en manos de los imperialistas el cañón Parrot de ocho libras que mucho daño estaba haciendo. A las cinco de la tarde de aquel día había cesado el combate en las dos líneas, señal de que la chinaca se había retirado ordenadamente y únicamente en el Puente Grande continuaba la pelea.

La población trata de volver a la situación normal, tanto más cuanto ya se siente la falta de víveres, sobre todo entre el bajo pueblo. Muchos curiosos han acudido al Puente Grande –pese a la prohibición de la prefectura- atraídos porque allí el día 14 de marzo se vertió tanta sangre, fresca aun en sus orillas, que el agua se tiñó de rojo.

El 16 de marzo al amanecer, entre la plaza de San Francisco y el Puente Grande –por donde debía pasar la artillería y la caballería-, había una trinchera y carros destruidos que obstruían el paso y para cuando fueron retirados los obstáculos, también era demasiado tarde para que los sitiados atacaran a los sitiadores por el rumbo de San Gregorio.

Al norte del Puente Grande se encontraba el mesón de la Otra Banda o de San Sebastián, el cual estaba ocupado por los imperialistas y era una importante atalaya en contra de los republicanos que tenían tomado el barrio de San Sebastián a unos cuantos cientos de metros. El mesón se encuentra en plena restauración en este año de 2016, después de haber sido embargado por Hacienda y el IMSS durante muchos años.

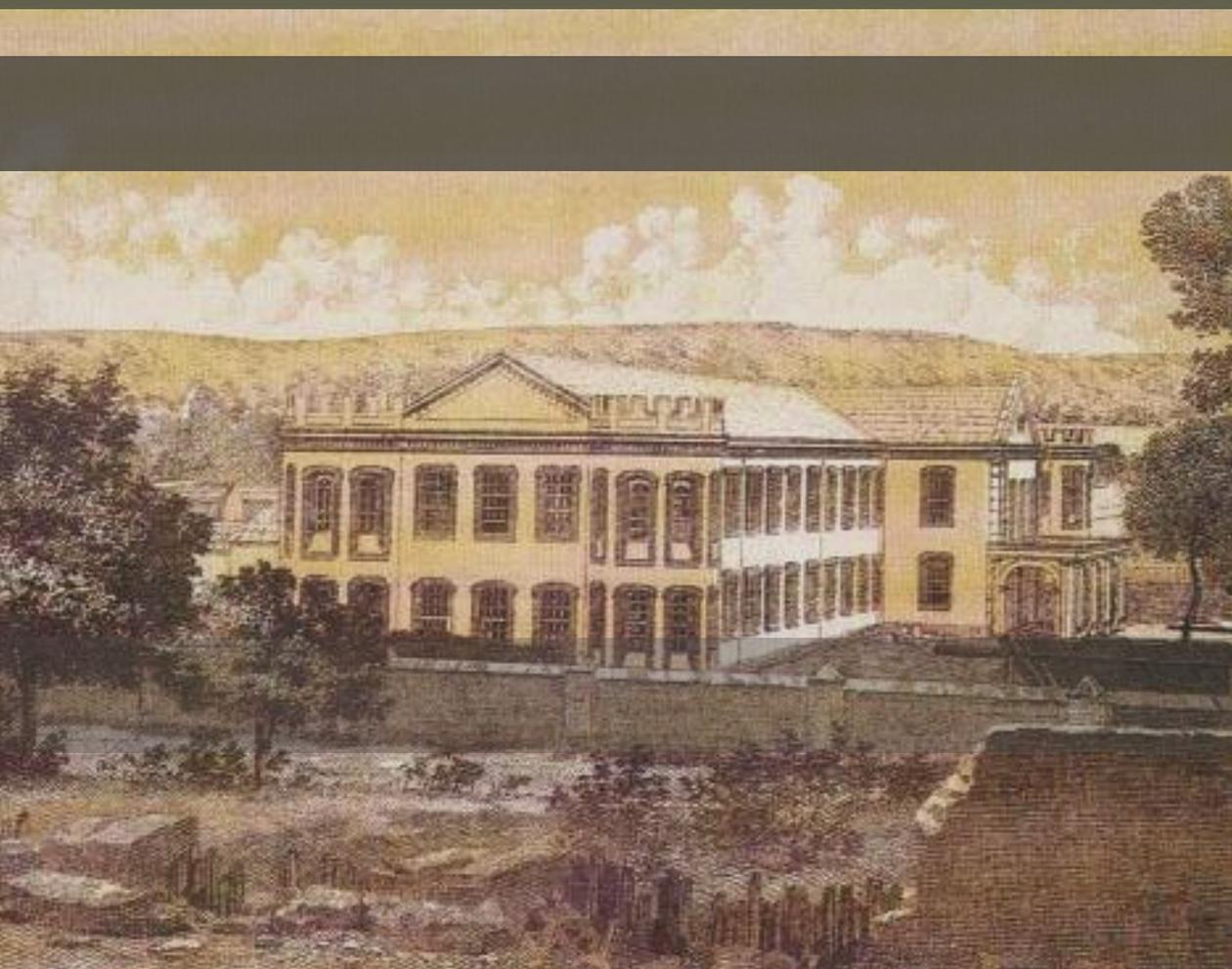
Teniendo en cuenta los sitiados de que la posición del republicano Rocha en la Otra Banda es sumamente mortífera para ellos, deciden organizar para el 5 de abril la sexta salida, la que se realiza con extremo sigilo, hacia el Puente Grande, donde Rocha repele el ataque con energía y los recibe y despide con un vivísimo fuego que costó pérdidas de mucha consideración a los atacantes verdes.

La sed se constituye en el jinete apocalíptico más feroz en el mes de abril de 1867, a lo que se debe de enfrentar la población y, por tanto, la soldadesca imperialista, como si fuera nuncio de la muerte en el escenario de tragedia que vive Querétaro. Posesionados de la línea del Río Blanco en casi toda su extensión –menos en el Puente Grande y mesón de San Sebastián-, ni siquiera la caballada puede acercarse a beber en la pútrida agua.

La ruta que siguió el patricio oaxaqueño, Benito Juárez, el 5 de julio de 1867 al pernoctar en la ciudad fue Santa Rosa Jáuregui, San Pablo, San Gregorio, Cerro de Las Campanas, ribera del Río hasta el Puente Grande o de El Marqués, vuelta a la derecha por calle de El Puente, Miraflores, El Tesoro, La Alhóndiga y llegada a la esquina del Portal de Carmelitas con calle de El Hospital (actuales Juárez y Madero) donde se le había construido un arco floral. De allí será llevado a su alojamiento.



MOLINO DE SAN ANTONIO



Molino de San Antonio. Litografía.



Molino de
San Antonio.



Molino de San Antonio.
Vista posterior.

MOLINO DE SAN ANTONIO (AVENIDA UNIVERSIDAD ENTRE MARTE Y RONCOPOLLO)

Para entender la historia de este lugar no hay como acudir a la obra de la doctora Patricia Luna Sánchez. Este molino fue conocido a partir de diciembre de 1608 como “Molino de Cortés”, al haber adquirido el terreno en el que se encuentra la edificación Hernán Sánchez Cortés en 1606, producto de la compraventa celebrada con la antigua propietaria del predio que respondía al nombre de María Salomé. Hernán era un ganadero muy amigo del cacique Diego de Tapia y obtuvo autorización real para construir un molino y explotarlo en las orillas del Río Querétaro, del lado de la “Otra Banda”. Para financiar su empresa, Hernán pidió crédito al convento de Santa Clara que ya tenía en esa época excedentes económicos a su favor. Hernán heredó la finca a su primogénito Cristóbal Sánchez Cortés y al morir éste la adquirió el español Antonio Rodríguez Camacho, tal como lo dice Patricia Luna.

El inmueble estaba dividido desde su construcción en “molino de moler harinas”, huerta, viñedo y casa habitación, además de un área para el secado del grano, según la docta Patricia Luna Sánchez. Este empresario hispano Rodríguez Camacho le dejó la finca -mediante testamento- a su hija Isabel. El predio y su construcción valía a finales del siglo XVII 20 mil pesos en oro común, y es cuando lo adquiere el capitán Alonso Sánchez Grimaldo “El Viejo”, quien al morir deja como sucesor a su hijo Alonso Sánchez Grimaldo Lara, “El Joven” quien muere prematuramente antes de tomar los hábitos, allá por 1732. A su muerte transmitió la propiedad a manera de herencia al alférez Andrés de la Molina y a Joseph Aguirre y la Rea, quienes la remataron en favor d Joseph de Estrada y Corona quien a los dos años la vendió en 1735 a las monjas de Santa Clara de Querétaro.

El 12 de febrero de 1767 le es entregada la propiedad del molino de San Antonio a Juan Antonio de Urrutia Jáuregui y Aldama, Marqués del Villar del Águila, que también adquirió de las clarisas el molino Colorado o de Hércules, según la investigación de la autora multicitada.

Al morir el marqués correspondió su herencia a su descendiente Mariano Marcos Fernández de Jáuregui y éste a su vez a sus hijos José María y Timoteo, quienes por los años cuarenta del siglo XIX lo adjudicaron a su tío Manuel Pastor, el que a su vez lo volvió a vender a su sobrino José María Fernández de Jáuregui. Éste vendió la propiedad a la compañía de Félix Malo y Juan Goroztiaga el 25 de abril de 1856, pero al mes de comprado lo vendieron a Cayetano Rubio el 16 de mayo de 1856, según lo documenta Patricia Luna. Uno de los problemas principales para echar a andar el molino era la falta de agua, por lo que el industrial español se dio a la tarea de litigar y hasta convenir con los mercedarios del vital líquido que eran los vecinos de San Sebastián, además de traer agua del Río Querétaro y de la presa de la Purísima por un acueducto de su propiedad. Cabe mencionar que Cayetano Rubio no solamente utilizó la infraestructura del predio para molienda, sino que también lo dedicó principalmente para fábrica de hilados y tejidos.

El inmueble es ocupado desde la tercera centuria del siglo XX por los Hermanos Maristas, donde han funcionado lo mismo el Instituto Queretano y la Universidad Marista.

La línea defensiva o interior de los sitiados de 1867 quedó establecida en los primeros días de marzo, con La Cruz como apoyo importantísimo al oriente, pasando por San Francisquito hasta la Alameda; por el sur de la Alameda hasta la hacienda Casa Blanca; al poniente por la hacienda de La Capilla, Cerro de Las Campanas y el Río Blanco; y por el norte el Río Blanco, con punto de apoyo en el Puente Grande, quedando sin cubrir el inaccesible tramo lleno de peñascos entre el molino de San Antonio (hoy Instituto Queretano y Universidad Marista) y La Cruz, además se protegieron con trincheras interiores en las tortuosas calles del rumbo del Sangremal.

Este inmueble es una edificación grande y sólida que sirvió durante el Sitio para cuartel de tropa, hospital de sangre y a donde Juan Sánchez, o Juan Camote, llevaba noticias sobre lo que ocurría en la plaza. Durante pocos días después del 15 de mayo de 1867, se acuartelaron allí tropas que posteriormente fueron enviadas a México, para continuar el sitio de la capital encabezado por el general Porfirio Díaz Mori.

Hacia las seis de la tarde del 14 de mayo de 1867 se desprende de las últimas casas de la población, por la calle de La Espada (hoy esquina de Gutiérrez Nájera con 15 de Mayo), la solitaria figura de un coronel vestido con elegancia y ondeando en la punta de su espada un pañuelo blanco de parlamentario (Para Somuano López eran las ocho y media de la noche. Hay una hora y media de diferencia entre varios autores y éste, lo que parece ilógico dada la poca distancia entre la trinchera y el molino de San Antonio. Escobedo, en su informe enviado al presidente Díaz veinte años después aclarando los acontecimientos de la toma de Querétaro contraviene a Somuano pues dice que lo buscaron de parte de López a las siete de la noche.). Su salida es propiciada desde la casa de Juan Sánchez, alias “Juan Camote” (actual 16 de Septiembre 95). Llega al noreste de la ciudad, cruza los alfalfares y se detiene frente a la ya famosa trinchera ubicada entre la casa vieja de matanza (el rastro) y el panteón de Santiago (hoy tianguis de La Cruz), al mando del teniente republicano Concepción Soberanes, alias “el Concho”. Lacónico, informa López a éste que desea hablar con el jefe del sector, por lo que se da parte al coronel Julio María Cervantes que ordena lleven al compadre de Maximiliano a su presencia. Se le conduce ante el futuro gobernador de Querétaro, quien está comiendo con sus allegados coroneles Carlos Fuero y Juan López, y el ayudante mayor Evaristo Dávalos en el molino de San Antonio (hoy Universidad Marista) y ante ellos se identifica como el coronel Miguel López que desea hablar urgentemente con el general en jefe Mariano Escobedo. Avisado éste inmediatamente por Evaristo Dávalos, media hora después ordena que no se conduzca a su presencia al tal López sino que él acudirá al molino antonino a la tienda del coronel Cervantes para hablar con el jefe imperialista en una hora más, cosa que sucede de manera reservada a solicitud de Miguel. Es tan reservada la entrevista que nadie supo nunca con certeza de lo que se habló en ella, aunque para el doctor Ratz cuando menos López le informó a los chinacos de la salida proyectada y tantas veces prorrogada. Tan pronto termina la cita –unos veinte minutos- Escobedo ordena que se permita al coronel reintegrarse a las líneas sitiadas dándole la protección necesaria. Apenas Miguel se retira, en compañía de un oficial de los liberales, disfrazado éste, el general en jefe comienza a dar terminantes y precisas disposiciones para un ataque que habrá de verificarse a las tres de la madrugada del día siguiente, o sea, madrugada del 15 de mayo, al convento de La Cruz, haciendo responsable directo del movimiento al general Francisco Vélez a quien de manera violenta ordena se busque.

El coronel Miguel López llegó a las filas republicanas del molino de San Antonio y dijo a Escobedo que el emperador ya no quería que se siguiera derramando sangre mexicana por su causa y deseaba negociar la capitulación. López pidió que se permitiera trasladarse a Veracruz, donde había un barco listo para llevarlo a Europa. A cambio, ofreció franquear el paso a las tropas republicanas para que ocuparan el convento de La Cruz, cuya caída haría que se desmoronase toda resistencia, según cuentan los centinelas que alcanzaron a oír algo en el molino de San Antonio. También es probable que aprovechando la ocasión, el gestor obtuviera de Escobedo una recompensa de treinta mil pesos y la libertad, en pago a su participación en la maniobra, según dicen los prisioneros de La Cruz que no se la perdonan, al igual que los coroneles Pepe y Pedro Rincón Gallardo.

TRINCHERA DE DAMIÁN CARMONA



Trinchera de Damián Carmona.



Trinchera de
Damián Carmona.
Fotografía de
Pilar Carrillo Gamboa



Maestranza.



Trinchera de
Damián Carmona.
Fotografía de
Pilar Carrillo Gamboa



Matanza vieja.

TRINCHERA DE DAMIÁN CARMONA

(CALLE DAMIÁN CARMONA ENTRE LA CALLE SITIO DE QUERÉTARO Y AVENIDA UNIVERSIDAD)

Inmediata al Río Blanco, con vista al oriente y al norte, estuvo la Casa de Maestranza de la ciudad y más delante –hacia el poniente- el panteón de Santiago; entre estos dos puntos estableció una trinchera el Quinto Batallón de San Luis Potosí, al que pertenecía el humilde soldado Damián Carmona. La tarde del 27 de abril de 1867, día de notables sucesos en el Sitio, la artillería imperialista ametralló constantemente la línea de circunvalación. A Damián Carmona correspondió la guardia como centinela y a pocos pasos de donde se encontraba estalló una granada, uno de cuyos fragmentos le arrebató en pedazos su fusil; inmóvil sólo grito: “¡Cabo de Cuarto!” Se le contestó con las palabras de ordenanza: “¿Qué ocurre?” Y el héroe tan sólo dijo: “Estoy desarmado”. Este acto insólito de valor heroico lo recordaba un monumento sencillo, inaugurado en 1967 que desafortunadamente fue destruido por el tiempo y la abulia gubernamental. En el año de 2014 el Ayuntamiento de Querétaro dignificó el lugar y colocó una nueva estatua (que no parece de Damián Carmona sino de un soldado germano).

Los muros de adobe y piedra que estuvieron entre 1867 y 1981 fueron destruidos al igual que la hermosa arquería de cantera que fue puesta en 1967. En ese año cambió la nomenclatura de la calle en donde está ubicada la placita, que de llamarse Manuel Tolsá pasó a ser oficialmente calle Damián Carmona.



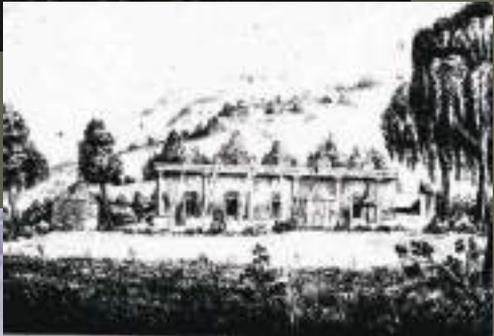
ΡΑΤΗΕ



Patché.



Patehé



Litografía, de Patehé y Garita de La Cañada



Patehé

PATEHÉ

(CAMINO DE LA HERRADURA A LA CAÑADA EN LO QUE SERÍA LA PROLONGACIÓN DE LA AVENIDA JUAN CABALLERO Y OCIO)

Con este vocablo otomí nos referimos al cerro de La Cantera ubicado al noroeste de Santiago de Querétaro, pero también a una ex hacienda de finales del siglo XVI de la cual no quedan vestigios y a unos baños de placer famosos en el siglo XIX. También advierto a mis lectores que Patehé era también un barrio de las afueras de la ciudad, casi pegado a la iglesia de San Isidro. Al conjunto de viviendas ubicadas al sur del convento de La Cruz, como las hoy ubicadas en avenida Independencia y colonias La Pastora, Jardines de Querétaro, Patehé, San Isidro y San Javier, se les conocía en 1867 como barrio de Patehé.

Siglos atrás era un terreno perteneciente al conquistador Fernando de Tapia, posteriormente de su hijo don Diego y en el siglo XVII, ya era propiedad de Antón Martín, quien lo legó a los PP. Antoninos para la fábrica de su convento, el de San Antonio. A mediados del siglo XVII la propietaria era Juana María de Lara y luego lo fue Benito Manuel de Aldama. La hacienda perteneció a finales del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX a don Manuel López de Ecala, presbítero afamado que ocuparía el cargo de gobernador del Estado en los años cuarenta del decimonónico. También la historiadora Martha García Ugarte la ubica en 1854 como perteneciente a Luis Saldívar.

Como baños, su época de apogeo fue a mediados del siglo XIX que con motivo de las llamadas fiestas de San Juan (que era el santo titular de la dicha finca), se hacía una temporada escandalosa de juegos de azar, peleas de gallos, bailes, etc.

En las “partidas” se versaban fuertes cantidades de dinero, origen de la ruina de no pocas familias acomodadas. En 1906 fue su última temporada con aplauso de la sociedad sensata. Murió de inacción por su propia virtud. El torbellino

de ilustración y progreso hizo que tales fiestas acabasen a pausas. En épocas mejores se jugaban albures hasta 2,000 pesos y el último año se jugaban de a diez centavos.

En cuanto a lugar de paseo y solaz, aun en 1906 que estaba casi abandonado es hermoso por sus huertas, sus calzadas de elevados fresnos y sus baños, dice don Valentín Frías. La hermosa quinta que nos ocupa, ya a finales del siglo XIX merecía ser una de las principales, tanto por estar en las goteras de la ciudad como por su posición topográfica. En el Sitio desempeñó también un papel importante por los varios sucesos que en su recinto tuvieron lugar.

Establecidas las líneas de circunvalación oriente, norte y poniente, entre el 8 y el 12 de marzo de 1867, el general en jefe de los Ejércitos Republicanos, Mariano Escobedo, estableció en la cima de esta eminencia su Cuartel General, muy modestamente instalado, donde para rendir los partes necesarios y recibir órdenes de San Luis Potosí, donde residía el presidente de la República licenciado don Benito Juárez, se tendió una línea telegráfica con postes de vigas que fueron tomados de San Juanico.

Hasta que llegó el triunfo de la República el 15 de mayo de 1867, el Cuartel General se instaló en la fábrica de “La Purísima”, siendo Patehé el cuartel habitual del jefe republicano, donde ondeaba siempre su lábaro blanco con el escudo nacional y que era presa de la artillería imperial apostada en el camposanto de La Cruz, a la vez que ésta era víctima de los cañonazos enviados desde el cerro en mención. Después de San Gregorio las alturas de La Cruz y Patehé fueron los puntos torales del afamado sitio de Querétaro. La batalla memorable del 24 de marzo de 1867 se inició con la señal dada por un cañonazo lanzado desde el cerro de Patehé. Los paseos del archiduque Maximiliano por la población son detectados por Escobedo gracias a la altura de Patehé y a los catalejos que usaba, enviando granadas y cañonazos contra la persona del Habsburgo.

Ordenó también Escobedo a sus ingenieros tender una línea telegráfica desde el cerro de Patehé –donde tiene su Cuartel General- hacia los cuatro frentes sitiadores, puesto que era muy difícil el envío de las órdenes, sobre todo muy tardado, y se pretende –ante la experiencia del día 24 de marzo- dar mayor movilidad a la tropa. Así que tuvieron que talar más árboles en el cerro de El Cimatario, en la hacienda de San Juanico donde se hicieron de seiscientas vigas y en la zona llamada “Los Alcanfores” en el norte de la ciudad, cerca de San Gregorio.

El 23 de abril se da una nueva oportunidad a los Húsares para entrar en acción, desprendiéndose del cerro de Sangremal contra una división republicana atrincherada en Patehé, y sin entablar formal combate hay un encuentro cuerpo

a cuerpo en el que los húsares logran hacer veintidós prisioneros al enemigo, uno de los cuales es oficial, los que de inmediato son conducidos a La Cruz en donde se les somete a largos y rigurosos interrogatorios.

El jueves 9 de mayo es llevado misteriosamente por Ramírez Arellano a la Plazuela de La Cruz un obús tomado a los contrarios en la batalla del 27 de abril, el cual se denomina “La Tempesta” y tiene una leyenda: “Última razón de las naciones”; se destina el proyectil para ser usado por la artillería de Alberto Hans en una broma macabra que los generales Miramón y Manuel Ramírez de Arellano -los únicos jefes imperiales que se llevan bien- le quieren hacer a Escobedo: se trata de dirigir el obús contra la tienda del Cuartel General republicano emplazada en Patehé, mandando la acción el verde capitán Antonio Salgado; contestan los juaristas enviando una verdadera granizada de fuego que parece una lluvia de aerolitos, la que hiere a una mula atravesándola una bala que entró por un muslo y salió por la cabeza del noble animal, aunque parezca increíble, azotándola contra un muro y regresando al suelo para caer patas arriba y partida en dos.

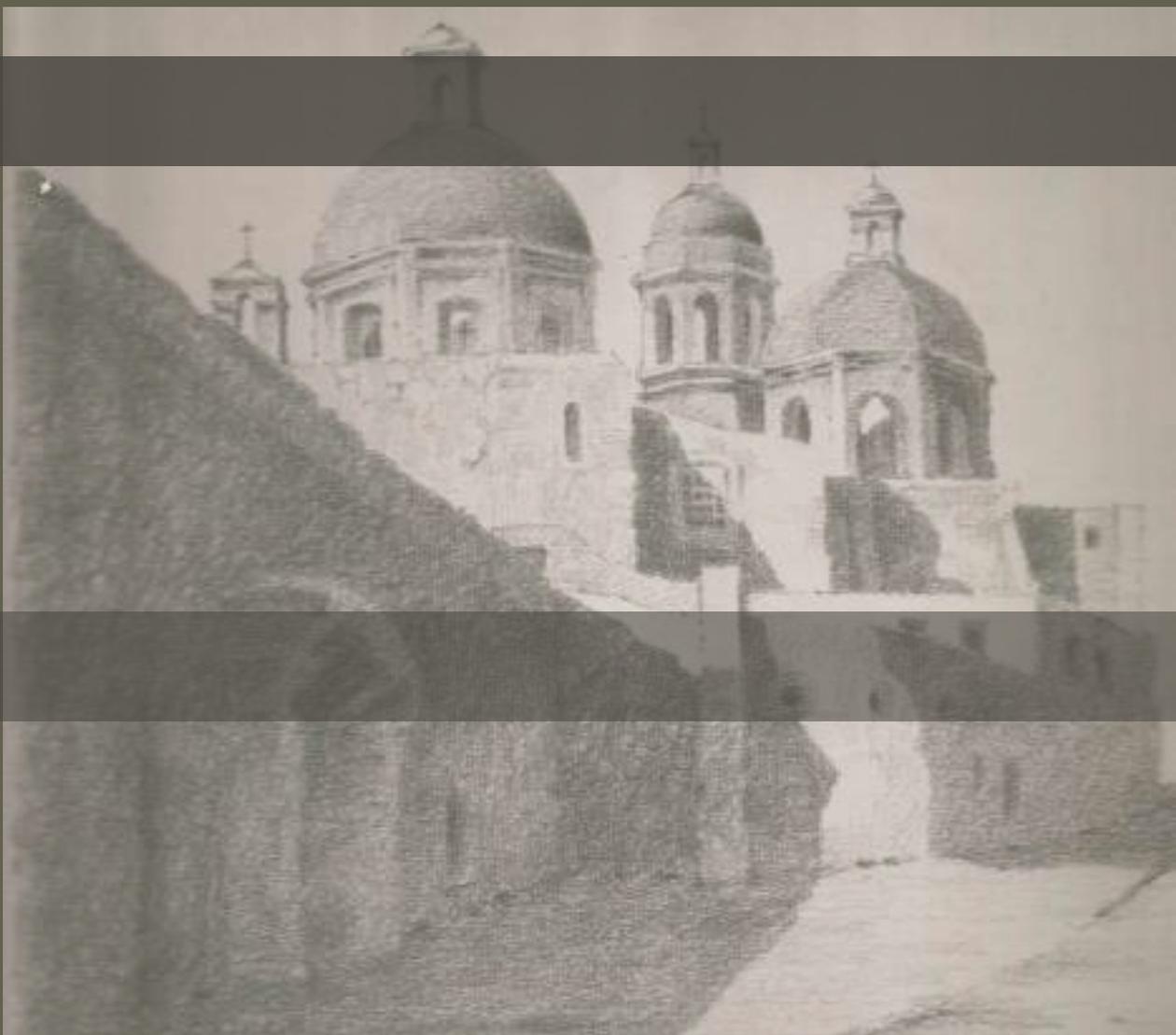
En Patehé, al anochecer del 14 de mayo de 1867, Escobedo concreta sus órdenes de la tarde y le espeta a Vélez que “a las cuatro de la mañana ha de venir Miguel López para conducir a usted con las tropas al interior de la población. Sitúese en la línea de Arce, que está frente a La Cruz y allí espere a López”. Vélez contesta: “¿Por qué, Señor, se ha fijado usted en mí, cuando tiene usted sesenta generales de más confianza por ser liberales probados, mientras que yo soy nuevo en este partido?” Escobedo lo mira fijamente y seco le contesta: “¡Pues usted va!” y así comienza a prepararse Vélez –el antiguo amigo de Miramón y con quien se peleó por un piano- para cumplir con la misteriosa acción que se le ha encomendado. El ambiente en la ciudad era de desertiones y huidas ante la inminencia de la toma de la misma al día siguiente.

Al caer la ciudad de Querétaro el 15 de mayo de 1867 en poder de los sitiadores, Patehé fue usado como prisión de jefes y oficiales imperialistas no tan importantes, como los que fueron encerrados en La Cruz. Fija ese mismo día el general Escobedo su nuevo Cuartel General en la fábrica de La Purísima Concepción –hoy el Seminario Diocesano- dejando en Patehé solamente un pequeño destacamento al cuidado de la artillería que por pesada no se ha podido trasladar al centro.

Alberto Hans y otros artilleros de La Cruz fueron conducidos al cuartel de Patehé como prisioneros, donde el recibimiento y el trato recibidos fueron mejor de lo que se esperaban, porque pensaron que iban a ser ejecutados prontamente

y en masa. Cree que la causa de esa cortesía es el haber quedado bajo la custodia de un caballeroso republicano de nombre Vicente Riva Palacio, general muy moderado que tenía amigos en ambos bandos. Se les dejó adquirir alimentos de unos vendedores ambulantes que habitualmente iban a mercar allí desde que empezó el sitio; claro que no todos traían dinero. No faltó ya en el encierro que muchos cautivos encontraran entre sus vigilantes amigos, conocidos, parientes y hasta enemigos, como fue el caso de un oficial de lanceros imperialista que fue reconocido por un antiguo suboficial desertor de su escuadrón, además de ladrón e indisciplinado, que al ver a su antiguo jefe se le fue encima a golpes de espada e insultos queriendo cobrar su degradación y castigo, hasta que los oficiales republicanos se lo quitaron de encima. Otra escena se dio entre dos hermanos que habiendo participado en la batalla de Puebla por el bando liberal, el menor se pasó a las filas del Imperio y estaba ahora en Querétaro como ingeniero militar mientras que el mayor fue hecho prisionero y enviado a Francia a una cárcel castrense; en Patehé, el mayor buscó al menor y le dijo con la mayor frialdad: “Vaya, ya estás aquí, señor”. El hermano menor se conmovió hasta las lágrimas y no fue sino hasta que el mayor le tendió la mano cuando se fundieron en un abrazo fraterno.

LA CRUZ



La Cruz desde San Gremal,
dibujo de Fernando Pérez Nieto



Ataque al convento de La Cruz, 5 de mayo de 1867. Álbum de la Guerra.



El Calvarito y La Cruz devastados por Aubert.

La Cruz y El Calvarito, dibujo de Fernando Pérez Nieto.



La Cruz, 2016 por Pilar Carrillo .

Celdas de La Cruz.



LA CRUZ

(TEMPLO, CONVENTO, BARRIO, CEMENTERIO,
PLAZA Y HUERTO, UBICADOS AL ORIENTE DE
LA CIUDAD DE SANTIAGO DE QUERÉTARO)

El convento de La Cruz, enclavado en la cima del cerro de Sangremal, domina toda la ciudad, pudiendo ser considerado como ciudadela por la fortaleza y extensión de su construcción, que fue –no el primer templo y convento construidos en Querétaro, ya que ese fue el de San Francisco- el más importante colegio de la propagación de la fe cristiana a partir de 1683 y del que saldrían los misioneros –como fray Junípero Serra, Antonio de Linaz, Margil de Jesús- a evangelizar el yermo territorio del norte novohispano hasta la Alta California, en la mismísima frontera con Rusia por el lado de Alaska (la cual llegaba a la actual ciudad de San Francisco, Cal.) y Centroamérica. Después de la fundación del pueblo de indios de Santiago de Querétaro entre 1531 y 1550 se levantó una ermita en El Sangremal que cuidaba un fraile venerando a la Santa Cruz, hasta que en 1650 se empezó a construir un templo y un convento y funcionó allí la enfermería de los franciscanos de la provincia de Michoacán. En 1666 se le dedicó a Casa de Recolección de San Buenaventura y es hasta 1683 que se instala el primer Colegio de Propaganda de la Fe en América.

En 1649, “a raíz de una orden de las autoridades para destruir la capilla de la Santa Cruz por haber sido edificada sin el permiso real, fray Alonso de la Rea, entonces provincial de Michoacán, vecinos y principales del pueblo, enviaron a sus representantes a Castilla para evitar tal destrucción; en el poder que se les dio se mencionaba que la capilla se había construido “con limosnas adquiridas y solicitadas por dichos religiosos de cuarenta años a esta parte (1609)”;

hacía años se habían realizado alrededor de la cruz “procesiones, jubileos, indulgencias, cofradía, y que últimamente todos y cada uno en particular la tienen por amparo, refugio y alivio de sus necesidades, desconsuelos y trabajos”.

A principios del siglo XVIII una nueva presencia sobrenatural hizo célebre al convento de La Cruz, ahora relacionándolo con una beata que hacía viajes en espíritu a las misiones que los frailes tenían en el norte del territorio. Francisca de los Ángeles, como se llamaba esa mujer, llegó a ser la fundadora del beaterio de Santa Rosa de Viterbo en Querétaro y con el tiempo se distanciaría de sus primeros promotores y protectores.

Fue La Cruz prisión de conspiradores queretanos entre 1810 y 1812 y en 1821 fue el último reducto realista cuando Iturbide toma la ciudad el 28 de junio de 1821 de manos de Domingo Luaces que resistía en el convento en cita.

En su flanco poniente, el cerro de La Cruz puede ser subido por un camino pedregoso e intransitable, como si jamás lo hubiera pisado planta humana. Al costado sur del convento y perdidas entre los órganos del pedregal, había en 1867 infinitas chozas donde se abrigan los últimos indígenas originarios de la raza conquistada en Querétaro.

El entusiasmo fue grande y muy generalizado cuando Maximiliano visitó Querétaro por primera vez en agosto de 1864, y todavía se recordaba que el primer mandamiento del Habsburgo fue subsidiar la venta de maíz para que las clases pobres lo pudieran adquirir a bajo precio en el mercado de La Cruz (actual plaza de los Fundadores), con lo cual su popularidad fue delirante.

La entrada a la ciudad por parte de Miramón el 8 de febrero de 1867 fue penosa por sus tropas fatigadas, derrotadas, sin armas y faltas de ropas, municiones y alimentos. La Cruz es el punto escogido para que pernocten las tropas citadas. Miramón recibió en el ex convento crucífero el día 9 del mismo mes, casi en secreto, a una comisión de queretanos, que le propusieron un plan que lo beneficiaría y que –según ellos- beneficiaría también a la nación: igualmente le propusieron pronunciarse en contra del Imperio aquí en Querétaro, y que seguramente Mejía lo secundaría al igual que el general y prefecto interino Manuel Escobar. Una vez pronunciado –soñaban los queretanos- se debía hacer llamar presidente de la República y que poco a poco el ejército se iría agrupando en torno suyo. El Macabeo agradeció el ofrecimiento pero rápidamente declinó ya que “había prometido defender una causa y parece indigno defeccionar y tiene que ser leal hasta el último momento, señores, hay que ser caballero ante todo”, agregó y despidió a quienes integraban la comisión.

¡Cuántos agravios tiene el queretano parroquial de parte de los juaristas! Quema y saqueo de bibliotecas y pinacotecas conventuales, solamente el convento de La Cruz tenía ocho mil volúmenes, entre ellos, varios incunables.

Trémulo de ira el general Miramón se dirige a La Cruz el 24 de febrero de 1867 y escribe una proclama incendiaria contra los republicanos y Benito Juárez, que termina con estas palabras crípticas: “Ay de los vencidos”. Don Miguel nunca temió por la vida de su hermano que había sido fusilado en San Jacinto, ya que esperaba que se lo canjearan por doce prisioneros republicanos que tenía en su poder. ¡No admitía todavía que Joaquín hubiese sido pasado por las armas! El rencor le hacía pensar que el duelo a muerte contra Juárez no tendría arreglo, como se lo llegó a proponer optimista su esposa Concha Lombardo.

El 8 de marzo Maximiliano se dirigió a ver la fortificación del cerro de El Sangremal en La Cruz en donde están el hospital y los almacenes de artillería. Al amanecer de ese día se encontraron en el convento de La Cruz el general Ramón Méndez y su jefe de artillería, Alberto Hans, quien informaba a su superior de la situación en que se encontraban –según él- los republicanos: “Su organización es de lo más mediana, sus batallones formados de prisa y por consiguiente demasiado débiles y diezmados por la desertión, su caballería sólo impone por su número y algunos escuadrones están bien armados.” Para Méndez no son más que “una bola de insurrectos que tratan de derrocar al gobierno existente y sólo le inspiran un odio mortal y un desprecio profundo. ¡A fuerza de derrotar a los republicanos, les enseñamos a vencernos! Muchos de sus oficiales, jóvenes de aspiraciones sin límites, estudiantes perezosos, médicos sin enfermos, abogados sin causas, todos ambiciosos, se embriagan con su propio entusiasmo y manifiestan una inteligencia, una audacia y un fanatismo que ciertamente no equivalen ni a su instrucción militar ni a la fuerza que dan la disciplina, el espíritu de cuerpo o el pundonor, pero que suplen a ellas algunas veces. Tienen conciencia de sus progresos y de nuestra degeneración, así que nos atacan con un aplomo que asombra. Su odio hacia nosotros es mayor aunque el nuestro hacia ellos; se proponen tratarnos sin cuartel y hacernos pagar el haber traído un monarca y tropas del exterior.”

Los seguidores del Imperio aceleran los trabajos de fortificación del cerro de El Sangremal y del convento de La Cruz, dado que por los cerros del oriente y del norte, Escobedo avanza lenta pero seguramente sobre aquel punto de la ciudad. El día 13 de marzo a las diez de la mañana realiza un recorrido el séquito imperialista desde el Cerro de Las Campanas hasta La Cruz, donde se instalará

definitivamente el Cuartel General y la habitación del rubio príncipe, quien cruza las calles meditativo y serio, pues para su alma supersticiosa es un martirio volver a viajar en día 13, como lo hizo el 13 de febrero que salió de la Ciudad de México. Hasta el mediodía duran las obras para adaptar el recinto crucífero en habitaciones destinadas a los ayudantes personales de Maximiliano y algunos oficiales.

Ninguno de los encumbrados generales se digna a vivir en el incómodo recinto. Ellos acuden sólo para los consejos de guerra que tienen lugar antes de cada acción importante. Esta falta de comunicación la atribuye el Dr. Ratz a las rivalidades entre los jefes imperialistas y a la necesidad psicológica que tenía Maximiliano de vivir “un buen retiro” que le permita trabajar o descansar. No había ningún lujo en ese lugar, pues se trataba de las antiguas celdas de sencillos y humildes monjes, pobres en lo material y riquísimos de espíritu, el que los llevó de Centroamérica hasta la Alta California.

El alojamiento del archiduque está en el primer piso, en una sencilla celda dividida en dos espacios por una mampara: uno es la antesala y el otro el dormitorio, que recibe luz sólo a través de una puerta que da al pasillo descubierto al lado del patio y que estaría amueblado con una cama de latón, un aguamanil, una percha y unas cuantas sillas. Blasio quedó a un lado de su jefe, guardando la maleta llena de condecoraciones imperiales y monedas, así como almacenando en su propia celda los vinos y provisiones para la mesa imperial. Se alojaron una gran cantidad de soldados en dicho lugar, por lo que en las noches era imposible conciliar el sueño entre los continuos “alerta” de los centinelas y el ruido de casquillos y armas al ser relevados los guardias.

El convento y la iglesia formaban un cuadrilátero de 140 por 126 metros cuadrados y el primero está circundado por una barda de casi tres metros de altura. Desde las alturas del poniente, los republicanos observan la mudanza imperial del día 13 y se dan cuenta de los descuidos en la fortificación del cerro de Sangremal, que estaba rodeado de abundante nopalera propicia para el avance de tropas juaristas sin ser vistas. El punto más vulnerable es el panteón, situado en el extremo oriental y por causa de Márquez carece de defensores. Todos los cercanos al monarca le aconsejan que se ocupe el cementerio, que se refuerce, que se desembarace de aquellos tupidísimos nopales, pero “la hiena de Tacubaya” no hace caso. Por cierto, desde este lugar se contempla la bandera republicana ondeando en lo más alto de la Cuesta China. En las azoteas del convento están colocados los cañones y en el ala sudoeste del edificio se ha establecido un hospital de sangre.

Aprovechando estas circunstancias, los cañones republicanos se perfilan hacia La Cruz, soltando a las seis y media de la tarde una abundante lluvia de proyectiles. Por lo pronto, los mochos se ven imposibilitados para contestar el fuego y sólo les consuela la fortaleza del convento, cuya tapia por primera vez recibe el bautizo de fuego en este sitio que en forma definitiva ha comenzado.

En La Cruz, ante la inminencia de un ataque más vigoroso por parte de los juaristas, Maximiliano firma dos documentos: uno, en el que renuncia a su trono mexicano desde el momento en que caiga preso y sin esperanza de rescate, y otro, en el que dispone que a su muerte por causa de guerra o enfermedad, sus archivos europeos y mexicano queden en propiedad de su esposa Carlota. En el campo republicano se proyecta para el día siguiente, 14 de marzo, el primer asalto masivo.

En todos los frentes se combate ese 14 de marzo de 1867, iniciándose los diversos ataques republicanos desde las cuatro de la mañana y concluirán hasta bien entrada la noche. Ordena Escobedo que sus tropas realicen un ataque falso sobre La Cruz, el que se puede convertir en real, y el que defiende Méndez con su brigada de reserva. Convento, cementerio, capilla y huerta de La Cruz están vulnerables por la necedad de Márquez, que sólo cuentan con cuarenta austriacos al mando del capitán Linger de la guardia municipal. El republicano general Canto carga sobre el centro de la fortaleza de La Cruz. Los imperialistas contestan el fuego a Rocha desde La Cruz y la Alameda y el duelo es tremendo, pero se reponen pronto los republicanos, toman la iglesia de San Francisquito, y desde ese lugar hacen fuego sobre La Cruz. Los republicanos dan muerte a Linger y se apoderan del cementerio, capilla del mismo y parte de la huerta de La Cruz, la cual estaba comunicada con el resto de la ciudad a través de trincheras cavadas en las últimas horas.

Mientras tanto, Severo del Castillo recibe orden de replegarse hacia La Cruz que corría grave peligro de caer definitivamente, cuyo cementerio sólo era defendido por quince austriacos en ese momento, al mando del capitán Swoboda. Protegidos por los nopales -que no habían sido cortados por la indolencia de Márquez-, las piedras gigantes, tumbas y árboles, los republicanos logran escalar el muro del panteón y plantar la bandera roja chinaca sobre la capilla del mismo.

Acude Maximiliano a La Cruz y luego a la plazuela del lugar acompañado de Márquez, Basch y Méndez, a donde acude Miramón para pedirle instrucciones y que se le dé carta blanca. Así éste, se deshace dando órdenes, en ir de un lugar Infame decreto publica el Cuartel General imperial el 12 de abril que ya no nada

más obliga a trabajar a todos los varones entre dieciséis y sesenta años de edad, sino que también a los inválidos y enfermos. Quien no se presente en las trincheras en un plazo de veinticuatro horas a partir de hoy, podrá acudir a pagar una multa cargadísima al cuartel de La Cruz, pero si no lo hace se le lleva a la fuerza a los lugares de más peligro. Sobra decir que los que se ocultaban para prestar este servicio social obligatorio, eran condenados a trabajar sin paga para el Imperio durante el lapso de dos años. Para qué quería dinero el Imperio si no había mercado, y los pocos víveres que había se tomaban por la fuerza, dando a cambio recibos de la proveeduría. El sueldo de nada servía al soldado y al recluta porque no había nada qué comprar. Dice Hilarión Frías y Soto que se trataba acaso de que los jefes superiores pudieran improvisar una fortuna para salvarse a la hora de la derrota o para pasar la vida en el destierro o en el retiro.

Ante los jefes imperialistas se presenta ese día 12 de abril una mujer desaliñada y les cuenta una interesante historia que de pronto se creen: asegura la mujer que ha logrado romper el cerco chinaco y que ha visto a Márquez por Cuautitlán y que viene hacia Querétaro. Investigando más a fondo y observando que la fémina miraba constantemente hacia el suelo y desviaba el ojo izquierdo hacia la siniestra –como lo hacen todos los mentirosos y mentirosas- les resultó una embustera, pues no viene de México sino que fue retenida por ladronzuela y a un oficial republicano se le hizo fácil gastar una broma a los sitiados enviándola con tan importantes buenas nuevas. ¡Rieron a carcajadas los republicanos y la misteriosa fue enviada a fregar excusados y a preparar comida para la soldadesca de La Cruz a manera de castigo!

El 14 de abril siguen los trabajos de fortificación en el sur imperialista pero ahora también empiezan a construir nuevos parapetos a la izquierda del convento de La Cruz, ¡como si adivinaran que por ahí entraría su caballo de Troya personificado por Miguel López! La moral es muy pobre porque saben que salir es ir al desastre y resistir por más tiempo el sitio es más que imposible. Los víveres alcanzan un precio de fábula que ni la población civil ni los oficiales se pueden dar el lujo de pagar y sólo los soldados, a quienes diariamente se les da una ración –no tres- comen más menos que más.

El médico Basch escribe una extraña e impertinente carta al cónsul norteamericano en México, Marcos Ottenbur, en la que le dice en un tono lastimero que “los mejores ciudadanos norteamericanos no están peleando con los juaristas, ya que dos soldados de esa nacionalidad que fueron hechos presos y traídos a La Cruz,

luego que vieron al emperador le pidieron ser admitidos en las filas imperialistas”. ¿Nada más por contemplar al austriaco? ¡Qué poder de convencimiento! También se queja el galeno que los republicanos parecen comanches o apaches a la hora de fusilar a sus rehenes, y que Maximiliano tiene en La Cruz a seiscientos rehenes juaristas, entre los que se cuentan doce oficiales, y que a pesar de que sus generales le piden venganza quitándoles la vida, el emperador ha sido magnánimo.

Maximiliano prometió el 23 de abril al clerical y piadoso pueblo queretano devolver todos los préstamos forzosos en caso de alcanzar la victoria, pero también regalar un crucifijo de oro macizo para el altar mayor de La Cruz. Desesperados esfuerzos realizan el 24 de abril los imperialistas para levantar la moral de los sitiados o, en el mejor de los casos, romper el sitio. El coronel Antonio Gayón recibe orden de efectuar una salida en contra de las tropas juaristas que se encuentran cerca del Cerro de Las Campanas, hasta las que llega sorpresivamente pero es rechazado de inmediato, pudiendo traer consigo unos veintiocho prisioneros provenientes del famoso batallón republicano llamado “Supremos Poderes”, que mucho daño han hecho a los sitiados con sus heroicas acciones y caracterizados por sus uniformes grises de paño, galones amarillos y chaco negro. Éstos son llevados a La Cruz, la cual, debidamente fortificada, estrena baterías cañoneando despiadadamente la garita de México desde las once de la mañana. Esta acción es contemplada con placer desde lo más alto de la torre por Maximiliano, Miramón, Salm Salm, Miguel López y el mayor Malbourg, quienes reciben un tremendo baño de tierra cuando un obús republicano llega como respuesta, quizá, descubriendo que Maximiliano estaba trepado en el campanario sin campanas. Bajan llenos de polvo y tristeza al darse cuenta que las dos sorpresas en contra de sus contrincantes fueron un fracaso.

Todavía las sombras de la noche cubrían la ciudad el 27 de abril de 1867 cuando ya Maximiliano estaba de pie rodeado de Salm Salm, Basch, Blasio, Pradillo y Miguel López, disponiendo que los húsares y su guardia personal se concentraran en la plazuela de La Cruz, listos todos para una eventual salida de la ciudad previo rompimiento del sitio. Las valijas y caballos están listos para marchar desde las cuatro de la mañana. Mientras tanto, por los escarpados de la ladera sureste de El Sangremal, avanzan lentamente las fuerzas de Severo del Castillo tratando de que sus pisadas no sean escuchadas en las trincheras republicanas, ocultándose entre la nopalera y el organal.

Antes del amanecer se hallaban ya listas las tropas reaccionarias y orientadas de acuerdo a sus objetivos, y a partir de las cinco de la mañana se desencadenó de un modo preciso la maniobra prevista, iniciando con un intenso cañoneo de La Cruz sobre la garita de México.

José Luis Blasio, el secretario particular imperial, fue a visitar la noche del 27 de abril a los prisioneros republicanos recluidos en La Cruz, y al conversar con ellos le dijeron que había llegado a tal punto el pánico entre los soldados liberales que en ese momento los sitiados habrían podido salir con todo su ejército. Vuelve a preocupar una epidemia de peste por los muchos cadáveres de bestias y hombres insepultos, pero nadie se atreve a pasar las líneas para recogerlos pues han quedado a tiro de bala y los fusileros de uno y otro campo están a la espera de cazar enemigos. Los imperialistas de la guardia municipal, encabezados por un oficial de origen francés apellidado Domet, pudieron traer a algunos heridos republicanos hacia la plaza para salvarlos, llamando la atención un infeliz que tenía una bala en un ojo y las rodillas y un puño rotos, cuyos gritos lastimeros no impedían que le dijera al médico que lo atendía que “si lo iban a fusilar era inútil que lo curaran, prefería morir inmediatamente”. Fue llevado al hospital y seguramente murió por la gran pérdida de sangre que soportó hasta lo último. Ya dije líneas atrás que los imperialistas tenían a su disposición los panteones de Santa Ana de 1826, el de El Espíritu Santo de 1637 -año de la peste- y el de La Cruz de 1683. Por su lado, los republicanos podían utilizar los de Santiago de 1531, San Isidro de 1840 y el de San Sebastián de 1718. El problema es que ya estaban saturados por tanta mortandad.

Contrastando con el dramatismo que se vive en el campo imperial, un sargento republicano de las filas del general Nicolás Régules estuvo bebiendo de más para festejar el triunfo del día anterior y en la oscuridad nocturna y mental se atravesó inconscientemente al campo enemigo allá por las tortuosas calles que suben a La Cruz desde la ribera del Río. Fue recibido con un balazo imperialista que sólo le voló el quepí -que recogió trabajosamente del suelo- y al ser detenido por centinelas enemigos todavía no le caía el veinte, y exigía lo llevaran con su general Régules para quejarse del trato recibido; por ello, al preguntársele la razón por la que se había pasado al bando imperialista contestó: “yo, ¿pasarme con los traidores?, ¡Jamás! No voy a servir con esos bandidos que nuestro general Régules va tal vez a fusilar mañana”. Estando presente el general Ramón Méndez le siguió la broma diciéndole: “No mientas... a pesar de tus protestas querías ir a incorporarte con Méndez”, a lo que el temulento ebrio contestó: “¿con ese bandido

que mató a mis generales Arteaga y Salazar que valían cien veces más que él? ¿Con ese hijo de puta que huye desde Zamora y al que nunca podemos darle alcance? ¡Nunca! Estoy borracho, no loco”. Todos rieron por la ocurrencia del borrachito, menos Méndez que al oír eso de que había huido de Régules montó en cólera y le soltó: “debes saber que hablas con el mismo Méndez”, a lo que el temulento contestó: “¿vos Méndez? Mi general, queréis burlaros de mí o meterme miedo; si ese bandido de Méndez está ahí en la ciudad, enfrente de nosotros, mi general; se esconde, pero le cogemos y le fusilaremos como a un perro”. “Da gracias a Dios de que estás borracho y de que se encuentra aquí el Emperador; sin eso ya estarías colgado frente a esta casa” le comunicó Méndez y le ordenó salir. Dice Hans que no pudieron convencer al sargento borrachillo que se hallaba entre los que él llamaba traidores, hasta que yendo camino de La Cruz y penetrar en las primeras calles entrevió su triste realidad y el miedo que no anda en burro disipó algo su acusada embriaguez. “¡Calla –dijo- pues es verdad...y yo que creía estar en el campo de nuestro general Corona...!”

En La Cruz, después de la batalla del 1 de mayo, una bala le ocasionó una fuerte contusión en el hombro al general imperialista Ramírez de Arellano bajando de la torre. Se hacen luego las exequias fúnebres en La Cruz del coronel Joaquín Rodríguez muerto en la batalla por la garita de México, y mañana 2 de mayo le harán la misa funeraria en La Congregación. A don Juan Antonio de la Llata, uno de los propietarios del Casino Español, Severo del Castillo le exigió seis mil pesos en efectivo el 3 de mayo, y como aquél no entregó dicha cantidad en forma inmediata, durante dieciocho días lo tuvieron expuesto en una peligrosa trinchera del lado oriente del convento de La Cruz y después lo encerraron en un sótano sin darle alimentos, hasta que su estimada familia y amigos reunieron y entregaron el dinero pedido. En esa forma quedó liberado pero aun después lo siguieron molestando los esbirros del Imperio.

Se recuerda como espantosa escena la que ocurrió en la calle de los Cipreses el lunes 6 de mayo de 1867 cuando una batería republicana, situada al pie del acueducto, tiraba en contra de los ingenieros que hacían fortificaciones en el ala izquierda del convento crucífero y cuando las balas chinacas no se amortiguaban contra las paredes, rebotaban y enfilaban por la calle citada; resulta, pues, que las soldaderas de esos ingenieros y de los soldados les llevaban alimentos a sus amasios hasta el Cuartel General y de repente se escucha silbar una bala como rayo y dos de las desgraciadas mujeres caen mutiladas. Alberto Hans se acerca a

auxiliarlas y se percató que una tenía la pierna izquierda hecha pedazos y estaba sin sentido, y que la segunda tenía un hombro hecho añicos y pedía un confesor. El alemán-francés las hizo llevar al hospital de sangre situado en La Cruz por algunos hombres de las casas vecinas y ya no supo de ellas. “No es el plomo el que mata, sino el destino el que hace morir”. Otra vez, el efímero emperador llama la atención de los chinacos por su brillante uniforme al subirse a la torre de La Cruz y una bala cae junto a él en una pared de adobe a centímetros de la cabeza del despreciable coronel Miguel López. Hans se lamenta que éste no haya muerto ese día para desgracia de los sitiados. A pesar de estas pruebas de fuego –literalmente dicho- Maximiliano nunca perdió su postura de príncipe, ya que al caerle o pasarle cerca una granada o una bala, jamás apresuró el paso y nunca hizo uno de esos movimientos instintivos de inclinación.

En la fortaleza de La Cruz, el encargado de la misma, Miguel López, logra que su íntimo amigo e incondicional subordinado Jablonsky reemplace el 9 de mayo de 1867, con tropas a su mando, al confiable batallón que ya se tenía en el cementerio crucífero desde hace tiempo. Se ignoran los motivos del reemplazo pero en todo caso se ve con desconfianza por los que a diario tienen que soportar a López y su engreimiento e ignorancia.

Siguen en la plaza los preparativos para romper el cerco, y en La Cruz se comienzan a destruir los papeles que no son de capital importancia y a tener listos los objetos más indispensables así como el poco dinero que se tiene a disposición, un poco más de doscientos mil pesos. Durante la mañana de ese domingo 12 de mayo, Miramón reúne a los jefes y les da a conocer el plan para levantar el sitio, que les permitirá la salida esa noche. Este movimiento se frustró por dudas de Maximiliano.

El punto militar de La Cruz comprendía para el 14 de mayo de 1867 una extensión de aproximadamente mil trescientos metros que iban desde la barda de la iglesia de San Francisquito hasta la calle de El Chirimoyo. El movimiento en La Cruz es inusitado en esa noche negra y sin estrellas del 14 de mayo, en la que ningún cañonazo, tiro o grito de alarma se escucha, nada más el pesado y ominoso silencio, no el que da paz al espíritu, sino el que pone en pena al alma. Entre los próximos a Maximiliano, Blasio reparte el dinero de la caja imperial. El monarca apenas se ha enterado de los asuntos en la junta que ha sostenido con sus generales para ultimar detalles de la próxima salida, pues se le ve sumamente nervioso y a cada rato pregunta por su compadre Miguel López.

Méndez, fingiéndose enfermo, a través de su incondicional Redonet, solicita aplazar otras veinticuatro horas la salida - ¡sí, otras veinticuatro horas!- con el pretexto absurdo de poder arengar a sus tropas, cosa que no había hecho por estar en cama en su casa, supongo yo, que por enfermo, desidioso o irresponsable. Maximiliano no desea hacer caso de la petición en comento, pero Severo del Castillo lo convence para que acceda a la prórroga. Miramón está en los últimos preparativos para la salida cuando Del Castillo se presenta ante él y le informa del nuevo aplazamiento El Macabeo, sumamente enojado, se dirige a La Cruz para que Maximiliano cambie de opinión, pero claro, imperan las opiniones de Méndez y Del Castillo, que no tenían la visión de don Miguel, quien se muestra disgustado con todos, por lo que el archiduque trata de mimarlo diciéndole que para un movimiento tan importante nada significan veinticuatro horas de aplazamiento. Darán argumenta que Maximiliano justificó el retardo de la salida por la falta de dinero para pagar las tropas y la debilidad de los caballos por falta de alimento, lo que sería solucionado en unas horas por Miguel López, quien supuestamente había descubierto un depósito de maíz que podía darse a los famélicos equinos que llevaban muchos días sin alimento. Miramón le replica a su vez: “Señor, Dios nos guarde estas veinticuatro horas”, cosa que para el Dr. Ratz nadie oyó. Dicho esto, se despide El Macabeo, pues dice que no ha dormido en las dos últimas noches. Todavía se encontró en la puerta de su casa con Mejía y le informa de la prórroga, por lo que el serrano también se dispone a descansar. Todos los objetos –algunos francamente inútiles- de Maximiliano se han distribuido entre los soldados que van a escoltarlo, al tiempo que dice el supersticioso monarca a Basch que confía en que la salida será una buena empresa, porque mañana 15 es el onomástico de su madre y cree que eso le traerá suerte. En la tarde de este día, el comandante de artilleros de apellido Salgado discretamente le comentó a Hans que se preparaba un movimiento importante porque La Cruz iba a ser atacada seguramente antes de la aurora del día siguiente, así que le encargaba las dos secciones de la huerta y cementerio del convento –al que Hans le tenía horror- y que ningún artillero o infante abandonara su puesto en caso de asalto. Llegada la noche, el detallista cronista imperial se hizo bolita y se acostó junto a su cañón envuelto en un sarape después de comer tortillas frías, pensando que siempre a los artilleros les toca la peor parte en cualquier acción de guerra al no poder marchar con su arma como lo hacen los infantes y jinetes. ¡Si no moría inmediatamente le tocaría fusilamiento!

Suenan entonces las once de la noche del 14 de mayo en las poquísimas campanas que sobrevivieron en la entonces devastada ciudad. López se entrevista a solas con Maximiliano en la habitación de éste en La Cruz. El monarca ya había solicitado esa noche dos veces hablar con López, y su anhelo por verlo era tal que sin cesar mandaba un ayudante a la casa de éste –a la que sólo separaba del Cuartel General la plazuela de La Cruz- a que preguntara si el coronel ya estaba de vuelta. “Hay que advertir que cuando López salió para el campo republicano, dejó en su alojamiento a Antonio Jablonsky, a fin de que cuando lo llamaran de parte del emperador contestaran a éste “que había salido adonde ya sabía”. Hablan acerca de cómo irá el coronel cerca de su soberano cuando el 16 de mayo se intente la salida y éste le suplica lo mate de un balazo en la cabeza si por alguna razón cae herido. Dicho esto, y por razones que nadie conoce, Maximiliano condecora a López con la Cruz de Guadalupe, máxima presea imperial. Se ignora qué más se trató en esta reunión. De allí se fue el coronel López a su alojamiento, sacó al oficial republicano que lo acompañaba desde la tarde y lo condujo hasta la trinchera de la calle de La Espada, la cual salva el chinaco y se enfila al campo sitiador. Cuando López se retira, Maximiliano recibe a Salm Salm y le dice: “Sé que usted no se encuentra satisfecho con esta demora, pero tenga cuidado que los Húsares y guardias de corps dejen los caballos ensillados, un día más o menos no importa”. Salm Salm ve que se cumpla esta desconcertante orden y se retira a su habitación en donde consume una botella de champaña en compañía de su íntimo Schwesinger, después de lo cual se acuesta dejando listos sable y pistola. Félix de Salm Salm no se explica tantas dudas y contra órdenes de Maximiliano. ¿Para qué dejar ensillados los caballos si la salida es en veinticuatro horas, no al rato? Seguramente Maximiliano guardaba en su real pecho algo que Salm Salm y nadie sabían, nada más López, el que había sido informado desde días antes que iría a la cabeza de la tropa imperial –no al mando- el día de la salida, en el mayor peligro de muerte, según Ratz al citar las memorias de Teodoro Kählig, testigo presencial y miembro de los Húsares.

Blasio, el secretario particular de Maximiliano, hizo amistad con el republicano coronel Francisco Castañeda y Nájera, ayudante de Escobedo que cayó preso en La Cruz, al que esa noche le encarga el escribano imperial recoja al caer la ciudad en manos chinacas la suma de cuatro meses de sueldo y viáticos que dejó depositados en la casa Rubio, y se las haga llegar a su madre, cuando el coronel regrese a México. Blasio mismo daba por perdido este bastión imperialista y dice que al hacerle los encargos a Castañeda jamás le habló de la salida planeada.

Desde las cero horas de ese miércoles 15 de mayo de 1867, no deja de haber movimientos misteriosos en uno y otro bando. En el lado republicano se le ve agitado y nervioso a Escobedo, mientras que en el convento de La Cruz pocos son los que duermen a pesar de la prórroga de veinticuatro horas para la salida. A las dos de la mañana camina Miguel López -vestido de plata- entre la nopalera, magueyal, zarzal y organal destrozados –del lado norte del cerro de El Sangremal- para encontrarse con el general Francisco Vélez en el lado republicano, allá por el panteón de Santiago. Escobedo ha puesto a disposición de Vélez al afamado batallón de Supremos Poderes mandado por el coronel Pedro Yépez y al de Nuevo León comandado por el teniente coronel Carlos Margáin; también los acompañará el general Feliciano Chavarría, el coronel Agustín Lozano y dos ayudantes más del general en jefe, quien está ubicado en la línea avanzada de este encuentro. Afirma el conservador Mariano Cuevas que iba también en esta comitiva el coronel José Rincón Gallardo, pero sin comisión militar sino otra, secreta, para el interior de la plaza. Después se retira a su Cuartel General para esperar los resultados del movimiento que se hará en La Cruz por las tropas de Vélez, a quien le dio órdenes precisas de disparar a López en la cabeza al menor movimiento extraño de parte de éste, aunque para Konrad Ratz esto último fue fingido, porque López y Escobedo estaban muy, pero muy de acuerdo. Asegura Somuano que Vélez ya había entrado al zarzal de La Cruz desde la una de la mañana con su gente y sin López, nada más para reconocer el campo donde iba a tener lugar el golpe de mano, y que llegó hasta donde los centinelas imperialistas despreocupadamente dormitaban y ya luego regresó para esperar a Miguel López.

En la línea del Río Querétaro frente al panteón de Santiago (hoy avenida Universidad esquina con Gutiérrez Nájera) comienza a caminar López a las dos de la mañana con la pistola de Vélez atrás de él, sirviendo de guía a los chinacos hacia el tapial del convento crucífero. Este movimiento ha podido verificarse hasta ahora en forma imperceptible, puesto que la noche es de una oscuridad profunda, completamente silenciosa y sumamente fresca. López y compañía entran al huerto de La Cruz y punto por punto del Cuartel General crucífero van rindiendo a la tropa imperialista, sustituyendo la republicana a ésta, desarmando hábilmente a los reclutas defensores. Antes, López mandó quitar un cañón al sargento imperialista Guzmán de la tronera para facilitar el paso de los republicanos –con malos modales e injurias-, haciendo creer a los adormilados defensores que se trataba de tropas del general Márquez. En los momentos que se dirigían a la puerta

principal del convento, encontraron a dos individuos de elevada estatura, uno de los cuales marcó el “quién vive” a lo que el general Vélez respondió: “la República Mexicana”, amenazándolo con su pistola y con las armas de la tropa que lo acompañaba. Una hora después se escuchan pasos precipitados en los corredores del convento. Ya están tomados el cementerio, la huerta, el templo y torre de La Cruz y cercado todo El Sangremal por tropa liberal. Unos imperialistas miembros de la guardia municipal se quejan de que unos “morenillos” han robado sables, espadas, pistolas, rifles, sarapes y lo que es peor, sus botellas de vino de jerez y se las han bebido hasta saciarse. Al escuchar José Luis Blasio los ruidos en los corredores, a las cuatro de la mañana, sale y se encuentra con Miguel López y Antonio Jablonsky, y es éste quien le dice: “corra Ud. a despertar al Emperador, el enemigo ocupa La Cruz y el convento está cercado por los liberales”. Blasio, a medio vestir, va por el pasillo en medio de los uniformes grises de los soldados republicanos del batallón Supremos Poderes, despierta al criado imperial Severo Villegas y le dice que despierte a Maximiliano, y éste abre los ojos y se para sin dar crédito a lo que dicen, aunque muchos testigos afirman que se despertó tranquilo y se vistió lentamente como si ya esperara la noticia. Calmadamente se puso un pantalón de montar punto de malla y bota fuerte, levita militar azul de solapa suelta, abrochados los primeros botones y espada ceñida al cinto bajo las faldas de la levita. Se tocó. Finalmente, con un sombrero blanco de anchas alas con toquilla delgada de oro, cubriéndose del frío con un paletó en la triste mañana. Es la única vez que en su reinado portó un arma oficial para atacar o defenderse.

El monarca se había acostado a la una de la mañana y una hora y media después despertó por un ataque de cólicos a causa de su disentería agravada por la influenza epidémica que llevaron las lluvias al cuartel. Ratz considera que la aparente calma de Maximiliano no era por estar coludido con Escobedo sino por un estado de estupor producido por la opiata que le suministró Basch contra dichos cólicos, o sea, que andaba dopado por el opio. El pesadito de Jablonsky entra a la celda imperial para suplicar se den prisa, entre tanto, Blasio despierta a Severo del Castillo –al que hay que empujar en su cama porque no oye nada a causa de su sordera- y Severo el criado, despierta al oficial de órdenes Pradillo y al mercenario de Salm Salm. Éste recibe en su celda ya vestido al médico Basch quien le informa que todo se encuentra ya en poder de los republicanos y le sugiere que mande avisar al capitán del estado mayor austriaco que monten los húsares y estén listos para cualquier eventualidad. Basch es llamado por su jefe,

quien está muy calmado y le dice: “No será nada, el enemigo ha de haber penetrado los jardines. Tome usted sus pistolas y sígame”. El médico va en busca de sus armas, que estaban en su silla de montar, y es hecho prisionero después de varios incidentes además de que un oficial republicano llamado José María Pérez le cogió su reloj y el cinturón lleno de oro para la huida. Los criados, Salm Salm, Severo del Castillo y Blasio van por Maximiliano a su celda y rodeándolo bajan las escaleras conventuales y se dirigen hacia la portería que ya está custodiada por elementos rojos, cuyo centinela les grita: “atrás”. Allí se encuentra a la incierta luz de un farol el coronel José Rincón Gallardo, vestido con camisa blanca de lienzo y peinando sus largos bigotes rubios, quien al ver al grupo y observar que van a ser hechos prisioneros dice al centinela: “Déjalos pasar, son paisanos”. Para Ratz aquí también hay una señal de que López y los republicanos estaban coludidos en algo no muy claro, pues todos iban uniformados con excepción de Blasio que iba de civil o paisano. Este detalle de Rincón Gallardo es un respiro para Maximiliano –porque de querer ahí mismo lo pudieron haber apresado- y tranquilizó la conciencia de López quien en el fondo esperaba que su compadre y jefe se salvase. Ratz termina este episodio diciendo que Rincón Gallardo, como banquero capitalino, se encargaría más tarde de pagar “los honorarios” de Miguel López, mediante letras de cambio giradas por la casa Rubio al banco del coronel, y así Escobedo podrá decir que él mismo nunca pagó un centavo a López. Blasio afirma que quizá Rincón Gallardo quiso salvar al emperador o cuando menos no quiso que recayera sobre él la responsabilidad de haberlo apresado. Maximiliano sigue su camino y comenta a sus allegados “Ven ustedes, cómo es conveniente hacer favores”, refiriéndose a que reconoció al hijo de la marquesa de Guadalupe, dama de honor de Carlota. En la plazuela de La Cruz es rodeado de más personas allegadas y la cruzan, todavía sumida en la penumbra, rumbo al centro y en la calle Baja de La Cruz (hoy Carranza) los alcanza Pradillo, que lleva su caballo y otro para Maximiliano, quien al ser invitado a montar se niega afirmando que seguirá a pie porque los otros no tienen caballos.

Mientras allá en La Cruz, Basch es llevado primero al campanario y luego a la plazuela donde hacen los vencedores una cuerda de prisioneros para llevarlos a la hacienda de Carretas donde le quitaron con malos modos y palabras un anillo que le sobraba del anterior registro al doctorcito. A las diez de la mañana traerían de regreso a La Cruz al mediquillo alemán de parte de Escobedo, y al ver a su jefe llorando lo abrazó, pero luego se consolaron cuando Maximiliano sonriente le enseñó una cajita de píldoras de opio que recogió de su buró en pleno escape.

Prisionero ya Maximiliano en el Cerro de Las Campanas, pide que se le conduzca a la prisión en La Cruz por las orillas de la ciudad, pues no quiere pasar en esa condición por las céntricas calles atestadas de soldados y de vecinos consternados y espantados unos, y curiosos y metiches los más, asomados apenas por los visillos de las ventanas y las rendijas de sus maltratadas puertas. Se le concede este deseo, quedando el brioso equino “Orispelo” en poder de soldados republicanos que corrientemente se lo disputan como botín de guerra.

A Vicente Riva Palacio, carcelero imperial, lo estimaba mucho Maximiliano, a grado tal que lo exceptuó de la aplicación de la ley del 10 de abril de 1865, conforme al cual todo chinaco sorprendido con armas en la mano sería fusilado sin previo juicio. Don Vicente Riva Palacio, Echegaray y Mirafuentes custodian personalmente a Maximiliano y sus acompañantes, que van de nuevo hacia La Cruz, lentamente, como en una procesión del silencio de viernes santo, siendo recibidos en la ahora improvisada prisión –antes su Cuartel General- en medio de una tremenda expectación de cientos de soldados y oficiales que atestan la plazuela del Sangremal y lanzan un grito ensordecedor de entusiasmo por querer ver personalmente a la alteza caída, por lo que es necesario despejar a culetazos la puerta de entrada. Minutos antes Maximiliano le regala su cabalgadura “Anteburro” a Vicente Riva Palacio en prueba de su afecto. Retorna Maximiliano a su antigua celda pero con otra calidad, a donde acuden a verlo con morbo o curiosidad cientos de soldados republicanos que en su ausencia habían vaciado la habitación y le dejaron nada más que una mesa, una silla, un baúl y el famoso catre de latón; y sólo hasta muy tarde lo dejan más o menos solo y en posibilidad de tomar el primer frugal alimento de encarcelado. Cuando llegó a La Cruz eran apenas las ocho de la mañana de ese interminable día. Dicen que lloró unos momentos en prisión abrazado a Basch cuando más tarde éste fue conducido de su prisión en Carretas a la celda de su jefe, pero se serenó pronto y se alegró de que no se hubiera derramado demasiada sangre. Se congratuló el archiduque de la conducta de los oficiales enemigos –principalmente de Escobedo y Riva Palacio-, de los que dijo: “Son mejores de lo que yo creía; me ha dado gusto el oír que ellos aprueban mi manejo durante el sitio. Ya ven ustedes ahora el fruto de mi benignidad para con nuestros prisioneros.”

Prisioneros quedan también Mejía, Salm Salm, Del Castillo, Feliciano Liceaga, Manuel García Calvo, Silverio y Jesús Ramírez y además Blasio; y por orden de Escobedo, quedan libres Severo, Tudos y Grill, criados de Maximiliano. El general

en jefe visitó al caído emperador en su celda y le preguntó si deseaba que las personas que lo servían personalmente le acompañaran en todo momento a su lado; para ello nada más necesitaba que le diera los nombres, por lo que Maximiliano designó a Ormaechea, Basch, Salm Salm, al coronel Guzmán y al servil Blasio. Se busca a éstos por todas partes y, al presentarse con su monarca destronado, éste los recibe con una sonrisa y les dice: “Estoy contento de que todo haya pasado sin derramar sangre, más vale así”. Esta afirmación me hace sospechar aun más de que Maximiliano sí mandó a López a entregar Querétaro tras setenta y un días de sitio y no por cobarde sino para evitar derramar sangre inútilmente de sus alicaídas tropas y ahogar en un baño rojo a la sufrida población. De que pensó que Juárez y Escobedo lo repatriarían a Austria también es cierto, porque nunca dudó de la presión moral de las naciones civilizadas y de la eficacia del derecho internacional. Se le olvidó una vez más que el patricio de Guelatao era más peligroso con dos leyes en las manos que con dos pistolas. Al ir Blasio al cuarto que había sido su alojamiento en libertad unas horas antes lo encontró vacío: sin las latas de conservas, sin vinos europeos, sin muebles y sin alhajas, solamente quedaron botellas vacías y rotas que un paladar rupestre o silvestre había degustado a la hora de tomar La Cruz ¡Saqueo y pillaje tan frecuentes en la guerra! Maximiliano fue obligado a guardar cama por varios días a causa de la disentería que se exacerbó ese día por las violentas emociones.

Los jefes y oficiales imperialistas que no se han podido esconder son hechos prisioneros y conducidos a Carretas, Pateh y naturalmente al templo de La Cruz y su capilla anexa, donde quedan encerrados seiscientos mochos. Los republicanos ocupan como cuarteles los conventos de San Agustín, Capuchinas, Teresitas, El Carmen y La Congregación además de otros lugares que antes fueron cuarteles imperialistas, entre ellos las casas que habitaron los jefes y oficiales sitiados ahora serían alojamiento de los altos mandos triunfantes. A las diez de la mañana de este mismo día 15 de mayo, los cautivos fueron formados y obligados a marchar del centro de la ciudad hacia La Cañada, lugar muy propicio para ser fusilados como lo fue Campos, el jefe de la escolta de Maximiliano, pero no, nada más se dio ese inmenso rodeo antes de llegar a La Cruz para evitar las trincheras que no podían pasar los jinetes republicanos que los conducían. Se les hizo entrar a la nave principal de la iglesia donde ya estaban otros prisioneros que los recibieron con efusivos apretones de manos. Los oficiales superiores se consideraban condenados a muerte y los subalternos contaban con su poca relevancia para

salvar la vida. La comidilla del día –para olvidar el hambre- fue López, para el que imaginaban toda clase de castigos una vez que pudieran propinárselos, y lo menos que se propuso para el nefasto coronelito era el “amarrarlo de salva sea la parte y colgarlo del campanario de San Francisco” que es el más alto de la barroca ciudad. Entre sus captosres distinguieron a varios oficiales franceses que habían desertado del Imperio para pasarse a la República, los cuales se portaron bien con sus ex correligionarios presos, aunque eran imprudentes al preverles un futuro no muy cierto en cuanto libertad pronta o vida larga.

Al anochecer de ese agitado 15 de mayo de 1867 parece que la ciudad entra en calma aun cuando muchos republicanos vagan por las calles celebrando la victoria con mucho aguardiente, mientras que los prisioneros en el templo de La Cruz no han podido ser atendidos con agua y alimentos y han tenido que hacer sus necesidades fisiológicas en el interior.

Se agrega a los pesares de los confinados en el templo de La Cruz un hecho pavoroso que ha costado muchas vidas por la explosión de pólvora en el interior y el fuego republicano desde el exterior: resulta que en el templo había restos de pólvora imperialista y uno de los prisioneros que fumó apagó su cigarrillo contra el piso e inmediatamente se incendió la nave religiosa provocando una gran lumbré y posterior detonación que fue escuchada en la plaza donde estaban los guardias republicanos que, creyendo que la explosión fue intencionada y que los prisioneros golpeaban la puerta con el afán de escapar, tiran sobre la bola de gente dando muerte a muchos prisioneros. A gritos explican los de adentro que pare el fuego porque no querían fugarse, sólo se trataba de una desgracia, cesando la descarga por orden de un jefe de la prisión que hizo pecho a tierra al ver morir a su comandante general en la alocada fusilería -cuando éste ya había mandado apuntar una pieza de artillería hacia la puerta del venerado templo- y todo vuelve inmediatamente a la calma, pudiéndose haber convertido en una sangrienta carnicería. Tratan de dormir los cautivos en los confesionarios, en las bancas y hasta en el altar los menos religiosos, utilizando los que pudieron ropa litúrgica como cobija para poder pasar esa noche.

Entre los prisioneros del convento de La Cruz hay ciertas libertades, por lo que unos y otros pueden visitarse para consolarse o para hablar del futuro, como sucede con Mejía que acude a la celda de Maximiliano y lo encuentra triste pero resignado a la muerte y agravada su disentería a tal punto que preocupa a Basch.

Éste y los criados Grill y Severo dormirán con él. Se enteran esta noche los cautivos del convento crucífero que López no fue hecho prisionero como todos

los jefes imperialistas buscados y encontrados, sino que Escobedo simplemente lo arraigó en su domicilio de la calle Sola # 5, cerca de la plazuela de La Cruz. ¡Quién sabe qué más logró López en su entrevista o muchas entrevistas que tuvo con el republicano Escobedo!

En la tarde de ese miércoles 15 de mayo, los coroneles Pedro y José Rincón Gallardo –en compañía del general Vega y el coronel Smith- visitaron a Maximiliano, “más por curiosidad que por otro sentimiento”, diría Blasio, y después pasaron a platicar con otros prisioneros que estaban en el templo crucífero –entre ellos Blasio- y a los que contaron cómo habían penetrado al convento de La Cruz en la madrugada, guiados por López, y de quien “hablaban en los términos más despreciativos”: “Se sirve uno de esas gentes cuando las necesita; pero después se les da un puntapié y se les echa a la puerta”. También visitó a Maximiliano el ilustre literato Ignacio Manuel Altamirano, quien esperaba que el gobierno republicano dejara vigentes algunas leyes progresistas expedidas por el Imperio, cosa que le dio mucho gusto al autor de las mismas.

Al ocaso de este día y con motivo del accidente que causó la explosión en el templo de La Cruz, Maximiliano hace venir a su celda al coronel republicano de apellido Margasio, para hacerle saber que él-Maximiliano- respondía de su persona y de quienes estaban presos a su lado, pero que no podía responder de lo que intentasen los demás prisioneros, lo cual resultaba hartamente inútil pues nadie lo ha responsabilizado de la conducta de todos los encarcelados. ¡Vaya ocurrencia de Fernando Maximiliano! Ya preso Maximiliano en La Cruz, pasó el general republicano Vélez y aquél lo detuvo para preguntarle por Miramón y al ser enterado por Vélez de la condición de preso y herido de Miramón preguntó el rubio de manera imprudente: “Pudiera Ud. decirnos si también él nos habrá traicionado? –Usted es quien mejor debe saberlo- respondió el neo republicano y el emperador se puso rojo de vergüenza y guardó oprobioso silencio, viniendo a tierra toda su majestad.

Maximiliano entra en crisis de sus males físicos el 16 de mayo de 1867 y el médico Basch, así como el médico republicano Rivadeneira que lo auxilia, han dictaminado que el noble prisionero sea trasladado a un lugar más higiénico que el cochinerito de La Cruz. De la casa de Carlos Rubio comenzaron a llegar alimentos adecuados para el archiduque y sus acompañantes con el permiso de los jefes de la República. Dado su estado de salud, Maximiliano se ha visto obligado a decir a Basch “no daré a mis enemigos el gusto de mostrar debilidad o miedo”, en

virtud de que son muchos los soldados vencedores que quieren verlo en persona y, que si bien se portan hostiles, ninguno ha atentado contra la dignidad humana o ha faltado al respeto al Habsburgo que tanto mal causara a México. El enfermo logra que se permita a sus ayudantes Basch, Grill y Severo duerman en la misma habitación para estar al pendiente de él. Blasio, Maximiliano y Pradillo no fueron registrados al ser hechos prisioneros, por lo que traían dinero en oro dentro del cinturón de víbora y Maximiliano les ordenó estar prevenidos para lo que pudiera ofrecerse... quizá pensaba en sobornar guardias para algún servicio, que iba desde comprar alimentos y medicinas hasta una probable fuga. Recibe también ropa blanca en demasía por parte de encopetadas damas de la alta sociedad queretana, a lo que el austriaco responde en broma “que en toda su vida no había recibido tanta ropa blanca como en prisión”. Mujeres humildes de los mercados cercanos le enviaron durante estos primeros días de prisión frutas y legumbres, además de que un comerciante alemán puso desinteresadamente dinero a su disposición. Bach se queja de que sólo comen él y los criados de Maximiliano las sobras de éste.

La Cruz se habría ocupado, hubiera o no hubiera resistencia imperialista, argumentaron los republicanos. Seguramente que Escobedo y López llegaron a un acuerdo, sólo que el general en jefe, dudando que tal pacto se hiciera realidad, indicó a López que de cualquier manera asaltaría La Cruz a las tres de la mañana y así lo hizo; el general Vélez, a quien se encomendó la acción, tampoco estuvo seguro nunca de que López sería leal a lo ofrecido, por eso lo condujo a punta de pistola y casi a cachazos esa madrugada. La Cruz fue el lugar más importante del sitio de Querétaro. López era el encargado de vigilar La Cruz y ésta era el punto de defensa más importante de la ciudad y además Cuartel General y dormitorio del archiduque. Si caía La Cruz caía la ciudad y el Imperio.

Basch alcanza a ver a un hombre salir de dicho inmueble llevando el sombrero de general de Maximiliano el 17 de mayo de 1867 por la mañana.

En el convento de La Cruz, el general José María Echegaray, ha quedado como responsable de los prisioneros, a los cuales dividió en la capilla anexa y nave principal del templo; en la primera los de alta graduación y en la segunda los oficiales de bajo grado. Los presos se registraron en una lista nominal cuya primera edición se publicó el día 17 de mayo, y en la cual Maximiliano figura como “Emperador, jefe del ejército sitiado, austriaco”. En cambio, en la segunda edición, del 18 de mayo, se le nombra solamente como “archiduque”, lo que Maximiliano consideraría

para su defensa más tarde. Los colaboracionistas de los republicanos, López y Jablonsky, no figuran en la lista, lo que para muchos constituye la prueba más significativa de sus servicios rendidos de manera voluntaria a la causa republicana siendo colaboradores de confianza del antiguo monarca.

El 3 de julio de 1867, Miguel López –sito en México- recibe de los generales Francisco A. Vélez y Feliciano Echeverría una constancia de que fue hecho preso en La Cruz el 15 de mayo. Seguramente el siniestro personaje quería amortiguar con esa mentira su fama de traidor. ¡Quién se lo iba a creer con esos antecedentes de infiel y desleal que bien merecido tiene desde la invasión norteamericana de 1846-1848!

La placa mandada poner en la barda de La Cruz por el presidente Díaz Ordaz y el gobernador Manuel González Cosío en 1967 -con motivo del centenario de el Sitio de Querétaro y Triunfo de la República- es falsa parcialmente en sus datos, al igual que la puesta durante el porfiriato por el gobernador Francisco González de Cosío. El debate nacional que tuvo lugar en 1887 sobre la supuesta traición de López tuvo que ser amainado por el presidente Porfirio Díaz porque ello no ayudaba a la gran reconciliación nacional. Escobedo reconoció la intervención de López en la entrega (no en la toma porque no fue a viva fuerza la de Querétaro) y como que quiso no entrar al fondo del debate si López fue traidor o no, o si éste, yendo enviado por el archiduque, se extralimitó.

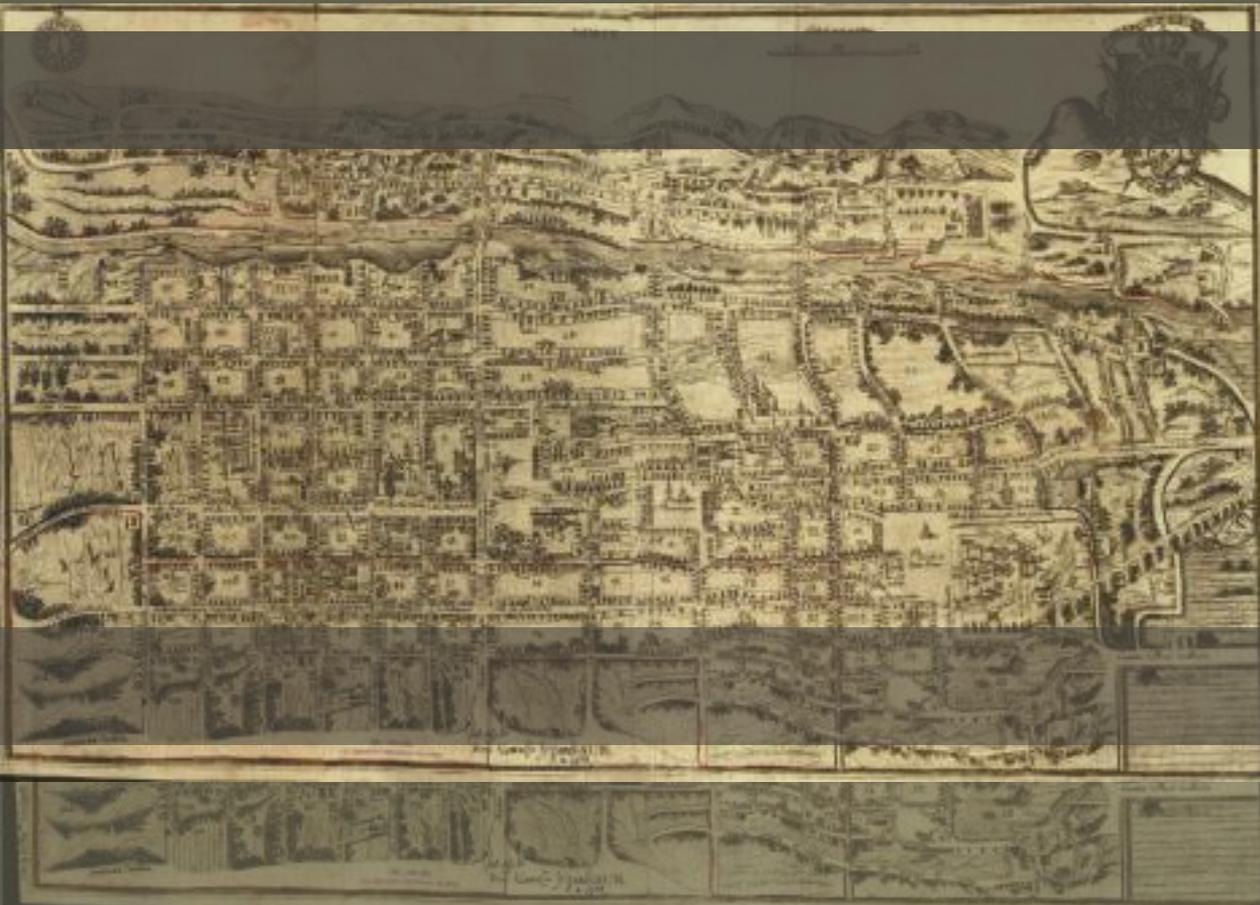
El panteón que perteneció al antiguo convento de La Cruz durante la dominación española, fue convertido en cementerio al servicio de los más necesitados allá por el año de 1857 por el religioso fray Mariano Aguilera.

Así como Benito Juárez siendo gobernador de Oaxaca quiso poner el ejemplo al aplicar las Leyes de Reforma y no enterrar el cuerpo de su hijita en una iglesia (a lo que tenía derecho por ser jefe del Estado), así el general José María Arteaga, entonces gobernador de Querétaro, sepultó a su hija Herlinda en este camposanto. Más tarde, en 1894 llegaron los restos de doña Josefa Ortiz de Domínguez y luego los de su esposo el Lic. Miguel Domínguez.

A pesar de que el gobernador Juan C. Gorráez (1955-1961) tuvo la idea de colocar en este sitio bustos de queretanos sobresalientes en la ciencia, en el arte y en el gobierno, es hasta el 5 de febrero de 1988 que se da cumplimiento a un acuerdo de cabildo del Ayuntamiento de Querétaro, presidido en ese entonces por el Lic. Manuel Cevallos Urueta, y se crea el Panteón de los Queretanos Ilustres con sede en el lugar del que estamos haciendo referencia y que gracias a una muy

buena labor de remozamiento, pudo entregar la obra en beneficio de Querétaro y de su memoria histórica el gobernador Lic. Mariano Palacios Alcocer con la distinguida presencia del primer mandatario nacional Lic. Miguel de La Madrid Hurtado. Hoy se llama dicho lugar Panteón y Recinto de Honor de las Personas Ilustres de Querétaro.

GARITA DE LA CAÑADA



Plano de Querétaro.



Garita de La
Cañada Actual.

GARITA DE LA CAÑADA

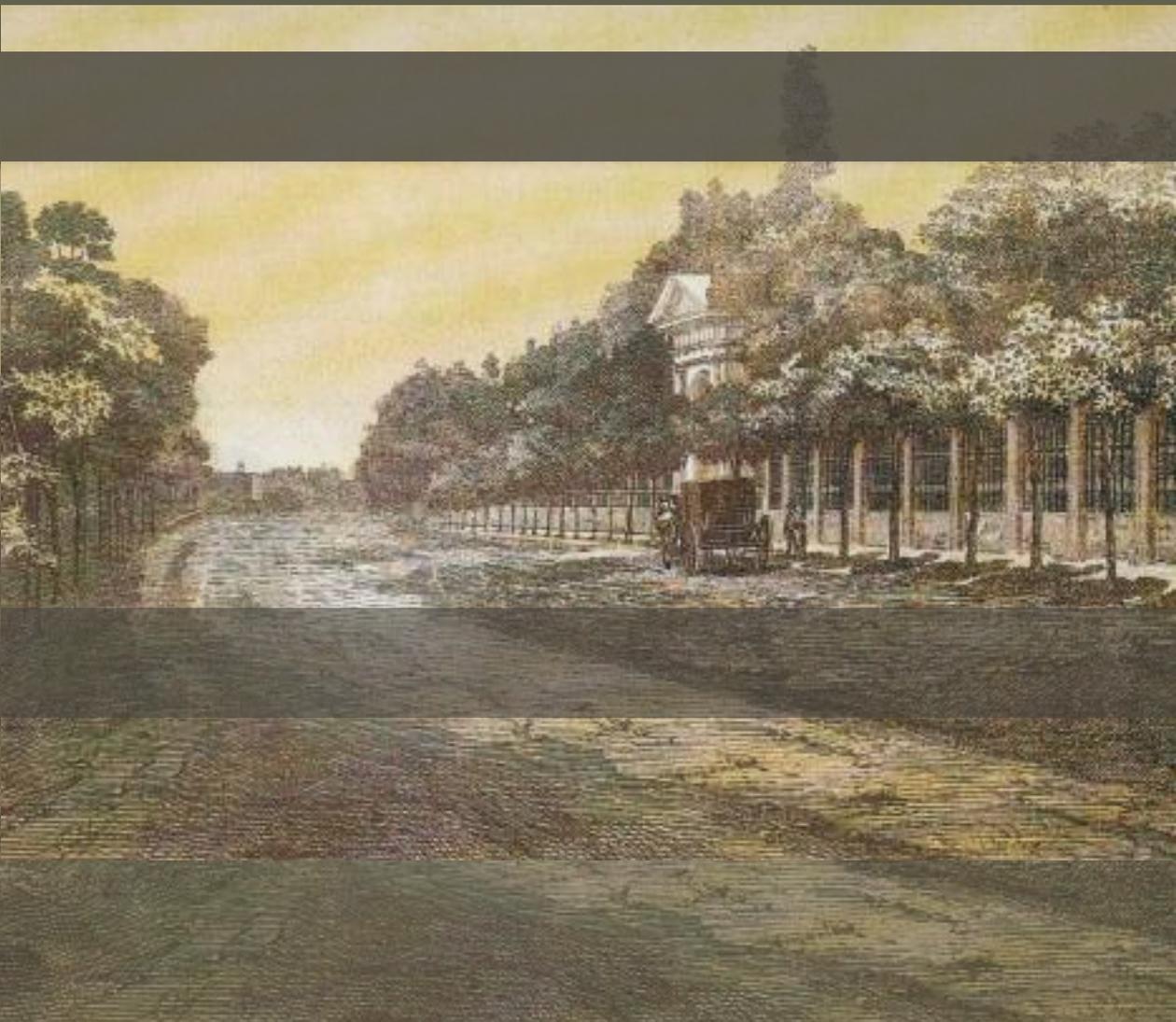
(CALLE DE LAS PEÑITAS Y ANTIGUO CAMINO
A HÉRCULES, HOY CALLE DE LAS DELICIAS)

Esta garita fue importante por ser la entrada y salida del Camino Real rumbo a la Sierra Gorda y de ahí al puerto de Tampico, que era donde se cargaba y descargaba la mercancía extranjera destinada al mercado queretano. Para el cronista Rabell Urbiola, esta garita estuvo ubicada en terrenos de la hacienda de Patehé, en donde actualmente se encuentran fraccionamientos como Calesa y otros de menor superficie al oriente citadino, cerca de la fábrica de La Purísima.

Ante los sucesos del día anterior por la tarde –la salida de El Macabeo hacia La Cañada–, el general Ramón Corona, posesionado de la Cuesta China, extiende su línea hasta la garita de La Cañada el 13 de marzo de 1867 y sitúa su Cuartel General sobre el cerro de Carretas (hoy Loma Dorada), cercando Rocha y Régules el oriente y poniente; Escobedo el norte, por lo que solamente falta hacerlo de manera férrea y definitiva por el sur.



LA PURÍSIMA ANTIGUO MOLINO BLANCO O DE PATEHÉ



Carrera de La Purísima



La Purísima.



La Purísima,
Fábrica.
Hoy Seminario
Diocesano.

LA PURÍSIMA ANTIGUO MOLINO BLANCO O DE PATEHÉ (AVENIDA HÉRCULES, HOY SEMINARIO DIOCESANO)

Antonio Loyola Vera, en su tesis doctoral sobre los sistemas hidráulicos en Querétaro, consigna que a finales del siglo XVI, la ciudad ya contaba con un complicado sistema de acequias para regar las huertas y mover un molino del que se había dado merced a Diego de Tapia en 1595 (en el lugar que hoy ocupa el Seminario Diocesano donde antes estaba el Molino Blanco o Molino de Patehé y posteriormente la fábrica de La Purísima).

Cayetano Tomás Miguel Rubio Álvarez levantó un edificio para destinarlo a Fábrica de Hilados y Tejidos dependiente de “Hércules”, habiéndolo hecho en 1854, cuando por la proclamación del Papa Pío IX, del dogma de la Inmaculada Concepción de María, quiso que llevara el nombre de La Purísima.

La voz popular designó por mucho tiempo a la fábrica de La Purísima como “Molino Blanco”, por su pintura exterior, relacionándola y diferenciándola con el “Molino Rojo” de la fábrica El Hércules. Trabajó con este carácter industrial textil y de molienda hasta principios del siglo XX; clausurada, fue dedicada La Purísima tiempo después a fábrica de cartón que destruyó un pavoroso incendio en 1924. Casi en ruinas se encontraba cuando la adquirió la compañía que fabricaba el jabón Lourdes, de don Manuel Pesquera, y la restauró, teniendo allí, el principal centro de producción.

Este precioso e histórico edificio durante el Sitio fue empleado como cuartel republicano y en hospital de sangre. El día sábado 16 de marzo de 1867, Mariano Escobedo visita a los soldados heridos que son atendidos en La Purísima.

Amanece el 11 de marzo de 1867 la población de Santiago de Querétaro, en pleno sitio, con la alarma de que casi todas sus fuentes están vacías, pues unos soldados republicanos, provenientes de la fábrica de La Purísima (hoy Seminario Diocesano) han roto el tercero de los arcos del acueducto (de oriente a poniente), y desde La Cruz se ve que cae del arco roto una enorme cascada del vital líquido que se riega por el llano, y entre tanto trabajan activamente los pozos y cisternas que en casi todas las casas –sobre todo de pudientes- existen.

En las primeras horas del día 16 de mayo Escobedo había ordenado fijar en los sitios públicos más frecuentados un decreto en el cual se previene a los jefes y oficiales imperialistas que de no presentarse en un plazo de veinticuatro horas al Cuartel General establecido en la fábrica de La Purísima van a ser pasados por las armas inmediatamente que se les encuentre. Este decreto da inmediatos resultados puesto que se presentan los generales Francisco Casanova, Manuel Escobar, Pantaleón Moret y Pedro Valdez, además del que fuera el único ministro imperial en el sitio, Manuel García Aguirre, quienes fueron encerrados en el mismo cuarto donde se encontraba Severo del Castillo.

Mariano Escobedo se encuentra enfermo en su Cuartel General de La Purísima el viernes 17 de mayo de 1867, a donde se había cambiado desde el 15 de mayo, sin embargo no ha dejado de desarrollar actividades. Fijó el general Escobedo su nuevo Cuartel General en la fábrica de La Purísima Concepción –hoy el Seminario Diocesano- dejando en Patehé solamente un pequeño destacamento al cuidado de la artillería que por pesada no se ha podido trasladar al centro. Desde ahí redacta e imprime una proclama para los que lo ayudaron a obtener el triunfo de la República en Querétaro, en el cual Escobedo dejó por un rato de ser lacónico y desbordó entusiasmo en el texto.

Apenas amanece el lunes 20 de mayo, doña Inés Isabel Winona Leclerc Eliza Joy de Salm Salm comienza a movilizarse para obtener de Mariano Escobedo la licencia necesaria para visitar a su esposo y a Maximiliano, que están presos en Capuchinas. Acude a la fábrica de La Purísima a caballo y una vez que obtuvo el permiso se dirige a sus aposentos en el hotel para arreglarse.

El general en jefe se hallaba de muy buen humor ese día 20 de mayo, pues esperaba la visita de dos hermanas a las que hace tiempo no veía y accede a recibir por segunda vez en ese día a doña Inés –que fue acosada por el desagradable

capitán Enking-, la que obtiene de su interlocutor la muy anhelada entrevista para esa tarde en La Purísima, sin ser avisados los ayudantes de Maximiliano, que quedaron hechos ascuas cuando se presenta por éste el coronel Miguel Palacios sin dar mayor explicación. Carlos Rubio facilita otra vez su diligencia para el traslado de Maximiliano, quien va acompañado a su cita de los esposos Salm Salm, Palacios y del coronel Ricardo Villanueva, el que no deja de ver de reojo y de manera furtiva a la hermosa y perfumada dama. Al saber que el importante prisionero va a salir, todos los reos se acercan a las puertas de sus celdas para saludarlo. Antes de partir a su cita, Maximiliano entrega a Basch dos documentos: uno era una carta de Ramírez de Arellano enviada desde su escondite y otro era un poema dedicado al archiduque por un soldado francés que estaba preso. En el jardín de la entrada los recibe Escobedo y todo el grupo pasea bajo la arbolada calzada que conduce al edificio principal; por un tiempo más o menos largo dialogan a solas el prisionero austriaco y el general en jefe cosas que nadie más oye, ni siquiera el intérprete Félix Salm. Muy cordial es el encuentro a grado tal que el anfitrión ofrece refrescos –que no fueron aceptados- y música de dos bandas –que tocaban estruendosamente, ahogando las voces de los conversadores con su espantoso ruido, según doña Inés- bajo el rumor de la cascada de la fuente, y está con sus visitantes hasta la hora del crepúsculo, en que los despide.

Tres horas duró la salida del austriaco, llegando a su celda a las ocho de la noche. Llegó normal ante sus ayudantes, según Blasio, pero Basch y la princesa de Salm Salm aseguran que llegó muy abatido, manifestándoles que Escobedo le parecía sumamente amable y que Salm Salm les sirvió de intérprete en algún punto de la entrevista. El muy ingenuo creía que Escobedo le iba a resolver lo pedido en un escrito que éste pondría a consideración del Supremo Gobierno. Para ello, Salm Salm y Maximiliano redactaron y entregaron una carta en francés firmada por Félix y dirigida a Escobedo en la que hacen gala de ingenuidad al pedir su salida del país, prometiendo no volverse a inmiscuir en los asuntos de México, ruegan consideraciones para ellos, además de avisar que ¡abdica Fernando Maximiliano y que hará rendir las plazas de la capital y Veracruz! Desde luego que esta misiva es inútil por cuanto Maximiliano es un prisionero que, si de emperador nada tuvo antes, menos lo tiene ahora como tal ante el gobierno republicano, además de que las ciudades de México y Veracruz caerán en manos de los juaristas con o sin sus órdenes. Blasio escribe en sus memorias que por boca de Palacios –según la princesa, que todo el día estaba vigilada por él- se enteraron que dentro de muy pocos días llegarán órdenes precisas de San Luis

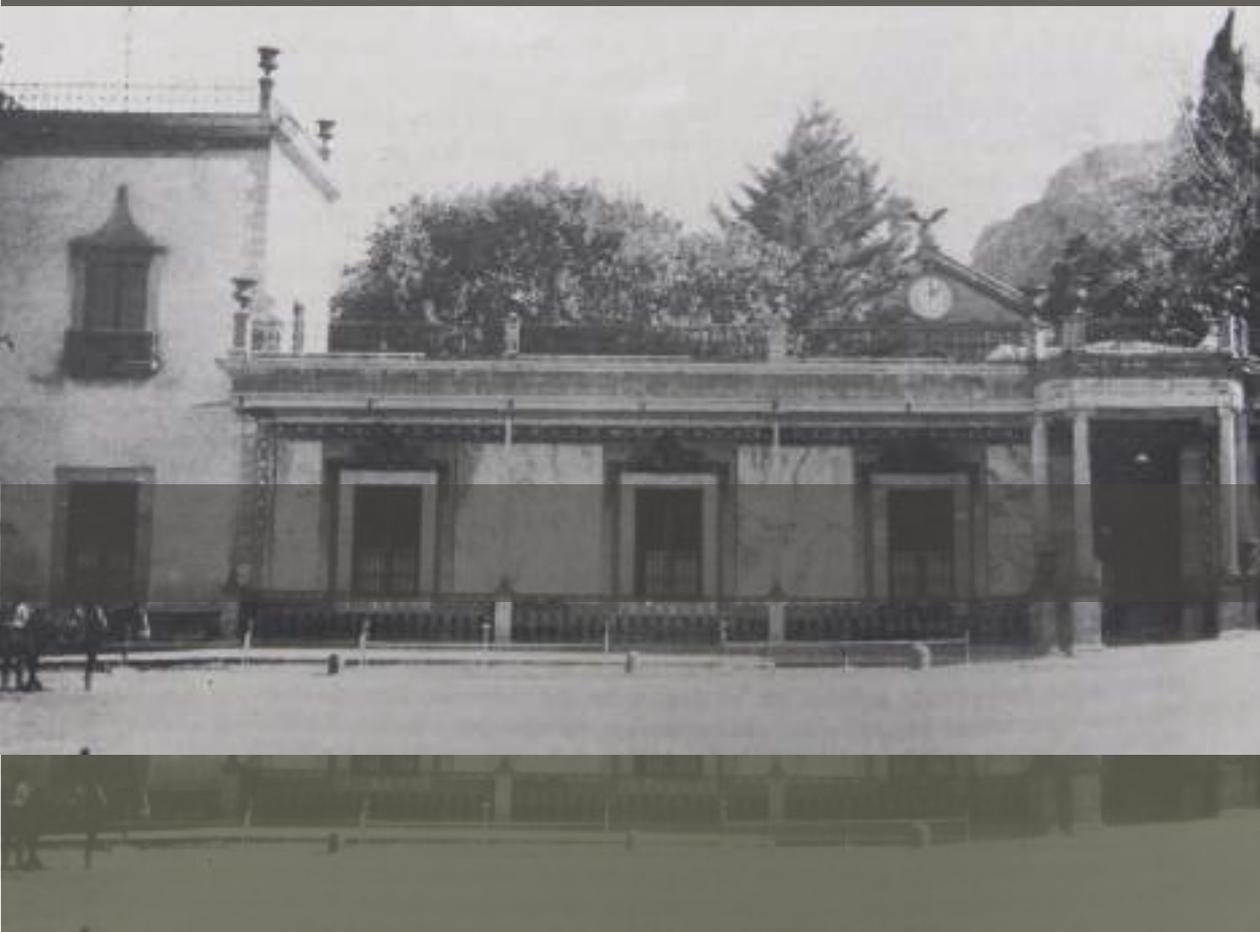
Potosí relativas a todos los prisioneros. Escobedo, que ya sospecha de la bella y misteriosa mujer de veintitrés años -nacida en Canadá, de padres franceses- encarga de su vigilancia al “apuesto coronel de ingenieros (topógrafos) Ricardo Villanueva, quien ha recibido entrenamiento profesional en el extranjero y habla varios idiomas. Con la princesa, que sólo sabía pocas palabras de español, hablaba en inglés”.

El mismo día 20 de mayo, Escobedo informa a su gobierno desde La Purísima que sus oficiales piden el rápido castigo de Maximiliano, además de que él mismo tiene que acudir en auxilio de Porfirio Díaz; por lo que solicita que se traslade a Maximiliano a San Luis Potosí. ¡Cómo le quemaba la custodia de tan importante personaje a don Mariano! Le iba a quitar a Querétaro la gloria futura de ser el caldoso donde se sacrifican entrometidos. Dice Ratz que el neoleonés de Galeana no quiere cargar con la responsabilidad de un proceso cuyo resultado final no puede ser dudoso. El hombre de Oaxaca decidirá que Escobedo sí tendrá que encargarse del juicio de Maximiliano y tendrá que cargar a sus espaldas las consecuencias que le toquen. Afirma con ironía el doctor Ratz que toda esta negociación es una farsa. Maximiliano ya abdicó y por tanto no puede dar órdenes a nadie. Escobedo no tiene por qué negociar. Entonces, se pregunta el historiador austriaco, ¿para qué los invitó a La Purísima? (yo digo para qué los recibió en dicha fábrica a propuesta de Inés de Salm Salm?) Se atreve a conjeturar Ratz que para sondearlo y complacer a sus dos hermanas (las de Escobedo) que lo estaban cuidando en su enfermedad y que nunca habían visto a un emperador.

El viernes 24 de mayo ordena Escobedo el cambio de su Cuartel General de la fábrica de la Purísima Concepción a la casona que ocupó el presidente Manuel de la Peña y Peña en la firma de los tratados de Guadalupe Hidalgo entre los años de 1847 y 1848 (hoy Hidalgo 27 y 29) y donde vivió durante el sitio general imperialista Manuel Ramírez de Arellano. La finca siguió siendo cuartel republicano hasta que las tropas fueron requeridas por Porfirio Díaz para auxiliarlo en la toma de la Ciudad de México.

En este edificio funciona el Seminario Diocesano desde diciembre de 1966.

FÁBRICA EL HÉRCULES



Fábrica El Hércules.



Fábrica El Hércules.



Hércules, Hospital de Sangre Republicano.



FÁBRICA EL HÉRCULES

(ANTIGUO MOLINO COLORADO, AVENIDA HÉRCULES)

El establecimiento de batanes y molinos movidos por agua modificó el uso de los ríos, ya que para tener una corriente con fuerza motriz necesaria, esos centros fabriles se construyeron en las cabeceras ribereñas. El cacique Diego de Tapia recibió mercedes reales de tierras también por La Cañada y allí estableció un molino llamado popularmente “Colorado”, haciendo referencia a la tierra rojiza y al tezontle que domina la zona.

En La Cañada, para evitar el hurto, contaminación y detención de aguas y los correspondientes litigios, se expidieron “autos” sobre el reparto de Aguas en 1654, para el uso y aprovechamiento del recurso, al igual que en Patehé, protegiéndose a los indígenas que utilizaban el agua por toda La Cañada hasta llegar a una presa de céspedes construida por Diego de Tapia contra la voluntad de los naturales en 1634, al que se le obligó a construirla de cal y canto a partir de 1654, además de supervisar sus manantiales y su ciénaga durante todo el año todos los años, recibiendo el nombre por parte de sus dueños de “Presa del Salto del Diablo”, llamándose simplemente por el vulgo esa presa como “Presa del Diablo”, todavía famosa en los años cincuenta del siglo XIX con tal nombre. No hay que confundirla con otras que construyó Cayetano Rubio como la “Presa de la Purísima” allá por 1838, la de “San Carlos” y la de “San Isidro”.

Para mediados de la década tercera del siglo XIX, empresarios extranjeros y nacionales comenzaron a crear centros fabriles en la ciudad de Querétaro para la producción de hilaza, mantas, telas estampadas y casimires, procurando que sus plantas productivas pudieran abastecerse con energía hidráulica además de maquinaria moderna y fuerza laboral. El empresario más destacado fue el español

Cayetano Tomás Miguel Rubio Álvarez, quien adquirió los antiguos molinos suburbanos ubicados a la ribera del Río Querétaro, para así instalar sus modernas fábricas, fusionando en un mismo establecimiento la elaboración de mantas con la producción de trigo, al decir de la doctora Patricia Luna. En 1831 el gobernador queretano Manuel López de Ecala instauró por decreto la Junta Directora de la Industria del Estado, no buscando proteger la antigua industria textil de batanes y trapiches que continuó sobreviviendo, sino impulsar el surgimiento de nuevas industrias, modernas, capitalizadas y con maquinaria y tecnología de punta. Por eso la llegada de Cayetano Rubio Álvarez y la creación de sus tres famosas fábricas que requerían de agua para mover sus maquinarias: “El Hércules”, “La Purísima” y “San Antonio”. Por las inclemencias políticas y luchas armadas, la fábrica “El Hércules” comenzó a trabajar hasta el 15 de agosto de 1846, ocho años después de que Cayetano Rubio adquiriera el predio del antiguo molino Colorado. El edificio lo había restaurado desde 1840 en su totalidad.

Con el correr de los años, se construyó un acueducto alternativo para alimentar la fábrica “El Hércules”, de una atarjea superior y otra inferior, utilizada en tiempos de estiaje. Precisamente en la llamada “Presa del Diablo” es donde se inicia la construcción de este “Acueducto de Hércules”, cuyo trayecto lo explicamos en la imagen subsiguiente y que nos lleva desde la citada presa hasta el famoso manantial del Roncopollo y lo que fue “La cartonera González”, atrás y a un lado del molino de San Antonio, hoy Universidad Marista. La historiadora Natalia Carrillo nos indica que Cayetano Rubio manda construir un cañón en “Los Socavones” y los manantiales de “El Barreno” de La Cañada para canalizar esa agua por medio de un acueducto de cuatro kilómetros hasta la fábrica de Hércules, e impulsar la gran turbina que proporcionaba la energía motriz. A su vez el bate José María Carrillo nos informa que el acueducto en cita se componía de 57 arcos cuyos pilares medían 1.75 metros de espesor, estando separados entre sí por una distancia de 7.50 metros. Este acueducto conducía 72 surcos de agua, es decir, 691 litros por segundo, que movían la gran rueda hidráulica que daba todo el movimiento a la fábrica “El Hércules”, cayendo después el agua al Río Querétaro. Hacemos la aclaración que la arquería de 164 arcos –según el catálogo de INAH– y 4 kilómetros de longitud es en el tramo que va de “La Presa del Diablo” a la fábrica “El Hércules”, continuando a flor de tierra hasta el molino de San Antonio pero ya sin arcos obviamente. Antonio Loyola dice que la obra del acueducto fue hecha por veinte artesanos extranjeros, con altos sueldos, y cree dicho actor que

venían de la ciudad de Madrid. Aun cuando se hizo el acueducto para reforzar el movimiento de la gran rueda hidráulica, ésta también fue movida por trescientas mulas de 1846 a 1850 cuando la obra hidráulica no se había concluido. Loyola Vera localizó una solicitud de Cayetano Rubio al Ayuntamiento de Querétaro donde éste pedía le vendieran terrenos aledaños al río para terminar el acueducto en 1850.

No contamos con información directa sobre quién fue el ingeniero encargado de la construcción de la gran obra pero pudiera estar entre el escocés John Brown Alexander Anderson y el prestigiado alarife Mariano Reyes. John Alexander Anderson fue quien vino a construir la gran rueda hidráulica de la fábrica “El Hércules” y no es difícil que haya intervenido en la construcción del acueducto que iba a llevar la fuerza motriz a la turbina. Pero también hay indicios de que Mariano Reyes lo hizo porque era el encargado de las obras hidráulicas en todas las fábricas de Cayetano Rubio, así como quien se encargó de conciliar entre el industrial y los vecinos de San Sebastián cuando éstos sentían que Rubio les despojaba de su agua a la altura del Roncopollo. El “Acueducto de Hércules” funcionó normalmente hasta 1940, aunque algunos vecinos aseguran que todavía vertía poquísima agua en los años sesenta del siglo XX.

En la actualidad, de este acueducto sólo se conservan cinco tramos formados por pilares y arcos escarzanos de piedra y ladrillo de barro, no tiene uso y su estado de conservación es ruinoso, aunque la propiedad sea de la familia González Nova, propietarios de la fábrica “El Hércules”. El vate José María Carrillo sostiene que eran 57 arcos, nosotros preferimos quedarnos con el dato que da el INAH en su serio y muy actualizado catálogo: 164 arcos.

Al establecerse la línea de circunvalación del sitio de Querétaro en 1867, quedó fuera de la plaza esta fábrica y fue tomada por las tropas republicanas, en donde establecieron un hospital de sangre; su infraestructura hidráulica, como “La Presa del Diablo” y los baños de “La Peñita” sirvieron para el aseo de las tropas republicanas. Fue también empleada para habitación de varios jefes del Ejército Republicano al triunfo de la República y para prisión momentánea de algunos imperialistas.

El coronel imperialista Julián Quiroga –al que se presume hijo natural de Santiago Vidaurri- sale de la ciudad de Santiago de Querétaro el 10 de marzo de 1867 rumbo a la población de Hércules y obtiene a la mala doscientas reses. El 16 de marzo Mariano Escobedo visitó a los heridos en la batalla del 14 de marzo, convalecientes en el hospital de sangre que se improvisó en la fábrica “El Hércules”.

Tienen repletos los sitiadores los hospitales de Hércules y Alvarado, por lo que se localizan nuevos sitios para llevar a los heridos en la batalla del 24 de marzo de 1867. Después de un peligroso viaje de cuatro días, el 30 de abril se acerca a Hércules la princesa de Salm Salm, con miedo a los cañones de ambos bandos, acompañada de su fiel criada Margarita y de su caballo Jimmy, además de su inseparable pequeño revólver de siete tiros. Llegó a la fábrica de la familia Rubio porque traía cartas para don Carlos, ignorando que éste se encontraba en la ciudad, pero de todos modos Escobedo le ofreció alojamiento en la lujosa casa que se encontraba en dicho centro fabril.

Fue reabierto y puesta en funcionamiento de nuevo la paralizada fábrica “El Hércules”, propiedad de Carlos Rubio, quien la recibe de los republicanos el 23 de junio de 1867.

En el siglo XX la adquirió la familia González Nova, expertos en fabricación de textiles, cumpliendo este año de 2016 cien años de existencia el combativo sindicato, a pesar de que la fábrica de telas ya cerró y se dedica el edificio a la fabricación de cervezas artesanales.

LOS ARCOS



Hacienda de Carretas y Acueducto.



Acueducto.

Acueducto y
Cerro de Los Molinos de Carretas.



Acueducto, dibujo por
Fernando Pérez Nieto.

LOS ARCOS

(PROLONGACIÓN DE LA CALZADA ZARAGOZA ORIENTE, HOY AVENIDA DE LOS ARCOS)

Construidos por el pueblo a iniciativa de don Juan Antonio Urrutia y Arana, marqués de la Villa del Villar del Águila, entre 1726 y 1735, sirvieron hasta 1967 para traer el agua de La Cañada a Querétaro. La importancia de esta gran obra llena de belleza y construcción armónica fue que dotó de agua potable a la gran ciudad durante casi 250 años al ser insuficientes los pozos artesianos, la acequia madre y el agua del Río Querétaro para dotar del vital líquido a la urbe que en el Siglo de Oro tenía una población de 50 mil habitantes.

Los trabajos de canalización del agua desde el pueblo de La Cañada comenzaron desde 1721. Diego de Andízaval y Zárate, inteligente especialista en arquitectura, fue comisionado para apreciar, medir y pesar el agua, así como dar su parecer para conducirla a ciertas pilas de la ciudad. El marqués De Urrutia y Arana solicitó los permisos correspondientes a las autoridades virreinales y locales, y buscó el beneplácito de la población para llevar a cabo su propósito.

La obra pudo haberse reducido a la conducción del agua a la ciudad mediante rodamiento, aprovechando la fuerza de la gravedad, sin embargo, como el colegio y convento de los franciscanos estaba en el cerro de El Sangremal cuya altura estaba al nivel del manantial, separado por una hondonada, tuvo que buscar otro recurso. La distancia del agua al Colegio de Propaganda Fide era de ocho kilómetros aproximadamente, por lo que la solución del puente, que tan buenos resultados había dado en Roma y en las ciudades bajo su dominio, fue puesta en práctica, no sin antes vencer algunas dificultades.

Habiendo concretado el marqués las condiciones económicas, y realizado el proyecto por mano del algún arquitecto tal vez ciudadano, de la talla de Pedro de Arrieta o de Miguel Custodio Durán, se comenzó la construcción el 15 de enero de 1726.

En el año de 1972 se construyó un paso subterráneo del hoy boulevard Bernardo Quintana, el que fue ampliado a un tercer carril en 2013, pudiéndose dar trabajos de mantenimiento al acueducto. Antes, en 1882, pasaban por debajo de la arquería las líneas férreas del Ferrocarril Central en su tramo de La Cañada a la estación del mismo, que estaban ubicadas frente a La Alameda justo donde ahora se encuentra la esquina de Corregidora y Constituyentes, lado Sur. El tendido de las vías del ferrocarril por La Cañada y Hércules era obligado por cuestiones técnicas, ya que semejantes vehículos, tan pesados, no podrían bajar la Cuesta China sin peligro de descarrilarse.

Amanece la población el 11 de marzo de 1867 con la alarma de que casi todas sus fuentes están vacías, pues unos soldados republicanos, provenientes de la fábrica de La Purísima (hoy Seminario Diocesano), han roto el tercero de los arcos del acueducto (de oriente a poniente), y desde La Cruz se ve que cae del arco roto una enorme cascada del vital líquido que se riega por el llano, y entre tanto trabajan activamente los pozos y cisternas que en casi todas las casas –sobre todo de pudientes– existen. También la falta del precioso líquido es mitigada por la existencia de unas setenta artesas públicas y privadas.

Mientras tanto en un templo de la ciudad, un hombre muy joven, pianista y maestro de piano, se prepara espiritualmente para emprender una misión que puede costarle la vida misma: ¡Debe salir de la huerta de La Cruz, a gatas, por todo lo alto del acueducto hasta llegar al arco tercero y arreglar el daño hecho por los republicanos en la acequia que corre por lo alto de los arcos! En gran problema estaba metido nuestro personaje, ya que debía colocar pencas de maguey sobre el arco averiado para que pudiera pasar algo de agua a la ciudad; y todo esto sin ser sentido por los republicanos, y además no dejar huella de su trabajo, porque si los chinacos descubrían su artilugio seguramente reforzarían la vigilancia sobre el acueducto. Así que en los próximos sesenta y tantos días de sitio, el joven tendría que atravesar a las dos de la madrugada la cañería, colocar las pencas de maguey, dejarlas allí hasta las cuatro am, y luego retornar entre las sombras y a paso de gato por la formidable arquería

Por diversas voces autorizadas le llamé en mis obras a este hombre como Trinidad Arauz, pero gracias a una bisnieta de él sabemos que el nombre real de este heroico hombre fue Bruno María Reynoso, quien luego emparentó con los Arauz. Dice la bisnieta de don Bruno María que la familia era afecta a Maximiliano, por simpatía natural o conveniencia, pero de que lo era -junto con su familia- no hay duda. Las razones que tuvo para ese conjunto de actos heroicos fueron sus ideas monarquistas y la tremenda sed de la población de bajos recursos, obligándolo a tomar una rápida decisión cuando observaba que inocentes morían por sometimiento y mero capricho de miembros de ambas fuerzas en pugna. La responsabilidad como ser humano, aunada al coraje y el dolor, lo condujo a realizar una intrépida acción, aun a costa de su vida, al contravenir las órdenes militares. El límite de su tolerancia había llegado y sin pensarlo más, solo, agazapado entre los escombros de la ciudad, con excepción de las noches de plenilunio en que corría más peligro de ser visto y sacrificado por una bala chinaca.

El 13 de marzo de 1867, dos días después que se cortó el paso del agua por el acueducto hacia la población, instala su Cuartel General Vicente Riva Palacio en la hacienda de Carretas, donde unas horas antes Miramón anduvo con su tropa reconstruyendo la parte del acueducto destruida por los republicanos de Ramón Corona. Difícil era que El Macabeo, con una comitiva vistosa, pudiese resolver el problema sin que los juaristas se dieran cuenta.

La calzada de Los Cipreses (actual calle 20 de Noviembre pasando Manuel Acuña) ya aparecía en el plano de la ciudad levantado en 1796 por don Manuel Estrella y Fernández, se denominaba “Carrera del Acueducto” porque allí terminan los Arcos y ocupaban toda la calle que es el costado sur del convento crucífero. Se le comenzó a llamar “de los cipreses” por la gran cantidad que de ellos se asomaban por la barda del huerto del convento vecino, los que fueron cortados para dar de comer a la caballada imperialista. Durante casi todo el sitio se instalaron cañones al pie del Acueducto, en su parte más oriental donde está el arco más pequeño, resultando esta artillería letal para los imperialistas situados en La Cruz.

Para el 1 de abril la sed en la ciudad era insoportable, especialmente para la población civil, puesto que no existe ya ninguna reserva y la poca que brota entre las pencas que algunas noches coloca a la altura del tercer arco don Bruno María Reynoso es a todas luces insuficiente, siendo los únicos beneficiados con ese chorrillo los hospedados en el convento de La Cruz, que es el primer lugar de la ciudad que recibe el beneficio del venero acuífero.

Al terminar el sitio el rostro de la ciudad era por demás desesperante: barrios en ruinas, edificios perforados por la artillería republicana, plazas y jardines tapizados de escombros y sus árboles talados, cuarteles destruidos, el acueducto averiado, y sus calles y caminos devastados –llenos ahora de fosos y trincheras-. Todo era desolación, miseria y angustia. Las enfermedades, el hambre y el luto eran fieles acompañantes de los otrora belicosos defensores del Imperio... Como resultado de la guerra, la “riqueza pública” desapareció y la bancarrota asomó por todas partes su imagen. Una pobreza general se palpaba en los mercados, en el erario y en la familia. La mendicidad día a día se incrementaba. Los más vulnerables carecían de un techo para pernoctar. Sin sufrir deterioro mayor al fin del sitio el Acueducto se restaura y puede así continuar sirviendo a su objeto.

A principios del año de 1917 Venustiano Carranza manda abrir el último tramo del Acueducto, cerca del ex convento de La Cruz, para prolongar la nueva avenida llamada en ese entonces Benito Juárez y, al pensar los queretanos que Carranza cometería una barbaridad como la cometida en el convento de San Francisco, tirando el Acueducto, lloraron la supuesta barbarie y por un buen tiempo se le llamó a la actual “Calzada de Los Arcos” “Calzada de Las Lágrimas”.

En el año 1974 el gobierno del Estado iluminó el Acueducto de manera excelente bajo la dirección técnica del regidor e ingeniero electricista Óscar Enrique Malo Flores, siendo gobernador don Toño Calzada Urquiza y alcalde Jorge Torres Vázquez.

Entre 2012 y 2013 el gobernador José Calzada Roviroso reforzó la arquería con técnicas modernas que le auguran a la bella obra más años de existencia.

CARRETAS

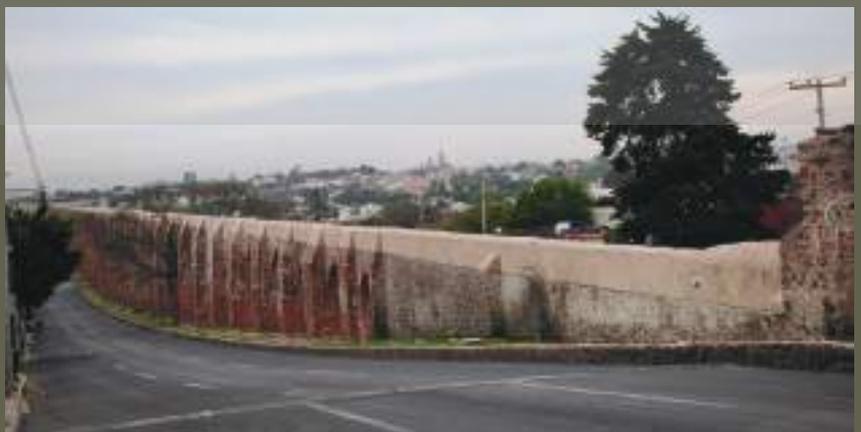


Hacienda de Carretas. Litografía.



Hacienda Carretas,
fotografía de Pilar Carrillo Gamboa.

Arcos y
Cerro de Los Molinos
de Carretas.



CARRETAS

(CALZADA LOS ARCOS AL SURESTE DE LA CIUDAD)

El cerro de Carretas (llamado también de Los Molinos) se encuentra al oriente de la ciudad de Santiago de Querétaro, donde actualmente se desarrolla el fraccionamiento Loma Dorada y cuenta la tradición que en ese promontorio fue fundado el nuevo pueblo de indios de Querétaro en 1537 cuando el conquistador Fernando de Tapia y el urbanista Juan Sánchez de Alanís se dieron cuenta que las cuevas de La Cañada eran insuficientes para alojar a las cuatrocientas familias que llegaron de Xilotepec escapando del “estruendo de la conquista”.

El cerro de Carretas recibió dicho nombre porque a sus faldas Sebastián de Aparicio instaló un mesón a mediados del siglo XVI, el que daba servicio de transporte carretero, alojamiento y avituallamiento a los viajeros que seguían la ruta del oro a Guanajuato y Zacatecas principalmente. Al darse el siglo de oro queretano gracias a ese tráfico de personas y mercaderías el mesón se convirtió en la hacienda de Carretas en el siglo XVIII, siendo su propietario Juan Antonio Castillo de la Llata, misma que fue fragmentada hasta la primera treintena del siglo XX, siendo muy famosa por ser la matriz de la cuenca lechera de la región. Yo sería partidario de levantar un monumento a la rueda en Querétaro porque fue la detonadora, junto con las carretas, de nuestro desarrollo regional y local.

Todavía en la época del sitio de Querétaro en 1867, entre las haciendas de Carretas y Callejas y el cerro de El Cimatarío, se dilataba por un espacio de un cuarto de legua una gran ciénaga llena de plantas palustres denominado “El Carrizal”, pantano de importante profundidad difícil de atravesar y que sirvió de trinchera natural a los sitiados que nunca perdieron el cerro y templo de San Francisquito. Por cierto que doña Guadalupe de Samaniego era propietaria en ese tiempo de las haciendas de Carretas y Callejas, las que colindaban.

Durante la revista que tuvo lugar en Carretas con la presencia de Maximiliano el 23 de febrero, los imperialistas pudieron comprobar que sus tropas eran muy vulnerables por las siguientes causas: la política fatal de los ministros, los últimos desastres militares, la retirada francesa y de la legión extranjera, el licenciamiento de los cazadores franco mexicanos, caballos desnutridos y heridos, tropas improvisadas que ni para exploradores o zapadores servirían, forzados a servir a través de la leva y el disponer sólo de cuarenta piezas de artillería. Definitivamente, lo mejor del ejército imperialista estaba en la gente de Méndez, cuya fuerza fue dividida en dos: infantería para Miramón y caballería para Mejía, que en la jerarquía militar impuesta por Maximiliano eran superiores en rango a Ramón Méndez, el llamado “asesino del general José María Arteaga”.

El día 13 de marzo de 1867 instala su Cuartel General Vicente Riva Palacio en la hacienda de Carretas, donde unas horas antes Miramón anduvo con su tropa reconstruyendo la parte del acueducto destruida por los republicanos de Ramón Corona. Difícil era que El Macabeo, con una comitiva vistosa, pudiese resolver el problema sin que los juaristas se dieran cuenta. Entre los jefes dependientes de Riva Palacio destaca el literato y coronel Ignacio Manuel Altamirano.

El domingo 24 de marzo, en la batalla por la hacienda de Casa Blanca, pronto todo el sur citadino, desde Carretas hasta Casa Blanca –pasando por Callejas y la Alameda- está cubierto de cadáveres de uno y otro bando, sobre todo de republicanos vestidos de blanco –que parecen borregos descansando- entre los que sobresale el del abogado y coronel republicano Florentino Mercado, cuya cabeza fue hecha pedazos, y que según Francisco Otalora Arce, fue asesinado a sangre fría junto con otros dos importantes jefes después de haber sido envueltos y aprisionados.

Entrada la medianoche del 27 de abril de 1867, el general Ramón Corona visita en la hacienda de Carretas a Vicente Riva Palacio y a Ignacio Manuel Altamirano para advertirles de la posibilidad de la décima salida imperialista y que lo mejor era estar en alerta, compartiendo después una frugal cena y procediendo a dormir vestidos sobre un gran banco de la finca –el único que allí había- agrupándose alrededor de dichos jefes los ayudantes de Corona que habían tenido participación en la conversación. Durmieron poco y mal, hasta que un cañonazo los despertó a las cinco de la mañana.

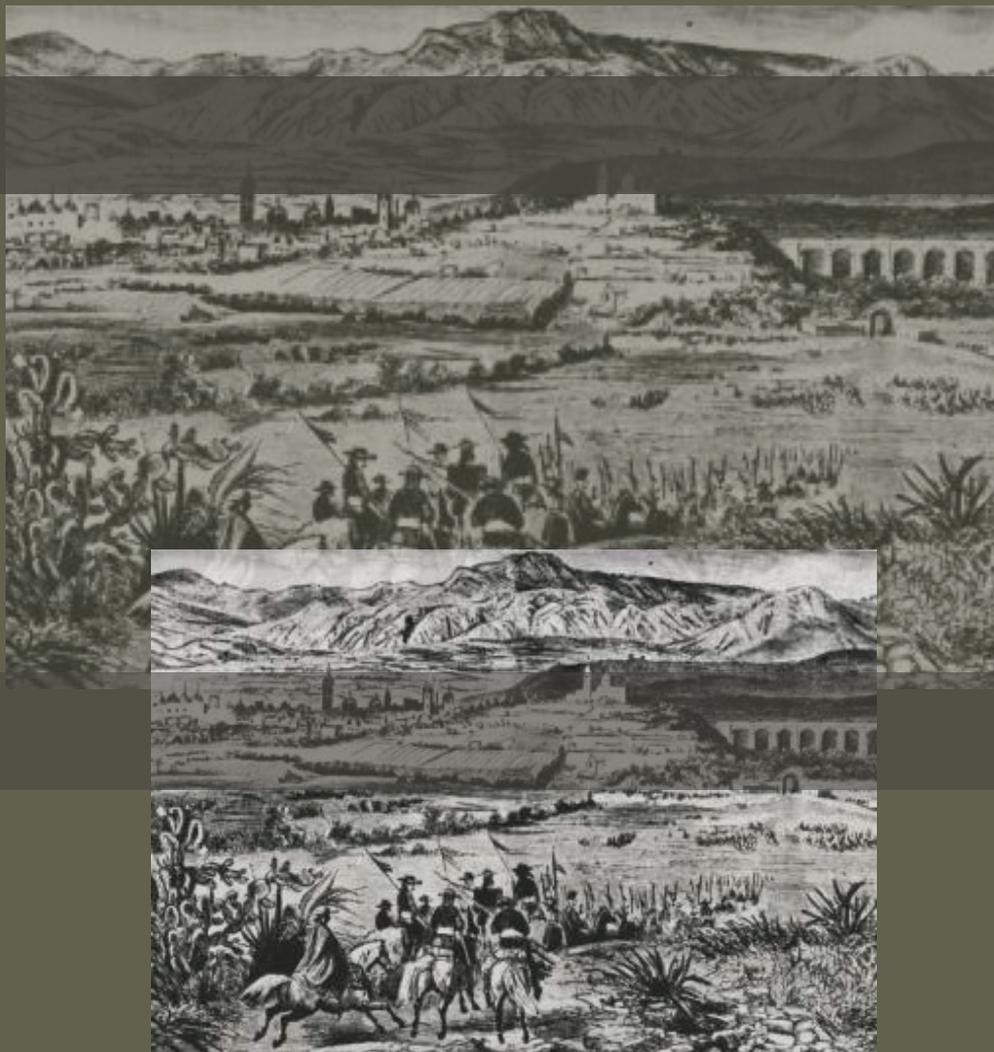
El día de la toma de Querétaro, el 15 de mayo, allá en La Cruz, Basch –médico personal del archiduque- es llevado primero al campanario y luego a la plazuela donde hacen los vencedores una cuerda de prisioneros para llevarlos a la hacienda

de Carretas donde le quitaron a Basch con malos modos y palabras un anillo que le sobraba del anterior registro al galeno. A las diez de la mañana traerían de regreso a La Cruz al mediquillo alemán de parte de Escobedo, y, al ver a su jefe Maximiliano, llorando lo abrazó, pero luego se consolaron cuando el austríaco sonriente le enseñó una cajita de píldoras de opio que recogió de su buró en ple no escape. La hacienda de Carretas también sirvió de prisión a jefes y oficiales imperialistas que no pudieron escapar.

Maximiliano y sus generales tenían previsto salir rumbo a la Sierra Gorda la noche del 14 y madrugada del 15 de mayo de 1867 y sin razón la pospusieron para la madrugada del 16, dijeron unos oficiales presos en Carretas. La supuesta enfermedad de Méndez y su famosa arenga no la cree nadie, ni el ingenuo del archiduque. La noche del 14 de mayo Miguel López fue condecorado con una medalla al mérito por el propio Maximiliano en la habitación de éste sin razón aparente –según se quejó el médico Basch a sus carceleros en Carretas y luego en La Cruz-, a menos que haya sido para distinguirlo por su entrevista con Escobedo o a manera de compensación por no haberlo podido nombrar general brigadier por la oposición de los principales generales que no lo soportaban.



CUESTA CHINA



Cuesta China y panorámica idealizada de Querétaro, dibujo.



Cuesta China actual.

Campamentos Republicanos
desde la Cuesta China.



CUESTA CHINA

(AUTOPISTA 57 A MÉXICO Y ANTIGUA CARRETERA PANAMERICANA, ENTRADA A LA CIUDAD DE QUERÉTARO)

La Cuesta China es un conjunto de cerros como el de Carretas, el de El Ermitaño o de El Tángano y el de Miranda, que recibieron ese nombre común por lo rubicundo de las montañas, lo escabroso del camino y las numerosas pendientes y curvas que eran un verdadero reto para los conductores de recuas y carretas.

La Cuesta China actual y la antigua no fueron siempre la entrada principal de los viajeros que desde la Ciudad de México llegaban a Querétaro, sino hasta 1555 que comenzaron la explotación de minas en Guanajuato y Zacatecas, además de que la fundación de San Juan del Río el 24 de junio de 1531 hizo a este pueblo paso obligado a Querétaro. En tiempos prehispánicos la ruta para los viajeros de a pie que venían de la Gran Tenochtitlán a la Gran Chichimeca era por Toluca, Atlacomulco, Amealco, Huimilpan, lo que hoy es Apapátaro, una vereda entre el cerro de El Picacho y El Cimatario y de ahí salían los caminantes al valle de El Bajío Oriental (hoy ciudad de Santiago de Querétaro) que estaba convertido en una zona lacustre y cenagosa, por lo que si se encaminaban a Tlachco (La Cañada) se iban bordeando las faldas de El Cimatario y El Ermitaño. Si se dirigían a lo que hoy es El Cerrito (Pirámide de El Pueblito) simplemente bordeaban por lo que hoy es Santa Bárbara en el municipio de Corregidora. Este camino lo utilizó el general Leonardo Márquez la madrugada de luna llena del 23 de marzo de 1867, en que salió sigilosamente de Querétaro para buscar refuerzos en la capital del Imperio.

Los caminantes como fray Margil de Jesús llegaban de San Juan del Río a La Noria (hoy ermita de San Judas Tadeo patrocinada por trailers y camioneros) y de ahí bajaban la suave pendiente que existe por el monumento a Conín, frente a la salida al Centro Expositor y tomaban la antigua Cuesta China, hoy convertida en el Paseo Constituyentes oriente, dice el cronista Rabell Urbiola; mientras que la nueva Cuesta China (la más escabrosa y de difícil pendiente) forma parte de la autopista a México (carretera 57) que comenzó su construcción desde la Ciudad de México en 1957 y se terminó como está ahorita entre 1969-1970.

Maximiliano entró a Querétaro el 19 de febrero de 1867 acicalándose en este lugar escarpado, donde el 17 de agosto de 1864 al contemplar por vez primera a Querétaro dijo: “¡Qué hermosa ciudad!”

Calladamente Maximiliano camina la mañana del 22 de febrero de 1867 seguido de su joven y fiel secretario José Luis Blasio; sus pasos se dirigen al cerro de Sangremal y al llegar a La Cruz contemplan con placer la ciudad, pero pronto la mirada del Habsburgo se llena de sombras cuando al recorrer al oriente los cerros de Patehé y la Cuesta China, al sur El Cimatario, al norte los cerros de San Pablo y San Gregorio y al oriente el Cerro de las Campanas, cayó en la cuenta de que en caso de un sitio, Querétaro era indefendible, tenía una sola salida y ésta era por el poniente. “Me he metido en una ratonera” exclamó el archiduque. Retornan al Casino Español los paseantes y piden su almuerzo. Allí recibe el rubio barbado noticias de los movimientos de tropas afectas y desafectas a él.

El día 8 de marzo se puede decir que iniciaron los combates del sitio de Querétaro que comenzó en la madrugada del 6 al 7 de marzo, cuando las baterías imperiales disparan sus primeros tres cañonazos contra unos jinetes del republicano Ramón Corona que hacían un reconocimiento del terreno. Los juaristas quieren tomar también la hacienda de El Jacal pero son rechazados por los tiradores de Quiroga. A pesar de ello, trasladan su flanco pasando por El Pueblito, el camino a Amealco y el lado norte de El Cimatario para llevar dos cañones de largo alcance a la altura dominante de la Cuesta China, operación que logran completar durante la noche. La chinaca de los estados de México y Morelos llegó a reforzar también la línea republicana. El 10 de marzo se da un movimiento de conversión en las fuerzas republicanas y queda tomada de manera permanente la Cuesta China, con lo que se evitarán comunicaciones hacia el interior y exterior del bando imperial.

El 13 de marzo de 1867 ondea la bandera republicana en lo más alto de la Cuesta China. ¡Solamente en la Cuesta China estaban ocho mil chinacos!

Imagínense en los otros puntos, donde se contaron hasta treinta y un mil efectivos en contra de los nueve mil imperialistas encerrados en la levítica señora del Bajío. Las fuerzas chinacas de la Cuesta China siempre estuvieron al mando del general Sóstenes Rocha y tuvieron gran relevancia en las tres grandes batallas del Sitio: las del 14 y 24 de marzo y la del 27 de abril de 1867.

El domingo 24 de marzo, los sitiadores preparan operaciones desde las tres de la mañana su segundo gran asalto. Escobedo destinó para este día veinticinco mil hombres con veinte piezas de artillería. Conforme al plan secreto de Escobedo dado el día anterior, el general Treviño ocupa la línea norte, Guadarrama y Corona amenazarán el lado occidental y oriental respectivamente, mientras que el golpe decisivo se emprenderá desde el sur contra la hacienda de Casa Blanca y la Alameda, confiándose ésta al recién llegado Riva Palacio y a sus tropas de refresco. Como la ciudad sitiada parece más vulnerable desde el sur –donde apenas hay fortificaciones-, el ataque se inicia con la señal de un cañonazo lanzado desde el Cuartel General republicano de Patehú al mediodía –a la hora de un calor insoportable- y se despliegan la caballería chinaca desde El Cimatario y la infantería desde la Cuesta China con un orden, rapidez y aplomo que no deja de sorprender.

Dentro de los duelos musicales entre uno y otro bando, los mochos adaptaron una coplilla popular para hacer burla de la salida de Guadarrama buscando a Márquez, y que tiene la siguiente letra: “Los soldados de Escobedo son jotos y correlones, se van por la Cuesta China haciéndose en los calzones”.

Para el 6 de abril de 1867, los sitiados están desesperadísimos por el aislamiento total en que se encuentra la plaza respecto de la capital del país, y cueste lo que cueste se buscan atrevidos correos extraordinarios –aunque cobren fuertes sumas de dinero- para cruzar las líneas republicanas e internarse en el camino a México en busca de la hiena del 17 de diciembre de 1857 en Tacubaya. Siendo la misión tan peligrosa, se encuentra sin embargo a un hombre del pueblo, necesitado de dinero que está dispuesto a salir y aparentemente cruza la línea de El Cimatario no llevando más misión que la de informar sin contraseña a las fuerzas de auxilio radicadas en México que rápidamente acudan a Querétaro porque la situación se tornó alarmante. Con la creencia de que el correo podrá efectivamente salvar las líneas republicanas y llegar hasta donde se encuentra Márquez, todos esperan confiadamente, pero no ha ocurrido así, pues poco después de haber salido el enviado de los sitiados apareció su cuerpo colgado cerca de la Cuesta China con

un enorme letrero que dice “El Correo del Emperador”. Así concluyó la vida de ese pobre infeliz quien pretendió obtener un gran beneficio económico y alcanzar la heroicidad.

Lo que más aterra a los queretanos –aparte del rumor de que la ciudad será destruida piedra sobre piedra por la República triunfante el 15 de mayo de 1867- es la plaga de bandoleros que a diario asaltan diligencias que parten rumbo a México, San Luis Potosí o Guanajuato, siendo el punto más crítico el de la Cuesta China donde –según se dice- merodea una mujer fea, borracha, jugadora, fanática del antiguo Imperio, chaparra y de piernas arcadas, a la que apodan “La Carambada”. No se descarta que campesinos de los alrededores participan en estos atracos por la situación económica que todavía es difícil, pero lo que más choca es que en su mayoría los bandoleros son viejos soldados imperialistas que fueron beneficiados con la libertad y que ahora, al no tener los medios para regresar a sus lugares de origen, buscan recursos como sea. También se sabe que los más peligrosos bandidos son ex presidiarios de las cárceles queretanas que fueron liberados por Maximiliano a cambio de trabajos forzados en las trincheras.

Como la parte sur de la línea sitiadora o de circunvalación no estaba ocupada por los republicanos que seguían a la espera de los refuerzos de Vicente Riva Palacio -también los sitiados la tenían desprovista de trabajos de defensa- no iban a gastar energía y recursos en esfuerzos inútiles. Esa fuerza republicana de diez mil hombres al mando de Riva Palacio y Joaquín Martínez llegó el día 23 de marzo procedente de Toluca, Puebla, Guerrero y el Valle de México. Escobedo sale a recibirlos personalmente, acompañado del general Ramón Corona, en la hacienda de Miranda, y entran a la ciudad a las veinte horas.

HACIENDA DE CALLEJAS



Hacienda de Callejas
Querétaro.



Hacienda de Callejas 2003
Querétaro.

HACIENDA DE CALLEJAS

(AVENIDA CONSTITUYENTE ESQUINA CON
20 DE NOVIEMBRE)

La peregrina hacienda de Callejas fue construida en el siglo XVIII, así nos lo demuestran los planos de esa época, que fue la más rica en prosperidad, la del Siglo de Oro queretano. La fachada del casco de la hacienda era blanco y aplanado, con muros de piedra. La arquería interior que todavía se conserva es impresionante y se ubica en el patio de las trojes, y puedo decir que la arcada original se forma por pilares y arcos de medio punto fabricados con sillares de cantería; la troje del lado norte está dividida por contrafuertes. El patio de los trabajos, donde hoy funciona un restaurante, está en muy buen estado de conservación.

Durante el siglo XIX fue propiedad de la familia Samaniego, concretamente de doña Guadalupe de Samaniego, la que también fue dueña de la hacienda de Carretas, con la que Callejas formaba un valle fértil de bonanza agrícola y ganadera. En el siglo XX fue propiedad de don Alfonso Loarca Mendoza, quien explotaba las tierras sembrando lechuga, jitomate y frijol en lo que hoy es el auditorio Josefa Ortiz de Domínguez y hasta las actuales colonias Mercurio, Valle Alameda y Cimatario.

Esta vieja hacienda fue punto de apoyo derecho de la avanzada de la línea oriental de los republicanos en el Sitio de Querétaro, que enlazaba con la línea sur del apoyo derecho de El Cimatario por un lugar pantanoso al que se dio el nombre de “El Carrizal”, -como ya lo vimos cuando estudiamos la hacienda de Carretas- uno de los pocos lugares de la circunvalación sitiadora que no estuvo fortificado por defenderse por sí y en caso emergente desde Callejas. Esta hacienda fue

ocupada por el republicano Sóstenes Rocha desde el 14 de marzo de 1867 bajando de la Cuesta China para defender el ala oriente de la línea de circunvalación sobre la ciudad por el ataque vigoroso de Miramón contra San Gregorio.

Los juaristas vuelven a tomar la hacienda de Callejas sin mayores contratiempos en la gran batalla del 24 de marzo que tiene como punto central de ataque la hacienda de Casa Blanca; los republicanos Riva Palacio, Juan N. Méndez y Joaquín Martínez atacan la Alameda y se acercan a ella a no menos de cincuenta metros. Ya hemos comentado en páginas atrás que los campos de Carretas y Callejas quedaron llenos de cadáveres de soldados de ambos bandos que se quedaron insepultos por muchos días por el miedo que tenían tanto los republicanos como imperialistas de arriesgarse a ser blanco de la fusilería enemiga.

También el 27 de abril de 1867 recibió tremendos embates durante el desarrollo de la batalla de El Cimatario, siendo defendido el punto por los coroneles Villada, Franco y Carrillo con soldados de Michoacán, Guanajuato y México. Sobre la hacienda de Callejas cargó vigorosamente el coronel imperialista Joaquín Rodríguez, el 1° de mayo, logrando arrebatarse a sus defensores republicanos el casco de la hacienda, brevemente, ya que después la recuperaron una vez que había muerto más por imprudencia que por valentía el coronel Rodríguez.

El viernes 10 de mayo de 1867, recibe una visita de manera inesperada el general Escobedo: se trata de una mujer que se ha desprendido de la línea que va de San Francisquito a La Cruz, y la que dice llevarle una propuesta del sargento extranjero Engle, el que pide hablar con el general en jefe en la hacienda de Callejas de un asunto de mucha pero mucha importancia. Accede Escobedo a la petición que tiene lugar en la mencionada hacienda (hoy convertido su casco en negocio, situado en Constituyentes, frente al auditorio Josefa Ortiz de Domínguez). Le dice el sargento al general que le entregará el punto que tiene a su cargo dentro de la ciudad si le da a cambio suficiente dinero para irse a su patria. Escobedo, seco como siempre, no contesta nada y el mercenario se reconcentra a su sitio dentro de la ciudad.

EL CIMATARIO



Cimatario mediados siglo XX y Retirada de Maximiliano del campo de batalla, Cimatario 1867.



Cimatarío y Picacho por
Andrés Garrido



Cimatarío y Centro Sur
actual por Andrés Garrido.

EL CIMATARIO

(SUR DE LA CIUDAD DE QUERÉTARO)

Esta enigmática montaña es un volcán extinto que no arrojaba lava sino agua hirviendo de las entrañas de la Tierra. Dicen los geólogos que todavía por su subsuelo pasa un brazo de mar al ser Calamanda, municipio de El Marqués, Querétaro, el parte aguas continental donde las vertientes acuíferas toman para el Golfo de México o el para el Océano Pacífico. Conocido por los fundadores de Querétaro como Monte Blanco, es el eterno centinela de la ciudad y el promontorio más alto del paisaje local, que nos avisa incluso si va a llover o no en la mítica ciudad. Lo de blanco es por la niebla que despedían su exuberante verdura y abundantes especies de árboles. Este cerro se levanta a 2,447 metros sobre el nivel del mar y es el número 11° en altura en el Estado.

La palabra original se escribía Zimatario en lengua purépecha y significa “coyote macho” según la conseja tradicional, la que también asegura que en los últimos años del siglo XVI habitaba en el hoy valle de El Pueblito un príncipe indio llamado Cimatario, quien tuvo que contemplar con dolor la muerte de sus familiares más cercanos, víctimas de la viruela negra que azotó la región y que los sacerdotes indígenas achacaban como un castigo de la diosa Cachúm por haberla desconocido para adorar a un Dios extraño. La diosa exigió sacrificios humanos como era común entre los pueblos prehispánicos y una de las escogidas para el sangriento ritual fue la joven prometida de Cimatario, por lo que se escogió la cima del Monte Blanco para llevar a cabo el sacrificio y la frustrada novia no dejó de gritar el nombre de su amado al ser llevada a la eminencia a la fuerza. De ahí se toma el nombre del cerro que degeneró al paso de los siglos en Cimatario.

Además del cerro de El Cimatario, rodean la ciudad los promontorios de San Gregorio, San Pablo, Patehé, el de Las Campanas y el de Sangremal, los que

tendrían gran importancia militar en las acciones militares futuras.

Al inicio del Sitio de Querétaro el general republicano Treviño era el responsable de esta línea al sur. El día 8 de marzo de 1867 Maximiliano visita el ala izquierda del frente, es decir, la que mira a El Cimatario, en donde, entre otros, se encuentra el Batallón Iturbide, al cual entrega la bandera imperial en impresionante ceremonia, ya que el austriaco llegó vestido de gran gala y va seguido de Márquez y su estado mayor, así como de Ramón Méndez.

Con la batalla del 14 de marzo sobre San Gregorio se estrecha más el círculo en torno a Querétaro, pero quedando menos guarnecido el sur porque no han llegado los refuerzos pedidos a Porfirio Díaz para cerrar totalmente el círculo de hierro. Todavía es posible que algunos arriesgados crucen por El Cimatario para salir o entrar a la “triste ciudad”, como dos de los cinco correos enviados por Salm Salm con mensajes escondidos en velas de cera y que pudieron evadir a la guardia chinaca. Un ingeniero militar fue el encargado por Escobedo de tender la línea de telégrafos que comunicaría a éste con el licenciado Juárez en la capital potosina. Al ejército de Querétaro le correspondería la construcción solamente en el tramo que va desde Hércules hasta San José de Iturbide y que los gobiernos juaristas de Guanajuato y San Luis Potosí lo concluyan. Para ejecutar semejante obra, el ejército sitiador enroló hombres entre los pueblos de San Pablo, Santa Rosa Jáuregui, La Cañada, San Miguel Carrillo (hoy Carrillo Puerto), San Antonio de la Punta, Santa María Magdalena, Hércules y las haciendas de San Juanico, San José de los Álamos, Carretas, Callejas, El Jacal, La Solana, Miranda, Peñuelas, Menchaca, Amazcala, La Griega y La Laborcilla. Una de las principales acciones en la realización de este tendido fue el cortar árboles en el todavía verde Cimatario, al que dejaron herido de muerte por la deforestación causada.

Para el 16 de marzo de 1867 Escobedo también está nervioso porque no llegan a Querétaro aun las tropas de Riva Palacio, Joaquín Martínez y Juan N. Méndez, y el flanco sur, a lo largo de toda la falda de El Cimatario, no tiene un solo soldado republicano, pudiendo por tanto, si lo quisieran los imperialistas, salir de la ciudad por los llanos que siguen a la hacienda de Casa Blanca. Sabe que ya vienen por el camino de México los refuerzos y, por tanto, trata de comunicarse con ellos. El 21 de marzo llegan los refuerzos de la República a San Juan del Río, esperando continuar al día siguiente para tomar posesión de las faldas de El Cimatario y cerrar el anillo de circunvalación.

Como dato curioso apunto que al regresar el general Guadarrama el día 24 de marzo a Querétaro después de perseguir al imperialista Rafael Olvera

por Cadereyta, los imperialistas observaron el contingente y creyeron que era Márquez con los refuerzos, por lo que gozosos mandaron repicar campanas, tocar diana y quemar cohetes, vitoreando al hijo pródigo, pero al ver que la columna tomaba el camino de El Cimatario y era vitoreada por los rojillos, se les acabó el gusto y cesó el jubileo. Este contingente además, trajo municiones de guerra de parte de Porfirio Díaz que sitiaba la Ciudad de México.

El domingo 24 de marzo, los sitiadores preparan operaciones desde las tres de la mañana su segundo gran asalto sobre Querétaro. Escobedo destinó para este día veinticinco mil hombres con veinte piezas de artillería. Conforme al plan secreto de Escobedo dado el día de ayer, el general Treviño ocupa la línea norte, Guadarrama y Corona amenazarán el lado occidental y oriental respectivamente, mientras que el golpe decisivo se emprenderá desde el sur contra la hacienda de Casa Blanca y la Alameda, confiándose ésta al recién llegado Riva Palacio y a sus tropas de refresco. Como la ciudad sitiada parece más vulnerable desde el sur –donde apenas hay fortificaciones–, el ataque se inicia con la señal de un cañonazo lanzado desde el Cuartel General republicano de Patehú al mediodía –a la hora de un calor insoportable– y se despliegan la caballería china desde El Cimatario y la infantería desde la Cuesta China con un orden, rapidez y aplomo que no deja de sorprender.

Después de los estrepitosos sucesos del 24 de marzo se advierte fatiga tanto en el interior de la plaza como en el exterior. Ya están las tropas imperialistas dando raíces de carrizo a sus militantes y arroz a la caballada, pues es evidente que no hicieron un acopio grande de víveres porque no esperaban un sitio prolongado sino un ataque brusco, frontal, al decir de lo escrito por un soldado liberal que oyó lo anterior de un desertor imperial.

El 25 de marzo a la ciudad llegan los insoportables hedores de los cadáveres descomponiéndose con el intenso sol primaveral en la falda de El Cimatario y que no han sido recogidos ni enterrados.

El plan imperial para el 27 de abril, es atacar El Cimatario, mientras que Severo del Castillo toma la hacienda de Callejas apoyado desde San Francisquito, para impedir refuerzos republicanos desde el sur, y concentrar gran parte de la artillería en la Alameda y distribuir por ese rumbo botes de metralla. Maximiliano ordena a Basch empacar los archivos y todas sus pertenencias, que deberán ser llevados por los Húsares en la probable salida de la ratonera, como él llamó a Querétaro en los primeros días del sitio.

La batalla del 27 de abril de 1867 por El Cimatario se inicia por parte de los imperialistas a las cinco de la mañana y Severo del Castillo abre un hueco tremendo a la línea republicana por el lado de Callejas, garita de México y hasta la hacienda de El Jacal. La mayor parte de los defensores republicanos de El Cimatario, que parecía un hormiguero, al mando de Corona –eran unos diez mil hombres- abandonaron sus puestos en los primeros minutos y se replegaron totalmente derrotados por las faldas de la montaña, y sus veintiún piezas de artillería, escritorios, caballos, mulas, archivos y equipajes del Cuartel General del Ejército de Occidente cayeron en manos de Miramón que los hizo conducir –cargando con éstos los prisioneros juaristas-, desde luego, al centro de la ciudad junto con numerosos carros de víveres y municiones arrebatados a los verdes. Una multitud hambrienta del pueblo de Querétaro –incluyendo mujeres y niños familiares de los soldados sitiados-, creyendo que escapaba el ejército imperialista de la ciudad, ha ido tras él y, aprovechando la confusión, se han volcado sobre los víveres, apoderándose también del escaso numerario, ropa, cadenas y recuerdos de familia de los muertos y heridos, cual aves de rapiña al olor de la sangre. Los artilleros de Alberto Hans ven pasar nada más a los de caballería e infantería cargando víveres, mulas, cabras, caballos, vacas y hasta finos licores sin que para ellos haya nada, pues no pueden moverse por razones de su arma. Ya es completamente de día y la luz permite ver la magnitud del desastre en la línea sur y tan pronto el general Vélez se da cuenta, rinde parte al Cuartel General situado en Patehú, donde el general Escobedo ordena a las fuerzas de reserva que acudan a cerrar la línea rota y asigna al general Ramón Corona refuerzos como, el Batallón de Galeana, Cazadores de San Luis y un regimiento norteño, los cuales contraatacaron furiosamente y destrozaron a la escolta imperialista que trasladaba los víveres hacia la plaza, los que pudieron ser recuperados en parte. El archiduque se trasladó al campo de acción y felicitó allí mismo a Miramón por los espléndidos resultados de su ataque; al tiempo que El Macabeo contesta “Señor, en esta batalla el general Méndez se ha manejado como siempre”. Al regresar vanidoso para ostentar sus logros en el poblado, don Miguel Miramón es recibido por el populacho metiche y madrugador con un grito de entusiasmo: ¡Viva el general presidente!, “el cual les dolió como gancho al hígado a Maximiliano, Méndez y a Salm Salm”. Ebrio de triunfo, Miramón propone a Maximiliano no verificar la salida rumbo a la Sierra Gorda sino mejor aprovechar la confusión y atacar la línea del Río Blanco, la que está seguro de romper, y después de eso dijo

él- ¡no habrá huida sino un triunfo total! Solamente que El Macabeo impetuoso –e ignorando junto con Ramírez de Arellano la noticia de que se acercaban unos trescientos o cuatrocientos jinetes chinacos por el sur- no contaba con que Escobedo mandó abrir fuego en todos los frentes.

Mientras los republicanos se recuperaban de la sorpresa y enviaban nuevas unidades a El Cimatario, el ejército sitiado estuvo en condiciones de salir definitivamente por ese punto sin sufrir grandes pérdidas, pero el sólo hecho de transportar el botín adquirido al interior de la ciudad demuestra que no sabían lo que querían, que les ganó la avaricia o que nunca pretendieron abandonar la plaza ese preciso día. Poco después, los generales liberales Naranjo, Antonio Guadarrama y Tolentino llegan a mata caballo por el suroeste de la ciudad y con tres mil dragones arrojan de El Jacal a los infantes del general Ramón Méndez y se dirigen apresuradamente a Casa Blanca. El regimiento de la Emperatriz, lanzado por el propio Maximiliano a recuperar los convoyes perdidos, es rechazado por el general Corona. Al amparo de la artillería imperial de la Alameda y de Casa Blanca, pensando que eran pocas las fuerzas rojas que estaban nuevamente en El Cimatario, Miramón organizó un contra ataque enviando dos batallones y dos regimientos contra los chinacos que se aproximaban por la Alameda, y con otros cuerpos de infantería se enfrentó resueltamente al darse cuenta de que no iba contra una bizoña y corta tropa sino contra el glorioso batallón de Supremos Poderes y varios cuerpos más que condujo ocultamente entre las hondonadas y depresiones de las faldas de El Cimatario su amigo Sóstenes Rocha –y por esa razón no había visto a qué formidable enemigo se iba a encontrar-, el cual ya había regresado urgentemente del Cerro de Las Campanas y de paso recuperó la garita de México y la hacienda de Callejas. Se desplegaron los rojos y esperaron la acometida de El Macabeo, la cual fue contenida por un nutrido fuego de rifles de repetición de ocho y dieciséis tiros que caían enemigos como moscas y por la carga de caballería de Guadarrama y los regimientos de Parras y San Luis. Miramón dispuso al fin la retirada y la persecución contra él, además de Maximiliano y su comitiva –que por primera vez participó en una desbandada-, tuvo que detenerse entre la Alameda y Casa Blanca a causa de las poderosas descargas de artillería que desde los dos reductos hacían sus imperiales ocupantes a las órdenes de Ramírez de Arellano, quienes tuvieron que sacrificar en ese cañoneo a sus propios correligionarios de la retaguardia, maniobrando con indiferencia sus baterías con estilo deportivo como si estuvieran en un simulacro. Este sorpresivo contraataque

republicano no solamente rompía el sueño de escapar de Querétaro ese día, sino acaso la salvación futura. La gente del pueblo que había subido a El Cimatario para darse al pillaje de los bienes republicanos y se rezagaron por ambiciosos, sufrieron el castigo de éstos al recuperarse y algunos fueron atravesados y muertos por las lanzas.

Así llegaron las primeras horas de la tarde y los soldados republicanos habían recuperado las posiciones perdidas en el sur y el oriente; “los laureles de la mañana se convierten en cipreses al atardecer” pues los imperialistas, que han dado muerte a mil seiscientos republicanos, herido a setecientos y aprisionado a seiscientos y que han tomado veintiún piezas de artillería con sus trenes y carros de municiones y víveres, se han agotado inútilmente, pues no lograron el objetivo propuesto por calentársele el cerebro a Miramón y no poder conservar la hacienda de Callejas y distraer al enemigo el lento de Severo del Castillo. Seriamente escarmentados, contaron novecientos muertos y cuatrocientos ochenta y tres heridos, además de un gran número de caballos ensillados, rifles y sables perdidos.

La acción de El Cimatario pertenece al tipo clásico de los éxitos que se convierten en derrotas por la falta de una eficaz y eficiente acción, oportuna y adecuada. No sólo no se reforzó en el momento preciso a Miramón con todos los medios disponibles para levantar el sitio y salir con el hambreado y sediento ejército de la triste ciudad, sino que también se desaprovechó la coyuntura favorable para enviar cuando menos a un jefe o a varios jefes, debidamente escoltados, a reunir los elementos con los que se pensaba resistir el sitio. Y es que el brillo de la victoria deslumbra a veces.

Esa noche, en el Cuartel General republicano, quisieron justificarse del desastre inicial de ese día varios jefes y oficiales ante el reclamo del general Sóstenes Rocha. Para todos tuvo e increpó al general Félix Vega que acabó huyendo hasta la misma Celaya sin gastar un solo tiro; al literato Riva Palacio le reprochó que fue a esconderse con su tropa a las montañas del oriente queretano; al general Jesús Díaz de León le espetó que se acobardó a la hora de tratar de recuperar la posición en el sur y no lo acompañó; y al pundonoroso coronel Juan C. Doria le restregó que no le entendió nada en la reconquista de El Cimatario por estar fuera de sí: “La causa de semejante desastre fue que los escuchas y avanzadas de la línea que cubría el ejército del centro fueron copados por sorpresa por la vanguardia del Gral. Miramón, así es que, al acercarse a la base de operaciones, se creyó que esa fuerza era republicana y se le dejó pasar”, se justificaban los jefes increpados

encabezados por Corona –que no estaba en el sitio asignado al comenzar los disparos- y esperando que Escobedo asintiera disculpándolos. También se quisieron excusar con la angustiada carencia de municiones en el frente sur, ya que la mayoría de los soldados sólo disponía de una parada de cartuchos y los demás ni eso. Rocha también se lamentaba diciendo “hubiéramos tomado a Casa Blanca (sic) y aun quizá la plaza si fuertes reservas nos hubieran seguido y secundado; pero cuando ya estábamos cuando mucho a tiro de pistola del referido saliente (Casa Blanca) y que notaba yo una extensa vacilación en sus defensores, recibí orden del general en Jefe para suspender el ataque concretándome únicamente a ocupar la línea que el general Corona había perdido”. También a Escobedo le tocó recibir algo de la molestia del gran estudioso de la guerra como es Rocha, al que en ese momento y por su valerosa intervención lo ascendieron de general brigadier a general de brigada. No hay como ganar para que al herido le duela menos y el asustado pierda el espanto.

El día 28 se respira un silencio de muerte, contrastando con el bullicioso día de ayer, pues el desaliento en los dos bandos es patente, aunque por diferentes razones, pero donde coinciden es en la preocupación por recoger heridos -cuyos gemidos se oyen hasta las trincheras- y enterrar a sus numerosos muertos que quedaron tendidos como lagartos en la falda de El Cimatario, que hace veinticuatro horas apenas se veía por los copos de humo blanco, gris y negro que ocultaban su ladera sur. Vuelve a preocupar una epidemia de peste por los muchos cadáveres de bestias y hombres insepultos, pero nadie se atreve a pasar las líneas para recogerlos pues han quedado a tiro de bala y los fusileros de uno y otro campo están a la espera de cazar enemigos. Los imperialistas de la guardia municipal, encabezados por un oficial de origen francés apellidado Domet, pudieron traer a algunos heridos republicanos hacia la plaza para salvarlos, llamando la atención un infeliz que tenía una bala en un ojo y las rodillas y un puño rotos, cuyos gritos lastimeros no impedían que le dijera al médico que lo atendía que “si lo iban a fusilar era inútil que lo curaran, prefería morir inmediatamente”. Fue llevado al hospital y seguramente murió por la gran pérdida de sangre que soportó hasta lo último.

En otra carta dirigida al ministro de guerra juarista, Escobedo cuenta que los prisioneros nacionales y extranjeros hechos a los imperialistas declaraban sentirse felices de haber podido escapar de sus posiciones sitiadas, porque a pesar de perder su libertad, siquiera podrían comer algo y tomar agua con los republicanos, haciendo relatos patéticos de la situación en la plaza y pidiendo su

incorporación en las filas de la República. El coronel imperialista y chaquetero Carlos von Gagern, es un ejemplo de ello, ya que se pasó con todo un batallón al lado chinaco el día 27 de abril en la derrota de El Cimatario.

El 15 de mayo de 1867 los republicanos descienden de El Cimatario y toman violentamente pero sin resistencia la hacienda de Casa Blanca y la Alameda, cambiando luego la artillería contra el Cerro de Las Campanas, desde donde contestan inútilmente los imperialistas, sabedores de que estaban rotas las líneas del sur, oriente y norte, y que solamente quedaba por caer la poniente, donde precisamente se hallaban.

En las dos batallas de El Cimatario -24 de marzo y 27 de abril- pudo decidirse la suerte de sitiadores y sitiados. En la primera, con un jefe republicano más capaz de dirigir el ataque, con menos desesperación al suceder la derrota del primer asalto, hubieran ocupado los chinacos la hacienda de Casa Blanca sin ningún problema y la toma de la ciudad hubiera sido en forma más rápida. En la segunda, si Miramón no hubiera subestimado a sus contrarios, si hubiera aprovechado la tremenda derrota que les propinó en las primeras horas, si no se hubiese dejado llevar por la euforia del triunfo cambiando el objetivo (la salida) por otro ilusorio como era el de obligar a los chinacos a levantar el sitio, ciertamente los imperialistas hubieran salido, aunque fuese en un “sálvese quien pueda”, pues Escobedo los hubiera perseguido sin piedad con sus diez mil caballos, pero el objetivo inmediato de la acción se hubiera alcanzado.

Todavía se pueden encontrar en El Cimatario, en la falda norte que mira hacia la ciudad capital estatal, restos de cañones y balas de cañón, además de visitar dos cuevas no naturales que construyeron los republicanos cuando defendían el cerro durante el sitio de Querétaro.

En sus faldas se instaló la Exposición Anual Ganadera e Industrial desde 1970 y hasta el año 2000, ya que el gobierno de Ignacio Loyola Vera la llevó en 2001 a terrenos de la comunidad de Miranda, municipio de El Marqués.

El Cimatario fue declarado parque nacional en 1981 pero desde entonces es administrado por el gobierno del Estado aunque sea de propiedad federal.

Corre la conseja popular de que hubo un panteón en lo que hoy es el Estadio Corregidora y que existe una maldición, que por ello nuestros equipos de primera división profesional o descienden o desaparecen frecuentemente del máximo circuito del balompié mexicano. Es mentira que hubiera un panteón en dicha zona, pero lo que sí es cierto es que en las faldas de El Cimatario, donde

se encuentra el estadio en cita, se enterraron miles de cadáveres de los bandos republicano e imperialista en las batallas cruciales y sangrientas del 24 de marzo y 27 de abril de 1867.





HACIENDA DE CASA BLANCA



Hacienda de Casa Blanca
Querétaro.



Hacienda de Casa Blanca, 2005.
Querétaro.

HACIENDA DE CASA BLANCA (AVENIDA CONSTITUYENTES PONIENTE)

Vieja hacienda del siglo XVIII cuyo nombre original fue “hacienda de Casas Blancas” y de cuyas tierras se fraccionó una parte para ser vendida al Ayuntamiento de Querétaro y formarse la hoy Alameda Hidalgo. El primer dueño fue don José Martínez. Su casco fue alterado para convertirse en restaurantes y sus tierras de labranza en avenidas y las colonias populares Casa Blanca, Reforma Agraria y Lomas de Casa Blanca. En el siglo XX perteneció a don Noradino Rubio Ortiz y después a la familia Escobar que todavía conserva la escasa parte que queda del casco.

En la época del sitio de Querétaro dicha hacienda estaba en la jurisdicción del municipio de Santa María de El Pueblito, pertenecía a don Manuel Acevedo y se convirtió en el punto central de la defensa imperialista por el lado sur poniente, cumpliendo una función toral: los imperialistas la retuvieron durante todo el sitio y los republicanos, por más que la intentaron tomar, sobre todo el 24 de marzo, no pudieron gracias a la caballería del general Tomás Mejía que allí acuarteló a sus mejores jinetes.

Al galope, recorre Maximiliano la línea imperial el miércoles 6 de marzo de 1867 desde el Río Blanco hasta Casa Blanca, recibiendo las aclamaciones de sus tropas con toques de clarín, pero nada lo aleja de sus preocupaciones y retorna al cerrillo más glorioso de México en donde encuentra a Miramón, quien insiste en que de inmediato se ataque al enemigo que está a la vista, por San Juanico y Santa Rosa Jáuregui, pero Leonardo Márquez se opone afirmando que es más conveniente esperar el ataque republicano. –“¡Si Usted se cree mucho por haber sido presidente de la República, yo tengo más antigüedad en el ejército que su Señoría!”- alegó el segundo al primero. Contra lo esperado, no se produjo

el combate y fue una gran falta –según el dicho de Alberto Hans- porque los republicanos se aprovecharían de esa indecisión y ésta es la mitad de la derrota en semejantes circunstancias. Por su parte, los republicanos no atacaron con el objeto de esperar más refuerzos que llegaban a marchas forzadas por el Norte. Contrariado por estas diferencias, Maximiliano se vuelve a la ciudad a las ocho de la mañana para tomar ceniza en catedral y dedicar las horas restantes a resolver emergencias. Iniciaba la Cuaresma y el Sitio de Querétaro.

Fuertemente se presiona durante la batalla del 14 de marzo de 1867 en el suroeste de la ciudad, concretamente en las haciendas de Casa Blanca y El Jacal, por el ataque de “diversión” o distractor de nueve mil hombres de Ramón Corona quien quiere provocar al general Tomás Mejía -“Jamás Temió”- a una salida que deje desguarnecida la Casa Blanca y ocuparla, Cuartel General del serrano, situación que salva Mejía con su caballería que persigue a la republicana hasta la guanajuatense población de Estancia de las Vacas, haciéndole sesenta prisioneros y el doble de muertos y heridos. Maximiliano se presentó a este importantísimo acto de su tragicomedia como lo que era: un primerísimo actor vestido de gran gala de general de división y tocado con sombrero charro blanco de ala ancha, bordado en oro y plata.

A la media noche del 23 de marzo de 1867 está lista la formación militar para acudir a México por apoyos y Leonardo Márquez avanza con su escolta, en el más completo silencio, hacia la garita de El Pueblito, ubicada en la hacienda de Casa Blanca, reconociendo con todo cuidado el camino hacia El Pueblito. Sin que se diesen cuenta los republicanos –y a pesar de la luna llena- la brigada llega a El Pueblito sin mayores obstáculos y dobla hacia el sur, donde continúan su camino sin dificultad rumbo a Huimilpan, Amealco, Atlacomulco, Toluca y la capital.

Durante la mañana del día 23 de marzo, las tropas de caballería del republicano coronel Laing –quien cubría el ala derecha frente a la garita de El Pueblito, ubicada en los terrenos de Casa Blanca- capturó a unos soldados imperialistas que andaban dispersos, pertenecientes al cuerpo de Julián Quiroga y que por atolondrados o borrachos perdieron la salida con su jefe a México; éstos, al ser interrogados, informaron de lo ocurrido en la madrugada e inmediatamente se dio parte a Escobedo de que Márquez había abandonado Querétaro. Es probable que el general en jefe de los sitiadores haya supuesto que -aprovechando los huecos en el cerco suriano- los sitiados continuarían escapando por ese lugar, así que transmitió una orden secreta que, entre otras disposiciones, contenía la relativa

a que los generales Carvajal y Rivera cuidaran ese flanco, además de mandar al general Guadarrama con cuatro mil jinetes en persecución de Márquez al que nunca dio alcance, pero Escobedo dio aviso al general Porfirio Díaz, al general Leyva y al coronel Jesús Lalanne para que salieran de la Ciudad de México a observar y acorralar al fugado.

Considerada la hacienda de Casa Blanca como el punto más importante para romper o sostener el sitio, han acudido a ella el domingo 24 de marzo Miramón, Mejía, Méndez y Ramírez de Arellano, que defienden bravamente la posición, en la llamada “Batalla por Casa Blanca”. Rehechos los republicanos que habían sido debilitados en los primeros movimientos de ese día, intentan un ataque definitivo sobre la hacienda de Casa Blanca, que está a punto de caer en su poder. Tomás Mejía, que veía el combate con catalejos desde la azotea de su casa en la calle de El Descanso (hoy Pasteur Sur entre Independencia y 20 de Noviembre), se dio cuenta de la emergencia que se cernía sobre la hacienda sureña; se confesó con el padre Agustín Guisasola y a mata caballo, con las entrañas mordidas por el dolor (sufría una fuerte disentería) que apenas puede sostenerse en la montura, se integró en el lugar de los hechos entre sus jinetes y al grito de “muchachos, así muere un hombre” arrebató una lanza a su ayudante y se pone a dirigir la carga de caballería que los llevó al triunfo. Para estos momentos, la artillería republicana se ha podido acercar a la plaza y ataca a la artillería enemiga que ya está en Casa Blanca. Pronto todo el Sur citadino, desde Carretas hasta Casa Blanca –pasando por Callejas y la Alameda- está cubierto de cadáveres de uno y otro bando.

El general Méndez deja la reserva de La Cruz y es designado para custodiar la línea del sur, desde San Francisquito, la Alameda y Casa Blanca, considerada ahora punto delicado de la defensa. Ni la victoria y el comportamiento valiente de Miramón hicieron que Méndez superara sus diferencias con éste, y al contrario, esa noche despotricó lleno de envidia en contra del héroe de Ahualulco (Miramón). Luego de la jornada intensamente vivida el 24 de marzo, el general Tomás Mejía no volvió de hecho a combatir más. Virtualmente postrado en cama por su dolencia, apenas asistía a los consejos de guerra con sus colegas y el archiduque, donde exponía verbalmente su parecer, signaba documentos y se retiraba. Casi definitivamente, el general Tomás Mejía o “Jamás Temió” ha seguido en cama al iniciar el mes de abril de 1867; se dice ahora que la tuberculosis ha tornado su morena piel en amarillenta y su de por sí magra figura se ha debilitado tanto que da un lastimoso espectáculo. Pero eso no obsta para que de vez en vez acuda a

visitar a sus tropas en Casa Blanca –donde están acuarteladas desde el inicio del sitio- y las prepare para futuros encuentros levantándoles la moral con su gran autoridad. Varios jefes y oficiales van a visitarlo a su lecho en la calle del Descanso y le piden consejo para futuras acciones.

Con un jefe republicano más capaz de dirigir el ataque el 24 de marzo, y con menos desesperación al suceder la derrota del primer asalto, hubieran ocupado los chinacos la hacienda de Casa Blanca sin ningún problema y la toma de la ciudad se hubiera consumado y no hacer sufrir a la población por más de setenta días.

La noche del 24 de abril de 1867 son aprehendidos un capitán y un sargento republicanos, que en completo estado de embriaguez cruzaron sin querer las líneas enemigas, los que fueron remitidos a La Cruz y al cuartel de Casa Blanca respectivamente. Dichos beodos informaron a los imperialistas de la derrota de Leonardo Márquez en San Lorenzo ante Porfirio Díaz, lo que desmoralizó más a las tropas sitiadas.

Para la batalla del 27 de abril de 1867 Miramón será el jefe de las fuerzas imperiales que ascenderán a tres mil hombres en la salida y su punto fuerte será la Alameda. La caballería de Mejía, que sigue enfermo, será mandada por el general Gutiérrez y la hacienda de Casa Blanca protegida por el general Ramón Méndez. Objetivo único: salir de Querétaro, rompiendo el cinturón de plomo y pólvora. Ya hemos comentado en esta obra que de un triunfo parcial los imperialistas fueron derrotados al terminar el día.

El general Sóstenes Rocha se lamentaba diciendo “hubiéramos tomado a Casa Blanca (sic) y aun quizá la plaza si fuertes reservas nos hubieran seguido y secundado; pero cuando ya estábamos cuando mucho a tiro de pistola del referido saliente (Casa Blanca) y que notaba yo una extensa vacilación en sus defensores, recibí orden del General en Jefe (Escobedo) para suspender el ataque concretándome únicamente a ocupar la línea que el general Corona había perdido (El Cimatario)”.

HACIENDA DE EL JACAL GRANDE



Balneario el Jacal y Hacienda
de el Jacal el Grande



Hacienda de El Jacal, 2003.

Hacienda de El Jacal,
2006.



HACIENDA DE EL JACAL GRANDE

(AVENIDA CONSTITUYENTES FRENTE AL
CLUB CAMPESTRE)

Hacienda construida en el siglo XIX y ubicada en el poniente de la mancha Urbana de Santiago de Querétaro, por la carretera libre a Celaya y que por muchos años se llamó carretera Panamericana. La propiedad originaria de este predio correspondió a Diego de Tapia, quien lo bautizó como Jacal Grande de San Francisco, haciendo referencia con este último nombre al poblado y jurisdicción de San Francisco Galileo (hoy El Pueblito).

En tiempos del sitio de Querétaro estaba en la jurisdicción del municipio de Santa María de El Pueblito y pertenecía al señor Eduardo Gutiérrez. A mediados del siglo XIX esta hacienda era propiedad del ex gobernador Julián Juvera, héroe de la Independencia, y en 1860, ya muerto el general, la oficina de Hacienda de Querétaro exigió a su viuda, Carmen Gelaty, que pagara el monto de los capitales piadosos que adeudaba por esa hacienda y otras que tenían. Terminó siendo embargada. La propiedad pasó a manos de María de las Mercedes Herrera, esposa del señor Esteban Lamadrid, principal acreedor de los Juvera Gelaty. Cabe mencionar que la viuda de Juvera pidió ayuda al mismísimo Maximiliano de Habsburgo para retener sus haciendas pero todo fue inútil.

En el siglo XX perteneció a la familia Fernández Siurob, siendo subdividida actualmente en fraccionamientos, hotel Real de Minas y clubes deportivos, pertenecientes a las familias Castro Ballesteros, López Garibay y Vera. Lo único que se mantiene incólume son algunas trojes y la capilla del hacendado. A mediados del siglo XX funcionó un balneario que era el favorito de los queretanos, junto con sus restaurantes y hotel.

Los juaristas quieren tomar el 8 de marzo de 1867 la hacienda de El Jacal pero son rechazados por los tiradores de Quiroga. Escobedo ya es figura familiar entre los rancheros, hacendados y vecinos de los alrededores de Querétaro con su larga barba negra, sus anteojos colocados sobre una nariz respetable y una fisonomía huesuda como de mercader judío encerrado en su gabinete.

La hacienda de El Jacal Grande sufrió la embestida republicana en los comienzos de la batalla del 14 de marzo. Esta hacienda también cooperó con hombres para el tendido del telégrafo que iba de Patehé a la capital de San Luis Potosí. Para el 18 de marzo, las tropas republicanas de refuerzo continúan en Tepeji del Río, no tanto descansando sino preparándose debidamente para su llegada a Querétaro, donde existe una gran angustia dentro de la población, ya que, cerradas todas las salidas a quienes traen alimentos diariamente de la hacienda de La Era, San Juanico, La Cañada, El Jacal, San Pablo y El Pueblito, no han podido reabastecer los mercados citadinos y ya todo escasea. Maximiliano ha decidido que Miramón salga a México para traer los recursos que con insistencia ha solicitado a su gabinete, el que sistemáticamente los ha negado ya en forma tajante o simplemente no atendiendo a sus exigencias. Este proyecto se ve frustrado por Márquez, quien se opone terminantemente a que su odiado correligionario salga de la plaza, insinuando que él –Márquez- podría realizar mejor los trabajos de suministro, ya que el valor juvenil y temerario de Miguel puede hacer que fracase el proyecto.

El 22 de marzo de 1867 Miramón toma momentáneamente la hacienda de El Jacal Grande y se apodera de varias cabezas de ganado mayor y menor, aunque los republicanos nuevamente se apoderan de la hacienda y nunca la perderían de control más que por unas horas el 27 de abril. Después de la mortífera batalla del domingo 24 de marzo tienen repletos los sitiadores los hospitales de sangre de Hércules y Alvarado, por lo que se localizan nuevos sitios para llevar a los heridos, entre los que destacan El Pueblito, El Jacal y San Juanico, además de las lejanas poblaciones de Celaya y San Miguel de Allende, exclusivamente éstas para heridos leves que soportaran el viaje; los graves se quedaban en Querétaro.

En la batalla del 27 de abril El Jacal Grande fue un punto custodiado por el general republicano Manuel Márquez. La caballería del general Aureliano Rivera fue arrollada por la embestida de las fuerzas sitiadas, que apoyadas en la garita de México y en la hacienda de Callejas, ampliaron la brecha abierta en el sur y llegaron hasta la hacienda de El Jacal, rompiendo así la línea de circunvalación

en un trecho de varios kilómetros y amenazando la retaguardia de las unidades que aun se sostenían en los extremos, pudiendo huir los imperialistas fuera de la ciudad. Después, los generales juaristas Naranjo, Antonio Guadarrama y Tolentino llegan a mata caballo por el suroeste de la ciudad y con tres mil dragones arrojan de El Jacal a los infantes del general imperialista Ramón Méndez y se dirigen apresuradamente a Casa Blanca. El regimiento de la Emperatriz, lanzado por el propio Maximiliano a recuperar los convoyes perdidos, es rechazado por el general Corona.



HACIENDA DE LA CAPILLA



Calle de la República, 1922.
Actualmente Avenida Tecnológico al fondo el
Cerro de Las Campanas.



La Capilla de mis amores.

Don José Antonio García
Jimeno en 1940.



HACIENDA DE LA CAPILLA

(ESQUINA TECNOLÓGICO CON ZARAGOZA, ARTEAGA Y CHURUBUSCO)

Una vez consumada la conquista de Querétaro en el primer tercio del siglo XVI, don Marcos García fue uno de esos españoles a quienes se les entregó la mayor parte de nuestra riqueza territorial. En el año de 1584, por Cédula Real, le fue otorgado el privilegio a este señor para establecer una heredad, que con el nombre de San José, se formó de la mayor parte del inmenso territorio aldeaño al cerillo de Las Campanas en el poniente del pueblo. Tan pronto estuvo fincado el derecho de esta heredad, su propietario inició la construcción de una capilla dedicada a San José, que se puso en servicio el mes de octubre de 1587. En el fondo de la noria vieja de la que fuera hacienda de La Capilla se encuentra el testimonio de esta fundación, en una piedra de cantera grabada en el siglo XVI. Es de hacer notar que la Capilla de San José, de este lejano paraje para el Querétaro de aquel entonces, fue una de las más viejas construcciones queretanas. Siendo esto así, se congregaban los habitantes de las goteras del pueblo en esta capilla, y el ejercicio religioso continuo en ese lugar, hizo que se le quedara el nombre desnudo de La Capilla, cuando realmente lo era de San José. Para convocar a los actos religiosos se empleó una pequeña campana, esto hizo que a la hacienda y a los terrenos aldeaños se les nombrara “de la campana”, incluyendo al cerrillo hoy llamado Cerro de Las Campanas.

Doña Guadalupe Piña de Mena, viuda de don Crescenciano Mena, aparecía como propietaria de esta hacienda en tiempos del sitio de Querétaro en 1867, siendo ahora sus dueños los García Jimeno Alcocer, quienes por legado de su señor padre José Antonio García Jimeno han fraccionado el terreno original

en comercios, restaurantes, hoteles, avenidas y carreteras importantes, clubes deportivos, un asilo de ancianos y en donaciones para escuelas privadas. El 19 de julio de 1875, el entonces gobernador de Querétaro, Benito Santos Zenea, compra a la señora Guadalupe Piña de Mena el Cerro de las Campanas y las haciendas de La Capilla, La Ladrillera y el Mesón, con el propósito de vender el cerro al Gobierno Federal cuando éste reconociera la importancia del mismo.

La hacienda de La Capilla y el Cerro de las Campanas pasan a ser propiedad de los señores doña Paula Gómez de la Cortina de Jimeno y don Santiago Jimeno Gómez de la Cortina en el año de 1884. Porfirio Díaz no estuvo en el Sitio de Querétaro por estar sitiando con sus tropas la Ciudad de México donde estaba parapetado Leonardo Márquez, pero sí decidió en Querétaro su llegada al poder en 1876 cuando coincidentemente, en la hacienda de La Capilla, conferenció el 26 de diciembre con el Lic. José Ma. Iglesias, en el período de nuestra historia al que se ha llamado “la lucha por el poder”.

Durante el Sitio, el casco de esta hacienda estuvo dominada por los sitiados, ya que la línea sitiadora pasaba por donde hoy es la avenida 5 de Febrero. Cabe mencionar que el historiador y cronista Eduardo Rabell Urbiola testifica que un bombero llamado Mario Guerrero Soto encontró un túnel que va de la hacienda de Casa Blanca a la hacienda de La Capilla y de ahí al Cerro de Las Campanas. Cuenta el traga fuego que medía dos metros de altura y uno y medio de ancho y que no fue hecho ex profeso para acciones del sitio sino que pertenece a la red de túneles que siempre ha tenido Santiago de Querétaro para evitar los desmanes de los belicosos en nuestras luchas internas e intervenciones extranjeras.

HACIENDA DE SAN JUANICO



Hacienda San Juanico.



Hacienda San Juanico,
2016.



Hacienda San Juanico.

HACIENDA DE SAN JUANICO

(CARRETERA A TLACOTE KM. 2)

Esta hacienda construida a mediados del siglo XVII perteneció en el siglo XVIII al alférez real y regidor del Ayuntamiento de Querétaro Pedro Antonio de Septién Montero y Austri, llamada en sus orígenes hacienda de Santa María de los Molinos, que antes perteneció a doña María Hidalgo. Antes que a esta señora, la historiadora Patricia Luna Sánchez le adjudica la propiedad de la misma finca al presbítero y licenciado Felipe de las Casas, quien consiguió en 1699 autorización real para construir y explotar un molino para molienda de trigo dada la gran producción que de ese grano tenía la finca, a grado tal que era la principal proveedora de Querétaro y de su convento más rico que era el de las monjas clarisas.

El minucioso historiador Lauro Jiménez sostiene que el predio formó parte del patrimonio del fundador de Querétaro Fernando de Tapia, que lo heredó a su hijo Diego, quien a su vez lo donó al convento de Santa Clara al que protegía por ser precisamente su hija Luisa del Espíritu Santo una de las fundadoras. El convento de las clarisas la remató a don Lorenzo Hidalgo en 1769 debido a que arrastraba una serie de adeudos con la respectiva hipoteca. Al inicio del siglo XIX, San Juanico pertenecía al matrimonio formado por Juan José Ayarragaray y María Manuela Zelea. Por los registros notariales Lauro Jiménez sabe que San Juanico pasó de Ayarragaray a manos de Telmo Primo, cuyos acreedores la sujetaron a almoneda pública celebrada el 18 de mayo de 1846, en que pasó a poder de Timoteo Fernández de Jáuregui. En 1883, Fernández de Jáuregui acordó con Cirilo Vázquez vender en 70,000 pesos la hacienda, cuyos linderos eran entonces, al norte, la zanja del Retablo y el propio camino de la hacienda a la ciudad; por el sur, la hacienda de Vanegas; al poniente, la hacienda de Santa María del Retablo y, al oriente, la hacienda de La Capilla.

La hacienda de San Juanico fue una de las más importantes del valle de Querétaro durante los siglos XVIII y XIX, debido a que se convirtió en una unidad altamente productiva, al formar parte de un conjunto de propiedades que funcionaba de manera extensiva, gracias al aprovechamiento de los recursos naturales como el agua, lo que desde tiempo atrás le otorgó una ventaja significativa; además de su localización respecto a la ciudad, la confluencia de vías de comunicación, la afluencia de ríos y canales para riego.

Para 1846 esta hacienda ya era propiedad de don Timoteo Fernández de Jáuregui, como dije líneas arriba, quien se había casado con doña Dolores Septién, hija de don Pedro citado arriba. El yerno de don Timoteo, Bernabé Loyola, era administrador de las haciendas de San Juanico, Juriquilla, La Solana y San Isidro, pasando la propiedad de San Juanico a la hija de don Timoteo llamada Fabiana, por ser herencia materna, al casarse con Francisco Contreras. Francisco Contreras, al quedar viudo, decidió vender la propiedad a José María Romero, hacendado sanjuanense, oponiéndose a esta venta don Timoteo Fernández de Jáuregui en 1879 ya que defendía el patrimonio de sus nietos, hijos de Fabiana. Años después la hacienda pasó a la familia Villasante que la conserva desde el 19 de junio de 1929 hasta la fecha.

Lauro Jiménez extrajo del periódico oficial “La Sombra de Arteaga” una nota sobre un festejo en la hacienda de San Juanico en pleno porfiriato (no hay que olvidar que Bernabé Loyola y Porfirio Díaz eran compadres).

“En 1899, el periódico oficial del estado dejó constancia de un singular evento que en aquella época se verificaba anualmente en la hacienda de San Juanico, consistente en el combate de la cosecha de trigos, que ese año se efectuó el 10 de mayo y fue organizado por el señor Miguel Sobreyra, administrador general de la casa Mota. Consistió en:

Un festival ameno y sencillo desarrollado por los trabajadores de la finca, que formaron una preciosa procesión con los carros cubiertos de flores, las acémilas adornadas y los bueyes de tiro vistosamente engalanados, nos condujo al lugar de la última siega, ejecutada por los mayordomos y ayudantes. Una comida exquisita al estilo nacional, y la ceremonia de colocar sombreros de azúcar y obsequiar con canastillos de frutas de la misma materia; las músicas campestres y la alegría general, nada significaron al contemplar los magníficos rendimientos de la cosecha,

debido a la inteligencia y laboriosidad de Sobreyra. Además, el cuadro de aquellos trabajadores, que no son ya la máquina de carne explotada por un rico, sino los colonos nacionales que le ayudan a prosperar, nos emocionó profundamente. En San Juanico se ha planteado ya un sistema humanitario que establece relaciones legítimas entre el capital y el trabajo honrado. Sobreyra es todo un hombre de avance, y los sucesores Mota, con todo y su modestia, personas que comprenden la dignidad de la industria agrícola.

Personas distinguidas concurren a la fiesta, y nosotros volvimos con suma complacencia a causa de la franca hospitalidad del administrador y de las reflexiones que nos inspiró un cuadro que significa mucho en la prosperidad de la casa Mota y en el adelanto nacional (La Sombra de Arteaga, junio 13 de 1897).”

Ahora relataré los episodios vividos en esta hacienda de San Juanico durante el Sitio de Querétaro. El 9 de febrero de 1867, allá en la hacienda de Juriquilla, su propietario, don Timoteo Fernández de Jáuregui, entrega sus ocho hijos a su yerno Bernabé Loyola para que éste los cuide en su hacienda de San Juanico ya que el longevo suegro se marchaba a la Ciudad de México por el temor a la ola liberal y sabía que Bernabé simpatizaba con los juaristas, así que en caso de ganar éstos su familia tendría alguna protección asegurada. Bernabé, como todos los agricultores de los alrededores de la ciudad de Querétaro, vivía con la zozobra de los saqueos y préstamos forzosos impuestos por el general Tomás Mejía, de quien se decía su amigo, pero al que más le cargaban la mano era a él –Bernabé– por tener ideas liberales. Su mujer, una valiente señorona de filia conservadora, se encargaba de ver por él cada vez que lo encarcelaban por expresar su ideario político, poniéndole papelitos escritos dentro de los tacos de carne y frijoles que le enviaba a prisión a través de un fiel criado que los ocultaba en el pecho. En aquellos recados, la fiel esposa le ponía al tanto de muchas cosas y lo animaba a no desmayar y a no manchar la frente de sus hijos. Su comandante de prisión a cada momento le repetía que lo iban a fusilar o que iban a aplicarle el castigo árabe consistente en enterrarlo verticalmente de cuerpo entero dejando sólo la cabeza de fuera. Don Bernabé esperaba que tanto el prefecto departamental como el prefecto municipal intercedieran por él por ser parientes de su mujer

pero se equivocaba. Las boyadas de las haciendas y toda clase de ganados fueron consumidos por las fuerzas imperiales desde antes del sitio. A un tal matancero Piña se le entregaban los bueyes dejando a los agricultores sin animales para arar la tierra. Por medio de don Timoteo Fernández de Jáuregui, los terratenientes pasaron sus quejas a Maximiliano, pero éste sólo dijo: “¿Ya ven ustedes lo que les pasa en Querétaro?”, o sea, contestó una perogrullada y no resolvió nada. La queja llegó a las autoridades imperiales a nivel local y eso hizo que éstas aumentaran su rencor y mala voluntad hacia los agricultores queretanos.

Los franceses fueron odiosos a los queretanos por sus violentos latrocinios y reclutamientos forzosos durante casi tres años a partir de 1863. Al retirarse las tropas francesas de Querétaro –en donde estuvieron desde el 30 de noviembre de 1863- ésta quedó desguarnecida y un batallón de cazadores galos obligaba a los agricultores vecinos a proporcionar gente sin lograrlo. Uno de esos hacendados, el liberal Bernabé Loyola, retenido indebidamente y preso en un cuarto con centinela a la vista, refiere que sufrió el tormento del hambre y la sed durante tres o cuatro días y que el Vizconde de Germiny –joven oficial amigo suyo- lo visitó e hizo salir a los soldados que lo vigilaban y le dijo: “No dé usted nada –refiriéndose a que no alistara peones de su hacienda (San Juanico) al batallón de Cazadores-, porque si da usted algo no sería digno ni de que se le estrechara la mano.” Igualmente los que hace Miramón en 1867 contra de los potentados locales, forzándolos a préstamos sin retorno, como es el caso de don Bernabé Loyola y su esposa Catalina Fernández de Jáuregui, administradores de la hacienda de San Juanico.

Desde luego, llevarse dinero, bienes o víveres sólo es posible en las casas o fincas de potentados que tengan –además- la condición agravante de expresar opiniones liberales o nacionalistas. Entre los afectados está Bernabé Loyola, administrador de la hacienda de San Juanico situada en la salida a Tlacote, misma que es famosa por su piano y elegante mobiliario, y el mejor pianista de la región sería el ahora niño Fernando Loyola –hijo de don Bernabé- poco tiempo después de estos acontecimientos.

El 8 de marzo de 1867 el general Ramón Corona se instala en San Juanico junto con su Ejército de Occidente y allí recibe a Escobedo para acordar el asedio a la ciudad. Los republicanos maniobran frente al enemigo al pie del Cerro de Las Campanas y detienen e interrogan a toda persona que pretenda salir o entrar de la población. Ya están frente a frente las tropas, pero todavía los juaristas sin ocupar

posiciones definitivas como para que pueda considerarse como cercada la ciudad. Sólo se escuchan los tiros que las avanzadas de ambos ejércitos se lanzan entre sí. En los llanos de San Juanico se celebró la vistosa revista de tropas republicanas del 10 de marzo, que tuvo por objeto distraer a los imperialistas para la conversión del Ejército del Norte. Maximiliano tuvo el atrevimiento de decir que era un acto en homenaje a él.

Entre tanto, más allá de estas bromas ilusorias, Escobedo y Corona ordenan un movimiento envolvente de cambio de posición, que se practica con un gran rodeo. Dejando la artillería en San Pablo, las fuerzas de Escobedo se retiraron, en apariencia, hacia Santa Rosa Jáuregui, siguieron hacia Montenegro, Chichimequillas, La Griega, e hicieron su reaparición por La Cañada, sin ser advertidos por los imperialistas. Éstos creyeron que era una verdadera retirada y quisieron salir a atacar por la retaguardia a Escobedo, sin artillería, pero temieron que Corona tomase desde San Juanico la ciudad desguarnecida. ¡Nuevamente Márquez falla en sus predicciones! Ésta fue la causa principal de que la ciudad quedara sitiada según don Bernabé Loyola, sin que lo sospecharan o imaginaran las fuerzas imperialistas, cuya situación comenzó a tomar caracteres muy graves, aun cuando todavía tenían salidas libres por el sur y el poniente.

Maximiliano se acordó de la fecha del natalicio de Juárez ese 21 de marzo de 1867 y también los chinacos lo celebraron arrojando granadas en grandes cantidades contra la ciudad donde pusieron espanto en la sufridísima población. Arreglada la secreta salida de Márquez a México y una vez acabado su correo lleno de nimiedades, se prepara una espectacular salida de Miramón rumbo al poniente, ya que desde el día 20 por la tarde, éste había recibido noticias de que desde el Cerro de Las Campanas se había visto una polvareda aproximándose a San Juanico y al enviar un reconocimiento en la madrugada de hoy 21, se precisó que habían llegado muchos carros y carretas con cargamentos de víveres y otros efectos. El gobernador de Guanajuato, León Guzmán, mandó a sus aliados sitiadores dinero, víveres, municiones, ambulancias, botiquines y mineros reclutados para hacer las obras de zapa, en lo cual resultaron muy útiles.

Como escasean los alimentos entre las tropas de Márquez prontas para la salida, se pretende arrebatar a los republicanos varios carros de avituallamiento que les han llegado. El encargado de esto es Miramón, el que vuelve a ser la figura más destacada de la milicia imperial, quien lo ejecutará mañana 22 de marzo, día en el que Maximiliano se dirige desde las seis de la mañana al Cerro

de Las Campanas donde todos están esperándolo para apoyar –si es necesario- el movimiento de Miramón que es observado por su jefe y compañeros desde la cima del montículo que sería el cerro más famoso de México. El Macabeo se dirige a la hacienda de El Jacal donde toma varias cabezas de ganado mayor y menor que envía de inmediato a la plaza. Como relámpago sigue hasta San Juanico (vacía de propietarios pero llena de soldados republicanos) donde encuentra fuerte resistencia chinaca pero aun así los vence, después de sorprender a los centinelas y sacrificarlos arteramente. Desde San Gregorio la artillería sitiadora vomita fuego contra Miramón, además de enviarle una carga de caballería al mando del general Guadarrama, pero el héroe de mil batallas se mueve con una increíble rapidez que alcanza a tomar la hacienda y a hacerse con todo lo que había en ella: carneros, cabras y bueyes, municiones, alimentos consistentes en azúcar, frijol, maíz, semillas y sal y veintidós trenes repletos de elementos de boca que habían recibido los juaristas desde la capital potosina y estados circunvecinos, aunque asegura Hilarión Frías y Soto que todo lo robado era propiedad de la hacienda de San Juanico, no de los sitiadores. El triunfo de Miramón no hubiera llegado si no fuera por el auxilio oportuno que le dio el valiente comandante de la guardia municipal de México, Joaquín Rodríguez, el mismo que las lenguas queretanas decían que era prometido de la dizque bella Carambada. Concluida la carga del botín de guerra, se inicia el movimiento retrógrado llevándose de leva a los peones de la hacienda, sintiendo Miramón en sus orejas la respiración de los chinacos. La mayoría de los peones tomados a la fuerza desertó en medio del desorden en que regresaba a Querétaro Miramón y fueron a esconderse a la casa de don Bernabé Loyola en Plaza de Armas (donde estuvo la Legislatura por muchos años, de 1981 a 2015), poniéndolo en graves aprietos para su manutención.

A pesar del éxito obtenido en materia de provisiones, la salida a San Juanico costó muchas vidas de soldados fronterizos y caballos, entre otros el de Salm Salm, quien estuvo a punto de morir en la acción y su equino lo salvó, ya que como una maña, el caballo levantaba extraordinariamente la cabeza a cada momento y en uno de esos recibió en el cráneo la bala que iba dirigida contra su dueño. También se lamentaron de las bajas de veintitrés prisioneros franceses, veinte mexicanos, un alemán y dos austriacos en manos del enemigo. Entre entusiastas manifestaciones llegó la noche del 22 de marzo de 1867. Esta incursión sirvió para levantar la moral que estaba quebrantada, además del cargamento, valioso aporte para el sostenimiento de la plaza.

Para los liberales no es tan gloriosa esta expedición como aseguran los cronistas del Imperio, pues en esta jornada, en San Juanico, se cometieron horribles tropelías por parte de los chinacos en contra de la propiedad privada como lo señala Hilarión Frías y Soto en una importante crónica que narra lo siguiente: “La casa de la hacienda era una habitación magnífica, y montada con un lujo europeo. Allí vivía Bernabé Loyola, el tipo del caballero, del hombre honrado y trabajador. Siendo San Juanico propiedad de familia, la cultivaba con inteligencia y asiduidad: consagrado a crear un porvenir para sus hijos, había hecho para ellos aquella elegante villa adonde los educaba perfectamente, procurándoles las comodidades y el bienestar propios a sus hábitos de cultura y buen gusto. Allí, en aquel nido levantado en medio de un jardín, pasamos los amigos de Loyola horas muy felices, gracias a la finura con que aquel labrador de alma de oro y maneras de cortesano sabía hacer los honores de la casa. Su señora era el ángel que abrigaba a todos los desgraciados, y los peones de la hacienda tenían en ella una hermana de la caridad en sus enfermedades, una mano pródiga en sus miserias, y una madre para sus huérfanos.

Jamás la caridad se había encarnado en una figura más noble: Catalina era una matrona llena de inteligencia y de virtudes: era, además, una artista consumada. Pero esta familia había huido al centro de la ciudad al escucharse los primeros tiros del cañón; y dentro de Querétaro sufría mil tormentos sujeta a las crueles vejaciones de los soldados imperialistas que les arrancaban así grandes sumas de dinero. Entre tanto, desaparecía la hacienda de San Juanico. Las tropas que perseguían a Miramón, entraron a saco a la hacienda como si ésta fuera culpable de la sorpresa sufrida. En un momento desapareció todo aquel lujo. Los muebles de ricos tapices fueron hechos pedazos para alimentar el fuego de los ranchos: las cortinas, los cielos rasos y los cuadros fueron arrancados, y el piano fue destruido en un momento. Gracias a aquella rabia salvaje de la soldadesca, la finca se vació en un momento, quedando sólo las paredes desnudas ennegrecidas por la llama de un incendio incipiente que las lamió con sus lenguas rojas hasta que se apagó por falta de pábulo. He aquí lo que fue la célebre expedición sobre San Juanico, en la cual los dueños de la hacienda hicieron los gastos de la guerra, sufriendo las injustas iras de ambos contendientes.” Esto deja claro que los propios republicanos perjudicaron a su valiente correligionario Loyola en la destrucción de la finca, y Miramón sólo se llevó los productos mencionados. Para vengar esta afrenta, los republicanos lanzaron cuatrocientos cañonazos cada hora, según Blasio.

No faltó quién avisara a los imperialistas que don Bernabé Loyola tenía hombres ocultos en su casa y ese aviso bastó para que éste fuera llevado a la cárcel presuntamente por tener hombres armados para ayudar a los sitiadores. Más tarde lo soltarían por recomendación del prefecto Manuel Domínguez. Por cierto que una vez que tomaron la hacienda de San Juanico las fuerzas republicanas del general Ramón Corona, don Bernabé les rogó mucho a sus trabajadores atender bien las necesidades de los chinacos, pero se dio el caso de que los subordinados del señor Loyola se condujeron con inaudita torpeza en sus atenciones que Corona mandó cortar el pelo al escribiente de la finca y lo enroló a fuerzas en la tropa.

Tienen repletos los sitiadores los hospitales de Hércules y Alvarado después de la batalla del 24 de marzo de 1867, por lo que se localizan nuevos sitios para llevar a los heridos, entre los que destacan El Pueblito, El Jacal y San Juanico. El agricultor queretano, don Bernabé Loyola cuenta que unos trabajadores de la hacienda de San Juanico huyendo, se refugiaron en su casa, y sabedor de ello su amigo Tomás Mejía, lo mandó aprehender otra vez, aunque fuera de su afecto, poniéndolo preso en la cárcel municipal de la Plaza de Arriba o de Armas, de donde salió horas después por orden del prefecto municipal en virtud de aclararse lo que había sucedido. Por cierto que se talaron muchos árboles de la hacienda de San Juanico para construir la línea telegráfica que comunicaría a Mariano Escobedo de Patehé a los diferentes cuarteles de la línea de circunvalación con el fin de agilizar los mensajes militares.

En el bando republicano se siguen recibiendo refuerzos el 27 de marzo, ahora procedentes de Durango al mando del coronel Juan Sánchez Román, las que de inmediato son asignadas a San Juanico con el general Guadarrama, el que esa noche recibe órdenes del Cuartel General y del supremo gobierno de Juárez para que salga con cuatro mil hombres en busca de Márquez que viene a Querétaro con una fuerza de unidades y veinte piezas de artillería. ¡De qué rumor tan absurdo se creía el patricio republicano y sus sistemas o redes de espionaje! El asesino de Tacubaya iba hacia la Angelópolis, la otra ciudad de los camotes. Pero aun así Juárez le metió la duda a Escobedo y éste reaccionó con rapidez en un esfuerzo inútil.

Para el día 31 de marzo, Miramón entrega a las tropas los víveres y pertrechos de guerra recaudados en San Juanico, mejorando las raciones, además de que algo se repusieron en armamento por la actividad del ahora general Manuel Ramírez de Arellano, quien junto con su incondicional Miramón preparan un reporte de

guerra para presentar a Maximiliano y a la posteridad los yerros cometidos por Márquez para la causa que defienden. Sin embargo, el pago a la tropa no es como se ha ofrecido y comienza a manifestarse una gran inquietud.

Las tropas sitiadoras siguen artillando contra los edificios civiles de la ciudad, no así en contra de los parapetos del ejército sitiado. Se vio arder la hacienda de San Juanico, a la que presuntamente las fuerzas republicanas prendieron fuego el 6 de mayo de 1867 al igual que a otras fincas de campo. El 15 de mayo, muy temprano y con la entrada de los republicanos a La Cruz, el archiduque se dirige al Cerro de Las Campanas. Maximiliano baja con una mínima escolta el cerrillo rumbo a la garita de Celaya que cubre Sóstenes Rocha a presentar su espada, mientras que Guadarrama circunvala el Cerro de Las Campanas desde San Juanico.

Los republicanos hicieron una leva terrible en las fincas cercanas a la ciudad y de la hacienda de San Juanico se llevaron a un mayordomo y a un antiguo mozo de confianza, los cuales fueron conducidos a la brigada del general Vicente Riva Palacio, asentada en la hacienda de Carretas. Como el cura y abogado liberal Nicolás Campa era el capellán de la hacienda administrada por don Bernabé Loyola, éste acudió ante él, que era amigo del general poeta, para que lo ayudara a liberar a sus dos sirvientes. Fue el padre Campa a San Juanico y de ahí se trasladaron en un coche de caballos hasta la lechera hacienda de Carretas.

La tarde del 14 de junio de 1867, el general Escobedo mandó traer a su Cuartel General urgentemente al liberal hacendado Bernabé Loyola a quien a menudo invitaba a comer y éste encuentra muy nervioso y molesto al norteño de Galeana por aquello de la presunta fuga de Maximiliano con la ayuda de ministros extranjeros y la princesa de Salm Salm. Después de los alimentos acuden en coche a la hacienda de San Juanico, a donde Escobedo pensó trasladar a los tres ilustres prisioneros, atendiendo la petición de los médicos de asignarle un lugar más ventilado a Maximiliano, mas encontrando la finca toda dañada por el ataque y destrucción del 22 de marzo, pareció titubear diciendo al liberal propietario: “Nunca hubiera yo imaginado una destrucción tan completa, una ruina tan espantosa”. Sin embargo, insistió en pasar a la citada hacienda a sus notables reos arreglando puertas y ventanas, pero al final desistió de tal proyecto por el inconveniente para notificar y llevar a cabo las diligencias del juicio. A este punto habría que sumar que un lugar tan alejado de la ciudad, dos kilómetros aproximadamente, sería más difícil de vigilar.



HACIENDA DE ALVARADO



Hacienda de Alvarado



Hacienda de Alvarado, 2016
por Pilar Carrillo.



Hacienda de Alvarado 2014
y 2006 por Pilar Carrillo.



HACIENDA DE ALVARADO

(CARRETERA A SAN LUIS POTOSÍ KM. 230)

La ex hacienda de Alvarado data del siglo XVIII y fue un punto de avituallamiento entre los viajeros que acudían de la capital del Reino a las minas de Guanajuato y Zacatecas. Queda a nueve kilómetros al norte de la ciudad de Santiago de Querétaro. Sus gruesos muros miden 1.90 metros de espesor. La propietaria de la hacienda durante la época del Sitio fue doña Dolores de Ecala.

Procedentes de San Miguel de Allende las fuerzas integrantes del Ejército del Norte avanzaron sobre Querétaro, llegando a esta hacienda entre el 6 y 7 de marzo de 1867; de ahí avanzaron sobre el Cerro de San Pablo el 8 y más tarde sirvió de punto de apoyo para verificar la conversión de la línea republicana. Durante el Sitio sirvió de Hospital de Sangre a las tropas que por el norte asediaban a la Ciudad, siendo el 14 de marzo de 1867 cuando comenzó a funcionar como tal, atendándose en él enorme cantidad de heridos habidos en el ataque general a la plaza por la posesión del Cerro de San Gregorio. La cantidad de heridos era tal que los médicos fueron insuficientes para atenderlos a todos. Escobedo ordenó que los heridos fueran trasladados de San Gregorio a la hacienda de Alvarado en los carros hipomóviles de sus trenes militares.

El día viernes 15 de marzo, el general Escobedo visitó el hospital de la hacienda de Alvarado felicitando a cada uno de los heridos por su brillante comportamiento, vertiendo palabras de aliento a todos. El líder de la resistencia republicana en el interior de la ciudad, don Bernabé Loyola, se entrevista en este lugar con Escobedo y éste lo trata de mal modo, ignorando el general en Jefe que Loyola iba no sólo a pedirle que le devolviera los muebles robados por los chinacos en su hacienda de San Juanico sino también a proporcionarle los planos militares de la Ciudad de México, los que más tarde le urgirán a Porfirio Díaz para tomar la capital del país en contra de Márquez.



GARITA DE CELAYA



Garita de Celaya y al fondo
Cerro de las Campanas, 1867.



Garita de Celaya actual.

GARITA DE CELAYA

(CASI ESQUINA PINO SUÁREZ CON JUAN DE
LA BARRERA, CERCA DE DONDE ESTÁ EL
ASILO DE ANCIANOS)

Esta garita aparece en los planos de la ciudad del siglo XVIII y era una importante fuente de captación de recursos fiscales pues estaba ubicada precisamente en el corazón del Camino Real que nos comunicaba con Celaya (no existía la actual calle Madero sino hasta Ignacio Pérez). Desapareció igual que las otras garitas en 1883 cuando Porfirio Díaz impulsó reformar la Constitución mexicana para que solamente hubieran aduanas federales y no locales, que resultaban ruinosas para el comercio interno incrementando innecesariamente el costo de los servicios y productos.

La garita de Celaya fue un punto importante en la línea de circunvalación y siempre estuvo en poder de los republicanos a partir del 8 de marzo de 1867 en que se enfrentaron los dos bandos por primera vez en el sitio de Querétaro. La caballería de Ramón Corona ya se encontraba en la garita de Celaya precisamente ese día.

Maximiliano como siempre, sin saber qué hacer, cita a Miramón con los demás generales a un consejo de guerra el 16 de marzo de 1867 en el que se discuten varios planes, entre los que se cuentan el romper el cerco por la garita de Celaya porque ya la situación se tornó angustiosa; para esto, se pretende tomar la Estancia de las Vacas y allí sostenerse para repeler la persecución de la que sin duda serán objeto por parte de la chinaca. Se esboza también la intención de ir hacia la Sierra Gorda donde Mejía está invicto, pero todo es rechazado para continuar en la plaza soportando el sitio.

El día primero de abril llegó agitado; desde la madrugada se hicieron varias movilizaciones dentro de la plaza sitiada. En la explanada oriental del Cerro de Las Campanas se colocaron aproximadamente unos mil caballos de la división de Mejía y que tienen como evidente objetivo apoyar un movimiento principal. Casi al unísono se desprende la brigada de Salm Salm desde la garita de Celaya con rumbo a San Sebastián a las tres de la mañana, como lo expliqué cuando estudiamos San Sebastián.

A la entrada del Ejército Republicano a la ciudad el 15 de mayo de 1867, inútilmente Pradillo busca con su bandera blanca a Escobedo en La Cruz para anunciarle la intención de rendición de su jefe Maximiliano. Pradillo se topa entonces con el general Joaquín Martínez y que informado del deseo de Maximiliano contesta carecer de facultades para ello, pero se presta para acompañar al emisario imperial a la garita de Celaya donde se encuentra Ramón Corona. Maximiliano baja con una mínima escolta el cerrillo rumbo a la garita de Celaya que cubre el republicano Sóstenes Rocha.

LA ALAMEDA HIDALGO



Entrada a la Alameda



Alameda dede lo alto.

La Alameda, 2005.



LA ALAMEDA HIDALGO

(AVENIDA ZARAGOZA Y CONSTITUYENTES,
ENTRE PASTEUR Y CORREGIDORA)

Este bastión verde de la ciudad de Santiago de Querétaro fue construido entre 1790 y 1803, como un espacio para el solaz y esparcimiento de los queretanos, que hicieron de dicho lugar el preferido para el recreo, la convivencia familiar y hasta para el romance y ejercitación física. Para algunos fue construida en terrenos de la hacienda Casa Blanca propiedad del señor Pedro (o Manuel) Acevedo y que vendió la fracción al Ayuntamiento. Para otros, pertenecía a los terrenos de la hacienda de Callejas propiedad de don Ramón Samaniego y su esposa Guadalupe. Los iniciadores de la plantación fueron los señores Juan José García y Juan Fernández Domínguez. En 1909, en su esquina norponiente, don Francisco I. Madero realizó un mitin para establecer su Partido Anti reeleccionista en Querétaro. El 5 de febrero de 1988 fue entregada completamente renovada, conforme al proyecto original, al pueblo de Querétaro por el presidente de la República Miguel de la Madrid, el gobernador Mariano Palacios Alcocer y el munícipe Manuel Cevallos Urueta.

Pero el papel histórico más importante de la Alameda fue en 1867: Maximiliano llegó a Querétaro para presentar la batalla final el 19 de febrero, y en los días que precedieron al famoso sitio tiene tiempo y ánimo de entablar relaciones amistosas con el joven sacerdote Francisco Figueroa y pasear desde La Cruz hasta el centro de la ciudad, pasando por la Alameda, que en las mañanas es el sitio preferido de los soldados para lucir caballos, sillas plateadas y trajes nacionales. Después de este paseo matinal, soldados y oficiales acuden a misa, en donde pueden ver a su antojo grupos de hermosas muchachas, con las que a señas concertan una entrevista o –si son ignorados- ir a hacer el oso por las tardes bajo un balcón

florido esperando que la dulcinea salga por él y le dé la más mínima esperanza. ¡Claro que en aquellos tiempos era deshonroso para las señoritas queretanas pasear a solas con un hombre, forzosamente tendrían que obtener el permiso de los padres y ser acompañadas de un chambelán! Maximiliano organizó en este paraje una vistosa parada militar para infundir ánimo a su tropa que se aprestaba a confrontar al ejército juarista, todavía no sabiendo ni el día ni lugar, si salían a encontrar o esperaban a éstas.

El 5 de marzo de 1867 hubo movimiento inusitado en Plaza de Armas, parecía que Miramón salía al encuentro de los republicanos y a las cuatro de la tarde hasta hicieron ejercicio de fuego. Al anochecer de ese día hubo consejo de guerra y decidieron los imperialistas quedarse a fortificar la plaza, utilizando a voluntarios y numerosos presos, trazando la línea de trincheras en el Río Blanco y desde la garita de Celaya hasta la hacienda Casa Blanca, quedando como centro una reserva de soldados en el Cerro de Las Campanas y otra en la Alameda, formando un triángulo dicha posición defensiva. Todavía no empezaba el sitio, sino hasta el anochecer del día 8 siguiente.

La caballería de Corona ya se encuentra el 7 de marzo en la garita de Celaya (hoy casi esquina de Tecnológico con Madero) y por la noche el general Escobedo se descuelga desde San Pablo y ocupa el cerro de San Gregorio y sus laderas que corren hacia el Río Blanco. Advertido de este movimiento, a media noche del 8 de marzo, se despierta al archiduque para que resuelva lo que haya que hacerse ante la posibilidad de que las tropas republicanas ataquen. Se cita a un urgente consejo de guerra, aprobándose verificar un movimiento de conversión consecuente con el movimiento del enemigo, y así, la reserva que había estado en la Alameda, se pasa al llano tendido entre la falda del cerro y las últimas casas de la ciudad por el rumbo de Santa Ana. Ahora sí han quedado unidas las tropas republicanas mano con mano, y ya que los generales del Imperio se bloquean entre sí, el general Escobedo toma la iniciativa en la lucha apoyado en su superioridad numérica: cinco contra uno. Su plan es cercar la ciudad de Querétaro y tomarla por un asalto masivo. El día 8 de marzo se puede decir que iniciaron los combates.

La Alameda siempre estuvo resguardada por la caballería de Tomás Mejía para impedir el avance republicano hacia la ciudad, además de contar con una buena artillería en ese lugar, que tuvo papel destacado en las batallas del 14 y 24 de marzo y del 27 de abril de 1867. La Alameda fue el punto central de la defensa por el lado sur citadino.

Conforme al plan secreto de Escobedo dado el día 23 de marzo, el general

Treviño ocupa el 24 de marzo la línea norte, Guadarrama y Corona amenazarán el lado occidental y oriental respectivamente, mientras que el golpe decisivo se emprenderá desde el sur contra la hacienda de Casa Blanca y la Alameda, confiándose ésta al recién llegado Riva Palacio y a sus tropas de refresco. Muchos vecinos inquietos y metiches han contemplado el combate del 24 de marzo desde sus azoteas e incluso, los más curiosos, se aventuraron hacia la Alameda, pero al sentir lo nutrido del fuego huyeron despavoridos. Cuando retornan a la ciudad Miramón, Mejía, Méndez y el coronel Ramírez de Arellano, Maximiliano los recibe en la Alameda con los brazos abiertos –en ese orden- en y promueve de grado a este último con un lacónico “Sois general”, sin mayor ceremonial y a la vista y oído de todos. Cabe mencionar que el archiduque, durante su efímero reinado, sólo había nombrado general a Ramón Méndez y a nadie más, por lo que el acto de justicia al valiente artillero Manuel Ramírez de Arellano fue muy significativo. A nadie escapó el fraterno abrazo que Maximiliano le dispensó a El Macabeo apenas éste pisó tierra al bajar del caballo: ya había empatía.

Al oscurecer el día 24 de marzo, los republicanos habían empezado a recoger a sus muertos y heridos, de los cuales hubo que dejar a muchos por su elevado número y esperar al otro día para hacerlo, además del temor a un ataque imperialista en la penumbra, por lo que un número considerable de heridos fueron abandonados en esa noche y murieron por hemorragias, picados por alimañas o devorados por fieras o por aves de rapiña. El número de caballos muertos también fue harto considerable.

Destacaron en la batalla los hombres de Riva Palacio, quienes apenas llegando a la plaza entraron en combate sin haber descansado las veinticuatro horas reglamentarias. En el campo juarista, el fracasado ataque produjo una depresión moral que si hubiese sido aprovechada por la guarnición imperial lanzando un contra ataque hubiese tenido graves consecuencias para los liberales. Sóstenes Rocha no alcanzaba a comprender que los generales Escobedo y Corona estaban persuadidos por completo de no repetir el combate a pesar de las grandes ventajas que la adquisición de Casa Blanca y la Alameda les hubiera proporcionado a los sitiadores, pues el ataque no tenía nada de difícil –según Rocha- si era bien efectuado, y hubiera reportado insignificantes pérdidas a los ofensores pero, a los sitiados, les hubiera sido sumamente perjudicial porque indudablemente estarían obligados a replegar sus líneas al mismísimo interior de la plaza.

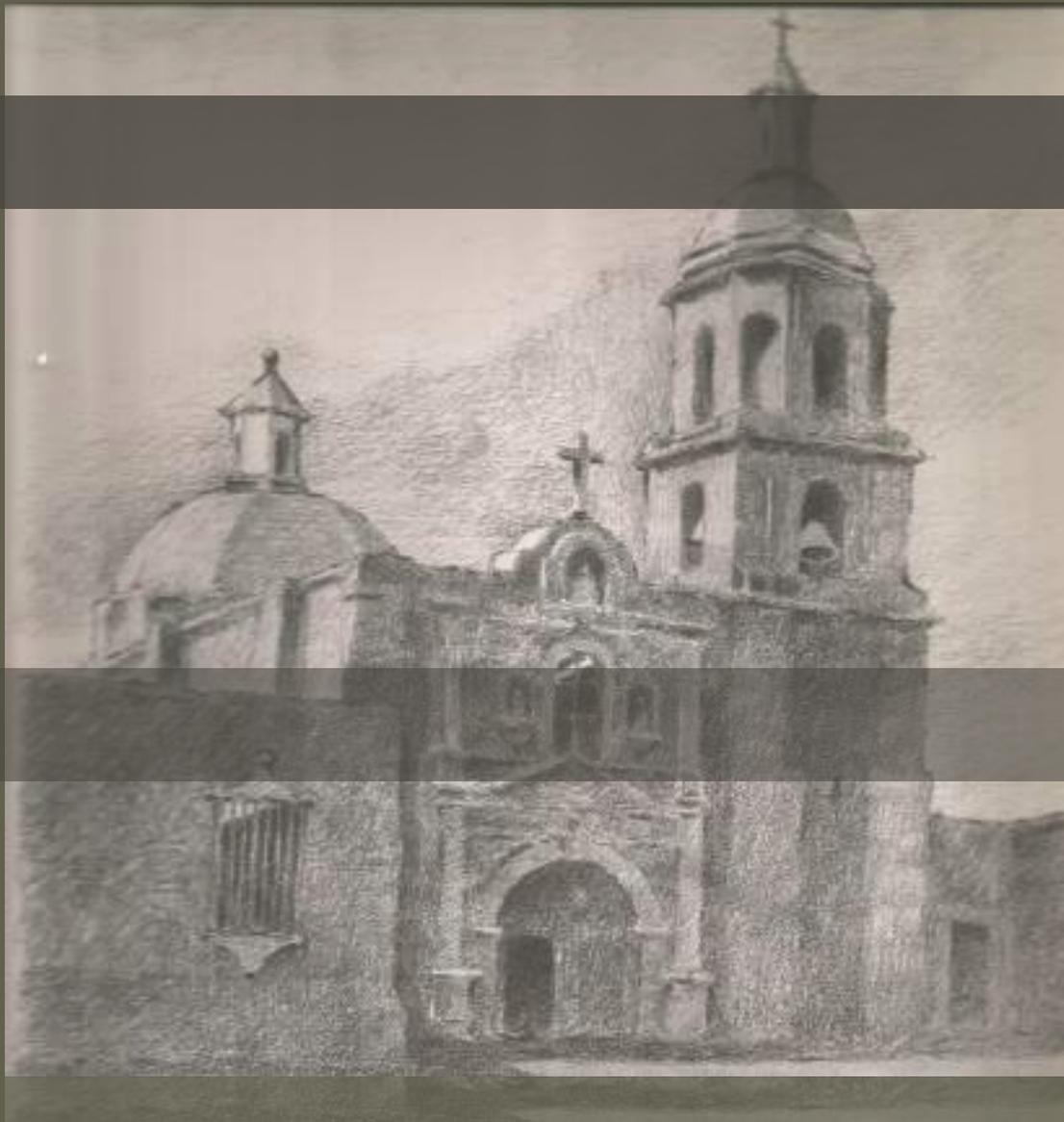
En los días sucesivos al 24 de marzo los imperialistas ponen a los prisioneros

republicanos a hacer zanjas y trincheras en la Alameda y otros sitios descubiertos de la línea de la defensa, donde serían fácil blanco de los sitiadores, sus propios compañeros de armas. Para la batalla del 27 de abril de 1867 Miramón fue el jefe de las fuerzas imperiales que ascendieron a tres mil hombres en la salida y su punto fuerte fue en todo tiempo la Alameda.

Hacia el 11 de mayo de 1867, fijándose para el día siguiente la salida definitiva de Querétaro rumbo a la Sierra Gorda, los sitiados se dan a la tarea de construir puentes con la madera de la plaza de toros que se encuentra cerca de la Alameda, ocupando en esta tarea a los civiles que no han pagado las exacciones. Y hablando de ellas, continúan los abusos de Severo del Castillo y de su amanuense Tomás Prieto que ahora venden a la fuerza, a los comerciantes queretanos, parte de los productos robados a la aduana local. La madrugada del 15 de mayo, los republicanos descienden de El Cimatarío al oír el repicar de las campanas de San Francisco y toman violentamente pero sin resistencia la hacienda de Casa Blanca y la Alameda, cambiando luego la artillería contra el Cerro de Las Campanas, desde donde contestaban inútilmente los imperialistas, sabedores de que estaban rotas las líneas del sur, oriente y norte, y que solamente quedaba por caer la poniente, donde precisamente se hallaban.

Los árboles de la Alameda sirvieron durante el sitio como forraje a las caballadas y muladas imperialistas, por lo que al terminar el cerco el 15 de mayo el panorama era desolador en el antiguo parque. Además, en la Alameda se habían enterrado cadáveres a poca profundidad, por lo que los malos olores la infestaban y se sentía la podredumbre más que en otros sitios, lo cual atrajo a un gran número de zopilotes que posaban en grupos sobre los troncos despojados de follaje. La población no participaba mucho en el arreglo de su ciudad al terminar el sitio, ya que no querían los queretanos saber nada de las cosas públicas, además de que para reforestar la Alameda se impusieron multas a hombres y mujeres que cortaran más de seis flores por familia. Lo único malo es que tal disposición no aclaraba si era por día o por semana o por mes dicha cuota.

BARRIO Y TEMPLO DE SAN FRANCISQUITO



San Francisquito, dibujo por
Fernando Pérez Nieto.



Templo de San Francisquito.

BARRIO Y TEMPLO DE SAN FRANCISQUITO

(BARRIO SITUADO AL SUR DE LA CRUZ Y TEMPLO SITUADO EN LA CALLE 21 DE MARZO No. 134)

Fue alrededor de 1550 que este barrio situado al sureste de la ciudad de Querétaro se empezó a poblar de indígenas venidos de otras partes, entre rocas y peñascos, con falta de agua y caminos, fundando la llamada “República de Indios, dedicados a labores agrícolas y ganaderas, además de ocupar su habitación con talleres de maquila. Para el siglo XVIII ya había quince mil indígenas en Querétaro, viviendo la mayoría en San Francisquito, cantidad que solamente era rebasada en Celaya donde radicaban 35 mil.

Los naturales de San Francisquito recibieron atención de los frailes recoletos que tenían su casa de recolección en la cima del cerro de El Sangremal, pero en 1740 los padres seráficos del Colegio de Propaganda Fide levantaron una ermita en el barrio dedicada a San Francisco, pero para no confundir el nombre de la nueva capilla con el del templo y convento grande de San Francisco le llamaron desde entonces “San Francisquito”. Cabe decir que los frailes crucíferos colocaron en el templo una imagen de San Francisco que fue muy venerada. Con el correr de los años se le cambió la denominación al templo –no al barrio- para imponerle el de la Divina Pastora. Un queretano de nombre Francisco Alday mandó construir sobre la capillita franciscana el templo que ahora admiramos en 1785 y lo terminó en 1786, llamándolo de la Divina Pastora por haber recibido un favor de ésta, según el docto Edgardo Moreno Pérez.

El barrio de San Francisquito tenía su fuente pública principal casi frente al templo en mención y se conoció por mucho tiempo por el nombre del barrio al que pertenecía. Posteriormente fue instalada en la plazuela de los Dolores sobre la avenida 21 de Marzo. donde hasta nuestros días perdura. Otra fuente de la que se abastecían los vecinos de este arrabal se encontraba al pie de Los Arcos, rumbo a la garita de México, que marcaba el inicio del camino a la Ciudad de México.

En la época del Sitio se veía al costado sur del convento de La Cruz, perdidas entre los órganos del pedregal, infinitas chozas donde se abrigan los últimos indígenas originarios de la raza conquistada en Querétaro. Entre esas pequeñas chozas destacaba la iglesia de San Francisquito.

Este templo construido en el barrio indígena del primitivo Querétaro, fue señalado para ser saliente de la línea oriente de los imperialistas. El 14 de marzo de 1867 fue tomado por soldados republicanos al mando del general Sóstenes Rocha, pero una vez abandonado por éste fue reocupado por los imperialistas que lo convirtieron en fortaleza, habiendo troneras para defenderlo a todo lo largo de la barde de adobe del cementerio. Sóstenes Rocha se retira de San Francisquito por la carga de infantería y artillería que le propinó su amigo y condiscípulo Miramón, y por el valle de Carretas llega a su posición original en la Cuesta China, según se le ordenó al no poder sostener el barrio de “los brujos”, como era llamado ese antiguo núcleo indígena fundado al mismo tiempo que la ciudad en el primer tercio del siglo XVI. Rocha argumenta que se retiró de San Francisquito porque se lo ordenó Ramón Corona con un cañonazo previamente pactado desde el cerro de Los Molinos y no porque Miramón lo haya inquietado, sin embargo reconoció que los imperialistas se batieron con denuedo, aunque los chinacos probaron a Maximiliano que saben combatir con brío y que son más que una banda de malhechores.

El general Méndez deja la reserva de La Cruz y es designado en la tarde del 24 de marzo para custodiar la línea del sur, desde San Francisquito, la Alameda y Casa Blanca, considerada ahora punto delicado de la defensa.

Varias de las casas cercanas al Río Blanco, a La Cruz y San Francisquito, acusan ya la rudeza del sitio, pues muchas de las granadas de mano que se lanzan contra los verdes han tocado las construcciones, obligando a sus moradores a pedir posada en el interior de la ciudad en donde aparentemente encontrarían un poco más de seguridad.

El plan imperial para el 27 de abril, era atacar El Cimatario, mientras que Severo del Castillo tomaría la hacienda de Callejas apoyado desde San Francisquito, para

impedir refuerzos republicanos desde el sur.

Para la noche del 30 de abril de 1867, se ha notado que levantaron los imperialistas otro parapeto en la parroquia indígena de San Francisquito, fortaleza imperial que jugó un papel preponderante en el parcial fracaso republicano del 27 de abril en favor de los monarquistas

Desde que El Macabeo Miramón tomó la iglesia de San Francisquito, ubicada al sur de La Cruz, su campanario sirvió de atalaya o puesto de observación al mismísimo Maximiliano cuando éste decide no hacerlo desde la torre de La Cruz o de San Francisco. Desde dicha torre Maximiliano contempló la batalla del 1° de mayo, en la que su favorito, el coronel Joaquín Rodríguez, fue muerto, después de apoderarse efímeramente de Callejas y al atacar la garita de México. Desde muy temprano, en ese 1 de mayo de 1867, estaban en el templo de San Francisquito escogidas tropas al mando del coronel Joaquín Manuel Rodríguez, a las que más tarde se suman Maximiliano, Ramírez de Arellano y Miramón.

Desde la torre del templo indígena de San Francisquito, Maximiliano y Miramón contemplaron el fracaso de que no sólo no toman la garita de México, sino que perdieron Callejas y jamás pudieron intentar llegar a El Cimatario. Todavía recibieron un cañonazo desde El Cimatario que los bañó de piedras y pólvora.

Constantemente fue asediado el templo en mención por la artillería republicana, pero por estar en una eminencia muy protegida se salvó de caer en manos de los chinacos durante los 71 días de asedio. Al fin el 15 de mayo de 1867 fue tomado por el Ejército Republicano.



GARITA DE MÉXICO



Garita de México



Garita de México
actualmente.

GARITA DE MÉXICO

(AVENIDA EJÉRCITO REPUBLICANO CONTRA ESQUINA CON LA CALLE DE 20 DE NOVIEMBRE)

En 1867 la ciudad de Querétaro tenía ocho entradas y salidas, las que estaban fuertemente custodiadas por guardias que pernoctaban en antañonas construcciones del siglo XVIII llamadas garitas, donde los viajeros pagaban derechos e impuestos por el paso de personas y mercaderías. La más importante de ellas fue la de México, misma que estaba ubicada sobre el Camino Real de Tierra Adentro, justamente entre las haciendas de Callejas y Carretas, subsistiendo a la guerra de Independencia y funcionando hasta 1883 en que se abolieron las garitas en todo el país por ser ruinosas para el comercio nacional. Frente a la garita en mención existió el mesón de Carretas, el cual, ya sin uso, el edificio se fue deteriorando al grado que en 1981, el gobierno de Rafael Camacho Guzmán decidió demoler lo poco que quedaba de él y construir el jardín de niños que actualmente ocupa el predio, además de que un particular construyó un edificio de tres pisos. El edificio en ruinas que conocimos y que subsistió hasta 1981 era el mesón de Carretas y no el de la garita de México, según Adonai Infante de INEGI, quien con la referencia científica y el plano del Sitio de Querétaro, llegó a esa importante conclusión, corrigiéndonos a José Guadalupe Ramírez Álvarez, Eduardo Rabell Urbiola y a mí, que siempre creímos que esas ruinas eran de la garita. Las garitas estaban dotadas de almenas para la defensa militar y el edificio en mención nunca las tuvo. Valentín García afirmó que en verdad estuvo en lo que hoy es el empedrado lateral de esa calle, por donde está la papelería Wilcon.

Maximiliano decidió dejar la Ciudad de México y librar su última batalla en Querétaro. La noche del 18 de febrero la pasaron los imperialistas en El Colorado,

pueblecillo distante de Querétaro a unos diecinueve kilómetros, en la finca de don José María Acevedo, y el día 19 a las nueve y media de la mañana llegaron a la Cuesta China, desde donde el camino desciende en rápida pendiente a la “Ciudad Santa de Tierra Adentro” como también la llamó Guillermo Prieto. Allí se preparó el archiduque para la solemne entrada. Miramón y Mejía –que a la sazón se hallaban en Querétaro- subieron a la Cuesta China a encontrar a su emperador con sus estados mayores y con los oficiales superiores de la guarnición. Entre tanto, los soldados se alistaron como mejor se pudo para la parada militar; el príncipe vestido de gala con las grandes insignias de la Orden del Águila en su uniforme se puso a la cabeza de la fila, como primer actor de una comedia trágica, cambiando su manso caballo “Anteburro” para montar el brioso y bello “Orispelo”. Lentamente bajaron por el camino montuoso, y eran las once y media cuando llegaron a la garita de México donde los aguardaban Del Castillo y Manuel Ramírez de Arellano. José Luis Blasio, el flamante secretario particular, no perdía de vista a una mula y dos oficiales que iban cargando y cuidando, respectivamente, los diez mil pesos que Maximiliano se reservó para la casa imperial de los cincuenta mil que le dieron sus ministros. El objeto de esta reserva era abastecer la despensa del archiduque con provisiones para que nada faltara en su mesa.

En la batalla por San Gregorio, del 14 de marzo de 1867, las fuerzas al mando de Sóstenes Rocha –que habían bajado de la Cuesta China y ocupado la garita de México y la hacienda de Callejas desde las siete de la mañana- cargan sobre el ala derecha del recinto crucífero, teniendo el encargo de no descuidar la salida de la ciudad y tener en observación a la caballería imperialista de Mejía que se tiende desde la Alameda hasta la hacienda de Casa Blanca.

Con el objeto de abrir una salida y entrada entre la línea de circunvalación, Miramón prepara y pone en ejecución el día 11 de abril un cuidadoso plan para tomar a sangre y fuego la garita de México, importante edificio situado al sureste de Querétaro y que antes del sitio siempre tuvo intenso movimiento económico para el cobro de alcabalas de todos los efectos y personas que iban y venían de la capital del país. Todavía las sombras de la noche cubren el valle cuando en la plazuela de La Cruz se forma una columna poderosa imperialista, la que, al despuntar el alba de rosáceos tonos, se mueve por la calzada de Los Cipreses (actual calle 20 de Noviembre pasando Manuel Acuña) hacia el campo de combate. Esta pintoresca y arbolada calzada ya aparecía en el plano de la ciudad levantado en 1796 por

don Manuel Estrella y Fernández, la que se denominaba “Carrera del Acueducto” porque allí terminan los Arcos y ocupaban toda la calle que es el costado sur del convento crucífero. Se le comenzó a llamar “de los cipreses” por la gran cantidad que de ellos se asomaban por la barda del huerto del convento vecino, los que fueron cortados para dar de comer a la caballada imperialista.

El ataque imperial es formidable a través de los Dragones de la Emperatriz, el Batallón del Emperador, los Cazadores de África y los Húsares que tienen el encargo de cubrir La Cruz y extenderse por el llano de Carretas, al que se acercan temerariamente hasta cruzar sus bayonetas con las de sus enemigos, cargando vigorosamente sobre la garita de México y casas circunvecinas, las que en su mayoría eran fincas campestres para los fines de semana de los ricos queretanos. La resistencia chinaca es verdaderamente heroica durante la lucha que se desarrolla en el lapso de una hora. Es encarnizado el combate y quedan muchos muertos y heridos, entre éstos contamos a los imperialistas capitán Pitner, teniente La Roche, al conde Rotosky y al joven y famoso Lubic por quien Maximiliano tiene especial estimación y de quien se decía pertenecía a las mejores familias de Polonia. Salm Salm se salvó de morir con la cabeza deshecha por un riflazo que le fue dirigido desde la garita en cuestión, casi a quemarropa y que un subordinado desvió el fusil enemigo con el brazo. Rechazado el asalto de “los cangrejos”, los liberales obtienen un triunfo definitivo para sus aspiraciones y una clara advertencia para aquéllos de que no podrán abrir ninguna brecha, no digamos para salir de la plaza: ni siquiera para tener comunicación con el exterior.

En la garita de México se encontraba dormitando en la madrugada del 27 de abril con sus valientes juaristas surianos el general Vicente Jiménez y en la hacienda de Callejas hacían lo mismo los coroneles Vicente Villada, Franco y Carrillo, sin sospechar el ataque sorpresivo de Miguel Miramón.

Antes del amanecer se hallaban ya listas las tropas reaccionarias y orientadas de acuerdo a sus objetivos, y a partir de las cinco de la mañana se desencadenó de un modo preciso la maniobra prevista, iniciando con un intenso cañoneo de La Cruz sobre la garita de México. Hasta allá llegan Corona, Riva Palacio y Altamirano, diciendo el primero al último que dijera a Jiménez que se sostuviera y que pronto le llegarían refuerzos. Desde la azotea del pórtico principal de la garita de México responden los cañones republicanos pero, ¡oh sorpresa! Se creía que nada más era el ataque de artillería y tarde se dieron cuenta de que los fusileros de Severo del Castillo ya estaban venciendo los muros y parapetos de adobe y sacos de tierra.

Una bala de cañón bien dirigida arrancó la cabeza de un sargento y el brazo de otro, de apellido Tlatempa, salpicando de sangre, trozos de carne y sesos a los generales Jiménez y Vélez, así como al coronel Ignacio Manuel Altamirano. No me explico por qué los sitiados no encontraron al principio ninguna resistencia ni en la garita de México defendida por el general Vicente Jiménez ni en las posiciones frente a la Alameda, de donde se retiraron los sitiadores a gran distancia, si todo parecía que los republicanos ya sabían lo que intentaban los imperialistas gracias al sistema de espionaje establecido desde la plaza.

La caballería del general Aureliano Rivera, mandada en auxilio de Jiménez, fue arrollada por la embestida de las fuerzas sitiadas, que apoyadas en la garita de México y en la hacienda de Callejas, ampliaron la brecha abierta en el sur y llegaron hasta la hacienda de El Jacal, rompiendo así la línea de circunvalación en un trecho de varios kilómetros y amenazando la retaguardia de las unidades que todavía se sostenían en los extremos. La garita de México fue recuperada esa misma tarde por Sóstenes Rocha.

Dijo el coronel Ignacio Manuel Altamirano que de haber logrado Severo del Castillo apoderarse de la garita de México hubiera tenido que retirarse el Ejército Republicano de Querétaro por haber perdido diez mil hombres, la posición de El Cimatarío y del oriente, lo que dejaba a dicho bando reducido al ejército del Norte, a la caballería y a una parte de las tropas de México. “...la resistencia de la garita (de México) tuvo más trascendencia ese día de la que se supone”.

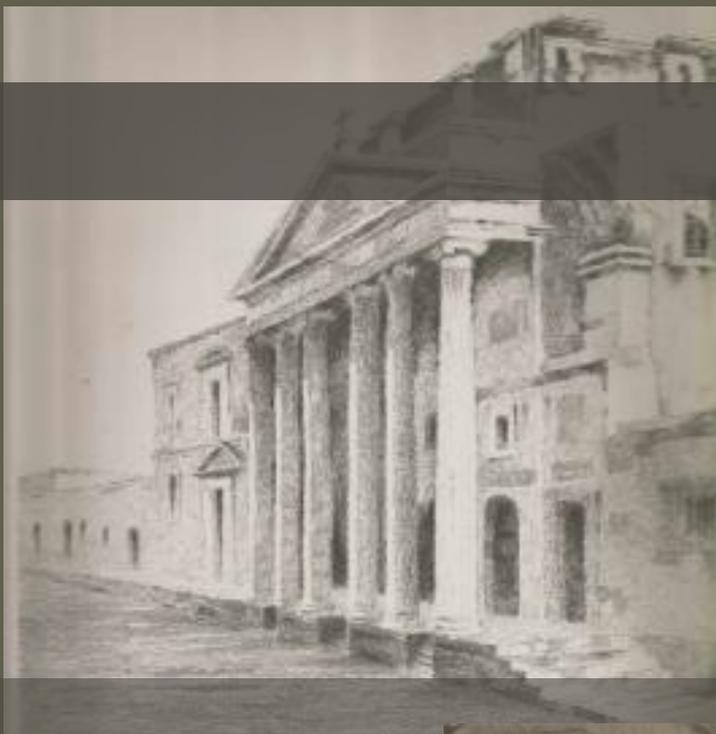
Desde muy temprano, el 1 de mayo de 1867, están en el templo de San Francisquito escogidas tropas al mando del coronel Joaquín Manuel Rodríguez, a las que más tarde se suman Maximiliano, Ramírez de Arellano y Miramón. El efímero emperador manda llamar a Rodríguez y le dice: “Rodríguez, la importancia del ataque que vais a mandar es capital para la salvación de la plaza. No dudo que cumpliréis como siempre con vuestro deber, os prometo una recompensa digna de vos”. A lo que respondió inclinándose con respeto el coronel: “Señor, hoy me nombrará general Vuestra Majestad o seré muerto”. Sucedió entonces que Ramírez de Arellano cañoneó sin piedad la garita de México y el coronel Rodríguez encarga a Pradillo –el mozo de Maximiliano– su cruz de Guadalupe, una carta para su novia y otra para su vieja tía que lo había educado con el encargo de hacerlas llegar. Se le conminó ir a pie porque a caballo sería más visible para el enemigo y contestó que era mal andador y que desde su montura podía ver mejor a los que estaban a su mando. Acto seguido, pálido y con la mirada extraviada,

se lanza contra la hacienda de Callejas a galope tendido matando al defensor republicano, el general Carrillo, tomando además la fábrica aledaña, que no es otra que la de San José de la Montaña (hoy Calzada de Las Artes y todavía está allí el edificio de referencia). En forma temeraria se dirige ahora contra la garita de México, que está debidamente preparada por los sucesos que se vivieron en la cercana hacienda y, a pesar de que varios cazadores y guardias imperialistas la escalaron, en su techo estaban los republicanos esperando con fuego de fusilería, destrozándole el corazón –literalmente- al enjundioso coronel Rodríguez, a quien el padre Cabrera le inventó como novia y prometida a la fea Carambada. Para reforzar a quienes defendían la garita citada llegó Vicente Riva Palacio, ordenando a la vez que se atacaran La Cruz y San Francisquito. Huyendo los imperialistas por el nutrido fuego sitiador, están a punto de abandonar el cadáver de Rodríguez –al que ya habían sacado de debajo de su caballo- , pero otra vez acude el humanitario Domet en compañía de dos soldados –que inmediatamente después cayeron muertos- a rescatar al amigo caído.

Derrotadas y desalentadas, vuelven las tropas verdes a la plaza llevando sobre el caballo de Rodríguez el cuerpo de éste, el que será inhumado el día 2 a las siete de la mañana en sentida ceremonia que presidió Maximiliano en La Congregación acompañado de los más connotados jefes, con excepción del mórbido Mejía y Miramón que llegó tarde por razones del servicio y porque no se le avisó a tiempo. A las nueve de la mañana, encabezados por el austriaco, partió el cortejo del convento de La Cruz hasta el templo guadalupano, con tambores enlutados y clarines con sordina, cuatro sargentos cargaron el féretro.



TEMPLO Y CONVENTO DE TERESITAS



Las Teresas y Carruaje esperando
a Maximiliano, Teresitas 1867.





Las Teresas.



Convento y Templo de
Teresitas.

TEMPLO Y CONVENTO DE TERESITAS

(CALLE REFORMA, ENTRE JESÚS GARCÍA Y
VERGARA)

“Teresitas”, oficialmente llamado convento de Santa Teresa de Jesús de Carmelitas

Descalzas “Dulcísimo nombre de Jesús, es una de las obras postreras de la época virreinal. Hecha para perpetuar la memoria de una era de esplendor y anunciar una nueva era de libertad refugiada en el período Neoclásico. La soledad de la viudez, llevaron a la marquesa de Selva Nevada, Doña María Antonia Rodríguez de Pedroso, a refugiarse en la paz de un convento, aunque fuera como criada. Heredó con su dolor un título y un gran caudal. El primero lo renunció en favor de su hija y el segundo lo destinó a una gran obra: levantar un convento de carmelitas descalzas. Los condes de Sierra Gorda y otras familias queretanas contribuyeron también a la conclusión de tan noble deseo con parte de los crecidos gastos que demandó la construcción.

Cuando económicamente estaba preparada la erección del convento, se solicitó la licencia a España para ello y fue concedida en cédula real el 25 de junio de 1802. La noticia llegó aquí el 22 de octubre y fue celebrada con repique general de campanas. Las madres fundadoras vinieron a México en número de cinco. Llegaron a la ciudad el 22 de abril de 1803 y se hospedaron momentáneamente en el convento de Santa Clara. En la tarde de ese día, en solemnísima procesión, se trasladaron a una casa, improvisado convento en donde estuvieron hasta la conclusión del propio.

El 21 de junio de 1803 se bendijo y colocó con solemnidad la primera piedra de este edificio; en el acto estuvieron los miembros del H. Ayuntamiento y otras connotadas personalidades como padrinos. El 26 de julio de 1805, terminado el

convento, se trasladaron a él las monjas, cuyo número ya había aumentado, en procesión solemne y suntuosa en la que tomaron parte multitud de comunidades y cofradías. El templo se terminó en 1806 siendo dedicada el 1o. de enero de 1807 en una gran solemnidad en la que predicó el Ilustrísimo Sr. Arzobispo de México.

Después de vivir aquí las monjas carmelitas durante cincuenta y ocho años fueron exclaustradas el 12 de marzo de 1863; volvieron a su convento nuevamente el 2 de junio del mismo año. El 14 de mayo de 1867, víspera de la toma de esta plaza por las tropas republicanas, fueron exclaustradas nuevamente y recogidas en casas particulares en un acto sumamente conmovedor.

En 1880 fue adquirido el convento por el Sr. Canónigo Figueroa para fundar una casa de ejercicios religiosos y en 1883 se trasladó a él el Seminario Conciliar de Santa María de Guadalupe, que fue mudado por las revueltas, pero que nuevamente volvió a instalarse aquí hasta que se construyó el Seminario Diocesano en las instalaciones de la Fábrica de La Purísima en Hércules. Actualmente está convertido el ex convento en el Palacio Episcopal de la Diócesis de Querétaro.

La obra es monumental en su exterior e interior. Seis soberbias columnas de estilo neoclásico rematadas en eurítmico frontón de bellas líneas, todo de cantera perfectamente labrada, forman la parte exterior del templo que es, al modo clásico, proporcionado, austero, bello, grandioso.

Los muros son altos y macizos, rotos por amplios ventanales y pequeñas puertas que dan entrada al interior. Éste está adornado de columnas cuadrangulares de cantera y luce aun los decorados y pinturas del maestro celayense Eduardo Tresguerras, aunque remozadas. Posee magníficas esculturas y veneradas reliquias. Renovado por el empeño de su capellán, el muy ilustre señor Canónigo D. Ezequiel de la Isla, es uno de los más hermosos templos queretanos, al decir del Cronista José Guadalupe Ramírez Álvarez. Aquí descansan los restos mortales del inolvidable cronista e historiador Valentín F. Frías. Entre 1913 y 1916 se quiso instalar aquí el Colegio Civil del Estado por sugerencia del famoso José Vasconcelos.

Este convento fue la penúltima prisión de Maximiliano en el sitio. En el pueblo queretano se rumora el 6 de mayo de 1867 que los ayudantes de la casa imperial se quedan con parte de la comida del monarca, el cual casi no come carne por sufrir disentería, pues los muy chapuceros y ventajosos se atienden primero y luego dan sobras a los de la oficialidad. No sufren por nada estos afeminados señores, porque vecinos acomodados todavía le envían de comer a Maximiliano, sobre

todo las monjas carmelitas que ahora están alojadas en el convento de Teresitas. Se dice que Maximiliano es vegetariano.

Desde el anochecer del 14 de mayo de 1867 hay una tremenda tensión en el terreno de los sitiados, pues sin saber qué pasará a ciencia cierta, se esperan grandes acontecimientos. Esta zozobra se riega por la población civil que hace mil preparativos para protegerse de una entrada sangrienta por parte de los republicanos. Moralmente se había dado ya el terrible “sálvese quien pueda”. Se verifica entre las sombras de la noche la salida de las monjas carmelitas del convento de Teresitas, las que son esperadas por amables vecinos para llevarlas a sus hogares a pie o en carro. Al ser ocupada la ciudad al día siguiente, 15 de mayo, Teresitas se destinó a cuartel y cárcel republicanos.

Doliente caravana de derrotados recorrió la ciudad, de El Sangremal a Teresitas, a las nueve de la mañana de ese viernes 17 de mayo de 1867: fue la de Maximiliano y sus íntimos, que por la enfermedad de aquél, le es concedido llevarlo a otra prisión que se improvisa en el recién desocupado convento de Carmelitas Descalzas al que el populacho llama simplemente Teresitas. Un carro de la familia Rubio es prestado para el traslado del archiduque, ordenado por el general J. Refugio González, en el cual viajan también Basch, el general Echegaray, el carcelero y el teniente coronel Pradés, escoltados por un piquete de caballería. Los demás prisioneros, Manuel García Aguirre, Severo del Castillo, Manuel Guzmán, Félix de Salm Salm, Agustín Pradillo, Pedro Ormaechea y José Luis Blasio, hacen el recorrido a pie entre dos filas de celosos soldados republicanos a las órdenes del teniente coronel Margain. Prácticamente pasa inadvertida la patética comitiva pues ningún queretano acude a ver pasar a los prisioneros, las calles están desiertas, cerradas puertas y ventanas y uno que otro viandante curioso mira el cortejo con pura compasión; mucho es el resentimiento que tienen los queretanos para con los imperialistas por los sufrimientos a que los sometieron.

Cuando llega Maximiliano al convento ve una columna de prisioneros afectos a él que se descubren a su paso y dice, haciendo una de sus frases de buen humor: “Ningún príncipe puede ostentar una corte tan numerosa”. Llegado al claustro, es colocado el austriaco en una amplia habitación muy ventilada y con vista al hermoso patio arbolado del convento; se le proporciona un modesto mobiliario, ropa limpia para cama y medicinas en la medida de lo posible, gracias a la intervención del médico republicano José Siurob. Los demás prisioneros se

acomodan como pueden, en esterros de coco, cobijados con unos sarapes que les mandó comprar Maximiliano, teniendo lo indispensable para su aseo personal como son peines, jabones, cepillos y toallas. Por supuesto que se les somete a todo el rigor de prisioneros de guerra, entre otros, el de pasar lista, lo que molesta a más de alguno de los de alto grado, ya que estaban impuestos a mandar y no a ser mandados. Entre los prisioneros de Teresitas, destaco la presencia del topógrafo austriaco Fürstenwärther, quien escribía sus memorias y dejó constancia del lugar donde se confinó a su paisano y a cada uno de los oficiales. Maximiliano suplica que sus cercanos –entre ellos Blasio y Basch- queden junto a él.

Entre los oficiales prisioneros había unos veinte franceses y de entre ellos doce escribieron a Escobedo ofreciendo sus servicios, los que fueron rechazados con desprecio por el alto mando republicano. Avergonzados por esta bajeza, los ocho compatriotas restantes de estos miserables escribieron una hermosa carta de solidaridad al monarca caído, la que recibió en la prisión de Teresitas.

Para el día 18 de mayo, es nombrado J. Refugio González como responsable de los prisioneros de Teresitas, quien de inmediato resuelve la incomunicación de los más cercanos colaboradores de Maximiliano entre sí, pudiendo ser visitados por separado por sus amistades y familiares. Maximiliano sigue enfermo y le siguen visitando oficiales republicanos por mera curiosidad, por ello, sólo con unos cuantos cambia los saludos de rigor. Le han devuelto sus celadores dos cajas con objetos personales que se le habían decomisado el día 15 de mayo y entre otras cosas están unos libros para regocijo del germano.

Ramón Méndez, el verdugo del general José María Arteaga, es hecho prisionero el 18 de mayo y es conducido a Teresitas. Para averiguar la verdadera identidad y nacionalidad del aventurero Salm Salm, éste es sacado de su celda en Teresitas, lo que provoca alarma entre sus compañeros, pues creen que va a ser pasado por las armas. A tal grado llega la excitación que Pradillo acude a las ocho de la noche a la celda de Maximiliano a informarle de lo ocurrido, pero ya lo encuentra dormido a causa de su mal y se desahoga con Basch. Salm Salm es regresado a su celda y termina la alarma. Maximiliano se había entretenido durante el día leyendo la “Historia Universal” de César Cantú, que por orden suya había comprado precisamente en Querétaro José Luis Blasio. Dispone el Cuartel General que Ramón Méndez sea pasado por las armas en la mañana del 19 de mayo en medio de un dispositivo de seguridad importante para que el acto de justicia pueda llevarse sin contratiempo alguno. Bach está molesto porque le

revisan sus custodios hasta las recetas que expide; además cree que un oficial republicano –antiguo rehén imperialista- ha hablado mal de él ante Escobedo. ¡Como si importara mucho al jefe republicano lo que hiciera o dejara de hacer el intrigoso galeno!

Dramático se espera ese domingo 19 de mayo en que se fusilará al general Ramón Méndez, el cual pide como último deseo el despedirse de Maximiliano y sus compañeros generales, lo cual le es concedido. Maximiliano lo recibe en su celda muy conmovido y tratando de consolarlo le dice: “Va usted a la vanguardia general, pronto seguiremos el mismo camino”. Sin contestar Méndez se despide para siempre de su jefe moral quien se queda tristemente viéndolo partir hacia el paredón. Tomás Mejía, quien le dispensaba una amistad íntima y tierna, con lágrimas en los ojos, le manifestó: “Méndez, estoy seguro de que será hoy delante de esas gentes lo que siempre ha sido usted”. Méndez, estrechándole la mano, le contestó: “Sí, don Tomás, seré el mismo”. El sanguinario y cruel general fue llevado al templo de Teresitas donde se confesó y comulgó, después de lo cual se le concedieron dos horas para despedirse de su familia consistente en su mujer, su hijito de diez años y una hermana suya, y encargar a éstos con el señor Juan Verna. Pronto transcurre el tiempo y uno de sus celadores hace una señal con la cabeza, la cual sólo advierte el intrigante militar. ¡Era la indicación de marchar al encuentro con la muerte! Miente a su familia piadosamente diciendo que se tiene que ir a arreglar una urgencia pero que pronto volverá. De inmediato se le saca del templo acompañado del padre Agustín Guisasola.

El mayor Görwitz, que está confinado en Teresitas, cuenta que ha recibido una carta de un comerciante alemán de San Luis Potosí, “quien le asegura que sabe de buena fuente que Juárez, a solicitud de todas las cortes europeas y del gobierno de los Estados Unidos, se abstendrá de derramar sangre”. Maximiliano sigue recibiendo señoras altruistas y está de mejor salud.

Desapareció la disentería y los dolores se le han calmado mucho al reo de la República, a quien los oficiales republicanos desarraigados visitan diciendo con simpleza “vamos a ver a Maximiliano”, lo que provoca la ira de Basch y del propio monarca caído dado lo impertinente de las visitas y expresiones, y cada vez que el médico y los demás ayudantes quieren impedir tan inoportunas acciones, los descorteses chinacos sacan inmediatamente un papelillo mugroso en donde constaba una orden de Escobedo dando permiso para visitar al Habsburgo.

Ocasionando gran sobresalto entre los prisioneros, se presenta el día 19 de mayo de 1867 en Teresitas el general Mariano Escobedo quien es acompañado por el general Díaz de León y el coronel Villanueva: todos creen que va a notificarle a Maximiliano que pronto será fusilado. La histeria era por el antecedente inmediato de la ejecución de Méndez, pero a la hora se desvanece aquélla cuando se dan cuenta que todo se debía a una mera cortesía. Escobedo visita también a su amigo Tomás Mejía a quien le ofrece enviarlo a San Luis Potosí para que se presente ante el gobierno de la República y arregle su situación. Pero el queretano general no acepta tan generosa propuesta si no se le garantiza que esa misma suerte correrán los demás prisioneros, cosa que no estaba en manos de Escobedo, el cual sólo venía a pagar una vieja deuda con el valiente “Jamás Temió”. Por su parte, los familiares de Escobedo ofrecen enviar al general Mejía cuanto necesite en prisión. ¡Amor con amor se paga! Entre las seis y siete de la tarde llega la princesa de Salm Salm, quien se aloja en el hotel de Las Diligencias y de inmediato se impone de la situación que guardan Maximiliano y su mercenario cónyuge; como es tarde, ya no acude a ver a Escobedo a La Purísima como era su deseo. ¡Cuántas veces quiso entrar a Querétaro durante el sitio para visitar a su esposo al que imaginaba herido y cuántas veces le fue negado el permiso por el ejército sitiador enterados de que Félix no estaba convaleciente de nada! De esto se enteraban los republicanos por medio del sistema de espionaje y contraespionaje manejado por Bernabé Loyola.

Por la noche del 19 de mayo, es absolutamente imposible que duerman los detenidos en Teresitas, ya que la guarnición ha sido notablemente aumentada ante los rumores de que el serrano general Rafael Olvera marcha sobre Querétaro para salvar a Maximiliano y acompañantes. Doscientos soldados gritando incesantemente espantan el sueño al más calado. Cada cuatro horas se escucha el solemne “¡centinela, alerta!”.

Apenas amanece el lunes 20 de mayo, doña Inés Isabel Winona Leclerc Joy de Salm Salm comienza a movilizarse para obtener de Mariano Escobedo la licencia necesaria para visitar a su esposo y a Maximiliano. A eso de las once de la mañana llega a Teresitas y le impresiona fuertemente el aspecto de la prisión militar, ya que ella, como artista que es, está acostumbrada al glamour de lo delicado, perfumado y fino. Horrorizada ve a su pareja desaliñado, sin bañarse, con ropa puesta por varios días y con la barba crecida, como si viviera en un basurero. Después de los saludos con Félix recibe la noticia de que el austriaco quiere que lo visite, ya que ni siquiera la conoce. Penetra la Salm Salm a la celda de Maximiliano y siente

una gran compasión por el monarca caído que yace en su lecho. Inmediatamente lo pone al tanto de lo sucedido en México a partir de la segunda quincena de febrero, pero especialmente a partir de la llegada de Márquez a la capital. También hablan de la opinión pública en San Luis Potosí, sede del gobierno juarista. Por ella se entera Maximiliano de que va a ser juzgado por un consejo de guerra; que eso lo oyó en la capital potosina. Después de intercambiar secretas y misteriosas palabras sobre la situación de los detenidos, la Salm Salm sale decidida a conseguir una nueva entrevista entre Escobedo y Maximiliano. Éste se queda leyendo el “Romancero” de Heine, que le había conseguido Basch a través de Pitner, para mantener ocupado y distraído a su noble paciente.

Al saber que el importante prisionero va a salir ese día a un lugar desconocido (era una invitación de Escobedo para comer en La Purísima, provocado este encuentro por Inés de Salm Salm), todos los reos se acercan a las puertas de sus celdas para saludarlo. Antes de partir a su cita con Escobedo, Maximiliano entrega a Basch dos documentos: uno era una carta de Ramírez de Arellano enviada desde su escondite y otro era un poema dedicado al archiduque por un soldado francés que estaba preso; para el caso de no regresar, el nada optimista Habsburgo le pide al médico destruir los textos, especialmente el del prófugo escondido.

Tres horas duró la salida del austriaco, llegando a su celda de Teresitas a las ocho de la noche.

Dice Bernabé Loyola que el general Escobedo llegó a tenerle más miedo a la princesa Inés que a un batallón. Para hacer saber de esta mala noticia a su marido y a Maximiliano, regresa a las catorce treinta horas del 22 de mayo de 1867 a Teresitas, en medio de los insultos de dos gañanes oficiales chinacos. Les da las malas nuevas, además de advertirles que serán llevados a otra prisión, pues en la que están no garantiza su seguridad, lo cual molesta a Basch. Esa mañana el archiduque recibió al general republicano de apellido Blanco, pero no bien se hubo ido éste, empezó a hablar mal de él y de todos los republicanos, a espaldas del interesado como siempre.

Desde las tres de la tarde los reos esperan ser trasladados pero sólo se llevan los reclutas a Maximiliano y tienen que esperar hasta las cinco y media. Los demás esperan impacientes la hora de partir, oyendo noticias traídas por dos comerciantes alemanes radicados en la capital potosina: Bahnsen y Stephan, los que cuentan del estado de pesar que se vive en la tierra tunera por la suerte del monarca en desgracia y que Juárez había dado la orden de fusilarlo inmediatamente, pero

sabedor el zapoteca de las circunstancias de “traición” en que cayó Querétaro, decidió suspender toda ejecución sumaria.

Nuevamente Carlos Rubio presta su carro para el uso del archiduque, aunque también sus generales, ayudantes y el coronel Salm Salm fueron conducidos en diligencias. El destino próximo es el que fuera hasta hace poco el convento de Capuchinas; la razón que tuvo Escobedo para hacer este cambio consistía en que este lugar era más fácil de vigilar que el anterior.

Dice Bernabé Loyola que cuando el general en jefe dispuso que los prisioneros de Teresitas pasaran al edificio de Capuchinas ya estaba en éste Miguel Miramón, quien de la casa de Licea había sido trasladado a la cárcel general situada en la casona de La Corregidora. Afirma también el liberal queretano que cuando Maximiliano y Miramón se volvieron a encontrar se abrazaron cordialmente.

Dice Konrad Ratz que hoy es difícil saber el lugar exacto de la prisión de Maximiliano en Teresitas por las obras de acondicionamiento que se hicieron ampliando las celdas cuando el convento se convirtió en Seminario Conciliar, sin embargo, en el plano hecho por el fotógrafo austriaco Françoise Aubert se acaba la duda: Maximiliano estuvo en la planta alta y Mejía y Méndez en el patio anexo que hoy ocupa el Conservatorio de Música J. Guadalupe Velázquez.

El señor Loyola se entrevistó con Escobedo para entregarle planos militares de la Ciudad de México y solicitarle el perdón para el general imperialista Mariano Reyes. Escobedo duda pero acepta y Loyola fue raudo y veloz esta misma noche a llevarle la buena nueva a Reyes que estaba preso en Teresitas, recibiendo malos tratos don Bernabé de parte del general Refugio “Cuco” González, el cual ordenó a un sargento de guardia que llevara hasta las celdas al visitante pero cogido de las solapas de su saco, pues decía que Loyola era capaz de echar fuera al prisionero y quedarse en su lugar, y a don Bernabé no lo podría fusilar por la amistad que los unía.

El martes 11 de junio se realiza el traslado de los generales que han estado presos en el Casino Español y que son llevados a Teresitas en donde se afirma que serán juzgados. Todo el trayecto fueron acompañados por las miradas compasivas de los curiosos vecinos. Trasladan el 14 de junio a Teresitas nuevamente a José Luis Blasio y a algunos jefes y oficiales, entre los que se cuenta a Félix de Salm Salm, a quien incomunican rigurosamente en otra celda por haber participado en el proyecto de fuga.

A las doce del día del 16 de junio de 1867, en el convento de Teresitas, un oficial entra a la celda de José Luis Blasio, antiguo secretario del monarca, y le

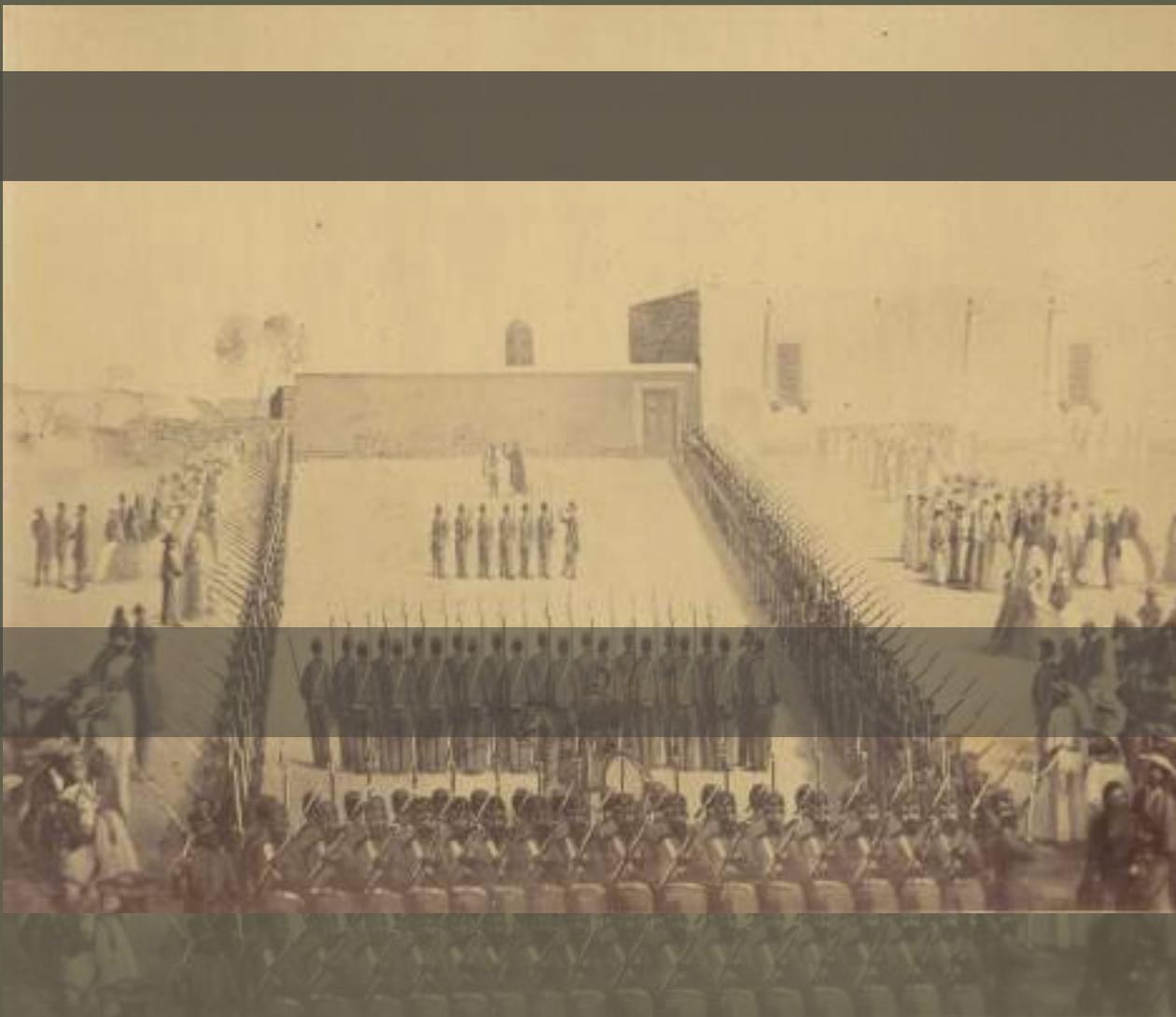
dice que lo siga por órdenes de Escobedo. En el pórtico conventual lo esperaba una escolta de ocho hombres que lo condujeron por el centro de las calles hasta Capuchinas donde fue enterado por su jefe que él mismo (Maximiliano) le pidió al general en jefe lo llevaran a su presencia para dictarle las últimas cartas antes de su fusilamiento que tendría lugar ese día a las 16:00 horas, entre ellas, una carta a la princesa Alicia Green de Iturbide con la que había un litigio pendiente por la adopción de Agustín de Iturbide Green como príncipe de México. ¡No pudo más y se retiró llorando como un loco atravesando los patios y pasillos de Capuchinas, literalmente atestados de tropa, saliendo a la calle a las doce y pico y dirigiéndose en medio de su escolta hasta su celda en Teresitas donde sollozó por otras dos horas hasta que un centinela se apiadó de su dolor y le comentó del aplazamiento de la ejecución de la sentencia!

En otro orden de ideas, se designa el 25 de junio al coronel Cosme Varela como fiscal especial para la investigación de los muchos delitos cometidos por los imperialistas a los indefensos queretanos: no deben quedar impunes las múltiples tropelías. Esta indagatoria tiene dedicatoria contra el general Severo del Castillo que todavía está preso en Teresitas esperando sentencia.

José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, es sacado de Teresitas el 1 de julio de 1867 y es conducido a la oficina de Escobedo donde éste le pregunta por su grado militar. Blasio contesta que ninguno ya que siempre fue del servicio civil y en ese momento recibe su liberación y escoge su natal Ciudad de México para ir a residir, por estar allí su familia y en donde tendría que reportarse con el ministro Lerdo de Tejada. Antes pasa dos días en la casa de la familia Trejo para hacerse de viáticos, lo que no le fue difícil conseguir entre los bondadosos vecinos. Hace el viaje en caballo prestado acompañado de los dos fieles criados y cuatro meses después llega a Veracruz donde visita en el castillo de San Juan de Ulúa a sus amigos presos: Félix de Salm Salm, a quien su esposa le consigue permutar la pena de prisión por la de destierro; Severo del Castillo y el general Escobar, antiguo prefecto municipal de Querétaro. Félix de Salm Salm se va con Blasio a Europa y éste no se explica el por qué la princesa Inés no hizo el viaje con ellos... A Blasio le correspondería estar en Trieste en el recibimiento de los restos de Maximiliano, acompañando a la familia imperial de Viena con la que se fue a vivir.



LUGAR DEL FUSILAMIENTO DE RAMÓN MÉNDEZ



Fusilamiento de Ramón
Méndez.



General Ramón Méndez.

LUGAR DEL FUSILAMIENTO DE RAMÓN MÉNDEZ (ZARAGOZA PONIENTE DEL NÚMERO 10 AL 20)

En el templo de Teresitas se preparó espiritualmente a morir Ramón Méndez y se despidió de su familia. Fue llevado después a la entonces llamada calle del Cebadal donde del lado norte se formó el cuadro de fusilamiento y un recuadro dándole la espalda para impedir que la morbosidad curiosa que había llevado a muchos hiciera que aproximaran. Se le vendó y de espaldas se le fusiló como a un traidor el 19 de mayo de 1867 según Ramírez Álvarez.

Dramático se esperaba ese domingo 19 de mayo de 1867 en que se fusilará al general Ramón Méndez, despidiéndose éste de su familia se le saca del templo de Teresitas acompañado del padre Agustín Guisasola y es conducido a la calle del Cebadal (hoy Juárez casi esquina con Zaragoza, propiedad de la familia Núñez Gudiño), porque los ejecutores habían escogido como lugar para fusilamiento los muros de humildes casitas que miran al sur, junto a la plaza de toros desmantelada. Está formado ya el recuadro de soldados dando la espalda al paredón y dentro de él un cuadro de frente y más adelante el pelotón que ejecutará la expedita pero justa sentencia. Méndez camina erguido y sonriendo a quienes lo saludan al paso. Al llegar al patíbulo le preguntan si quería alguna gracia y contesta burlescamente: “Lo que pido es verle la cara al general Régules, porque hasta ahora no le he visto más que las espaldas”. Lo acercan al muro y como a un traidor lo colocan de espaldas, vendado y de rodillas, rechazando esto el imperialista y exclamando: “No soy traidor; siempre he defendido la integridad del territorio de mi patria, su independencia y la religión como leal mexicano”. Convencido por el padre

Guisasola de dar una última y suprema muestra de humildad, Méndez se coloca de rodillas y da la espalda a sus ejecutores por propia voluntad, pero sin vendarse los ojos, al tiempo que grita: “Tiren...viva México”. Una terrible detonación siguió y el robusto cuerpo de don Ramón cayó a tierra sin vida, asistido por el virtuoso sacerdote. ¡Ya resplandecía la mañana en este día 19 de mayo! Desde la esquina, en la famosa casa llamada “Del Mirador”, muchos oficiales republicanos contemplan la escena desde los balcones, al igual que el numeroso público que se colocó detrás del recuadro militar. Esta ejecución era de las más esperadas por el fusilamiento cruel de los generales Arteaga y Carlos Salazar en 1865, pero además, los queretanos estaban hasta la coronilla de los abusos del ahora finado Méndez. De todo esto se dio cuenta el general Manuel Ramírez de Arellano, quien estaba oculto precisamente en la mencionada casona “Del Mirador” desde la madrugada del 15 de mayo, respirando tranquilo al fin cuando la soldadesca y la chusma curiosa se alejan del lugar. ¡Cualquiera que fuera la causa que defendiera Méndez, al leer la historia de su fusilamiento se siente emoción de ser mexicano, valiente y bragado!

CASA DEL MIRADOR



Casa del Mirador.



Casa del Mirador, 2016 por Pilar Carrillo.



Casa del Mirador, 2016 por
Andrés Garrido.

CASA DEL MIRADOR

(JUÁREZ Y ZARAGOZA)

Popularmente llamada así esta casa, por el pequeño mirador que tiene sobre la hoy avenida Zaragoza, recibió la mañana del 15 de mayo de 1867 al general Manuel Ramírez de Arellano, comandante de la artillería imperialista durante el Sitio; disfrazado de indígena pudo salir de la casa y de la plaza sin ser descubierto para dirigirse a México y dar noticia pormenorizada a Leonardo Márquez del triunfo de la República, según el cronista Ramírez Álvarez.

Don Agustín Rivera cuenta que en esa casona del Mirador y sus alrededores hubo una persecución en contra de Ramírez de Arellano al ser descubierto en su escondite, pero sin ser identificado como él. Es decir, al oír el ruido hecho por los soldados republicanos que entraban en la casa en cita, salió precipitadamente del cuarto en el que se refugiaba y se hizo pasar por un oficial sin importancia de las filas imperiales dando a los soldados un reloj y parte del dinero que llevaba. Conseguido esto, trepó a las azoteas y se alejó de la casona saltando de una a otra hasta que descendió a la casa de Pancracio Soto y hermanos, donde fue detenido por otra partida republicana. Sin perder la serenidad por esta contrariedad, dijo a los chinacos que era un subalterno del general Ramírez de Arellano y dio a uno de ellos el dinero que le quedaba para verse libre. En el momento en que la tropa rojilla salía de la casa de los Soto, don Manuel volvió a subir a la azotea regresó a la casa “del Mirador”. Apenas había transcurrido una hora de haber llegado, cuando una tropa al mando de un mayor de órdenes de apellido Medina entró en la casa para catearla nuevamente; Ramírez de Arellano volvió a trepar a la azotea y esperó a que se fuera la tropa, bajando otra vez al creer que ya no volvería a ser cateada la casona, pero se equivocó: “el mayor Sierra verificó dos horas después otro cateo y una vez más don Manuel repite la subida a la azotea y después de un

tiempo regresa por tercera vez a su alojamiento y esperó a que llegara la noche para salir de ese lugar tan hurgado y buscar refugio que finalmente le proporcionó una familia humilde que anhelaba salvarle”.

Antes de partir a su cita con Mariano Escobedo en La Purísima el 19 de mayo de 1867, Maximiliano entrega a Basch dos documentos: uno era una carta de Ramírez de Arellano enviada desde su escondite en la Casa del Mirador y otro era un poema dedicado al archiduque por un soldado francés que estaba preso; para el caso de no regresar, el nada optimista Habsburgo le pide al médico destruir los textos, especialmente el del prófugo escondido. ¡Seguramente un payo pueblerino llevó el mensaje de Manuel Ramírez de Arellano hasta la celda de Maximiliano en Teresitas!

La noche del 31 de mayo de 1867 estuvo llena de acción: Ramírez de Arellano se ha disfrazado de indio o gañán y ha logrado engañar a las tropas de las garitas que circunvalan la ciudad y se dirige a la capital de la República donde se entrevistará con Leonardo Márquez venciendo el cerco impuesto por Porfirio Díaz. Después... huirá a escribir en París la historia del Sitio queretano y la vida de su admirado amigo Miguel Miramón.

CASA DE MIGUEL LÓPEZ



Casa de Miguel López por
Andrés Garrido.



Casa del Traidor López por
Andrés Garrido.

CASA DE MIGUEL LÓPEZ (REFORMA 146 Y 148)

En el vértice suroeste del rectángulo irregular que forma la Plazuela de la Cruz y que comprende ahora la Plaza de Los Fundadores, existe una casa completamente modificada y alineada al muro poniente de la plazuela, que ocupó en 1867 Miguel López, desde el 19 de febrero de 1867 en que llegó a Querétaro con Maximiliano hasta su salida de la ciudad a petición de él mismo ante Mariano Escobedo.

Mucho se ha especulado de que Carlota buscó otros brazos en los cuales llenar el vacío de la indiferencia de Maximiliano, por lo que la maledicencia pública le colgaba el milagrito con el caballerango coronel Feliciano Rodríguez, con el teniente coronel belga Van der Smissen y sobre todo con su compadre el coronel Miguel López, a quien también se le endilga el supuesto hijo que Carlota parió el 12 de enero de 1867 en Europa y al que –según Martha Robles- inmediatamente al nacer separaron de su lado y lo llevaron para su crianza con un notario belga de apellido Weygand en un pueblecito cercano a la frontera entre Bélgica y Francia. El autor de este operativo fue el hermano mayor de la parturienta, Leopoldo II, quien se hizo cargo de su hermana al haber muerto su padre en diciembre de 1865 y la incompetencia de Maximiliano que ni siquiera supo del embarazo y mucho menos del parto. Disimular su estado de gravidez no fue problema para Carlota por el tipo de corsés y vestidos hampones que utilizaba; quizás donde se le notó un poco fue en su visita al Papa Pío IX y que presa de una psicosis se puso fuera de sí al grado de ser oficialmente la única mujer que ha pasado la noche en las habitaciones privadas del Vicario de Cristo. El niño fue registrado como Máximo Weygand y fue educado en Francia en una academia militar pagada por la corte de Bruselas. En la Primera Guerra Mundial destacó en la aviación franca

y después nunca más se supo de él. Si analizamos las fotografías de López y el general Weygand notaremos el gran parecido entre ambos.

A las veinte horas del 14 de mayo Miguel López ya está en su casa ubicada en la calle Sola # 5 (actual Reforma 146 y 148), después de haber conferenciado con Mariano Escobedo sobre la posible entrega de la ciudad al día siguiente, y al recibir al príncipe Félix de Salm Salm confirma a éste que todas las órdenes del emperador están cumplidas. Sí, así como se escucha: ¡todas las órdenes del emperador han sido cumplidas! Algo había entre López y Maximiliano con respecto a la salida del próximo día, y que a lo mejor López se extralimitó en su encargo ante Escobedo es otra historia. El que asegura que López regresó del campamento acompañado de un oficial republicano –al cual dejó encerrado en su domicilio de la calle Sola en lo que fue a ver a Maximiliano- es don Hilarión Frías y Soto. Por su parte, Blasio dice que López estuvo como a las diez y media de la noche en su habitación para recoger algún dinero de parte del emperador, sin aclarar el secretario particular el que López viniera de entrevistarse con Maximiliano o si la orden fue dada un tiempo más atrás. Esto lo comento para tratar de saber la hora aproximada de la entrevista entre los dos compadres, aunque ya podemos sospechar lo que trataron... Maximiliano condecora a López con la Cruz de Guadalupe, máxima preseña imperial. Se ignora qué más se trató en esta reunión. De allí se fue el coronel López a su casa de la plazuela, sacó al oficial republicano y lo acompañó hasta la trinchera de la calle de La Espada, la cual salva el chinaco y se enfila al campo sitiador.

Lo importante es que López se indignó con Blasio por haberle entregado monedas de plata y no de oro, además de que cien pesos se le hicieron muy poco. El escribano imperial le contestó que no estaba siquiera en esa lista de a quiénes se les repartiría el dinero sacado a la fuerza a los queretanos, así que ya no le daría nada. López, como rastrero que era, no tuvo más remedio que aguantar e irse con lo que le daban.

Ni el 15 de Mayo ni en el resto de sus días, Miguel López pisó una prisión siendo un ex jefe imperialista. Sin duda entró en cochupos –después de cumplir con el encargo de Maximiliano- para su propio beneficio mostrando la ruta a seguir para la toma de La Cruz guiada por él para no despertar sospechas entre los centinelas, no hay que olvidar que era el comandante de La Cruz. Seguramente que Escobedo y López llegaron a un acuerdo, sólo que el general en jefe, dudando que tal pacto se hiciera realidad, indicó a López que de cualquier manera

asaltaría La Cruz a las tres de la mañana y así lo hizo; el general Vélez, a quien se encomendó la acción, tampoco estuvo seguro nunca de que López sería leal a lo ofrecido, por eso lo condujo a punta de pistola y casi a cachazos esa madrugada. Yo coincido con aquellos que sostienen el planteamiento de que Miguel López sólo obedeció las órdenes que el emperador le dio, como dice Blanca Gutiérrez Grageda. López ni siquiera huyó, aunque pidió a Escobedo un salvoconducto para marchar a Puebla.

Todavía hoy se discute si hubo traición en la toma de Querétaro del 15 de mayo de 1867. -¿Traición de quién?- digo yo, -¿De Maximiliano a sus generales más cercanos como Miramón y Mejía a los que no les informó de sus planes de entrega incruenta para no bañar en sangre a Querétaro o traición de López a Maximiliano? Los hechos concretos señalan a López, como el caso de que siendo uno de los principales jefes imperialistas nunca fue aprehendido ni perseguido, mucho menos sujeto a proceso y pedirle cuentas por su actuación en la intervención francesa. Gozó de toda clase de impunidad y garantías por parte de Escobedo, pero de eso a que actuó sin consentimiento de su dubitable compadre hay un abismo. Sí se entrevistó con Escobedo; sí iba mandado por Maximiliano; sí pidió garantías para Maximiliano ante Escobedo y no logró nada para su compadre más que fuera hecho prisionero de guerra por un tiempo, pero también pidió algo personal como la libertad de la que siempre hizo gala.

Cuando la comitiva que trasladó presos a Maximiliano y a Tomás Mejía de La Cruz al convento de Teresitas pasó por la casa de Miguel López en la Plaza de La Cruz la mañana del 19 de mayo de 1867, el médico Samuel Basch alcanzó a ver a un hombre salir de dicho inmueble llevando el sombrero de general de Maximiliano. ¡López le robó a su compadre hasta el sombrero!

Al pasar por la plazuela de La Cruz el miércoles 22 de mayo de 1867, el padre Nicolás Campa y don Bernabé Loyola a bordo de un carruaje vieron en un cuarto del mesón del lugar –que tenía una ventana rasgada con reja de fierro- a varios militares, entre ellos, al general Echeverría y al coronel Miguel López, éste, sentado sobre una mesa, descaradamente a la vista de todo mundo. El ruido del coche hizo que se asomaran a la ventana algunos de los militares que se encontraban en el mesón crucífero, entre ellos Echeverría que era amigo de Campa y Loyola –principalmente del párroco- y quien al reconocerlos y ver que lo llamaban acudió a su encuentro. Echeverría fue invitado a subir al carro para que los auxiliara en la liberación de los trabajadores de don Bernabé presos en Carretas, pero también

para que les platicara cómo había sido la toma de La Cruz la madrugada del 15 de mayo, pues sabían que él había acompañado a Pancho Vélez en esa jornada para vigilar a López, de quien se esperaba una traición cuando los introdujera en el convento.

-“¿Qué piensan ustedes que nos estaba diciendo ese cabrón de López?...Que ha hecho un gran servicio a Querétaro, que algún día se lo agradecerán.”-dijo el general republicano.

-“Pues tiene razón- contestó Loyola- porque si ustedes toman la plaza a sangre y fuego no habrían podido ni evitar el saqueo ni las innumerables desgracias que habrían causado los soldados y el pueblo mismo.”

-“No hay ni puede haber duda: López entregó La Cruz y a mi vista entregó también el Palacio Municipal (sic) siguiendo rumbo a San Francisco. De allí deduzco que no haya sido enviado por Maximiliano a solicitar de Escobedo la autorización para salir con su escolta y comitiva al extranjero. Dos veces fue López al Cuartel General de Escobedo, y no habiendo logrado el permiso que solicitaba, se resolvió a entregar el convento y lo más que pudiera.”-afirmó tajante Echeverría disculpando a Maximiliano.

-“Es fácil comprender que el emperador, en la situación violentísima en que se encontraba, desconfiando de todos los que lo rodeaban, estuviera persuadido de que sólo la fuga de Querétaro pudiera salvarlo; por consiguiente buscó y encontró la manera de salir de tan grave y peligrosa situación, encomendando a López la misión de entrevistar a Escobedo...Si tenemos en cuenta el día y la hora en que Maximiliano condecoraba a su compadre y favorito Miguel López, tendremos que convenir en que esa condecoración, dada la manera tan misteriosa, y desusada, era necesariamente la recompensa de un gran servicio hecho en aquellos momentos. Y ¿cuál podía ser ese servicio sino el desempeño de la comisión cerca de Escobedo? Esto me parece tan lógico y natural que a falta de otras pruebas me bastaría para quedar persuadido de que Maximiliano mandó a López a solicitar del general enemigo el permiso para salir de Querétaro. Téngase presente que el bueno de Maximiliano creía perfectamente natural que lo dejaran irse, proporcionándole hasta escolta y no se preocupaba mucho de sus partidarios ni de la suerte que correrían todos los intereses comprometidos en el Imperio. El príncipe quería salir, salvarse a cualquier costa y de cualquier manera, desde luego que se hizo patente la absoluta imposibilidad de sostenerse en el trono por el partido conservador...desde luego que para atenuar el cargo que le resulta por

todos sus hechos, se presenta la consideración de que sus primeros y últimos partidarios lo habían engañado y abandonado.”- argumentó defendiendo con pasión su punto de vista y versión Loyola.

-“No puede suponerse que la ingratitud de López llegase al grado de sacrificar a su emperador.”- complementó Echeverría.

-“Convengo en ello, pero hay que considerar, primero, que López, como todo el mundo supone, incluso yo, que nadie se atreverá a fusilar a un príncipe que no podía ser responsable de la obra de los franceses; segundo, que seguramente López pensó en salvar a su emperador, pero no le dieron tiempo de hacer nada por él ni Pancho Vélez ni usted, señor Echeverría, en medio de los cuales caminaba el traidor, cuidando de su persona porque ustedes dos, sus acompañantes, llevaban sus pistolas amartilladas para romperle el cráneo en caso de una felonía... Surge ahora otra cuestión en la que estoy completamente a oscuras: ¿Recibió López alguna cantidad de dinero, o cuando menos una oferta, puesto que el metal no abundaba en el Cuartel General republicano?”- replicó y preguntó Loyola.

-“No lo sé, ni he querido o pretendido averiguarlo; pero creo que no tuvo necesidad Escobedo de concederle más que conservar la vida y todo lo que le pertenecía, que ya era mucho... todos estábamos persuadidos que eran grandísimos los peligros que corrían los oficiales imperiales, de manera que sólo la garantía de la vida era en aquellos momentos una recompensa de mucho más valor que cualquier cantidad de dinero. En conclusión: no creo que López haya recibido dinero.”- contestó Echeverría al tiempo que daban por terminada tan polémica charla.

El viernes 24 de mayo de 1867, allá por el mercado de La Cruz, donde hoy 2016 es la Plaza de Los Fundadores, se ve a un hombre solitario y despreciado por todos, con nadie habla, con nadie intercambia saludos, vive realmente en un ostracismo deprimente y su nombre es... Miguel López. Pasea libre por las calles de Querétaro, montando siempre su hermoso caballo colorado, “armado de todas las armas” y vistiendo elegantemente, pero en su mirada había un brillo muy extraño. Ha solicitado y se le ha concedido salir del teatro de tragicomedia queretana para lo cual se le extiende un documento firmado el 24 de mayo por el propio Escobedo y que reza así: “República Mexicana. Ejército de Operaciones. General en Jefe. El C. Miguel López pasa para el Estado de Puebla, tocando el de México, con el objeto de arreglar algunos negocios de familia, terminados los cuales debe presentarse a este Cuartel General. Suplico a los jefes de fuerzas

independientes de este ejército, y ordeno a los que me obedecen, no le pongan embarazo en su marcha. Cuartel General en Querétaro, Mayo 24 de 1867. Escobedo”.

Cuentan que Miguel López rogó por interpósita persona o por carta a Maximiliano que lo recibiese para despedirse, pero el rubio se negó a volver a ver al hombre que lo había traicionado. Así que nada de que el ex monarca entregó en propia mano a López un billete en el que aquél rogaba a Escobedo no comentar nada de las negociaciones entabladas por López ante el general en jefe. Esta mentira del billete le costará muy cara a Miguel López cuando en el mes de agosto de 1867 quiera negar los cargos de traidor. Con rabia se enteraban los prisioneros que Miguel López y Jablonsky habían vuelto a su casa con oro, pero cargados también con el desprecio y las maldiciones de quienes se sentían traicionados. Miguel López llegó hasta Tehuacán Puebla para ver a su familia e intereses.

El 3 de julio de 1867 Miguel López –sito en México- recibe de los generales republicanos Francisco A. Vález y Feliciano Echeverría una constancia de que fue hecho preso en La Cruz el 15 de mayo. Seguramente el siniestro personaje quería amortiguar su fama de traidor. ¡Quién se lo iba a creer con esos antecedentes de infiel y desleal que bien merecido tiene desde la invasión norteamericana de 1846-1848!

López siguió hasta su muerte pidiendo testimonios de su actuación en la toma de la ciudad de Querétaro. Defiende su actuar argumentando que “otro factor que incidió de manera significativa en el ánimo de la tropa fue la mala calidad del parque construido en la maestranza (de la ciudad de Querétaro sitiada), pues la pólvora no tenía el alcance suficiente y ensuciaba los fusiles Enfield, de manera que a los pocos tiros la bala no llegaba a la recámara y esto hacía que se reventaran los cañones.” Además acusó al general Ramírez de Arellano –artífice de la idea- de emprender criminales especulaciones hasta por \$10,866.31 “¿Por qué si la lucha era ya física y moralmente imposible, se ha de suponer que era necesario que un hombre traicionase para que el ejército sitiado sucumbiese?” Todavía retó López a quienes lo acusaban de traidor a que lo demostraran ante un tribunal y se comprometió a asumir las costas judiciales y para ello dejó en depósito por un mes las escrituras de su casa. Qué ridículo López al pedir esto último: Nadie lo podía acusar de traición jurídicamente porque esa figura no está penalmente tipificada y en el derecho civil –que sí está- es nada más para asuntos de familia y testamentarios. Por otra parte ¿qué diablos significa entregar las

escrituras de una propiedad inmueble a alguien? Eso y nada son dos nada, pues no hay transferencia del dominio en la simple exhibición de escrituras porque falta un acto constitutivo del nuevo derecho. A la terrible reclamación de ¿por qué seguía libre al contrario de otros jefes imperialistas que habían caído en prisión? López simplemente contestó que el general Vélez obtuvo de Escobedo el permiso para que él –López- pudiera viajar a México para arreglar los comprobantes necesarios a su vindicación. Que esto lo hicieron los dos republicanos como una consideración porque lo habían “visto sufrir tanto”. Escobedo, el otro protagonista de la charla del 14 de mayo por la tarde noche, contestó tajante en el informe que rindió al presidente Porfirio Díaz en 1887: “El coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate”. Cuando el general Escobedo rindió su informe anotando lo anterior, el coronel José Rincón Gallardo cambió de opinión respecto de López y después de veinte años de groserías y desdenes lo fue a buscar a su casa en la metrópoli disculpándose por “estar ignorante de la causa” que originó la entrega de la plaza de parte de Miguel López la madrugada del 15 de mayo. Poco tiempo después falleció el tal López –que era además tío de la jovencita esposa de Bazaine- y dicen las consejas populares que la causa de su muerte fue la mordedura de un perro rabioso en el año de 1891.



CUARTEL DE LOS HÚSARES



Mesón de Húsares.



Venustiano Carranza , Casa de
Húsares por Pilar Carrillo.



Cuartel de Húsares por
Pilar Carrillo.

CUARTEL DE LOS HÚSARES (VENUSTIANO CARRANZA 39, 41 Y 43)

Varios grandes mesones tuvo Querétaro y uno de los principales fue el de La Cruz, de finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, en donde se alojaban quienes acudían con negocios al convento, el que tuvo mucho movimiento en sus mejores épocas, además de vender sus mercaderías en el populoso barrio. Para tenerlos cerca de su Cuartel General Maximiliano hizo instalar allí a los Húsares y a su guardia personal; los primero estuvieron al mando de Pawlonski y Koehling, según el gran maestro José Guadalupe Ramírez Álvarez. El cronista Eduardo Rabell asegura que el mesón de La Cruz no estuvo en este inmueble, sino a la vuelta, en la hoy calle de Gutiérrez Nájera, acera este donde se ubica un estacionamiento. El estacionamiento que está a un lado del número 39 sí fue cuartel de los Húsares.

La casona donde hoy se instala “El Corral de Comedias” de la familia Rabell Flores fue construida en el siglo XVIII con todo el señorío de la época, con un gran patio con arcada de estilo mudéjar.

Llega un día bendito, ¡el 4 de abril de 1867!, y aprovechando la quietud bélica, Maximiliano realiza varias visitas entre las que resalta la hecha al cercano cuartel de Húsares ubicado en la calle de Andrade (hoy la casa de la familia Rabell en Carranza 39) en donde se percata de las necesidades que tienen sus más cercanos guerreros y trata de satisfacerlas aunque los medios sean escasos.

El general Ramón Méndez ha hecho creer al emperador que la noche del 21 de abril será arrestado –el propio Maximiliano– por Miramón, quien entrará en tratos con los juaristas para entregarlo, salvándose mediante este procedimiento. Inmediatamente se viste a medias el monarca al tiempo que llama con urgencia a Félix de Salm Salm quien encuentra en paños menores a su jefe, el que le impone

de la situación y le solicita tomar las medidas necesarias para contrarrestar la supuesta acción de El Macabeo. Salm Salm se dirige una cuadra abajo, al cuartel de los húsares, los soldados más cercanos a Max, y despertando a los jefes los alerta para que estén pendientes por lo que pueda suceder esa noche de negros presagios, provocados por Méndez en el carácter medroso del archiduque, ajeno a las intrigas proverbiales de mexicanos de bajo perfil. Con la rapidez que reclaman las circunstancias, un considerable número de Húsares acude a la celda del emperador –que ya se vistió completamente- y esperan el presunto ataque. Pasa el tiempo y éste nunca tiene lugar: los informantes de Salm le cuentan a éste que Miramón, después de sus acostumbradas actividades nocturnas recorriendo la plaza, se ha retirado a su domicilio en donde al parecer se encuentra dormido, pues no se advierte ningún movimiento ni en el interior de la casona del conde de Sierra Gorda, ni en su exterior. Por lo pronto, Maximiliano vuelve a acostarse y les pide a los húsares vigilar hasta que despunte el alba, y al llegar ésta se retiran los soldados de élite sabiendo que el supuesto arresto era fruto de insidias. El monarca, probablemente amargado por las muchas intrigas entre sus generales, está intimando más y más con Salm Salm, a quien Miramón no baja de muy vanidoso, muy engreído y que no sabe entender a los soldados mexicanos, por ello, el mercenario alemán prefiere comandar belgas, alemanes, franceses y austriacos.

La noche del 14 de mayo de 1867 Maximiliano recibe a Félix de Salm Salm y le dice: “Sé que usted no se encuentra satisfecho con la demora, pero tenga cuidado que los húsares y guardias de corps dejen los caballos ensillados, un día más o menos no importa”. Salm Salm ve que se cumpla esta desconcertante orden y se retira a su habitación en donde consume una botella de champagne en compañía de su íntimo Schwesinger, después de lo cual se acuesta dejando listos sable y pistola. Félix de Salm Salm no se explica tantas dudas y contra órdenes de Maximiliano. ¿Para qué dejar ensillados los caballos si la salida es en veinticuatro horas, no al rato? Seguramente Maximiliano guardaba en su real pecho algo que Salm Salm y nadie sabían, nada más López, el que había sido informado desde días antes que iría a la cabeza de la tropa imperial –no al mando- el día de la salida, en el mayor peligro de muerte, según Ratz al citar las memorias de Teodoro Kählig, testigo presencial y miembro de los húsares. ¿Será por eso que busca salvar el pellejo a cualquier precio?

A las tres de la mañana del 15 de mayo de 1867 Samuel Basch le sugiere a Salm Salm que mande avisar al capitán del estado mayor austriaco que monten

los húsares y estén listos para cualquier eventualidad. Los republicanos ya habían tomado La Cruz.

Los húsares no pueden salir de su cuartel por la puerta principal que está llena de chinacos, haciéndolo entonces por la puerta trasera y bajan hacia el poniente y cuando van por la calle de El Biombo se encuentran con Miguel López, Rincón Gallardo y una fuerza republicana que vienen saliendo de la 1ª calle de la Penitencia (hoy Vergara); con la mano derecha en alto, López exige a los Húsares que bajen de sus caballos y se rindan “en nombre del emperador”. Ellos totalmente confusos lo obedecen. Los republicanos ya avanzaron hacia el centro de la urbe. Los caballos de los húsares suben en tropel hacia su mesón (hoy Corral de Comedias de Paco Rabell) y, al creer los republicanos que son los húsares que cargan, son recibidos con balas que matan a muchas de estas bestias.

Una casa de maestranza estuvo cerca del cuartel de los Húsares (hoy Venustiano Carranza 46) y estuvo dirigida por don Vicente Palomares y don Gregorio Herrera para la fabricación de balas de cañón y fusilería, con el techo de plomo del Teatro Iturbide y las campanas de los templos. La misma función realizó el convento de El Carmen, que lo mismo sirvió de maestranza como de cuartel y prisión de ambos bandos.



CASA DE JUAN CAMOTE



Casa de Juan Camote por Pilar Carrillo.



Casa de Juan Camote por
Andrés Garrido.

CASA DE JUAN CAMOTE

(16 DE SEPTIEMBRE 95)

Esta intrincada casa, construida en el siglo XVIII, en declive hacia el norte de la ciudad, la habitó durante el Sitio de 1867 Juan Sánchez, a quien se apodaba “Juan Camote”, quien tenía relaciones con las fuerzas republicanas a las que informaba lo que ocurría en el interior de la plaza y seguramente perteneció a la red de espionaje que organizó el liberal don Bernabé Loyola. Propició Juan Camote la salida del coronel Miguel López el 14 de mayo de 1867 para conferenciar con el general Mariano Escobedo sobre la oferta de Maximiliano de entregar la plaza, según el maestro José Guadalupe Ramírez Álvarez.

Desde finales de 1993 el ingeniero José Palacios remodeló la señorial casona y la convirtió en un lujoso hotel denominado “Mesón de La Merced” manteniéndola muy bien conservada.



CASA DE LA ZACATECANA



Casa de La Zacatecana.



Casa de La Zacatecana, 2004 por
Pilar Carrillo.



Patio de la Casa de La
Zacatecana por
Andrés Garrido.

CASA DE LA ZACATECANA (INDEPENDENCIA 59)

Aterradora fama tiene esta casa donde vivió una mujer apodada “La Zacatecana” de la que se afirma mandó sacrificar a su marido y luego dio muerte al victimario, muriendo ella ahorcada posteriormente en forma misteriosa, según las crónicas y el dicho del autorizado José Guadalupe Ramírez Álvarez.

Este inmueble de dos niveles fue construido en el siglo XVIII y reformado en el siglo XIX y su partido arquitectónico se desarrolla alrededor de un patio central, con un pórtico que le antecede en sus cuatro lados, y un traspatio. Es hermosa en su interior esta casa, por sus arcos y sus azulejos mudéjares, perteneciendo en el siglo XX a la familia Loyola Vera y actualmente se le destina a Museo, conservando su belleza además de menaje de época.

Triunfante la República, en esta casa se inició el procedimiento contra Maximiliano, Miramón y Mejía ordenado por el Ministerio de Guerra con fecha 21 de mayo de 1867 y puesto en práctica el ordenamiento el 24 del mismo mes y año designándose al teniente coronel de Infantería Manuel Azpiroz como fiscal, quien designó al soldado Jacinto Meléndez de la Tercera Compañía del Batallón Guardia de los Supremos Poderes para que fungiera como escribano, siendo en esta casa escrito el dicho proceso.

A la una y media de la madrugada del 27 de mayo de 1867, en la casa de la Zacatecana, el fiscal y su escribano habían declarado en estado de guarda a disposición de la defensa el expediente en contra de Maximiliano, Miramón y Mejía, habiendo finalizado las inquisitivas. Juárez tenía prisa y el procedimiento se caracterizaba por ser sumarísimo.

La mortaja de Miramón fue recogida y vestida con un sudario por su amigo Joaquín Corral y su cuñado Alberto Lombardo, para ser trasladada a la macabra

casa de la Zacatecana el 19 de junio de 1867 por la mañana para ser en ese lugar embalsamado y luego conducido a la capital de la República.

El cadáver de Miramón fue embalsamado el 20 de junio y será llevado a la capital del país, a San Fernando, con su padre enterrado allí. El corazón de Miramón lo recogió Concha, su esposa, con la intención de llevarlo consigo a Europa, pero el padre Ladrón de Guevara la persuadió de tal intento y optó por entregar el corazón de su amado a Navorita, su asistente personal, para que sus parientes lo depositaran en Cerro Prieto.

Después de que ocurrieron los hechos de Querétaro, con el poco dinero que le dieron buenos amigos y una hermana, Concha Lombardo recogió el cuerpo del general y Escobedo le entregó el permiso de traslado para que don Miguel pudiera ser enterrado en el Panteón de San Fernando, en México, junto a sus padres, tal y como fue su última voluntad. La viuda de Miramón y sus hijos se embarcaron rumbo a Europa cargando solamente como esperanza cartas de Maximiliano a las familias imperiales de Austria y Bélgica, con el objeto de que se encargaran de la manutención de la viuda y de la educación de los hijos del valiente general. La archiduquesa Sofía le agradeció a la viuda de Miramón que se hubiera hecho cargo del cadáver de Maximiliano y de sus últimas pertenencias. Lo mismo manifestaron los hermanos de Maximiliano, el emperador Francisco José y los archiduques Carlos Luis y Víctor Luis, quienes colmaron de atenciones, dinero y colegios buenos a los Miramón. Inclusive, en navidades, los únicos extraños que tenían acceso a la comida imperial del 25 de diciembre de cada año eran los Miramón- Lombardo, quienes recibían presentes y golosinas.

Todo lo contrario sucedió en Bélgica donde el hermano de Carlota, Leopoldo II, se negó a recibirlos y a través de su mujer les hizo saber que Maximiliano no tenía ningún patrimonio, al igual que Carlota no tenía ningún derecho sobre la familia real belga, es más, ni siquiera el de la nacionalidad. No conformes con esta tirantez hacia la viuda, la aristocracia belga publicó en los principales diarios de Bruselas que deberían de echar de la corte a doña Concepción por andar pidiendo algo a lo que no tenía derecho. Después de este infortunado viaje, la familia se quedó a vivir en Roma en donde el Pontífice volvió a protegerlos al igual que la aristocracia vienesa, siempre y cuando conservara su viudez, cosa que así hizo a pesar de que Miramón le pidió que se volviera a casar con un buen marido.

Es pertinente agregar que en el año de 1896, los restos de Miramón fueron trasladados a la catedral de Puebla una vez que el gobierno de Díaz y la iglesia

católica se reconciliaron, ya que Conchita no podía soportar que su marido estuviera enterrado frente al gran patricio republicano llamado Benito Juárez. La caja mortuoria que guarda los restos del general Miramón tiene en sus cuatro costados una inscripción en latín cuya traducción es: “Mi muerte ha sido prematura, pero mi nombre vivirá por siempre. El recuerdo de mis hechos se perpetuará en la posteridad”.



CASA DE TOMÁS MEJÍA



Casa de Tomás Mejía,
Venustiano Carranza 47 sur.



José Tomás de la Luz Mejía
Camacho.

CASA DE TOMÁS MEJÍA

(PASTEUR 47 SUR)

En esta casa de construcción muy sólida y hasta cierto punto artística habitó, enfermo antes del Sitio y hasta la caída de la plaza el general Tomás Mejía, de origen queretano; de allí salió la mañana del 24 de marzo de 1867 cuando -al observar desde su azotea el movimiento de asalto republicano pues continuaba enfermo- se confesó ante el padre Agustín Guisasola, montó a caballo para dar la carga que contribuyó al efímero triunfo en las faldas de El Cimatarío al grito de: “Muchachos, así muere un hombre”, a pesar del dolor que le mordía las entrañas. Fue la última vez que entró en combate dada la gravedad de su dolencia.

Relata Valentín Frías que esta calle era llamada de “El Descanso” porque ahí existía una casona donde se preparaban los cuerpos de los difuntos antes de ser trasladados a cualquiera de los panteones que existieron en la ciudad.

Desde la navidad del año de 1866, el general Tomás Mejía había evacuado con tufo de derrota San Luis Potosí y llegó a la capital queretana cuarenta y ocho horas antes de que feneciera aquel año, por lo que fue el primer general imperialista en concentrarse en Querétaro antes del Sitio de 1867, notoriamente quebrantado del alma ante la desgracia de su derrota frente a Mariano Escobedo y el ominoso futuro que se avizoraba, y además gravemente enfermo luego de once años de cruenta e ininterrumpida lucha caracterizada por las privaciones que al fin habían hecho mella en su magra humanidad. Pero le faltaba aun apurar la copa de hiel hasta las heces... No se ha podido determinar con exactitud la clase de enfermedad que aquejaba al general de la Sierra Gorda -que frisaba entonces los cuarenta y siete años de edad- cuando llegó a Querétaro a fines de 1866, pero a juzgar por las diversas crónicas consultadas, sus cercanos se inclinaron a creer que padecía fiebres reumáticas y algo parecido a una anemia con gran pérdida

de líquidos del organismo por diarreas constantes, que paulatinamente le iban minando el cuerpo y que en los meses siguientes se agravó cuando los juaristas cortaron el agua durante el sitio impuesto a la ciudad. El médico Vicente Licea, siendo amigo de Mejía, se negó a atenderlo por el profundo dolor que le causó a aquél la pérdida de su hija, pero sí pudo saber que la “penosa enfermedad” que aquejaba don Tomás no lo dejaba “montar a caballo”, por lo que parece ser que se trataba de fuertes hemorroides. En todo caso, el agotamiento físico del general indígena era tan acusado que difícilmente podía ya sostenerse en el caballo, y pasó muchísimos días postrado, más que acostado, sobre el lecho de su casa ubicada en el Descanso (hoy Pasteur 47) en pleno centro citadino. Ante la negativa de Licea para atender al general serrano, éste decidió mandarlo traer por la fuerza aunque sin violencia ni vejaciones, pero de todos modos lo tuvo encerrado en su casa del Descanso hasta que se sintió mejor el pinalense.

En los primeros días de enero de 1867 llegó a Querétaro Miramón, y lo primero que hizo fue visitar en su casa a Tomás Mejía en su postración mórbida porque el ex presidente de México- o sea Miramón- pretendía que don Tomás distrajera a las fuerzas de Escobedo –a la sazón en San Luis Potosí- mientras él, Miramón, caería intempestivamente sobre Zacatecas, en la retaguardia del enemigo, tras una serie de movimientos sigilosos para cruzar una amplia faja de territorio sin ser sentido por los republicanos. Empero, la enfermedad de Mejía le impidió participar en la operación y entregó entonces las fuerzas a su mando al general Severo del Castillo para que coadyuvara al éxito de aquella misión típicamente audaz al estilo miramoniano.

Antes del nombramiento de don Manuel Domínguez como prefecto imperial, solamente la autoridad militar de Tomás Mejía Camacho y la eclesiástica del canónigo Manuel Soria y Breña mantenían el orden en la ciudad –que no en el campo- ya que en éste las depredaciones son espantables al grado de hacer que los hacendados se concentren en la población.

Luego de la jornada intensamente vivida el 24 de marzo, el general Tomás Mejía no volvió de hecho a combatir más. Virtualmente postrado en cama por su dolencia, apenas asistía a los consejos de guerra con sus colegas y el emperador, donde exponía verbalmente su parecer, signaba documentos y se retiraba.

Casi definitivamente, para el mes de abril de 1867, el general Tomás Mejía o “Jamás Temió” ha seguido en cama; se dice ahora que la tuberculosis ha tornado su morena piel en amarillenta y su de por sí magra figura se ha debilitado tanto

que da un lastimoso espectáculo. Pero eso no obsta para que de vez en vez acuda a visitar a sus tropas en Casa Blanca –donde están acuarteladas desde el inicio del sitio- y las prepare para futuros encuentros levantándoles la moral con su gran autoridad. Varios jefes y oficiales van a visitarlo a su lecho en la calle del Descanso y le piden consejo para futuras acciones.

El día 19 de abril de 1867, recibe en su casa Tomás Mejía a dos subordinados suyos, el coronel Silverio Ramírez y el comandante Adame, quienes le llevan una carta a nombre de la soldadesca en que pintan con colores vivos y un realismo espantable la situación de la plaza; ahí mismo le piden interceda ante Maximiliano para que éste entre en tratos con Mariano Escobedo a fin de que cese el sitio, toda vez, según dicen, que no es posible la conservación del Imperio en México, debiéndose por tanto dar por vencido para que acaben las penalidades de miles de seguidores y de la población misma. Recibió “Jamás Temió” la misiva y la importante petición y releyó todo concienzudamente; después tomó una resolución que se aproximaba a lo que se le había pedido: enviar la carta a Maximiliano para que éste conociera el sentir de los que a diario se mueren en la raya sosteniendo un moribundo Imperio. Apenas recibió la misiva el archiduque montó en cólera vivamente indignado contra los autores de la misma y –contrariando su costumbre de bondad y serenidad- da una disposición terminante: que se arreste y encarcele a éstos y a varios jefes y oficiales que pensaban como ellos y aguarden el juicio correspondiente por traición, porque según él, ya no tiene confianza en los suyos. Entre la tropa, estupefacta por lo que ocurre, se dejan oír palabras de apoyo a la hora del arresto, que fue a las tres de la tarde, para Silverio Ramírez y para Adame, argumentando la plebe que en las sesiones del consejo de guerra se ha propuesto lo mismo por los generales superiores y no pasa nada “¡Y tienen razón los que piensan así! “Lo que en el pobre es borrachera, en el rico es alegría”, dice el pueblo mexicano.



CASA ESCONDITE DE MÉNDEZ



Escondite de Méndez, Libertad
82.



Escondite de Méndez.

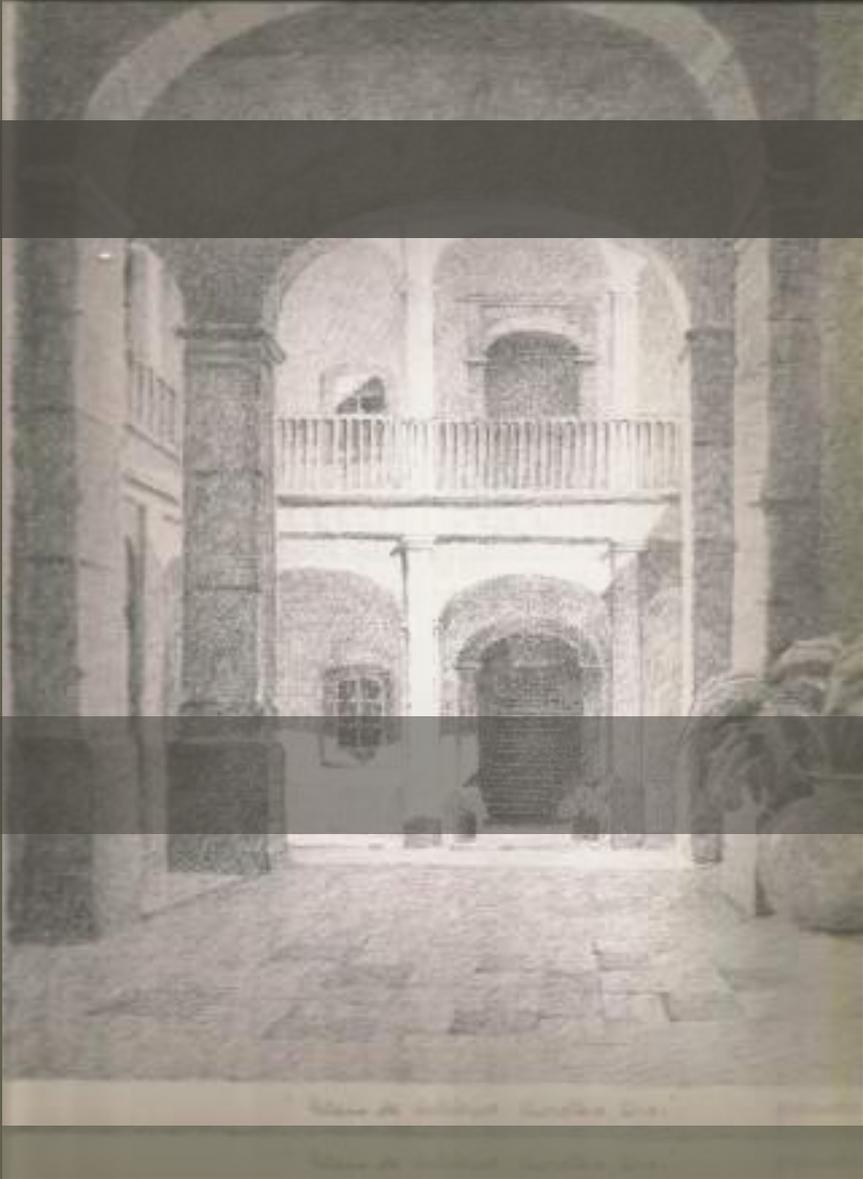
CASA ESCONDITE DE MÉNDEZ (LIBERTAD NO. 82 BIS.)

Sorprendió durmiendo al general Ramón Méndez el triunfo de la República en la casa que habitó durante el Sitio, en la Casa Septién. La mañana del 15 de mayo de 1867 salió a medio vestir de la misma y pasando la Plaza de Armas se ocultó brevemente en el Portal Quemado, para seguir hacia el sur y dar vuelta a la izquierda, introduciéndose a esta casa en la que había un escondite que ocupó y en el que fue descubierto por la denuncia que de los hechos hizo un sastre jorobado al que presuntamente Méndez había maltratado; hecho prisionero fue llevado a Teresitas en donde se despidió de los suyos y fue conducido al paredón de fusilamiento al día siguiente.

Corrió la voz el día 18 de mayo de 1867 de que un sastre, raquíptico y jorobado, vecino de la calle de Don Bartolo, ha denunciado el inmueble de esa calle en donde se esconde Méndez (hoy Libertad 82 bis), al cual odiaba por haberlo fuetado injustamente en los días del sitio, un día que se encontraron e intercambiaron insultos. Cayó la noche y no se encontraba por ningún lugar de la casa en cita al asesinato de Arteaga, pero cuando ya se daban por vencidos los soldados en su tercer intento creyéndose engañados por el modistillo –o que éste se había equivocado-, observaron unos objetos mal acomodados –bancos, un barril y macetas- en el patio de la casa, los que al ser removidos con bayonetas dejaron ver la entrada del sótano que servía de escondite a Ramón Méndez, quien salió en paños menores, cubierto de polvo y armado con un fusil, el cual fue hecho prisionero inmediatamente y conducido al anexo de Teresitas, donde esperó a que se decidiera su suerte. La casa donde se escondía el chacal de Michoacán era propiedad de su amigo, el teniente coronel Juan Verna.



CASA DE LOS CORREGIDORES



Palacio de Gobierno dibujo por
Fernando Pérez Nieto.



Palacio de La Corregidora.



Palacio de Gobierno, 2016.

CASA DE LOS CORREGIDORES (5 DE MAYO 43 ESQUINA CON PASTEUR)

La sede oficial del prefecto imperial era el hoy Palacio de Gobierno, llamado “Prefectura” durante el Imperio, el cual era una especie de gobernador del Departamento de Querétaro, aparte de que convivía con el Prefecto Municipal. Este edificio está ubicado al norte de la Plaza de la Independencia y data de 1770 como Casa del Corregimiento (después conocido como Casa de La Corregidora, y eso que no ostentaba ese título doña Josefa Ortiz de Domínguez, en todo caso, esposa del corregidor).

Al inicio del siglo XVIII, las Casas Consistoriales se ubicaban aun en la Plaza de San Francisco. “En 1703, las casas reales estuvieron en la calle del Hospital, esto es, la calle que salía del cementerio de la iglesia de San Francisco rumbo al poniente. Se denominaban “casas reales” no porque allí estuviera su edificio, sino porque en ese tiempo allí era la residencia del corregidor. A sus puertas se daban los pregones para el remate de la hacienda de la comunidad y del mesón de los naturales” según Juan Ricardo Jiménez. Con ello se echa abajo la posibilidad del cambio de las Casas Reales en la primera mitad del siglo XVII a la Plaza de Arriba.

Es posible plantear la hipótesis de que fue durante el primer tercio del siglo XVIII cuando ocurrió el traslado de la sede de las Casas Reales de la Plaza de San Francisco a la llamada Plaza de Arriba, a reserva de que en el futuro se conozca algún documento que confirme o desmienta lo anterior. Para 1739 las Casas Reales ya están en la Plaza Mayor, afirma el investigador Lauro Jiménez en su obra “Las Casas Reales”.

Sobre el sitio donde se edificó el nuevo edificio de las Casas Reales, Valentín Frías hace notar que se trataba de “un solar estéril circundado de piedras brutas, heredad de una india, fue la cuna del edificio, llamado a ser con el transcurso del

tiempo, el sagrado recinto en donde se alimentara una idea grande, grandísima, que sería la única y más gloriosa en los acontecimientos civiles del país: la Independencia”.

“Antes de ser construido ahí ese edificio, el terreno perteneció a una india de nombre María Jimena; después fue adquirido por el Ayuntamiento de la ciudad, el cual empezó a construir el Palacio de Casas Reales y Cárceles, dejando bien pronto inconclusa la obra, por falta de fondos. El ilustre letrado don José Martín de la Rocha, tomó a su cargo la terminación del edificio, erogando de su propio peculio las sumas necesarias, gracias a lo cual pudo inaugurarse solemnemente en el año de 1770”, según lo relata Roberto Chellet en la revista Querétaro.

Hasta mediados del siglo XVIII, la República de naturales sostenía que las casas reales de la ciudad de Querétaro pertenecían a los bienes de comunidad, tanto el suelo como el edificio, en la plaza pública, porque con sus fondos se habían hecho.

Obra representativa de la arquitectura virreinal correspondiente al siglo XVIII es la del edificio de las Casas y Cárceles Reales de la ciudad de Querétaro, ubicada al lado norte de la Plaza Mayor. Se realizó cuando la época barroca llegaba a su fin en la Nueva España, donde había florecido desde las primeras décadas del siglo XVII, aunque el edificio sea considerado del barroco.

Durante el período comprendido entre 1763 y 1776 la autoridad de la ciudad estuvo representada por el licenciado José Martín de la Rocha, quien se desempeñó como corregidor de Querétaro. En forma alternada, Juan Antonio Fernández del Rincón fue teniente general de Corregidor en 1764, 1765 y 1767. A mediados de 1768, con anuencia del gobierno, Martín José de la Rocha decidió hacer una reconstrucción del antiguo edificio de las Casas Reales. Esta obra planteó la necesidad de conciliar los intereses de los dos cabildos, español e indio, sobre dichas instalaciones. Antes de comenzar los trabajos hubo resistencia de la república de naturales, por considerar que dichas casas le pertenecían desde tiempo inmemorial tanto por ser suyo el sitio donde se habían emplazado, como por lo que se había gastado en su levantamiento y constante remozamiento, afirma Juan Ricardo Jiménez Gómez. Queremos advertir que el Corregimiento de Querétaro tenía bajo su competencia gubernamental la alcaldía mayor de Querétaro pero también las de San Juan del Río y Tolimán. Cadereyta era independiente de Querétaro y reportaba directamente al reino e intendencia de México.

El virrey decidió permitir a los indios seguir usando las Casas Reales para celebrar sus elecciones “y demás actos de comunidad y gobierno”, sujeto a la aprobación de ambas repúblicas. Los indios estuvieron de acuerdo porque estimaban que “aunque se fabriquen de nuevo dichas casas reales quedan igualmente dueños de ellas pro indiviso con el cabildo de españoles”. Pero adicionaron dos condiciones: a) que las cuatro tiendas y trastiendas que se harían en los bajos dando hacia la plaza real quedaran exclusivamente por bienes de comunidad, “como dueño del suelo o sitio y de la casa que por tiempo inmemorial se ha estado sirviendo la república de españoles sin que le haya costado cosa alguna”, y b) que se turnaran mensualmente los alguaciles indio y español en la administración, custodia, derechos y emolumentos de la cárcel, según el historiador Juan Ricardo Jiménez Gómez.

La obra se realizó a partir de 1768 y se concluyó en 1770. No se reedificó totalmente el antiguo edificio, solamente se le agregó la segunda planta según un autor anónimo publicado en los “Acuerdos curiosos”. “El notable jurisconsulto D. José Martín de la Rocha, abogado de la Real Audiencia y uno de los más desprendidos patriotas de su época, viendo que después que el I. Ayuntamiento había comprado este solar, comenzaba a levantar en él las Casas Reales y Cárceles sin lograr su conclusión por falta de fondos, puso a su disposición su caudal para que se llevase a feliz término, lo cual verificóse en 1770, como se ve en la inscripción que se ha cuidado de conservar en memoria de aquel ilustre patriota, en el descanso de la escalera principal que conduce al segundo piso...” según don Valentín Frías.

Don Martín José de la Rocha vivía amargado porque la Plaza de Arriba no correspondía al caudal de su hacienda, pues si bien las casas que la circundaban, eran buenas, pero sin igualar a la que él habitaba y ya se había inaugurado la fuente de bella cantería con la introducción del agua años atrás, no era lo propio de las Casas Consistoriales, que humildes y a medio construir, se levantaban a un solo piso y daban un aspecto poco edificante al lugar donde aquel vivía. Esto lo movió a dirigirse tras, de mucho pensar, a solicitar la audiencia en la que ofreció al señor Corregidor concluir de su peculio y según el primitivo proyecto, magnífico por cierto, la Fábrica de las Reales Casas Consistoriales; más puso por condición, que se había de fijar en lugar preferente, una placa en la que su nombre y el hecho figurarían permanentemente, nos dice Lauro Jiménez.

Invariablemente la autoría de la obra de las nuevas Casas Reales se ha otorgado a Martín José de la Rocha, abogado de los Reales Consejos y Tribunales

de la Corte de la Nueva España y corregidor de la ciudad de Querétaro, con base en el contenido de la lápida que está incrustada en el muro del descanso de su amplia escalera. En ella se lee que las también llamadas Casas Consistoriales se fabricaron “a expensas y solicitud” de don Martín José de la Rocha, en el reinado de Carlos III y durante la época en que gobernaba la Nueva España el virrey Carlos Francisco de Croix, Marqués de Croix. Hasta la década de los años setenta del siglo XX esta información fue considerada como válida por casi todos los historiadores. Por lo que fue preciso hacer una indagatoria en cuanto al inspirador de la traza y director de tan importante obra, que es el motivo del presente capítulo. Para ello, es importante recuperar un dato fundamental que aporta un testigo de los acontecimientos ocurridos durante la misma época en que se construyó el edificio: Al hablar sobre lo sucedido en 1771, el autor anónimo de *Acuerdos Curiosos* da a conocer:

“A principios de este año se estrenaron las casas consistoriales de esta ciudad que edificó de sus fondos el ilustre Ayuntamiento, por dirección de don Francisco Fernández del Rincón, escribano público y de cabildo, hijo de este lugar. La obra se concluyó el año pasado y en su estreno hubo varias fiestas, regocijos públicos y corridas de toros, aunque la plaza de éstos sintió algún maltrato con una recia nevada que ocurrió en aquellos días y es la segunda de que hay memoria haya caído en esta ciudad en todo el siglo dieciocho.”

El regidor Juan Antonio Fernández del Rincón, de quien consta que fue el que dio la idea de todo el edificio y regenteó la obra hasta su perfecta conclusión, asistiendo diariamente a ella y abandonando sus propios intereses, aplicando todo su esmero a que saliese completa, escribe Lauro Jiménez siguiendo la teoría de la historiadora Mina Ramírez Montes. Puede afirmarse con toda certeza que de Juan Antonio Fernández del Rincón, queretano él, quien después de ser teniente general de Corregidor, al hacerse cargo de la obra, entre 1768 y 1770 debió ser designado regidor, como lo indica Ramón María Serrera, al igual que escribano público y de cabildo, según lo señala el autor de *Acuerdos Curiosos*. Aunque éste mismo corrige parcialmente el nombre de citado personaje, al dar cuenta de su muerte en 1793, declara Lauro Jiménez. Con base en lo expuesto anteriormente, es posible asegurar que el mérito de la edificación de las nuevas Casas y Cárceles Reales de la ciudad de Querétaro no corresponde totalmente a De la Rocha Sanz y Espeleta. Lauro Jiménez también afirma que Manuel Sebastián de Garay (queretano) y José Antonio Velarde (celayense), fueron los autores de los planos del hoy Palacio de la Corregidora.

El nuevo recinto carcelario, edificado con “amplitud, fortaleza y comodidad” en el sector poniente del solar, separaba a la población reclusa por sexos, habilitando, según se desprende de la leyenda de los planos, el calabozo del piso superior para las mujeres. Con ello se evitaban el hacinamiento, la insalubridad, los contagios y unos supuestos peligros morales que –según se decía- se habían venido experimentando en las antiguas cárceles. Con la nueva construcción, advertía el procurador, “...los miserables presos están con desahogo y los vecinos se ven libres de las continuas pestes que padecían...” afirma Lauro Jiménez siguiendo a Herrera.

La vivienda para el alcaide de la prisión, enfermería, sala de tormentos, lavaderos, locutorio para visitas, capilla, servicios higiénicos, etc., completaban el nuevo recinto carcelario que, a juicio de las autoridades de la ciudad, podía ser considerado como modelo para toda la Nueva España, por su modernidad. El resto del inmueble se destinaba a otros servicios normales en la época en un edificio tan complejo funcionalmente como era un palacio municipal: gallinero, patio de mulas, cuadra, cochera, cuarto para sirvientes, oratorio, oficinas, corredores, etc., como lo advierten los planos y las investigaciones de Eduardo Rabell Urbiola y el propio Lauro Jiménez.

En estas Casas Reales, ya modernizadas, se realizaron las juras por los monarcas Carlos IV, Fernando VII y la proclamación de Agustín Iturbide como emperador de México. Una vez que se promulgó la Independencia en 1821 fueron llamadas Casas Nacionales, lo mismo que Casa o Palacio de los Corregidores. De 1821 a 1861 el histórico inmueble fue sede de los Supremos Poderes del Estado. A partir de 1862 fue ocupado por las oficinas del Ayuntamiento. En 1891 el gobernador Francisco González de Cosío compró las casas colindantes al lado sur y llevó a cabo las obras necesarias, a fin de dejar el edificio en condiciones de mejorar y ampliar sus oficinas y reformar totalmente las cárceles, según don Manuel Septién. Es hasta 1869 que el gobernador José María Cervantes compra la casona de Madero 70 para ocuparla como Palacio de Gobierno, dejando el Palacio de la Corregidora a las oficinas municipales.

Cabe mencionar que durante las repúblicas centralistas y federalistas, a partir de 1824 y hasta 1915 existió la figura de los prefectos, los cuales tenían bajo su control a varios municipios; era una figura de control político intermedia entre el gobernador y los ayuntamientos. Por cierto que la máxima autoridad municipal se llamaba alcalde y es hasta 1915 que se le llamó a esa figura política presidente

municipal. El Palacio Municipal o Casa de la Corregidora tenía entonces al ayuntamiento y su jefe que era el alcalde, el cual despachaba en la planta baja a mano derecha entrando por Plaza de Armas, y el Prefecto político (que atendía al Distrito) atendía en la planta alta a un lado de donde actualmente despachan los gobernadores.

Como residencia de los corregidores fue ocupado por los señores Domínguez. Iba a ser teatro de grandes acontecimientos por aquellos días de 1810... La conspiración para liberar a la Patria es descubierta, presos los más notables conspiradores, a la llamada “Corregidora”, prominente conspiradora, se le imposibilita para salir de su habitación... urge un rápido aviso al capitán Allende para que apresure los acontecimientos... lo que no puede la debilidad de una mujer lo logra la fortaleza de la heroína y el amor de la madre... Ignacio Pérez, avisado y urgido por la Corregidora, se lanza a caballo por los amplios caminos de la Patria y... horas después, se escucha el grito de libertad... once años más tarde México es independiente.

Desde la llegada de los restos a Querétaro de doña Josefa Ortiz de Domínguez, el 21 de octubre de 1894, se le rindieron honores y manifestaciones, que expresaron la consideración de Querétaro para con su heroína. En el hoy Palacio de Gobierno estuvieron la noche del 21, en el templo de El Carmen fueron las honras fúnebres el 22 y en el Palacio del Archivo General del Estado de Querétaro, de Madero 70, estuvieron esa noche y parte del día 23.

Además de las oficinas del Ayuntamiento y de la Prefectura de Querétaro, se encontraban en ese edificio los seis juzgados, la Defensoría de Oficio y el Consejo de Salubridad. Todavía en 1979, año que dejó ser sede del Ayuntamiento, el presidente municipal Mariano Palacios Alcocer se encontraba allí y fue el último en despachar en ese lugar de la planta baja. Como sede del Poder Ejecutivo del Estado funge a partir de julio de 1981.

Este edificio está asociado con una puntada del general Tomás Mejía, el día 2 de noviembre de 1857, cuando el serrano tomó Querétaro. Decidió arengar al pueblo desde el balcón del palacio al pueblo congregado en la plaza, y montado a caballo atravesó el patio, subió la escalera principal, pasó por la columnata del primer piso y por el salón principal y, todavía a caballo, se presentó en el balcón ante el pueblo que se quedó pasmado. Mientras, en la planta baja del edificio, los presos liberados incendiaban los archivos municipales y estatales para destruir sus antecedentes en expedientes penales. Así se perdieron documentos valiosos de la época de la insurgencia.

El 20 de abril de 1867 se imponen nuevos préstamos forzosos a los vecinos. El rudo general Ramón Méndez manda llamar a los sospechosos de tener dinero a su oficina del palacio de la Corregidora, convertido en palacio departamental y en donde despachan los funcionarios que sirven a Maximiliano en lo administrativo. Entre los más prominentes sospechosos se encuentran don Bernabé Loyola y don Juan Rubio a quienes se les exigen mil pesos por cabeza, afirmando Loyola que no puede dar nada porque simplemente ya no tiene para dar; Rubio da quinientos esperando que sus deudores le paguen a la vez. Otro de los sospechosos era el agiotista Guadalupe Barragán, quien fue sacado de su escondite por un ayudante de Méndez, y quien no quiere dar los cincuenta pesos que se le impusieron. Entonces Méndez le dice que lo va a poner de pie encerrado en un círculo sin poderse mover fuera de él; si sale del círculo recibe de palos y se devuelve al redondel, en donde por cada hora que dure su rebeldía se le aumenta un peso más. Los otros crueles imperialistas encargados de las exacciones a los queretanos fueron el general Severo del Castillo y el coronel Francisco Redonet, que utilizaron el palacio departamental para hacer sus fechorías torturando incluso a los que se negaban a aportar dinero u objetos de valor.

Durante el día 10 de mayo de 1867 ha habido una ceremonia de especial relieve y solemnidad, que ha tenido verificativo en el palacio departamental en que se ha convertido la Casa de la Corregidora; allí se han reunido quienes, distinguidos en los diversos combates, se han hecho acreedores a alguna recompensa y han recibido de manos de Maximiliano las condecoraciones que han sabido ganarse. Entre los premiados figura Alberto Hans. Como Leonardo Márquez no ha regresado a Querétaro y, desde luego, a él se le ha encomendado el que traiga las cruces para las condecoraciones, Maximiliano sólo entrega los listones y tiene la ingenuidad de decir a algunos de los condecorados: “Cuando venga Márquez venid a verme y personalmente os entregaré la cruz”, pero ya ni él mismo cree en lo que dice. Por falta de metal, en lugar de cruces se dieron gafetes de papel.

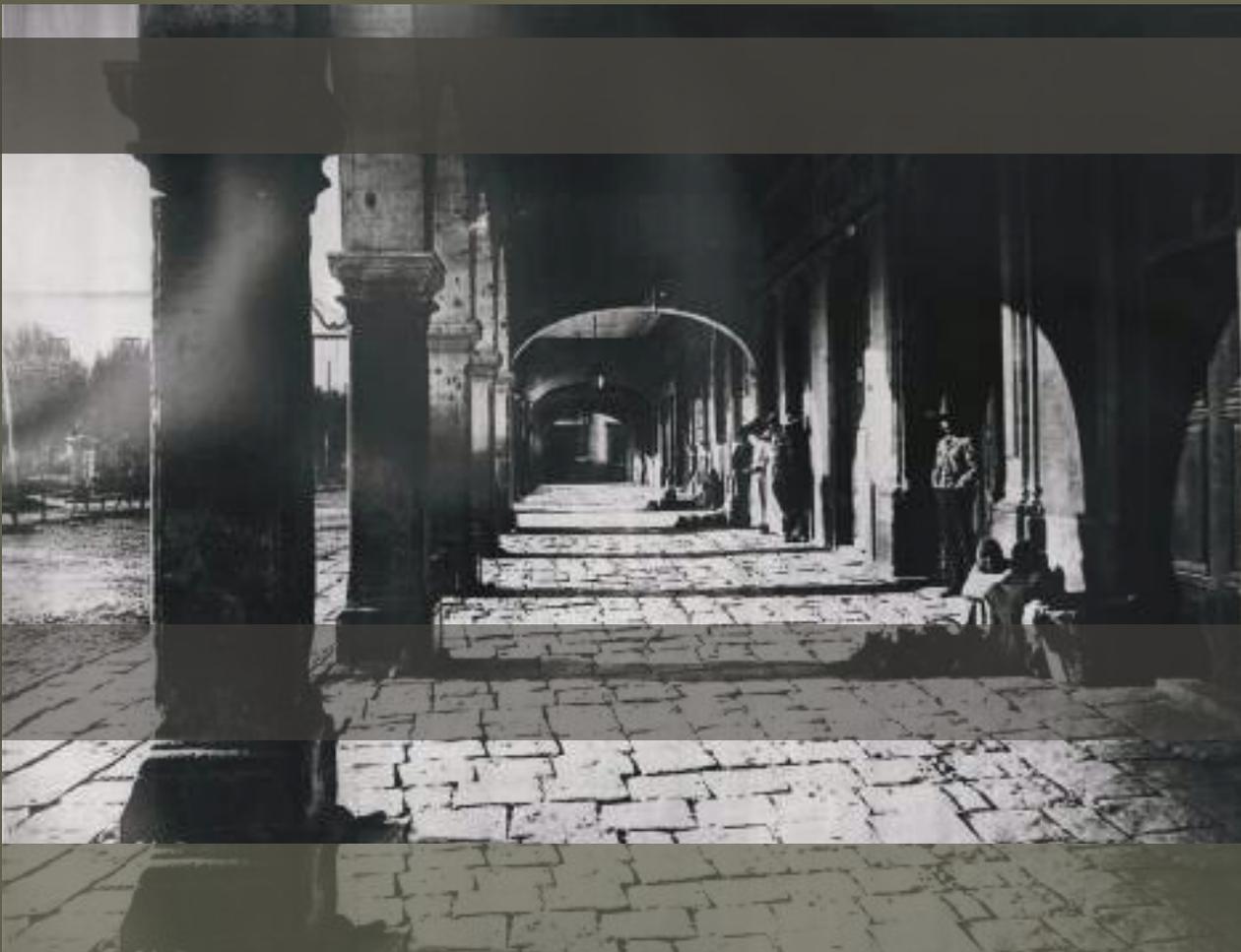
Durante los días 12 y 13 de mayo de 1867 se ha recibido a la gente que convocó el general Mejía para darse de alta en las filas de la reacción, los que no pasan de doscientos y a quienes se recluta en el palacio departamental para darles una raquítica preparación militar, tan siquiera que sepan portar las armas, ya que a la salida del ejército regular del Imperio ellos custodiarán la ciudad en lo que entran los sitiadores. Se explica la poca respuesta a la convocatoria de Mejía por los fracasos en los asaltos anteriores, y –si acaso alcanzaban el éxito- se expondrían

a una persecución larga y fatigosa de la caballería chinaca que terminaría exterminándolos. Maximiliano ordena a Salm Salm supervisar el reclutamiento de Mejía quien pide paciencia por no tener armas y hombres suficientes, así que lo esperen hasta mañana por la noche en que confía tener lo prometido.

Al llegar Maximiliano al palacio departamental la madrugada del 15 de mayo de 1867, después de salir de La Cruz, ordena el rubio príncipe que todos se concentren en el Cerro de Las Campanas donde seguramente aun se encuentran tropas imperialistas. Bajan por la calle de El Biombo y frente a la casa de Cayetano Rubio López insta a su compadre entrar para esconderse –la casa está llena de sótanos- respondiéndole el archiduque con gesto desdeñoso que un hombre de su estirpe no se esconde. El compadre incómodo vuelve su caballo hacia la prefectura municipal (hoy palacio de gobierno) para desarmar a los hombres de Mejía y no acompaña a la comitiva al oriente citadino. López se fue para nunca más volver a comparecer delante de Maximiliano, cuando menos en vida de éste.

El 5 de julio de 1867 por la noche, el presidente Juárez no dejó de recibir vítores recordando su triste paso del 4 de junio de 1863 rumbo a Guanajuato llevando como equipaje solamente su famoso carruaje, su levita, la Constitución de 1857 y el archivo de la nación, o el ya lejano viaje del 15 de enero de 1858 al iniciar la guerra de Reforma y en el que se alojó en la humilde casa del general Arteaga, el cual vivía en los anexos del alguna vez (1867) Palacio Departamental (desde 1981 Palacio de Gobierno) en la calle de Guadalupe 3 (hoy Pasteur). Esta casa fue anexada al Palacio de los Corregidores en el porfiriato.

CASA SEPTIÉN



Portal de Dolores.



Tribunal de Justicia , 2001

CASA SEPTIÉN

(PASTEUR Y 5 DE MAYO, HOY TRIBUNAL SUPERIOR DE JUSTICIA)

Fue construida en el siglo XVIII esta casa por don Domingo Fernández de Iglesias a pesar del pleito judicial con don Tomás López de Ecala para ver quién construía la mansión más hermosa de la Plaza de Armas. Fue la primera sede del Tribunal Superior de Justicia de Querétaro en 1825 y a partir de 1981 volvió a serlo de manera definitiva después de deambular por múltiples edificios. Durante el Sitio sirvió de alojamiento al general Ramón Méndez.

En la plaza en comento, se encontraba una columna larga y delgada con la estatua del Marqués de la Villa del Villar, patrono de la grandiosa obra del acueducto. Durante el sitio ésta sería derribada por un cañonazo republicano. La plaza estaba desforestada, era un solar estéril y en su esquina occidental con el callejón Ciego o de Cabrera (hoy Libertad), y la calle de El Biombo (hoy 5 de Mayo) se ubicaban las casas habitación de los generales imperiales Severo del Castillo y Ramón Méndez. Por cierto que éste era un indio bajito y de fuerte humor, sarcástico, atroz, valentón y que nunca pisó el Colegio Militar, pero por su talento y fidelidad llegó a ser un principal del Imperio y temido por sus enemigos republicanos que lo odiaban por haber fusilado sin juicio al general José María Arteaga. Cabe mencionar que el archiduque, durante su efímero reinado, sólo había nombrado general a Ramón Méndez y a nadie más, hasta que en el Sitio de Querétaro nombró general al coronel Ramírez de Arellano.

En la casa que ocupa Ramón Méndez en la Plaza de Armas, se celebra una reunión –de las muchas que ha habido– en las cuales éste, muy resentido y destilando envidia, ha vertido en el influyente Salm Salm, bastante veneno en contra de Miramón, transformando los actos de heroicidad de El Macabeo como

acciones de egoísmo, lucimiento e interés personal de éste y en ninguna forma favorables ni al Imperio ni a la persona del emperador. Esto ocurrió el 6 de abril de 1867.

De la casa del general Méndez, ubicada en la calle de El Biombo y Plaza de Armas (hoy Palacio de Justicia), sale violentamente su carruaje tirado de buenos caballos, los que chocan contra el palacio departamental y siguen desbocados hacia el centro la madrugada del 15 de mayo de 1867. Méndez, a pie, en calzones y ropa interior, sale de la casa y atraviesa la plaza para ir a esconderse en las ruinas del portal Quemado (hoy la Legislatura); al no sentirse seguro allí, sigue caminando entre los portales del mesón de Santa Rosa para dar vuelta en el callejón de don Bartolo (hoy Libertad) y desaparecer en una casa de la acera sur, espiado por la silueta siniestra de un individuo jorobado.

Desesperada e inútilmente se inició por toda la urbe queretana la búsqueda de Ramón Méndez para hacerlo prisionero, pues tiene muchas cuentas por saldar entre los amigos del general Arteaga al que felonamente asesinó. Parece que al autoritario Méndez se lo tragó la tierra pues en ninguna parte aparece, por lo que se encomienda al coronel León Ugalde su búsqueda con la ayuda de los vecinos de Querétaro a los que encarceló, torturó, golpeó, humilló y robó a placer durante el sitio. Se veían muchos soldados rojos por las azoteas y sótanos de las casas particulares tratando de encontrar al duro conservador.

CASA DE SEVERO DEL CASTILLO



Plaza de Arriba, casa de Timoteo
Fernández de Jáuregui, 1867.



Casa de Severo del Castillo.

Casa de Severo del Castillo hoy
de Rafael Camacho Gúzman.



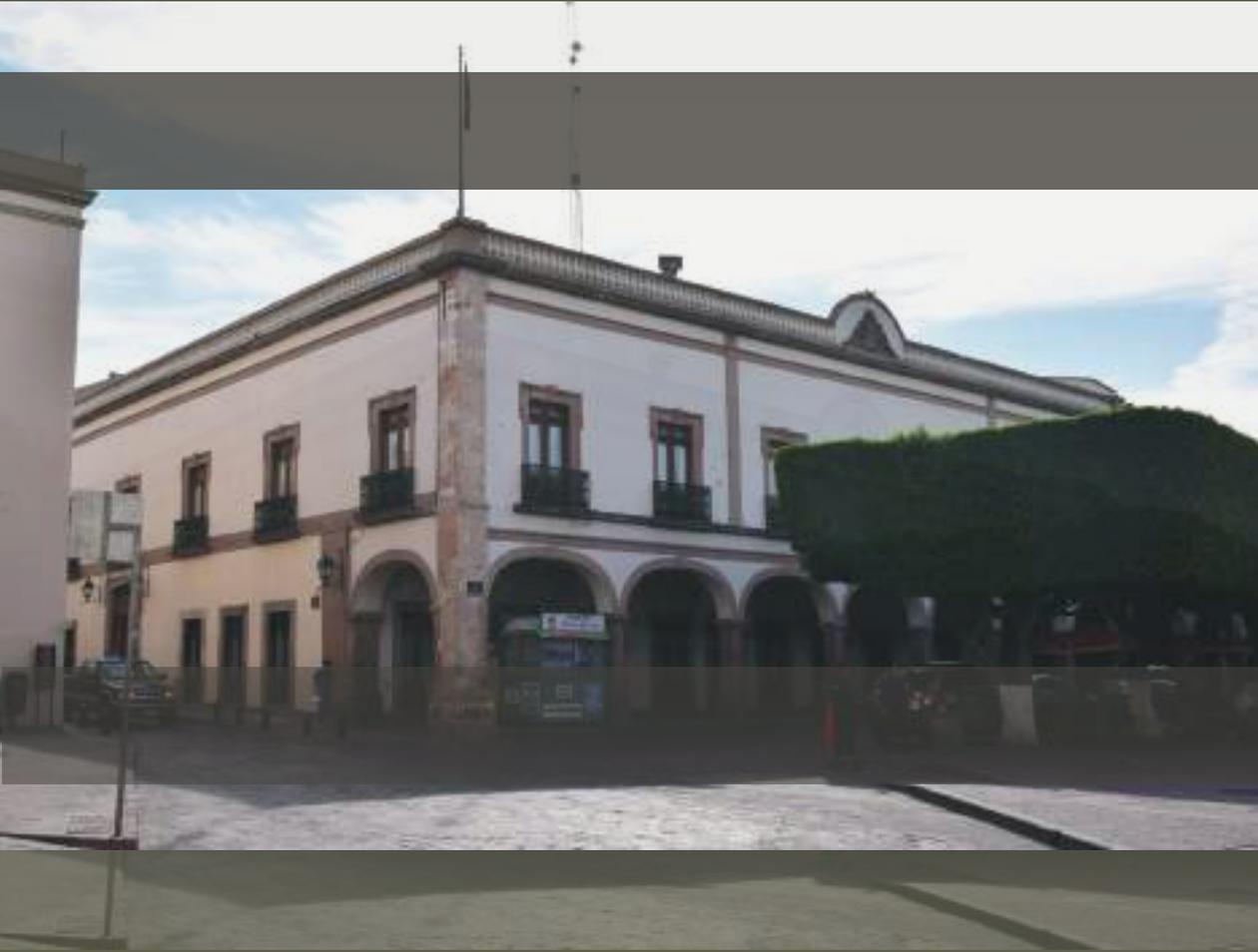
CASA DE SEVERO DEL CASTILLO (PASTEUR SUR 12)

Vieja casona de mediados del siglo XVIII, cuando la Plaza de Armas dejaba de ser un solar deshabitado para ser el asiento de las Casas Reales, competía en grandeza y extensión con todas las que formaban “El Portal de Dolores”, en el poniente de la plazuela. En el siglo XX fue propiedad de don Rafael Camacho Guzmán después de que terminó su período sexenal (1979-1985) y al morir éste en 1998 se dio lugar a un litigio interminable entre los hijos del ex gobernador. Su hija Mónica Camacho Zaldívar la ocupó en los años noventa como teatrino.

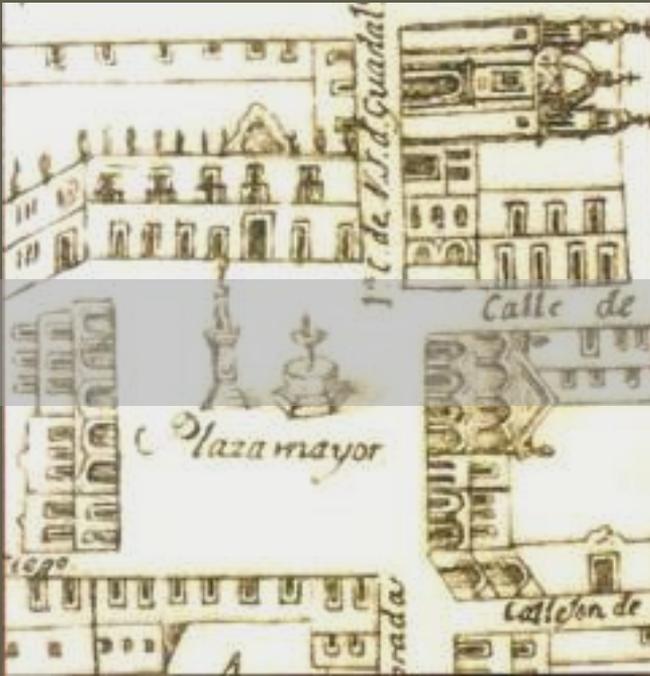
Esta casa que hoy tiene todavía subterráneos, fue habitada en 1867 por el general Severo del Castillo durante la época del Sitio, quien fue designado jefe del Estado Mayor de Maximiliano al faltar Márquez. Al triunfo de la República fue hecho prisionero en el Casino Español, salvándose del fusilamiento por un acto de innegable hombría.



PORTAL QUEMADO



Portal Quemado, antigua casa de
Timoteo Fernández de Jáuregui.



Plano de Santiago de Querétaro, 1796.

Portal Quemado, antigua casa de Timoteo Fernández de Jáuregui.



PORTAL QUEMADO

(FRENTE A LA PLAZA DE ARMAS, LADO ORIENTE)

Probablemente, por los años de 1750 a 1760, quedó formado el “Portal Quemado”, en la planta baja de cuatro o cinco edificios levantados al oriente de la Plaza Mayor, hoy Plaza de la Independencia o Plaza de Armas, según la tendencia política del autor de que se trate.

En el lado norte del portal, en la esquina con la calle de La Verónica, hoy andador Venustiano Carranza y 5 de Mayo, laboró una tienda de abarrotes con entrada a la calle de La Verónica, y con solamente una ventana en el portal, la cual le daba luz a una bodega. En la noche del día 23 de diciembre de 1864, un loco incendiario arrojó hacia una ventana algún objeto inflamado y éste ocasionó un tremendo incendio que consumió no sólo la tienda, sino una gran parte del portal. Por muchos años en ese lugar permanecieron las ruinas de lo que fue portal, y por esto el pueblo llamó como “Portal Quemado”, apelativo que aún perdura entre los queretanos de antiguo.

Dos años más tarde, don Timoteo Fernández de Jáuregui, adquirió ese predio y reedificó totalmente el portal para establecer su residencia particular en la planta alta con entrada por la hoy calle de 5 de Mayo.

En el año de 1981, el Gobierno del Estado comenzó la reparación y el acondicionamiento de ese edificio para que se instalara en él la Legislatura del Estado, que funcionó allí hasta abril de 2015, y actualmente está convertido esta casona en un hermoso recinto para las salas de juicios orales dependientes del Poder Judicial de Querétaro.

Durante el Sitio de Querétaro de 1867 fue la habitación de don Bernabé Loyola, yerno del propietario Timoteo Fernández de Jáuregui, lugar que don Bernabé

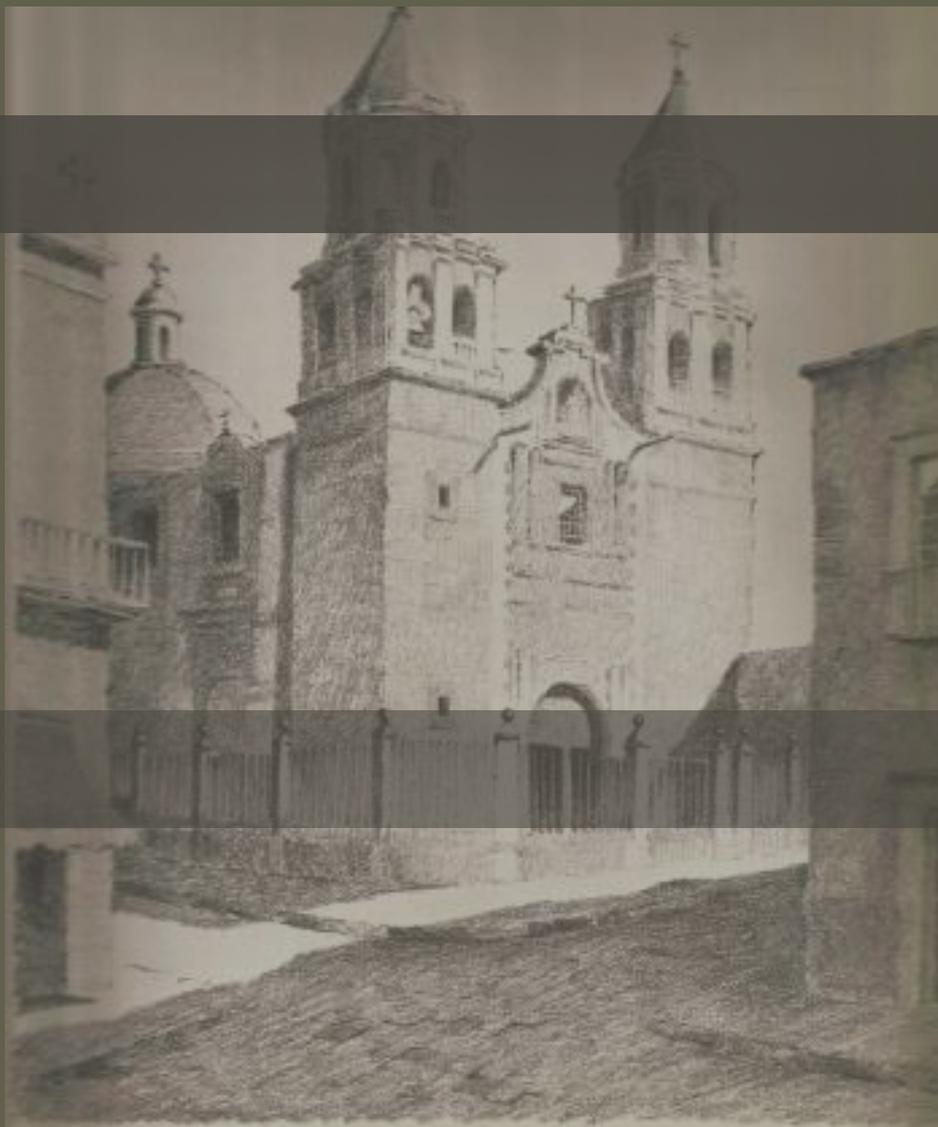
aprovechaba para mirar desde la alta azotea los principales hechos militares de ese tiempo, atalaya que aprovechaba también para enviar mensajes con señales a sus espías chinacos de la extensa red que organizó en la ciudad, alcanzando a verlo los propios republicanos de cuarteles tan lejanos como el de Patehé.

Don Bernabé fue un liberal quien tuvo padecimientos durante el Sitio de Querétaro a causa de los excesos de ambos bandos y escribió interesantes memorias del mismo en esa casona; allí se ocultaron varios imperialistas la mañana del 15 de mayo y desde un balcón que da al poniente pudo observar don Bernabé Loyola muchos de los sucesos de esa mañana memorable.

En el Portal Quemado se escondió de manera efímera el general imperialista Ramón Méndez la madrugada del 15 de mayo de 1867, cuando salió de su casa a medio vestir y desesperado por encontrar un escondite. ¡Claro que el señor Loyola jamás se lo iba a proporcionar después de tanto latrocinio y majaderías que le hizo el militar chaparrito y gruñón! Cuenta Loyola en sus memorias que el Portal Quemado todavía guardaba restos de los escombros del incendio de diciembre de 1864.

Las memorias de este personaje se pueden estudiar en dos versiones: la primera es muy rara y salió publicada en “El Sol de México” como “El Sitio de Querétaro, versión periodística”, donde el nombre de don Bernabé Loyola no aparece y eso que él fue el entrevistado. El gobierno de don Enrique Burgos García las reeditó en 1994 con la dirección de Miguel Ferro Herrera y de Andrés Garrido del Toral y está agotada la edición. La segunda sí aparece como “Memorias de don Bernabé Loyola del Sitio de Querétaro” y puede ser adquirida en el Archivo del Estado.

LA CONGREGACIÓN



La Congregación, dibujo de
Fernando Pérez Nieto.



La Congregación, 2001.

LA CONGREGACIÓN

(PASTEUR Y 16 DE SEPTIEMBRE)

Templo construido desde el primero de junio de 1675 al 12 de diciembre de 1680 en que la generosidad de don Juan Caballero y Ocio permitió terminarlo con ricos adornos, sobre todo los retablos de oro. Es el único templo en la ciudad de Santiago de Querétaro que cuenta con torres gemelas y además es el primero en honor de la virgen de Guadalupe que se erigió después de la Basílica sita en el cerro de El Tepeyac.

En el tiempo que Querétaro fue declarada como capital provisional de la República para debatir la ratificación o no de los ignomiosos tratados de Guadalupe Hidalgo, la Cámara de Senadores se instaló en el edificio anexo de La Congregación, entre 1846 y 1848.

Mucha animadversión existía en Querétaro hacia los liberales porque el robo de los retablos de oro de la iglesia de La Congregación de Guadalupe a manos del general Antonio Carvajal, subordinado del gobernador José María Arteaga, al que sus logros en materia de educación primaria no le ayudaron mucho a la hora que la mochería queretana contó los saldos de la guerra de tres años, además de la iracunda arenga del clero local, considerado de entre lo más retrogrado en la visión europea.

El saqueo de La Congregación resultó uno de los actos más bochornosos que los feligreses de estas tierras han conocido. Sin duda, éste era el templo más elegante y ricamente ornamentado que había en la ciudad ¡Inclusive por encima de Santa Clara y Santa Rosa, lo que es decir mucho! El fundador de La Congregación, don Juan Caballero y Ocio, había gastado gran parte de su fortuna en darle un bello y rico tesoro que incluía una custodia de oro, lo mismo que vasos sagrados y dalmáticos y ornamentos de la más alta calidad, que eran fruto

de dos siglos de esfuerzo de generosos donantes. El 13 de octubre de 1860 entró a Querétaro el tamaulipeco Antonio Carvajal y mandó echar abajo la puerta de la iglesia robando todas las riquezas y destruyendo lo que no consideraban de valor, balaceando las imágenes y orinando y defecando en las pilas de agua bendita. La población indignada acudió ante el triunfador de la guerra de Reforma, el general Jesús González Ortega, quien ordenó al cabecilla saqueador devolver lo robado, el cual sólo devolvió una mínima parte y a condición de que se le diese recibo íntegro. Los retablos de oro jamás se volvieron a ver y por ello aparece desnudo de sus paredes el templo dedicado a la virgen del Tepeyac.

Miramón realiza a las cinco de la tarde del 11 de marzo de 1867 una de sus audaces correrías hasta La Cañada para perseguir a Carvajal y cobrarle el robo al templo de La Congregación. Dos muertos republicanos, dos caballos, sesenta bueyes, cien cabras, doce mil tortillas y una gran cantidad de maíz fue el botín logrado.

Derrotadas y desalentadas en la batalla por Callejas del 1 de mayo de 1867, vuelven las tropas verdes a la plaza llevando sobre el caballo de Joaquín Rodríguez el cuerpo de éste, el que será inhumado el día 2 a las siete de la mañana en sentida ceremonia que presidió Maximiliano en La Congregación acompañado de los más connotados jefes, con excepción del mórbido Mejía y Miramón que llegó tarde por razones del servicio y porque no se le avisó a tiempo. A las nueve de la mañana, encabezados por el austriaco, partió el cortejo del convento de La Cruz hasta el templo guadalupano, con tambores enlutados y clarines con sordina, cuatro sargentos cargaron el féretro. El archiduque se encuentra muy afligido en el funeral, hasta donde se oye como música lúgubre el cañoneo chinaco, y cuando se carga la caja mortuoria para ser enterrada en el propio templo, derrama muchas lágrimas por el coronel a quien tanto quiso desde Miramar, en aquel lejano 1864; lo mismo hacían los indígenas miembros de la guardia municipal, que dejaban rodar por sus bronceados rostros lágrimas por el jefe caído, y que estaba allí, en el altar mayor del templo guadalupano de Querétaro, con el rostro color cera, tieso y helado. Se retiran los sitiados después de las honras fúnebres en medio de una tristeza generalizada como si presintiesen que algo malo, muy malo, va a ocurrir pronto, habían perdido muchos compañeros el día de ayer, se les mandaba al matadero a diario y no se les pagaba; muchos llegaron a exclamar con despecho que no se volverían a batir. Están en el templo de La Congregación aun los restos de Joaquín Rodríguez, en pleno siglo XXI.

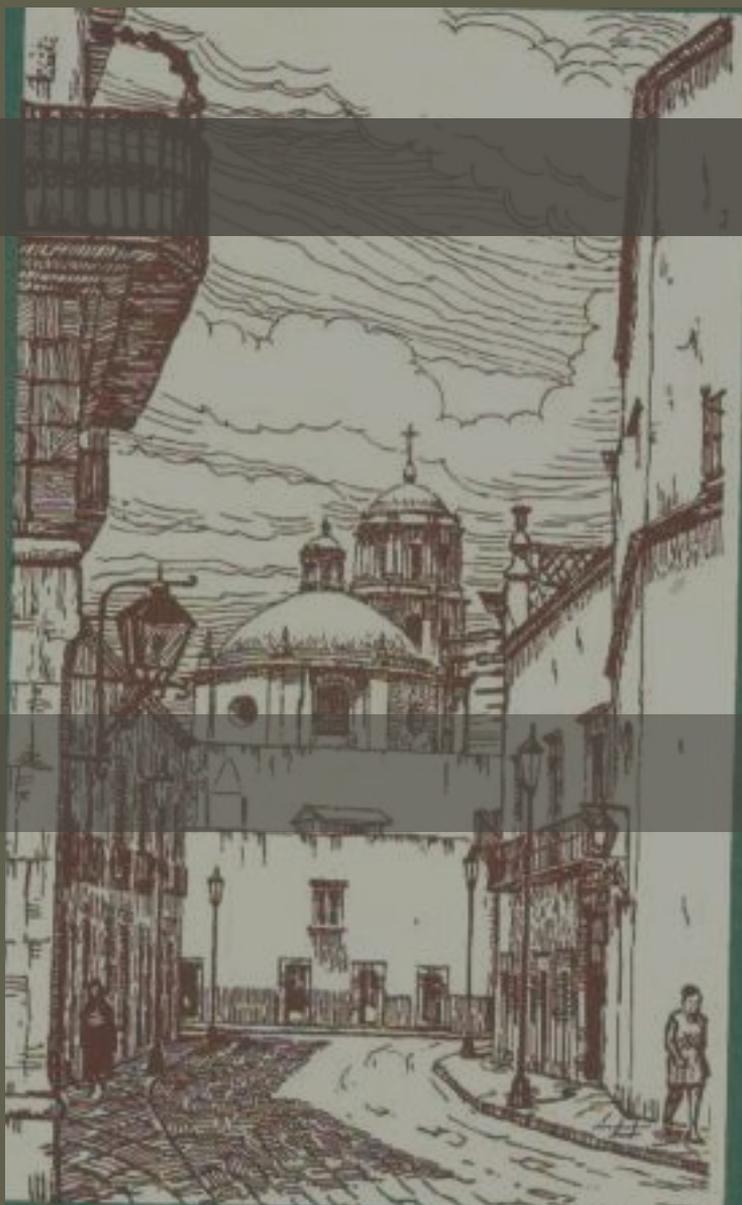
Los republicanos ocupan el 15 de mayo de 1867 como cuarteles los conventos de San Agustín, Capuchinas, Teresitas, El Carmen y La Congregación además de otros lugares que antes fueron cuarteles imperialistas, entre ellos las casas que habitaron los jefes y oficiales sitiados que ahora serían alojamiento de los altos mandos triunfantes al caer la ciudad de Querétaro en manos de los juaristas.

Durante la toma de la ciudad en 1913 por parte de los carrancistas, La Congregación volvió a sufrir el saqueo y destrucción por parte de éstos, utilizando los vasos sagrados para tomar aguardiente, vestir las ropas sacerdotales como disfraces de baile, defecar y orinar en el altar mayor, practicar sexo en el interior del templo, hacer leña de las bancas para calentar sus vivacs y utilizar el órgano tubular para tocar melodías irreverentes como “La Cucaracha”.

La Congregación fue catedral de Querétaro por un tiempo (de 1883 a 1885 y de 1911 a 1920), en lo que se arreglaba el conflicto con los franciscanos consistente en reclamar ante la Santa Sede la custodia del templo de San Francisco que fue catedral desde que dejó de serlo la parroquia de Santiago. Los archivos históricos de La Congregación son un tesoro invaluable, independientemente de que desde el año 2012 cuenta en su anexo con un Museo Guadalupano organizado por el obispado queretano.



COMANDANCIA MILITAR REPUBLICANA



Comandancia Militar de
Querétaro.



Museo de Los Conspiradores.

COMANDANCIA MILITAR REPUBLICANA (5 DE MAYO 18)

Este inmueble fue construido entre los siglos XVIII y XIX y está compuesto de dos plantas, teniendo arquería en el patio principal y en el segundo nivel. En 1933 fue adquirida por el licenciado Fernando Díaz Ramírez en la cantidad de ocho mil pesos y la utilizó como casa habitación, despacho jurídico y posteriormente notaría pública. Aquí estuvo su afamada biblioteca que en 1982 fue vendida por su hijo Fernando Díaz Reyes Retana a la Universidad Autónoma de Nuevo León, la que conservó algunos documentos y libros mientras que otros los vendió -a su vez- al archivo de la ciudad de Austin, Texas.

Esta casa, totalmente renovada, fue durante el Sitio habitación del señor Ramón Veraza, quien al triunfo del República permitió que el general Montaña, el capitán Peñúñuri y algunos otros jefes imperialistas se escondieran en ella el 15 de Mayo de 1867, al decir del cronista Ramírez Álvarez. Posteriormente fue ocupada por el coronel Julio María Cervantes, quien instaló en ella por muy breve tiempo la Comandancia Militar de Querétaro y las oficinas de su gobierno -toda vez que los edificios públicos estaban convertidos en cárceles y en cuarteles- como gobernador del Estado, para luego reinstalarlas en el Palacio de Gobierno sito en Madero 70.

Se publica por el comandante militar del Estado de Querétaro, Julio María Cervantes, el primero de sus decretos como gobernador el 18 de mayo de 1867, en el cual obligaba a los empleados civiles pertenecientes al llamado gobierno imperial a presentarse en un plazo no mayor a veinticuatro horas en la comandancia militar estatal, y de no ser así, serían pasados por las armas de

manera inmediata donde se hallaran. La rúbrica de don Hipólito Alberto Viéytez refrendaba este instrumento.

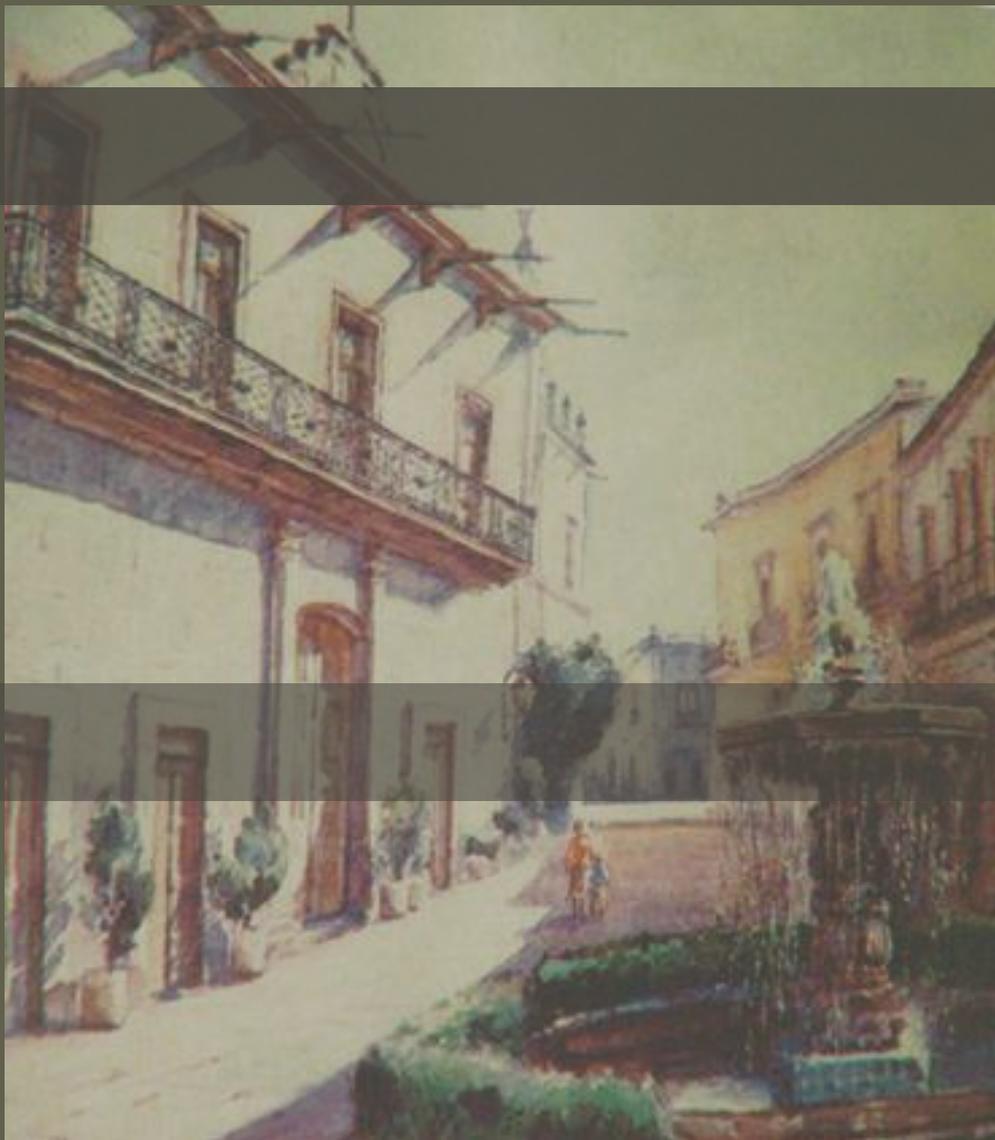
El lunes 3 de junio, conocido en San Luis Potosí el acto heroico de Damián Carmona, el gobierno local de aquella circunscripción solicita a la comandancia militar de Querétaro ubicada en esta casona el que se le realice al héroe un reconocimiento, poniendo aquel gobierno una corona adornada con piezas de oro para ser entregada al hombre del 27 de abril.

Julio María Cervantes, comandante militar del Estado de Querétaro, hace la elección de los miembros del ayuntamiento de esta ciudad en esta casa de 15 de Mayo número 18 el martes 4 de junio, con el objeto de regresar a la normalidad constitucional y dejar atrás autoridades espúreas que tanta vejación cometieron en contra de la población. Como alcaldes van Homóbono Subías, Ignacio Castro, Francisco Cabrera, Francisco Padilla, Juan N. Salgado y el Lic. Juan Lojero; como regidores fueron nombrados Luciano Frías y Soto, Lic. Juan Vega, Manuel Frontera, Luis F. Pimentel, Lic. Antonio Pérez, Pedro Castera, Francisco Martínez Carrillo, Lic. Ramón Martínez de los Ríos, Ricardo Barasorda, José Villa, Lic. Juan N. Frías y José Isaac Centeno; como síndicos procuradores resultan los abogados Lic. Manuel Mendiola y el Lic. José María Canalizo. Todos ellos tomarán protesta el próximo 6 de junio de 1867.

Al concluir el sitio fue entregado el perro “Bebello” –propiedad de Maximiliano- al comandante militar de Querétaro, Julio María Cervantes, quien lo llevó a esta casa ubicada en la calle de “El Biombo” y de la que el fino animal se escapaba.

Desde abril de 2015 funciona en esta casa el Museo de los Conspiradores gracias a la iniciativa del gobernador José Eduardo Calzada Rovirosa.

CASA RUBIO O DEL CONDE DE REGLA



Casa de los Rubio, acuarela.



Casa Rubio.



Patio de Casa de los Rubio.

CASA RUBIO O DEL CONDE DE REGLA

(5 DE MAYO 39 Y 39 B, CONOCIDA COMO
LA CASONA DE LOS CINCO PATIOS EN LA
ACTUALIDAD)

El predio donde está construida esta casona señorial pertenecía al fundador de Querétaro Fernando de Tapia que luego lo heredó a su hijo Diego. En el siglo XVIII fue mejorada la construcción por su propietario el conde de Santa María de Regla, Pedro Romero de Terreros, uno de los hombres más ricos de la Nueva España merced a sus múltiples haciendas mineras.

En 1836 adquiere la casona el industrial español Cayetano Rubio Álvarez el cual la heredó a su hijo Carlos María Rubio Rubio, quien incorporó al inmueble los barandales del frente y del primer patio hechos en Florencia de acuerdo al estilo neoclásico italiano.

En agosto de 1864, del día 17 al día 23, fue residencia esta casona de Maximiliano de Habsburgo en su breve paso hacia Dolores, además de que el presidente de la República, Porfirio Díaz Mori, pernoctó en ella el 26 de diciembre de 1876. Entre febrero de 1916 y marzo de 1917, con motivo del Congreso Constituyente y de que Querétaro fue declarada capital provisional de la República, la Secretaría de Gobernación se instaló aquí, en esta mansión precisamente.

Entre los años de 1920 y 1925 fue casa de enseñanza de mujeres católicas y a partir de 1930 fue adquirida por don Antonio Espinosa Silis, afamado comerciante que instaló en la planta baja sus bodegas. Entre 1965 y 1980 funcionó en su planta baja la primera tienda de autoservicio de la ciudad, “La Luz del Día”, comprando

la casa, desde los años sesenta del siglo XX, el Banco Nacional de México, quien a su vez la vendió en 1987 a la familia Torres Landa y a Juan de Alba Barnola. Este inmueble está muy bien conservado y es utilizado para restaurantes y eventos sociales. Al dar su patio trasero con las bardas de la Casa de la Corregidora, la barda de la Casa Rubio fue horadada varias veces por intentos de fuga de los presos en la cárcel que estuvo hasta 1979 en el hoy Palacio de Gobierno.

Durante el sitio de Querétaro de 1867, Maximiliano jamás aceptó esa casona como habitación, pero sí recibió muchos favores de parte del propietario Carlos María Rubio, como préstamos de dinero, ropa para el cadalso, carruajes, etc.

José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, hizo amistad con el republicano coronel Francisco Castañeda y Nájera, ayudante de Escobedo que cayó preso en La Cruz, al que la noche del 14 de mayo de 1867 le encarga el escribano imperial recoja al caer la ciudad en manos chinacas la suma de cuatro meses de sueldo y viáticos que dejó depositados en la Casa Rubio, y se las haga llegar a su madre, cuando el coronel regrese a México. Blasio mismo daba por perdido este bastión imperialista y dice que al hacerle los encargos a Castañeda jamás le habló de la salida planeada.

El coronel Rincón Gallardo, como banquero capitalino, se encargaría más tarde de pagar “los honorarios” de Miguel López, mediante letras de cambio giradas por la casa Rubio al banco del coronel, y así Mariano Escobedo podrá decir que él mismo nunca pagó un centavo a Miguel López, en lo que se ha llamado “la traición de Querétaro”, de López a su compadre Maximiliano.

El episodio más sabroso del 15 de mayo de 1867 ocurrió en la madrugada, a las dos de la mañana (perdonen la retrospectiva), en la casa de Carlos Rubio en la calle de El Biombo (hoy casona de los Cinco Patios). Recibió el rico industrial al republicano coronel y aristócrata José Rincón Gallardo que lo fue a visitar acompañado de Miguel López y de otros más. Rubio sorprendido le dijo a Rincón: “¿Cómo es posible que estés aquí si tú eres de los sitiadores?” Ofreció a los impertinentes visitantes (por la hora que era) una copa y al momento de querer chocar su copa el apeestado coronel con el coronel republicano, éste le espetó según dos sobrinas del industrial que oyeron todo: “Yo no brindo con traidores”. Detalles como el que Pepe Rincón Gallardo pidió el café y el coñac porque hacía mucho frío carecen de importancia, pero lo que sí es toral es el hecho de que a esa hora, las dos de la mañana, Maximiliano todavía no era avisado de la entrada chinaca a La Cruz, siendo informado de lo anterior hasta las cuatro de

la mañana, según el padre Mariano Cuevas. Para éste, la visita a la casa Rubio fue para concertar que Maximiliano allí quedase oculto, cosa que Maximiliano no le aceptó a López en su camino rumbo al Cerro de Las Campanas.

De la casa de Carlos Rubio comenzaron a llegar alimentos adecuados para el archiduque y sus acompañantes de prisión con el permiso de los jefes de la República. Dado su estado de salud, Maximiliano se ha visto obligado a decir a Basch “no daré a mis enemigos el gusto de mostrar debilidad o miedo”, en virtud de que son muchos los soldados vencedores que quieren verlo en persona y, que si bien se portan hostiles, ninguno ha atentado contra la dignidad humana o ha faltado al respeto al Habsburgo que tanto mal causara a México.

Maximiliano en su celda, al amanecer del 19 de junio de 1867, sigue dictando a Blasio y a Basch correspondencia, dirigida entre otros, a Carlos Rubio al que le pide dinero para el embalsamamiento y traslado de su cadáver a Europa y que éste sea sepultado junto al de la princesa Carlota, además de pagar sueldos y viáticos para Basch y los dos criados extranjeros. Estas trágicas previsiones que el archiduque dictó a Blasio sobran, ya que el gobierno mexicano las había tomado en cuenta para costearlas por su cuenta. Maximiliano lucía un faldón de su levita desgarrado por un cactus en el Cerro de Las Campanas al subir a la cima para su ejecución. Por cierto que esta prenda de lujo le fue prestada por el rico industrial Carlos María Rubio, pues el Habsburgo sólo contaba en su celda con una chaqueta de paño de color claro.



PLAZA, TEMPLO Y CONVENTO DE SAN FRANCISCO



Plaza San Francisco 1867 y templo de San Francisco a mediados del siglo XIX.



San Francisco, 1888.

Templo de San Francisco.



PLAZA, TEMPLO Y CONVENTO DE SAN FRANCISCO (CORREGIDORA ENTRE 5 DE MAYO Y LIBERTAD)

Si bien la fundación de la ciudad de Querétaro se realizó por el rumbo del Oriente, es decir, La Cañada, Carretas y el cerro de El Sangremal, la traza urbana española se dirigió a partir de la construcción del primer templo y convento queretanos, San Francisco, ocurrida entre 1540 y 1550, quedando La Cruz como un punto desolado con una que otra casita de paja a su alrededor, porque los mismos franciscanos crucíferos encontraron cómodo el claustro macizo que se terminaría de construir allá por los primeros años del siglo XVIII.

El templo y convento de San Francisco no solamente fueron los primeros en construirse con piedra y canto en Querétaro, cuya edificación comenzó a mediados del siglo XVI y se terminó en el primer tercio del siglo XVIII, sino que muy pronto fue el ombligo de la vida social, económica, cultural y política de la naciente población y hasta el comienzo de la vida independiente en 1825. Los religiosos franciscanos eran dueños de casi todos los terrenos aledaños al pueblo y por consiguiente de los molinos, fuente de vida y nutrición. El primer molino se instaló en el hoy andadero de 16 de Septiembre, y estaba bajo el control franciscano. En lo cultural se formó la primera biblioteca conventual, se enseñó a los indígenas a leer y escribir en castellano además de artes y oficios. En lo social contaba con la notaría parroquial que asistía a los pobladores en todos los actos de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, pasando por el matrimonio. También era importante socialmente su dispensario médico, que daba consultas y cirugías a españoles e indios. En lo político fue la sede de las oficinas municipales a partir de

1578, concentrándose allí no solamente el poder político sino también el militar. Plaza de Armas ni existía, era un vulgar solar propiedad de una india cacique. Donde ahora está la horrorosa plaza de la Constitución fue el cementerio y huerto del convento de San Francisco, sitio en que hubo una hermosa fuente. Las capillas de El Cordón, de la Tercera Orden y de la Casa Santa de Loreto, estaban en lo que hoy es el Gran Hotel. La capilla de San Benito ocupaba lo que hoy es la parte sur del jardín Zenea. La plaza de Abajo o plaza de San Francisco era solamente la parte norte del actual jardín. Lo que fue la enfermería del convento es ahora el vetusto edificio de particulares donde se instalan negocios intrascendentes. Precisamente la capilla de San Benito era la de la raza negra en Querétaro, pero también fue la que con más saña fue destruida por la soldadesca liberal en 1863. Duraron 20 años los escombros de las capillas, hasta que se construyeron el Gran Hotel y el mercado Pedro Escobedo. La llamada “entrada de campo” al convento de San Francisco era por el hoy llamado jardín del Arte.

El 24 de julio de 1865 fue la fecha en que el primer obispo, el Dr. Bernardo de Gárate, trasladó la sede catedralicia al templo de San Francisco, el que es el primer templo construido en la ciudad queretana y cuya torre es la más alta en la entidad. Este traslado fue violatorio del derecho canónico porque sólo lo sancionó el padre provincial de la Provincia Franciscana de San Pedro y San Pablo de Michoacán, fray Manuel Garnica y el arzobispo michoacano, Clemente de Jesús Munguía, no teniendo facultades para ello. Este yerro jurídico fue subsanado por el segundo obispo de Querétaro, el Dr. Ramón Camacho y García, quien llevó la petición a la Santa Sede, la que emitió respuesta favorable a los feligreses queretanos, que deseaban tener una catedral más espaciosa e iluminada que el sombrío templo de Santiago, además de que la topografía de éste (rocas enormes en las calles que daban al templo) y sus estrechos límites, impedían llevar a cabo celebraciones grandiosas. El templo de San Francisco pertenecía a la nación mexicana por mandato de las Leyes de Reforma, sin embargo, una comisión de católicos queretanos acudieron ante la emperatriz Carlota a gestionar la entrega de este espacio a la Diócesis queretana, cosa que obtuvieron. Entre 1883 y 1885, la Iglesia de la Congregación de Guadalupe fungió como catedral provisionalmente mientras se hermoseaba el templo de San Francisco, por ello, el tercer obispo queretano, el Dr. Rafael Sabás Camacho, hermano de su antecesor, tomó posesión en el templo de La Congregación guadalupana el domingo 24 de mayo de 1885.

Los padres franciscanos solicitaron a el Papa la devolución de su templo, el que resolvió en noviembre de 1910 a favor de los religiosos del santo de Asís, por

lo que en la tarde del 11 de enero de 1911 se iniciaron las funciones catedralicias en la Congregación, de manera cautelosa para evitar protestas de la población que encontraba a San Francisco como el espacio más digno para ser la Catedral de Querétaro.

Para los estudiosos de nuestra historia como son la M en Restauración Conchita de la Vega Macías y el Dr. Juan Ricardo Jiménez Gómez, el convento y sus anexos sufrieron dos transformaciones antes de quedar como actualmente lo conocemos. El mismo templo franciscano –que fue el primero de la ciudad– originalmente estaba en una parte de lo que hoy es la calle Libertad y el ahora Museo de Historia (antes Museo Regional), por lo que la conseja de que los restos de Fernando de Tapia, alias “Conin”, están en el actual cruce del templo actual es mentira, ya que estaban en el del antiguo templo, el que desapareció al transformarse templo y convento en el siglo XVII y con él los vestigios de la osamenta del fundador de Querétaro. A ello agregue usted las modificaciones impulsadas por las Leyes de Reforma de 1855-1863 y el levantamiento del piso del siglo XVII hecho por el INAH allá por 1970, pues de los huesos de don Fernando de Tapia no se sabe el paradero.

El municipio español queretano surge en 1578, pero las oficinas fueron ubicadas en el naciente convento de San Francisco, cuyo perímetro fue el centro más importante de la joven población, y allí, en el claustro franciscano, se instalaron las autoridades eclesiásticas, civiles y militares. Ya hasta el siglo XVIII se fue el Corregidor –a secas– a la calle de El Hospital (actual Madero, entre Allende y Juárez).

Como comentario marginal, anoto que si bien el convento de San Francisco fue terminado en 1698, en el siglo XVIII se construyó el tercer cuerpo de la torre de la iglesia.

El insurgente queretano, padre Felipe Luna, supuestamente iba a levantarse en armas el 6 de abril de 1811 con toda la guarnición del convento de San Francisco en contra de la Corona española.

En los primeros días de febrero de 1867 –concretamente el día 5– se presentó frente a Querétaro una avanzada republicana al mando del jefe Carvajal y en los primeros momentos operó con éxito sobre una partida imperial, pero luego fue enteramente batida por Mejía al dar las cinco de la tarde, quedando en poder de éste la artillería, trenes, armamento y muchos prisioneros. El brigadier liberal Francisco P. Méndez, que participó en aquel encuentro con grado de oficial y

que quedó en poder del enemigo -narró el episodio al historiador y periodista conservador Ángel Pola- así como la forma en que salvó la vida merced a la intervención del militar indígena, que enfermo y todo acudió a la prisión para detener a Antonio Gayón que ya había mandado formar cuadro para ejecutar el fusilamiento frente a una cerca. Los imperialistas acelerados eran encabezados por “el Coyote”, un ayudante de Mejía. Éste mandó a los detenidos al convento de San Francisco y que se les guardasen todas las consideraciones precisas. Fueron exonerados por Maximiliano de trabajar en las obras de fortificación de la ciudad a pesar de los deseos de Márquez, quien quiso otra vez pasarlos por las armas cuando se supo la muerte de Joaquín Miramón en San Jacinto. Esta vez Maximiliano, a súplica de Mejía, ordenaría a su ayudante el capitán Lecerf que inmediatamente sacara a los prisioneros del calabozo franciscano y los pusiera a disposición del Cuartel General. Este triunfo de Mejía sobre los chinacos Carvajal y Cuéllar fue uno de los factores que levantaron el ánimo del emperador antes de la lucha definitiva.

El alto clero queretano fue avisado para que dispusiera la nueva catedral, San Francisco, para el cántico del himno de acción de gracias, que tuvo lugar una vez que terminó la ceremonia oficial el 19 de febrero de 1867, día de la llegada de Maximiliano a la ciudad. Después de la recepción en el Casino Español, Maximiliano caminó con su séquito por la calle del hospital Real de la Limpia Concepción, abarrotada de curiosos, para acudir al Tedeum en San Francisco. La suprema autoridad religiosa era el licenciado Manuel de la Soria y Breña, que había sido rector del Colegio Civil desde 1857 hasta 1860.

La ciudad presentaba en ese 1867 las huellas del debate que del intelecto se ha llevado a las armas; allá, frente a San Francisco, lo que fueron templos y el cementerio, en escombros. En otros tiempos, San Francisco era un vasto complejo de edificios que comprendía iglesia, convento, huertos, patios, callejones, cementerio y capillas anexas. La plaza de igual nombre –que los queretanos llamaban Plaza de Abajo- era muy pequeña (la mitad del actual Jardín Zenea). En el convento en cita se ubicó el hospital de sangre imperialista y el parque de armas y la gran torre, la mayor de la ciudad, serviría de mirador, especialmente al general Mejía y algo a Maximiliano que la cambió por la de San Francisquito.

Maximiliano se encamina a los sobre saturados hospitales el 4 de abril de 1867, los que se distinguen por unos trapos amarillos, colgados en su exterior, con un letrero negro que dice : “Hospital de Sangre”, en los cuales se alojan a heridos

imperiales como republicanos por igual, los cuales piden mejorar la organización sanitaria pues ante la escasez de todo han sido pésimamente atendidos, y es que el único hospital en forma era el de Santa Rosa –obra de Carlota Amalia, esposa de Maximiliano-, mientras que La Cruz, San Francisco y el Casino Español eran completamente improvisados.

Miramón ha sufrido otra pérdida irreparable: su amigo el coronel Farquet, que resultó herido en la batalla por la garita de México, ya iba saliendo de sus males cuando una intempestiva gangrena puso fin a su vida. Los funerales tienen lugar el 20 de abril en San Francisco, a los que concurrieron muchos jefes y oficiales, en medio de imponentes coros, cientos de cirios encendidos y las notas impactantes del gran órgano catedralicio. En la humilde caja de madera se depositaron el cuerpo y la espada del bravo coronel, que fue metida en una tumba hecha en el mismo suelo de la catedral, la que Miramón roció de agua bendita para después separarse del grupo fúnebre y retirarse montando en su caballo con rumbo desconocido, sumamente triste pero resuelto a fungir como padrino de los dos huerfanitos hijos de Farquet, porque la esposa de éste había muerto poco antes en Morelia al dar a luz a su segundo hijo. Cabe resaltar que Farquet, al igual que Miramón, fue niño héroe en las batallas de Chapultepec y Churubusco, durante la invasión norteamericana.

Miramón dormía en su casa ubicada en la calle de San Antonio 13 (hoy Hidalgo 18) cuando, a las tres de la mañana, es despertado para dársele una mala noticia: que sus oficiales de la línea del Río Blanco, Paz, Puente, Ontiveros y Gil de Castro y tres más, se han pasado a las filas liberales en medio de los disparos de fusil de sus ex compañeros que se mantenían fieles a la causa. Se viste rápido y va a la línea a poner calma, y cuando cree que todo ha regresado aparentemente a la normalidad se dirige al centro; eran las cinco y media de la mañana y cuando no había avanzado sino dos cuadras oye repicar las campanas franciscanas y violentando el paso se dirige a la plaza abajeña (hoy jardín Zenea) ordenando a un ayudante que vaya por sus caballos y de ahí a La Cruz, quedándose a la espera cerca de San Francisco con sus auxiliares Ordaz y Sepúlveda. Ordena a éste que lleve a sus tiradores a la plaza de San Francisco cuando el comandante Nava llega hasta él y le informa angustiosamente que “nos han vendido; toda la fuerza de La Cruz se ha perdido; el coronel López ha entregado la plaza y ya el enemigo me sigue muy de cerca”. Al llegar –ahora sí- al centro de la plaza franciscana, Miramón ve que su ayudante Ordóñez está amenazado por un jinete republicano

-un antiguo húsar belga de apellido Devaud, que había cambiado de bando-; El Macabeo toma su pistola, avanza veinte pasos y le dispara al neo juarista pero no le pega a causa de la oscuridad de la madrugada, por lo que el liberal dispara a la vez contra los dos imperialistas, mata a Ordóñez y hiere a don Miguel en la cara -concretamente en la mejilla derecha, pero la bala llegó hasta la oreja y salió astillando el maxilar- quien todavía corre ciego de ira y tapándose la herida con un pañuelo tras el neo chinaco para dispararle un segundo tiro que no acierta y, en cambio, el neo rojillo se le deja ir en bola con unos cincuenta hombres del batallón de Nuevo León que abren fuego contra el genial Macabeo que monta su caballo de manera veloz sangrando en abundancia.

Las campanas de San Francisco y de La Cruz serían las encargadas el 15 de mayo de 1867 de repicar para anunciar que todas las tropas republicanas distribuidas por la línea de circunvalación podían entrar a la ciudad tomada. Los chinacos se apoderan del parque general de armas imperialistas depositado en San Francisco y se hacen también de su torre para repicar las campanas regocijadamente, con lo que anuncian a Querétaro y México el triunfo y restauración de la República.

Contrastando con el silencio y la pesadez que se respira en las Capuchinas, prisión de Maximiliano, afuera todo es jolgorio en ese viernes 7 de junio de 1867, ya que en la plaza de Abajo se celebra una serenata con las bandas militares de los cuerpos que se encuentran todavía en la ciudad. Acude a ella Mariano Escobedo y queda muy satisfecho cuando le es dedicada la marcha “El Sitio de Querétaro”, compuesta por Mateo Cervantes, director de la banda del segundo batallón de Zapadores, la cual fue muy aplaudida al terminar su ejecución.

Hasta el 20 de junio tiene lugar la ceremonia en honor de Damián Carmona frente al templo de San Francisco en la antigua plaza del Recreo por su acto heroico del 27 de abril de 1867 por la tarde en que soportó sin sobresalto alguno el estallido de una granada imperialista que le despojó de su fusil. La gente robaba lo que fuera obligada por la miseria y el hambre, a grado tal que el material de escombros resultante de la destrucción de las capillitas del ex convento de San Francisco desapareció. Era tanta la penuria que hasta el reloj de San Francisco -catedral de Querétaro- se detuvo porque no hubo dinero para pagar al encargado de darle cuerda.

Impresionante es el acto en el que Escobedo amonesta y deja en libertad a los prisioneros de grado menor ese domingo 9 de junio de 1867. Lo menos que les dijo el general en jefe fue “El Supremo Gobierno tenía en sus manos la vida de los

que olvidando que eran mexicanos han peleado a favor de un extranjero elevado al poder por los invasores; pero el gobierno magnánimo siempre perdona a los que hasta hoy han sido enemigos de su patria, porque espera que su conducta futura corresponderá a la clemencia que se usa con los extraviados hijos de México...”

Más tarde recogieron sus pasaportes y con lágrimas en los ojos anduvieron pidiendo alojamiento entre la noble población antes de partir. En cambio, la caravana de jefes y oficiales de alto grado es doliente por lo mal vestidos, sucios, cargando mugrosas y modestas maletas y mal olientes petates donde dormían en prisión, pues se les ha ordenado que lleven sus pertenencias para que reposen en las noches de su largo camino. Cincuenta capitanes son enviados a Zacatecas y otros tantos a Guanajuato y setenta y dos a San Luis Potosí. Para aliviar un poco su precaria situación, Escobedo da cuatro pesos a los que son enviados aquí cerca, pero a los que se dirigen a la prisión del cerro de La Bufa les otorga siete pesos. La liberación de los antiguos imperialistas de ínfimo grado y el destierro y confinamiento de los de alto grado son vistos con sorpresa agradable por los vecinos de Querétaro, pues esperaban una ejecución masiva como ocurrió en San Jacinto.

Entre 1913 y 1916 que ocupó el Ejército Constitucionalista la ciudad de Querétaro, puedo decir que Venustiano Carranza no fue un ídolo en Querétaro, sobre todo por los actos de barbarie que la soldadesca afecta a él cometió dentro de los templos, como el defecar, orinar, bailar, emborracharse, liarse a balazos o golpes, practicar sexo y organizar bacanales en el rincón máspreciado por los queretanos como era el gran templo fundacional de San Francisco. Las autoridades dispusieron poner una nueva nomenclatura de calles y avenidas además de números progresivos a las casas y comercios, evitando en lo posible confusiones y facilitando la búsqueda de los mismos. El parte aguas de numeración y de puntos cardinales sería el viejo mercado Pedro Escobedo, ubicado en el antiguo huerto del convento de San Francisco.

Se limpiaron los restos de lo que fue la capilla de San Benito frente a San Francisco para prolongar la avenida Presidente Madero hasta topar con el convento franciscano y calle de Corregidora, agrandando el jardín Zenea hacia el sur, pero la principal agresión del carrancismo al catolicismo queretano vendría aquí: se derrumbó parte del convento, en su parte pegada a la iglesia, para hacer la calle Aquilés Serdán que llegaría hasta la plaza de Armas, destruyendo otros edificios y pasando por el callejón de Vergara. Para el queretano común esa pretensión era

irracional si ya existían como paso a la plaza de Arriba la calle del 5 de Mayo y el callejón de Cabrera (hoy Libertad). La necedad de Carranza lo empujó a empezar la obra destruyendo la fachada conventual y solamente paró la indignante empresa hasta que se dio cuenta que la cúpula del templo franciscano amenazaba con caerse y estaba agrietada toda la nave, ya que habían perdido estabilidad por culpa del capricho carrancista. Con la apertura de ese absurdo callejón Aquiles Serdán se destruyeron, entre otras cosas, dos arcos del portal de peregrinos con sus respectivas bóvedas y aderezos, la capilla de españoles de la virgen de los Dolores, el caracol para subir al coro, la antesacristía y la sacristía, la sala capitular o antecoro, la tribuna de la capilla del siglo XVI, salones, el crucero sur del templo y oficinas del convento. No faltaron los rumores del vulgo que relacionaban la empresa de tan inútil obra con la búsqueda de tesoros escondidos en los muros y piso del ex convento franciscano. Hasta los años treinta del siglo XX los frailes franciscanos lograron reconstruir lo que la barbarie carrancista destruyó. El viejo atrio fue tirado en 1970 en un absurdo intento dizque modernizador.

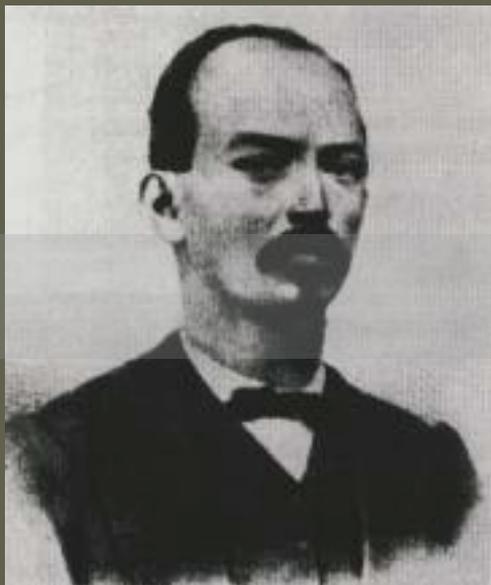
TEATRO DE LA REPÚBLICA



Litografía Teatro Iturbide.



Teatro de La República y
vista del teatro Iturbide.



Coronel Platón Sánchez,
presidente del Tribunal Militar,
1867.

TEATRO DE LA REPÚBLICA (JUÁREZ ESQUINA CON ÁNGELA PERALTA)

A partir de 1573 hubo una orden real en todo el Imperio español que obligaba a los pueblos, villas y ciudades a contar con una alhóndiga para aprovisionar de alimentos y granos básicos a las poblaciones en futuras emergencias, por lo que la Alhóndiga de Querétaro se construyó en el perímetro de la plaza de San Francisco, hacia el norponiente, concretamente en las esquinas de la calle segunda de San Antonio y de la Alhóndiga, actuales Ángela Peralta y Juárez. El terreno de la Alhóndiga cubría casi toda la cuadra y manzana, hasta donde hoy conocemos como las oficinas de la CFE. El terreno de la casa paterna de don Juan Caballero y Ocio.

En el año de 1749, se amotinó el pueblo de la ciudad de Querétaro protestando por la carestía de maíz y trató de apoderarse de los granos que se guardaban en la Alhóndiga, pero don José de Escandón, conde de Sierra Gorda, obrando con energía pero con suma prudencia, logró calmar los ánimos y pacificar la ciudad.

Al llegar la Independencia de México, esos edificios realengos pasaron a formar parte del Estado federal, de las entidades federativas o de los ayuntamientos, quedando la propiedad del solar de referencia en favor del municipio de Querétaro.

En 1845 los gobernantes y pueblo de Querétaro reflexionaron sobre la necesidad de contar con un teatro, digno de la ciudad, por lo que llegaron a la conclusión de que la antigua Alhóndiga ya no cumplía con su función o no era tan necesaria porque había otros almacenes de víveres, y decidieron construir el teatro sobre 994.43 metros cuadrados del viejo almacén. El gobernador era Sabás Antonio Domínguez y el arquitecto, autor del proyecto y primer constructor, fue Camilo San Germán. El Estado le dejó al Ayuntamiento capitalino la responsabilidad de conseguir los 4 mil pesos necesarios para arrancar la obra,

lográndolos gracias a que se le presionó a español don Cayetano Rubio –dueño de las principales fábricas- que cooperara como una especie de indemnización al pueblo por el aprovechamiento que hacía de las aguas del Río Blanco (hoy Querétaro).

La guerra contra los Estados Unidos interrumpió el proyecto del coso, pero el 29 de abril de 1852 fue terminado y bendecido, y su inauguración y estreno el 2 de mayo del mismo año, con la reticencia de los mochos que no querían obras inmorales que iban a dañar el alma de los pueblerinos. Se llamó “Teatro Iturbide” Y el 16 de septiembre de 1854 se estrenó en él el Himno Nacional mexicano, por unas horas fue primero que en el resto del país. Entre los años 1852-1854, lo visitó el bardo Guillermo Prieto, desterrado por Santa Anna, y en su magistral obra “Viajes de orden suprema” escribió bellas y mordaces palabras sobre el teatro y la gente que acudía a él.

El bello coso, el mejor de su época, es pequeño en materia, pero gigante en espíritu porque ha sido escenario de los acontecimientos más importantes de la historia de México:

Fue escenario donde se consagró de México para el mundo la talentosa soprano Ángela Peralta en el último tercio del siglo XIX. Fue sede del Tribunal de Guerra que juzgó y sentenció a muerte a Maximiliano, Miramón y Mejía en junio de 1867 y su techo de plomo fue desmantelado para fabricar balas de cañón y balas de fusilería en favor de los sitiados en el famoso sitio de Querétaro.

Aprovechando la estancia de tanto desocupado antes del sitio de Querétaro, una compañía dramática queretana ha organizado para el 27 de febrero de 1867 una función de teatro que tiene verificativo en el coso Iturbide. Allí están muchas familias de la localidad y por supuesto muchos oficiales, vestidos de la mejor forma posible. La iluminación es espléndida y la orquesta interpreta magnífica entrada y comienza la obra “Matilde”, que es la dramatización de la novela del mismo nombre del autor Emilio Sue. Al terminar la obra, las familias decentes se retiran a sus hogares y los oficiales calaveras poco cuidadosos del porvenir y enemigos del silencio van a concluir su noche a los muchos centros de diversión que se han abierto y que tienen el rumboso nombre de “fondas francesas”.

El miércoles 12 de junio de 1867, a primera hora, Escobedo devuelve al fiscal el expediente formado contra Maximiliano, Miramón y Mejía, por considerar – junto con su asesor especial- que el mismo está bien elementado y se da a la tarea de formalizar el nombramiento de los integrantes del consejo de guerra

que será presidido por el teniente coronel Platón Sánchez y por los comandantes capitanes que nombre a la mayor brevedad posible el Mayor General, resultando designados José Vicente Ramírez, Emilio (Emiliano digo yo) Lojero, Ignacio Jurado, Juan Rueda y Auza, José Verástegui y Lucas Villagrán, despachando los oficios correspondientes con cita para el día de mañana a las ocho horas en el teatro Iturbide para instalar dicho órgano jurisdiccional. También son notificados de todo ello los defensores. Se toman las providencias de seguridad para custodiar a los acusados en su traslado desde Capuchinas y estaba en el coso queretano. Sabedor el archiduque de la celebración del consejo, se niega terminantemente a acudir, no así sus generales. Foresta, el cónsul francés en Mazatlán, fue a visitar a Maximiliano y al notarlo enojado por tener que acudir al juicio lo trató de consolar diciéndole: “No olvide usted que el banquillo de los acusados fue un pedestal para Luis XVI y María Antonieta”. Para Fuentes Mares esto fue un “consuelo de los mil demonios porque el hombre (Maximiliano) no tenía el menor interés de subir al pedestal con el pecho acribillado”.

El teatro Iturbide iba a ser la sede del juicio por ser el único sitio de la ciudad con un cupo para más de seiscientas personas sentadas (seiscientas setenta le caben hoy en 2016) y se encontraba arreglado como para una fiesta, incluyendo festones en el escenario, lo que puso en congoja a la princesa de Salm Salm, quien no podía imaginar a su adorado Maximiliano, débil y enfermo, sujeto a la mirada del público y degradado por éste, por lo que se empeñó en convencerle de no asistir a dicho foro y en darle a tomar un medicamento que lo hiciese parecer más enfermo. De todos modos, el rubio pensó que lo obligarían a asistir, incluso por la fuerza, pero ya Inés había convencido a su admirador Villanueva que tomara las medidas pertinentes para que el acusado extranjero estuviera tranquilo.

Previo a la instalación del consejo de guerra –considerado como una farsa digna del teatro por los observadores europeos-, en ese jueves 13 de junio, el teniente coronel Carlos F. Margáin ejecuta la orden de que a las seis de la mañana se formen frente al templo de San José de Las Capuchinas cincuenta cazadores de Galeana debidamente montados y armados y cincuenta hombres del batallón de Supremos Poderes, quedando todos ellos al mando del coronel Miguel Palacios. A eso de las nueve de la mañana, una escolta acude a las celdas de Miramón y Mejía para llevarlos en un carro cerrado -custodiado por cuatro compañías de infantería y una de caballería- al teatro, en donde hay una banda militar tocando músicas alegóricas, lo que se le hace de mal gusto a los seguidores de los enjuiciados. El

foro está completamente abarrotado y, sin embargo, la concurrencia –entre la que había pocas damas que estuvieron por breve tiempo según von Tavera- guarda un silencio expectante: ¡van a ser testigos del acto más importante de la historia patria! El coso se encuentra pobremente iluminado por lámparas de petróleo y unos cuantos candelabros y en el escenario –transformado en sala judicial mediante bastidores- está la mesa de la presidencia del consejo de guerra, las de la fiscalía y de la defensa así como los banquillos de los tres acusados, destinando el más bajo para el ausente, ya que la estatura de Maximiliano era considerable. La luz era tan mortecina que no se pudieron tomar fotografías del evento –no existía el flash- y se recurrió a dibujantes. Cuando los generales sujetos a proceso llegan son conducidos al vestíbulo del teatro para esperar la determinación de que ha iniciado el consejo, pero como esto se retarda, Miramón y Mejía toman asiento entre una valla de soldados. Va a saludarlos el jefe de la plaza queretana, Julio María Cervantes, quien recibe de El Macabeo una fuerte ironía: “Hombre, dile a “El Orejón” que ¿qué placer tiene en estarnos atormentando? ¿Para qué consejo de guerra y todas esas tonterías?, más valía que de una vez nos mataran y que se acabara así este mitote”. El mismo cuerpo edilicio había suspendido una importante sesión sobre la reconstrucción de la ciudad sitiada por setenta y dos días: prefirieron los concejales acudir morbosamente al teatro que hacer su delicado trabajo. ¡El proceso era el tema número uno entre los habitantes de la triste ciudad!

A las once de la mañana, en el teatro Iturbide, comenzó el fiscal Azpíroz la lectura de la acusación, anticipándola con el certificado de los médicos que aseguraban que el austriaco no podía salir de su celda. Por fin, a las tres de la tarde, inicia el consejo su tarea sustancial y es introducido al escenario don Tomás Mejía –subiendo la escalera con gran esfuerzo, enfermo y con el uniforme descuidado- junto con su abogado Próspero C. Vega, quien hace una extraordinaria defensa subrayando cómo Mejía había respetado las vidas de los liberales y republicanos que caían en sus manos, a manera de jalón de orejas para Escobedo y Treviño que estuvieron en esa situación. Dice Ratz que el discurso del jurista Vega no correspondía a una lógica jurídica sino que era un argumento dirigido al corazón de los jueces. Su principal punto de defensa fue el de considerar que don Tomás nunca colaboró con la intervención sino que más bien esperó su desenlace en la Sierra Gorda y que si apoyó al Imperio en todo caso era un error y no un crimen. Cuando el presidente del consejo le hizo la rutinaria pregunta de cómo se

llamaba, Papá Tomasito burlescamente contestó: “Bien lo saben ustedes”. Cuenta don Bernabé Loyola que en un pasaje de su defensa, el relativo a que nunca atacó sino que se había limitado a defenderse en la guerra de Reforma y en la de Intervención (además de haber sido defensor de la soberanía nacional contra los yanquis en la batalla de La Angostura) el noble serrano “derramó algunas lágrimas”. Se defendió el indio serrano también con el argumento de que al darse cuenta de que el Imperio ya no respondía a la confianza del pueblo él renunció varias veces ante el gobierno imperial, el cual no le aceptó la dimisión, y ni modo de que él, siendo tan firme y leal, abandonara su puesto como vulgar desertor. A las cuatro es llevado don Tomás al vestíbulo y de ahí a Capuchinas, mientras que entra Miramón elegante y orgulloso, imponente y avasallante, al banquillo de los acusados en compañía de sus abogados Jáuregui y Moreno, los que argumentan que la Constitución de 1857, en su artículo 23, prohíbe la pena de muerte y, entonces, se aplique la mayor sanción a su defensor pero diferente a la pena capital. Cita Ratz a von Tavera –testigo del acto- quien dice que la mirada altiva de Miramón no podía ser sostenida por los jueces que varias veces se vieron obligados a bajar la vista. El Macabeo no dejó de ver repetidamente su reloj de bolsillo con aire aburrido por considerar los alegatos de sus defensores como buenos técnicamente pero expresados sin calor. Concluida esta defensa a las dieciocho horas, el ex presidente de la República centralista es trasladado a Capuchinas entre un mar de gente que atestaba las calles, al tiempo que los defensores de Maximiliano, Eulalio María Ortega y Jesús María Vázquez, inician una larguísima defensa en donde, lo mismo se argumentaba que el consejo era incompetente para juzgar a su cliente, que sostener que Maximiliano no era usurpador y que había observado una conducta favorable a los mexicanos ante los opresores franceses. A las veinte horas concluye la fatigosa diligencia última y los defensores se trasladan a las celdas de sus representados a cambiar impresiones sobre lo ocurrido en el foro, mientras que los miembros del consejo de guerra se declaran en sesión secreta asistidos por el asesor jurídico de Escobedo. Los capitanes imberbes e ignorantes que formaban el consejo marcial habían quedado impresionados con los alegatos de los defensores, pensaban éstos.

Mientras tanto allá en el teatro Iturbide, alrededor de las doce y media del día, termina la lectura del proceso que inició a las ocho de la mañana, en que el fiscal acaba de pedir la pena de muerte para los tres inculpados. ¡La presencia de Juárez se sentía en la sala! Los defensores replican llamando infame al fiscal por haber

depositado hasta hoy dos cuadernillos más de acusaciones y pruebas en contra de sus defensos que no constaban en el interrogatorio y el consejo de guerra pasa a deliberar a puerta cerrada, terminando a las once y media de la noche: la sentencia es condenatoria por unanimidad ¡pena de muerte! Según la legislación de 1862, la resolución sólo podía ser o absolutoria o de pena máxima, nada de prisión perpetua o destierro. Otra vez, Escobedo da muestras de desconfianza en la capacidad de juicio de sus novatos capitanes que integran el consejo marcial y pone el expediente en manos de su asesor jurídico Escoto para que rinda un dictamen u opinión.

Acogió también el hoy Teatro de la República en su seno, previa remodelación como instalarle una tribuna de madera fina, a la última asamblea constituyente, la de 1916-1917, compuesta de 219 diputados constituyentes, los cuales sesionaron de manera previa del 27 al 30 de noviembre de 1916 en él, para después hacerlo como Congreso del 1 de diciembre hasta el día 31 de enero del año 1917 en que se protestó y firmó la Carta que hoy nos rige y que por sus derechos y garantías sociales fue tomada como referencia por Rusia, China, Weimar, Francia e Italia, además del Tratado de Versalles que puso fin a la llamada Primera Guerra Mundial en 1919. En el Teatro Iturbide no se inventó el derecho social ni los derechos sociales: no; éstos se inventaron en la Alemania de Bismark, pero lo que sí sucedió en él fue que el derecho social se transformó de simple protector de los derechos de los más desposeídos, en un derecho tutor pero también reivindicador de los segmentos más vulnerables de la nación desde el punto de vista económico, y todo por atreverse a llevar a una Constitución, por primera vez en el mundo, las llamadas garantías sociales. Los derechos sociales ya habían sido llevados a constituciones como la francesa, alemana o italiana, pero no las garantías o instrumentos para hacer eficaces esos derechos.

En 1916 el gobernador de Querétaro, Federico Montes, tuvo la ocurrencia de cambiarle el nombre de “Teatro Iturbide” por “Teatro Vicente F. Escobedo”, nombre de un periodista amigo de él, muerto en la Revolución. ¡Nunca lo hubiera hecho! Carranza, viejo barbas de chivo, era admirador de Iturbide y de Juárez, y por ello había escogido como sede del Congreso Constituyente a Querétaro, por lo que más que enojado ordena que se vuelva a la antigua nomenclatura del inmueble. Es hasta el 27 de septiembre de 1922 que el gobernador José María Truchuelo decide cambiar el nombre del teatro al actual “Teatro de la República”, no esperando a que viniera en 1970 Luis Echeverría a cambiárselo por “Teatro

Vicente Guerrero”, porque ya ven amigos lectores que LEA borró todo lo que se refiriera a Iturbide y lo cambiaba por Guerrero, negándole a don Agustín todo mérito en la consumación de la Independencia Nacional.

También en marzo de 1929 sería cuna de la fundación del Partido Nacional Revolucionario –abuelo del PRI- al morir Obregón y reflexionar Plutarco Elías Calles que era tiempo de pasar de los caudillos a las instituciones.

En diciembre de 1933 el candidato Lázaro Cárdenas del Río convirtió al inmueble en la sede de la convención nacional que impulsó los primeros intentos de planeación nacional y cambió la duración del tiempo presidencial de cuatrienios a sexenios, emitiendo en el Teatro de la República el primer “Plan Sexenal” en la historia de México.

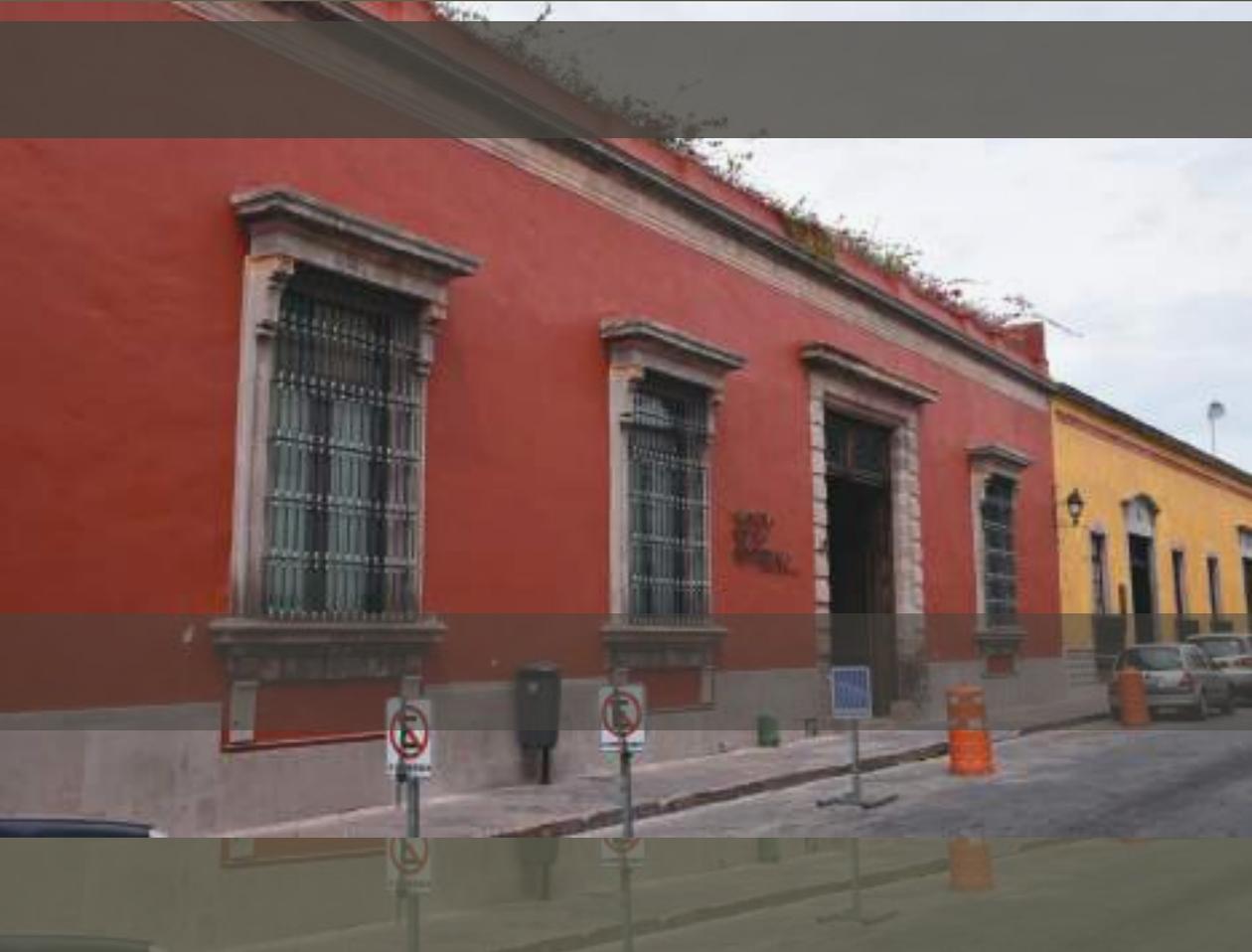
El Teatro tuvo años aciagos, allá por 1949, al ser derruido el cine Goya para abrir la actual avenida de 16 de Septiembre, el coso se convirtió en sala cinematográfica donde se exhibían filmes de mínima calidad y lo peor llegó cuando lo convirtieron unos chilangos en ¡arena de lucha libre!. El gobernador Juan C. Gorráez lo rescató en 1959 dejándolo igual que el día de su inauguración, pero sería hasta diciembre de 1973 que se dignificaría por completo: el ya gobernador Antonio Calzada Urquiza lo remozó totalmente y lo declaró recinto oficial de la Legislatura a partir del día 20 de ese mismo mes y año. Los pobres diputados locales sesionaban –al igual que los magistrados del Tribunal-, en el ya incómodo y apretujado edificio de Madero 70 donde convivían los tres poderes locales.

Los gobernadores Calzada Urquiza, Loyola Vera, Garrido Patrón y Calzada Rovirosa han tomado posesión en él, con la diferencia de que a la toma del cargo del arquitecto Calzada vino ¡el propio Presidente de México, Luis Echeverría Álvarez! Ya luego en 1977 el presidente López Portillo reunió a la República en el teatro queretano para llegar a acuerdos importantes entre todos los protagonistas de la política nacional, pero México no dejaba de ser país de un solo hombre al fin de cuentas.

Desde el 5 de febrero de 2017 es propiedad federal bajo la custodia y asignación del Senado de la República.



CASA DEL GENERAL LEONARDO MÁRQUEZ



Casa de Márquez calle Hidalgo.



Casa donde habitó Leonardo Márquez
por Arturo Moreno Negrete.

CASA DEL GENERAL LEONARDO MÁRQUEZ (HIDALGO 4)

Esta magnífica edificación fue construida en el siglo XVIII, en la calle más lujosa de la ciudad de Santiago de Querétaro, donde más agua potable había en el apogeo de “La Tercera Ciudad del Reino”. Está dotada de varios patios con arquería y colindaba casi con la calle postrera que es la de Morelos, donde colindaba con el mercado de El Carmen. Es propiedad de la familia González Cosío Septién y está convertida en un hotel de gran turismo llamado “La Casona de la República”.

Esta señorial mansión fue utilizada para alojamiento del jefe del Estado Mayor de Maximiliano, Leonardo Márquez, de nefasta memoria entre los republicanos, que ocupó del 19 de febrero al 23 de marzo de 1867, día en que salió para México. Desde esta casa dio algunas de sus brutales órdenes para desalojar a los queretanos de sus bienes ya en especie o ya en dinero y en la que con un grupo de militares adictos a él intrigaba en contra del general Miguel Miramón que vivía muy cerca.

Maximiliano debió tomar el mando supremo del gobierno y del ejército para evitar las rivalidades entre los generales, ya que Márquez y Miramón no podían verse ni en pintura por viejas querellas, entre otras, el que el “Tigre de Tacubaya” –sobrenombre de Márquez-, imputara sus crímenes en contra de médicos y enfermeras civiles de Tacubaya en 1857 a don Miguel Miramón.

El 17 de febrero en San Juan del Río, la última población de importancia en el camino a Querétaro, Maximiliano mandó publicar una orden del día en la que puso arreglo en la organización de ejército. Él mismo sería generalísimo; Márquez quedaba solamente como jefe del Estado Mayor y no como comandante en jefe del ejército, como era su pretensión; Miramón estaría al frente de la infantería o

primer cuerpo del ejército; Severo del Castillo mandaría al segundo cuerpo al que se le uniría Méndez, y finalmente Mejía mandaría a la caballería o tercer cuerpo.

Márquez recibió el 24 de febrero de 1867 una carta del gabinete imperial de la Ciudad de México, en la que Teodosio Lares le escribe que no espere ayuda alguna para resistir, y que si se llegara a juntar algo sería imposible hacerlo llegar a Querétaro, que en todo caso se recogería por tropas del emperador en Cuautitlán o en Arroyo Zarco. Esto suponía dejar desguarnecidas las dos ciudades y la pérdida casi segura de ambas. Maximiliano ya advertía en aquellos momentos la red de embustes que se le había tendido para sacrificarle estérilmente. Concentradas en la “Jerusalén de América” todas las fuerzas reaccionarias, se habían posesionado de los sitios más importantes de la ciudad, procediendo luego a construir trincheras para el caso de un ataque sorpresivo de las guerrillas que no lejos de la ciudad operaban.

Así las cosas, las tropas imperialistas reunidas en Querétaro ascendían a nueve mil hombres, y su organización fue la siguiente ya que hubo una ligera variación respecto a lo anunciado por Maximiliano en San Juan del Río unos días antes: Fernando Maximiliano de Habsburgo, general en jefe; Leonardo Márquez, cuartel maestre general; Miguel Miramón Tarelo, general en jefe del cuerpo de infantería; José Tomás Mejía Camacho, general en jefe del cuerpo de caballería; Mariano Reyes, comandante general de ingenieros; Manuel Ramírez de Arellano, comandante general de artillería; y Ramón Méndez, jefe de la brigada de reserva.

Prisiones, cateos, hambre y viejos y mujeres conducidos a las trincheras para arrancarles el dinero y alimentos, es la secuela que deja Leonardo Márquez en esta tierra, dictadas desde su casa de Hidalgo 4; crueles vejaciones, tortura, infamia, para llenar de oro a sus oficiales que lo gastan noche a noche en mesas de juego, mientras que la población de la periferia de la ciudad y de las haciendas, estancias y ranchos vive en la zozobra total porque se han multiplicado los gavilleros, sobre todo en el camino a México donde anda la tal “Carambada”.

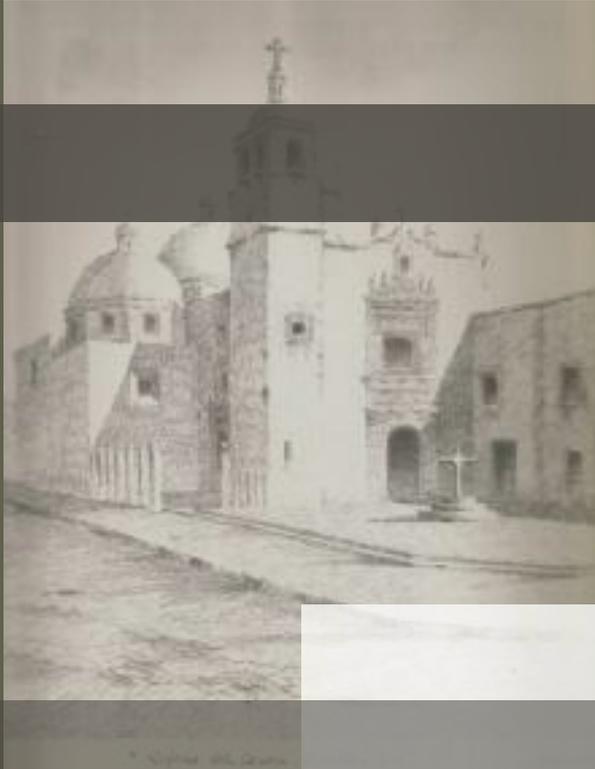
Dentro de la ciudad, el 21 de marzo el archiduque ha decidido enviar a Márquez a México para traer los recursos necesarios. Entre otras medidas obligadas para su Imperio, nombra a Leonardo Márquez como lugarteniente del Imperio, y que acompañe a éste el tráfuga Santiago Vidaurri como secretario de Hacienda, además de suprimir cargos ministeriales y fusionar otros y nombrar nuevos ministros por la desilusión que le causaron los que dejó encargados desde el 13 de febrero de este año de 1867. Todavía tiene humor el monarca de escribir este día

una carta a Schaffer en que llama en italiano “viejas mujeres” a sus ministros y que ponga el destinatario de la carta a buen recaudo la plata, los carruajes, caballos, vinos y vajillas imperiales, como si se estuviera despidiendo de este mundo. Los poderes y facultades dados a Márquez eran los más amplios y plenos. En una carta enviada el mismo día a Carlos Sánchez Navarro, le pide a éste cuidar mucho del archivo particular e imperial, y en caso de urgencia mejor quemarlo.

Cuando salió de Querétaro Márquez el día 23 de marzo, no durmió en su casa sino en una celda del convento de La Cruz para estar más cerca de sus tropas.



TEMPLO Y CONVENTO DE EL CARMEN

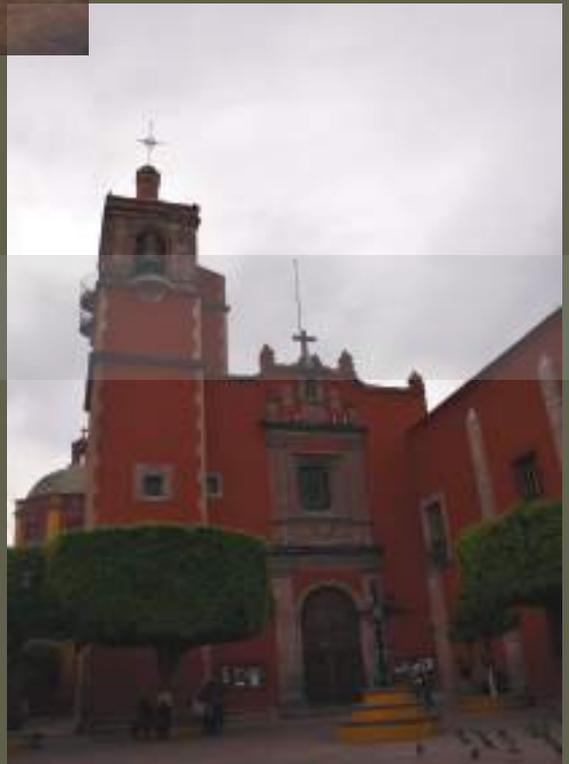


El Carmen y Mercado del Carmen.



Exterior del Carmen.

El Carmen por Pilar Carrillo.



TEMPLO Y CONVENTO DE EL CARMEN (AVENIDA MORELOS ESQUINA CON CALLE JUÁREZ)

Con una prosa hermosa nos dice el cronista Ramírez Álvarez sobre El Carmen: “Hermoso relicario que guarda joya preciada y muy amada de mi ciudad. Lugar atrayente para pobres y ricos, niños y ancianos, hombres y mujeres. Todos allí se postran a los pies de la Virgen del Carmelo, en demanda de piedad para los últimos instantes de la vida y los primeros de la eternidad, a los que todos tememos, más a los que todos nos acercamos irremediabilmente.

Pertenecieron este convento e iglesia a la Orden de Carmelitas Descalzos de la Provincia de San Alberto de México, fundada en 1585. Según dato no confirmado llegaron a esta ciudad los padres carmelitas en 1602. Pero fue hasta 1614, en la octava de Santa Teresa, cuando se fundó el convento en una ceremonia sencillísima, consistente en una misa celebrada en la casa particular del Sr. Francisco Medina.

Se opusieron a la fundación de este convento los padres franciscanos de Celaya, y para impedirla, litigaron ante las autoridades, recibiendo el 2 de enero de 1615 fallo adverso. La primitiva iglesia fue hecha pobremente gracias a la generosidad de Dña. Isabel González. Fundó el convento Fray Rodrigo de San Bernardo, Primer Provincial de San Alberto y el Primer Prior fue Fray Pedro de la Concepción.

El insigne Br. D. Juan Caballero y Ocio reedificó la iglesia y renovó el convento en 1685. Los religiosos de la Orden, queriendo dar mayor esplendor a la iglesia y comodidad al convento, dispusieron se reconstruyera en 1759 dándole la forma que hasta hoy tiene lo que de ello se conserva.

Por 1863 fue clausurada la iglesia y abandonado el convento. Después del sitio se utilizó para cuartel, siendo por ello notablemente destruida la iglesia. El 16 de julio de 1875 fue nuevamente abierta al culto gracias a las gestiones de dos piadosas mujeres. En este período fue su primer encargado fray José de la Soledad que inmediatamente procuró presentarla con decoro. A este fin encargó al artista queretano D. Vicente Juárez, se hiciera cargo de la obra dejándola éste, más o menos, en la forma actual.

Sin ser noble en su interior, es bello. Sus albos altares cintilan con mil adornos dorados entre los que destaca el café obscuro que visten los santos de la Orden que allí se veneran. Notable sí, es la Imagen de la Virgen del Carmen que data de mediados del siglo XVIII. Es bellísima, de una expresión de dulzura y candor que arroban. Su fiesta, la celebra el pueblo todo con gran entusiasmo; es una de esas fiestas que congregan a toda la familia queretana, porque la Virgen del Carmen es venerada aquí por todos...” Hasta aquí el elegante cronista.

Del convento sólo queda un pequeño patio convertido en casa de vecindad y desde hace sesenta años en la escuela primaria “Vicente Riva Palacio”. La amplísima puerta, cuya barda aun podía verse y apreciarse su singular construcción, hacia la calle de Juárez, fue famosa por sus hermosísimos sembradíos de flores. Como éstas asomaban curiosas por la barda, se dio el simpático nombre de “Miraflores” a la calle citada.

En la parte trasera de la iglesia, sobre la avenida Morelos, estuvo el Cuartel General del famoso cuerpo de “Rurales de Querétaro”. Frente al costado de la iglesia, ocupado ahora por moderna casa de comercio, estuvo un mercado llamado de El Carmen, que fue fundado a fines del siglo XVIII y renovado en los años de 1882 y 1897.

Se corre la noticia de que los imperialistas acuartelados en el convento de El Carmen cometen desórdenes en estado de ebriedad producto de la inactividad de la soldadesca y la despreocupación de la que hacen gala muchos oficiales, sobre todo franceses remisos en el mes de febrero de 1867, antes del comienzo del Sitio de Querétaro.

La crónica de la época cuenta que gracias a este estado de alerta, más de una intriga parroquial llegó a su desenlace, y que más de un combatiente herido fue cuidado por bellas manos, lo que contribuyó a su curación; otros, menos dichosos y heridos de muerte, fueron enterrados en campo santo y llorados por bellos ojos. Sus cuerpos no fueron echados a una fosa desconocida, sino en un sitio donde

no faltara quien vaya alguna vez a arrodillarse y a evocar tiernos o dolorosos recuerdos.

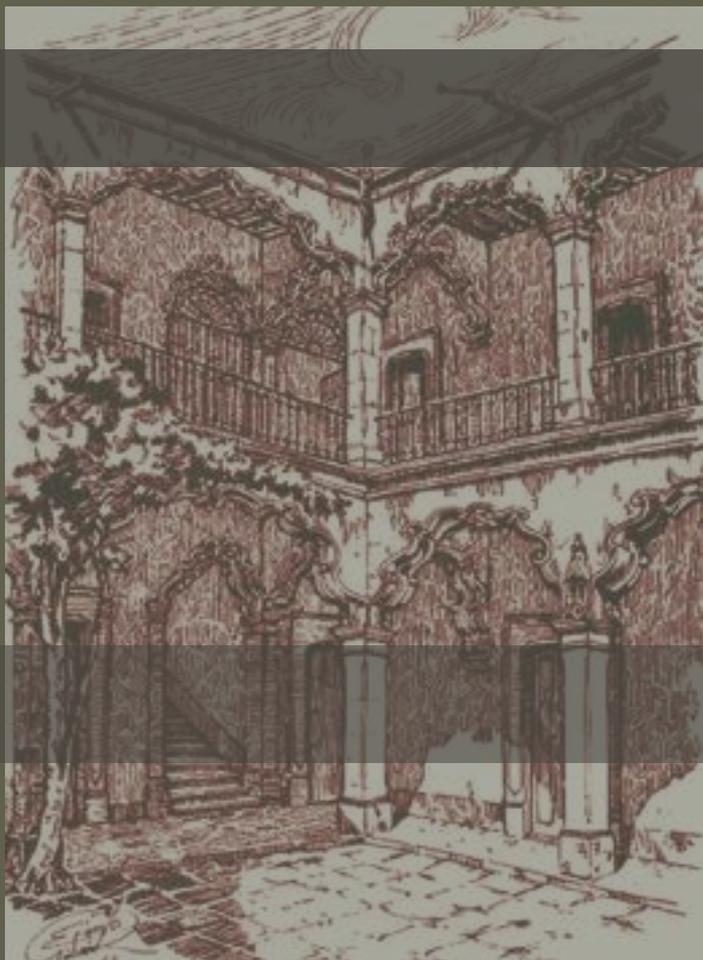
El amanecer del día 26 de marzo de 1867 encuentra a los sitiados fabricando parque por la merma sufrida en la lucha del día 24. Las campanas de las iglesias se trocan en granadas y la techumbre del teatro Iturbide se convierte en balas. Una de las fábricas de proyectiles improvisadas por Ramírez de Arellano se encuentra en el ex convento de El Carmen. Muchos de los fusiles viejos y usados tienen que ser reparados sin los útiles y sin la maquinaria tan indispensable en esta clase de trabajos.

Escasean a tal grado los alimentos dentro de la triste ciudad sitiada, que en el tianguis de las afueras de El Carmen se vende la ración –no el kilo- de carne de mula asada y con un poco de sal en un peso (aproximadamente mil pesos actualizados al año 2016 en que escribí este libro) ¡Tiernos y catitos se veían los riquillos o sus mandaderos comprando tan burdos manjares!

Los republicanos ocupan como cuarteles los conventos de San Agustín, Capuchinas, Teresitas, El Carmen y La Congregación además de otros lugares que antes fueron cuarteles imperialistas, entre ellos las casas que habitaron los jefes y oficiales sitiados ahora serían alojamiento de los altos mandos triunfantes ese 15 de mayo de 1867.



CASA DEL CONDE DE SIERRA GORDA



Casa del Conde de Sierra Gorda,
dibujo de Galván.



Casa del Conde de Sierra Gorda de Miramon.



Casa del Conde de Sierra Gorda.

CASA DEL CONDE DE SIERRA GORDA (ESQUINA DE HIDALGO 18 Y ALLENDE)

La casa situada en la esquina de la calle tercera de San Antonio y del Cruzado, hoy Hidalgo 18 y Allende, fue la residencia de don José de Escandón y Helguera, conde de Sierra Gorda. En el año de 1728 el virrey don Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, lo nombró sargento mayor de su regimiento y lo comisionó para pacificar a los rebeldes indios chichimecas de la Sierra Gorda, que en luchas de más de cien años no habían sido sometidos a pesar del esfuerzo de distintos jefes militares y de las grandes sumas de dinero gastadas por la Real Hacienda.

En el año de 1744, por orden del virrey don Pedro Cebrián Agustín, conde de Fuenclara, don José de Escandón entregó las misiones de la Sierra Gorda a los religiosos franciscanos y éstos lo ayudaron grandemente en sus labores de pacificación y de fundación, y más tarde muy especialmente fray Junípero Serra, que recibió las misiones en el año de 1750.

Don José de Escandón y Helguera, entre otras muchas obras meritorias, fundó los pueblos de Vizarrón, de Peñamiller, y de Nuestra Señora del Mar (Saucillo), dotándolos de todo lo necesario para su orden y desarrollo. Fundó catorce poblaciones en las costas de la Nueva Santander, hoy Tamaulipas, y diez más en las riberas del Río Grande en el norte, así como un considerable número de haciendas de labor y de obras de beneficio social.

El virrey, don Francisco de Güemes Horcasitas, conde de Revillagigedo, que gobernó desde julio de 1746 hasta noviembre de 1755, lo nombró su lugarteniente y ordenó a todos los gobernadores, capitanes generales y justicias que se subordinaran a don José, quien en el rango militar llegó a mariscal. Además, por

indicaciones del virrey, don José levantó planos completos de todos los territorios que pacificó y pobló.

En el año de 1748, en el cerro de la Media Luna en la Sierra Gorda, don José de Escandón sostuvo un sangriento combate con los indios rebeldes chichimecas, que fueron derrotados y diezmados, así la región quedó definitivamente pacificada.

En el mismo año de 1749, el rey de España don Fernando VI, otorgó el título de conde de Sierra Gorda a don José de Escandón y Helguera, para reconocer con esto los inmensos beneficios y servicios que había prestado en favor de la Corona Española y del virreinato.

Don José de Escandón y Helguera, conde de Sierra Gorda, falleció el día 10 de septiembre de 1770 y fue sepultado con grandes honores civiles y militares. Antes de construir esta casona vivió en la que está ubicada enfrente del jardín Zenea y que hoy ocupa la sucursal principal del banco BBVA Bancomer.

Durante la estancia en Querétaro de Fernando Maximiliano de Habsburgo, desde febrero de 1867 hasta mayo del mismo año, el general imperialista don Miguel Miramón estuvo alojado en la "Casa del conde de Sierra Gorda", donde incluso se celebraron "juntas de consejo de guerra" presididas por Maximiliano.

Después del fallecimiento de don José de Escandón, su casa estuvo habitada por familiares de su descendencia hasta llegar a la familia de Samaniego que la ocupó hasta el año de 1890, fecha en la que fue adquirida por la familia Legarreta. Posteriormente, la finca perteneció a distintos dueños, entre ellos el Banco Nacional de México y Antonio Pérez de la Peña, y ahora es de un ciudadano estadounidense que la habita solamente seis meses cada año.

En los primeros días de enero de 1867, llegó a Querétaro Miramón, y lo primero que hizo fue visitar a Tomás Mejía en su postración mórbida porque el ex presidente de México- o sea Miramón- pretendía que don Tomás distrajera a las fuerzas de Escobedo –a la sazón en San Luis Potosí- mientras él, Miramón, caería intempestivamente sobre Zacatecas, en la retaguardia del enemigo, tras una serie de movimientos sigilosos para cruzar una amplia faja de territorio sin ser sentido por los republicanos. Empero, la enfermedad de Mejía le impidió participar en la operación y entregó entonces las fuerzas a su mando al general Severo del Castillo para que coadyuvara al éxito de aquella misión típicamente audaz al estilo miramoniano. Pero si bien la primera parte del plan se cumplió cabalmente con la toma de Zacatecas – a la sazón sede del gobierno juarista- Miramón sufrió una terrible derrota en San Jacinto perdiendo al grueso de su ejército –después de que en Zacatecas pudo vestirse de gloria al estar a escasos

metros de aprehender al licenciado Juárez y su comitiva en las faldas del cerro de La Bufa- en la que se aprisionaron a ciento nueve franceses que fueron fusilados por órdenes de Mariano Escobedo, incluyendo en la lista de ejecutados a Joaquín Miramón, hermano de El Macabeo Mexicano.

La entrada a la ciudad de Querétaro por parte de Miramón el 8 de febrero de 1867 fue penosa por sus tropas fatigadas, derrotadas, sin armas y faltas de ropas, municiones y alimentos. El general Miguel Miramón estableció su Cuartel General en la calle tercera de San Antonio 13 (hoy Hidalgo 18 donde fue la casona de la familia Legarreta y más tarde Banamex y notaría pública de los Pérez Alcocer) en un antiguo palacio señorial que construyó en el siglo XVIII el conde de Sierra Gorda y en donde vive Miramón con gran estilo -según las cotillas de Querétaro, que hasta amoríos con ciertas damas de la ciudad le colgaron-, además de excesos alcohólicos que empeoraron su dolencia hepática, y por lo cual buscó al médico Vicente Licea que cuidaba también a Mejía.

Para el 17 de marzo no se ha realizado acción de armas notoria porque realmente ambos ejércitos están fatigados. Ramírez Álvarez, siguiendo en su confusión a Basch (nada más vean el error en las fechas), cuenta que “se tenía (para este día) planeada una decisiva salida de Miramón pero llegó la aurora y lo tomó en la cama, dado que los oficiales encargados de despertarle no lo hicieron y cuando despertó el sol impedía definitivamente todo movimiento, pues de inmediato desde las alturas que ya ocupan los republicanos podían desde luego advertirlo y neutralizarlo.” “Dicen las malas lenguas, que no es verdad que Miramón no haya sido despertado por sus ayudantes para el ataque, sino que se encontraba con encopetada dama de Querétaro, a quien ha hecho su amante y que no en los brazos de Morfeo sino en los de Eros se encontraba y no se dio cuenta de la hora en que debía pasar a los de Marte sino mucho después; sus ayudantes han soportado el arresto que ordenó Maximiliano por cariño a su general.”

Aquí Samuel Basch incurre en el error de apuntar en sus “Recuerdos de México” que abortó la acción porque Miramón se quedó dormido y que el emperador, irritadísimo, arrestó a quienes no lo despertaron. Qué laguna mental la del galeno, quien siquiera reconoce que se le perdieron varias hojas de su diario y que esta parte de su historia del sitio la deja a la ayuda de su memoria. ¡Vaya memoria!, ya parece que el cumplido Macabeo iba a quedarse dormido.

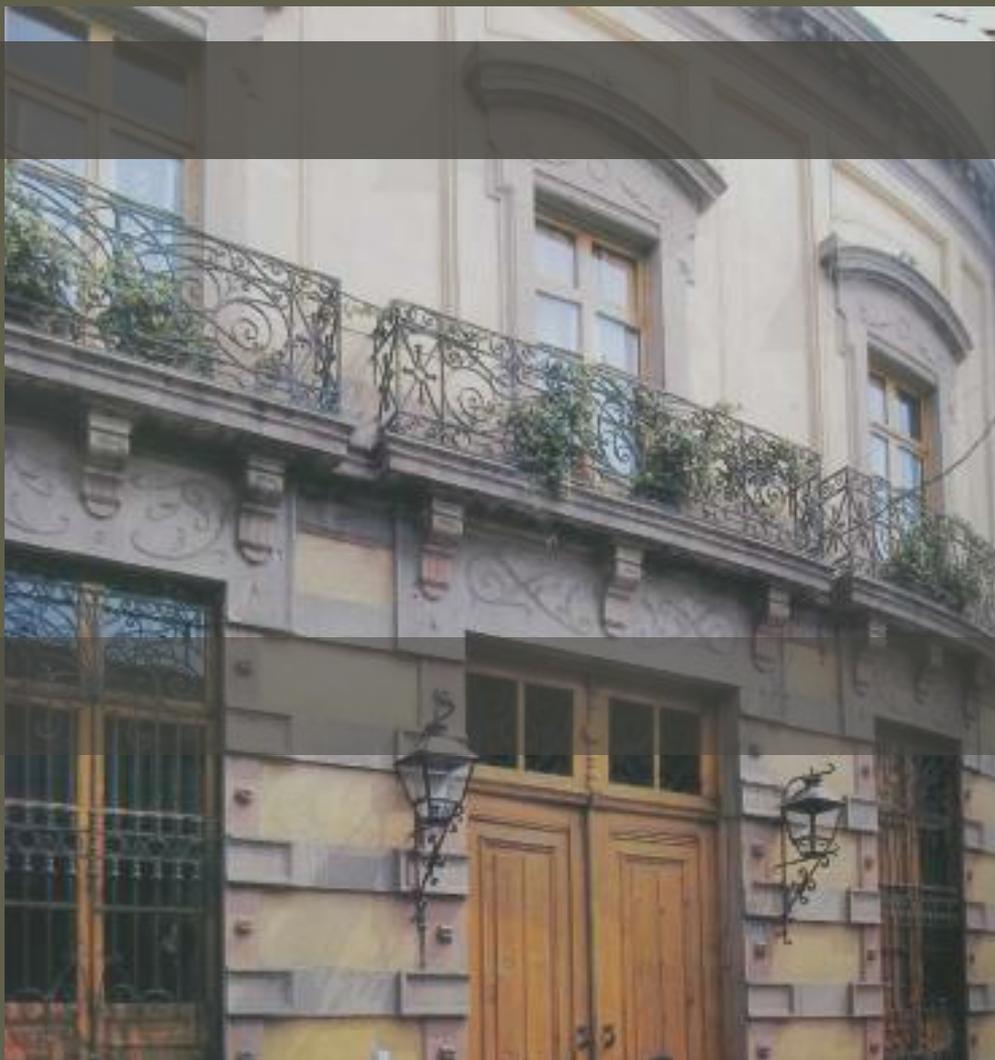
Miramón está en los últimos preparativos para la salida definitiva de la ciudad el 14 de mayo de 1867, cuando Severo del Castillo se presenta ante él y le informa del nuevo aplazamiento por 24 horas más. El Macabeo, sumamente enojado, se

dirige a La Cruz para que Maximiliano cambie de opinión, pero claro, imperan las opiniones de Méndez y del Castillo, que no tenían la visión de don Miguel, quien se muestra disgustado con todos, por lo que el archiduque trata de mimarlo diciéndole que para un movimiento tan importante nada significan veinticuatro horas de aplazamiento. Darán argumenta que Maximiliano justificó el retardo de la salida por la falta de dinero para pagar las tropas y la debilidad de los caballos por falta de alimento, lo que sería solucionado en unas horas por Miguel López, quien supuestamente había descubierto un depósito de maíz que podía darse a los famélicos equinos que llevaban muchos días sin alimento. Miramón le replica a su vez: “Señor, Dios nos guarde estas veinticuatro horas”, cosa que para el Dr. Ratz nadie oyó. Dicho esto, se despide El Macabeo, pues dice que no ha dormido en las dos últimas noches. Todavía se encontró en la puerta de su casa con Mejía y le informa de la prórroga, por lo que el serrano también se dispone a descansar.

Maximiliano duerme en su celda crucífera después del agitado día 14 de mayo anterior, y todos sus cercanos también están en brazos de Morfeo –y Miramón en los brazos de Afrodita, según los chismosos que no son capaces de tener una vida propia-, esperando el amanecer para seguir con los preparativos de la presunta salida en la madrugada del 16 de mayo.

Miramón dormía en su casa ubicada en la calle de San Antonio 13 (hoy Hidalgo 18) cuando, a las tres de la mañana, es despertado para dársele una mala noticia: que sus oficiales de la línea del Río Blanco, Paz, Puente, Ontiveros y Gil de Castro y tres más, se han pasado a las filas liberales en medio de los disparos de fusil de sus ex compañeros que se mantenían fieles a la causa. Se viste rápido y va a la línea a poner calma, y cuando cree que todo ha regresado aparentemente a la normalidad se dirige al centro; eran las cinco y media de la mañana y cuando no había avanzado sino dos cuadas oye repicar las campanas franciscanas y violentando el paso se dirige a la plaza abajeña (hoy jardín Zenea) ordenando a un ayudante que vaya por sus caballos y de ahí a La Cruz, quedándose a la espera cerca de la entonces catedral como lo dije en páginas anteriores al tocar lo relacionado con San Francisco. Va muy conmovido para su alojamiento en la mansión del conde de Sierra Gorda. Al llegar y no ser atendido por nadie, acude a la casa del médico Licea en la calle de Capuchinas 17 (hoy Guerrero 19) con el objeto de ser curado.

ALOJAMIENTOS DEL INÉS LECLERC, LA PRINCESA DE SALM SALM



Casa Salm Salm.



Coronel Miguel Palacios.



Coronel Ricardo Villanueva.



Inés Leclerc de Salm.

ALOJAMIENTOS DE INÉS LECLERC, LA PRINCESA DE SALM SALM (HIDALGO 19 Y 15)

Dos casas ocupó en Querétaro la princesa de Salm Salm en sus diversas estancias en la ciudad.

Fue la primera la hermosísima mansión marcada con el número 19 de la calle de Hidalgo, habitada hacia las primeras décadas del siglo XVIII por don Juan Antonio de Urrutia y Arana. Posteriormente se le empleó como Casa de Diligencias y hotel, lo que era durante el Sitio según José Guadalupe Ramírez Álvarez. Al triunfo de la República se le puso en servicio nuevamente -interrumpido por más de dos meses- y a ella llegó de México la princesa de Salm Salm para partir a San Luis Potosí casi de inmediato a implorar por el aplazamiento del juicio de Maximiliano.

Esta casa de carromatos se sostuvo en operación hasta 1882 en que llegó el Ferrocarril Central a Querétaro y la hizo incosteable. Uno de sus últimos propietarios fue el doctor Esteban Paulín Cosío.

La segunda fue marcada con el número 15, de la que obligada, salió para San Luis Potosí nuevamente a implorar ante el Sr. Presidente de la República licenciado don Benito Juárez el perdón de Maximiliano, el que no pudo obtener. Esta casa señorial fue construida en el siglo XVIII y se conserva excelente, al ser habitada por la familia Vega González.

La noche del 24 de mayo de 1867, el coronel Ricardo Villanueva le dice significativamente a Inés de Salm Salm afuera de la Casa de Diligencias ubicada en Hidalgo 19 que “La cosa se acerca a su fin, nada más que la fuga puede salvar

al emperador”. Muy afligida por este comentario, la princesa canadiense se dirige al interior del hotel en donde se encuentra con Bahnsen, cuya lastimera cara no estaba propia para disipar los sentimientos de tristeza de la Salm Salm, la que no pudo conciliar el sueño preguntándose ¿qué podía hacerse para salvar al monarca caído?

Hasta la noche del 13 de junio de 1867, según la Salm Salm, el coronel Miguel Palacios no estaba enterado de nada respecto de la fuga y decidió abordarlo a las ocho de la noche que ella saliera de prisión y hacerse acompañar de él a la casa que habitaba ella en la calle tercera de San Antonio número 15, a menos de dos cuadras de Capuchinas y a pocos pasos del cuartel y casa de Escobedo, y tratar de convencerlo, dándole el poco efectivo, la promesa de la libranza por cien mil pesos o dólares y garantizar el futuro del coronel, su esposa y su pequeño hijo. Digo promesa porque ni siquiera la Leclerc de Salm Salm llevaba el documento ofrecido –ni el otro que era para Ricardo Villanueva- porque se encuentran en manos de Maximiliano para obtener las firmas de los ministros europeos. Este Miguel Palacios es un indio de diecinueve años que apenas sabe leer y escribir, pero que es valiente y querido por sus jefes, y después de dos horas de llanto y ruegos de la princesa no pudo arrancar de Palacios más que la promesa de que lo iba a pensar y le diera hasta mañana para meditarlo, lo que desesperó a la Salm Salm que tenía planeada la fuga para esa misma noche en punto de las diez horas. La charla tuvo lugar en un pequeño cuarto del primer piso de la señorial casona de Hidalgo 15 (hoy propiedad de Gerardo Vega González), no en los altos como inventan historiadores poco serios. Palacios se retira íntegro de la casona, y por íntegro me refiero a que estaba en paz con su conciencia, con sus jefes, con su mujer y su hijo, y no como dicen supuestos historiadores que escriben y hablan sobre un encuentro carnal entre el indio republicano y la rubia del Canadá francés. Otros, más prudentes, inventan que ella llegó a desnudarse para tentar la libido del coronel y hacer despertar sus demonios del mediodía y que luego él saltó por la ventana hacia la calle. Lo que sí está demostrado es que el multicitado Palacios, y después Villanueva, fueron ante Escobedo, que vivía cerca, y le contaron todo.

Recibe por separado Maximiliano al barón de Lago entre las veintiún y veintidós horas con treinta minutos de este mismo día 13 de junio, mientras que Basch hace uso por primera vez de su derecho a la libertad y sale de la prisión para refrescarse con aire puro y poner en orden su cabeza que le daba vueltas por la incertidumbre del futuro de su jefe. Después de firmar las libranzas al

barón de Lago, éste sale a la casa de diligencias en la calle tercera de San Antonio para recolectar la firma de algunos ministros extranjeros que todavía andaban en Querétaro. Cuando en el exterior de la prisión Basch le revela a Lago para qué eran las referidas libranzas o letras de cambio, éste entra en un estado de nerviosismo y con unas tijeras corta su firma de los dos documentos aduciendo que no podían firmarlas ni él ni los otros ministros europeos so pena de ser colgados. Éstos, al ser enterados, se suman a la negativa y le ruegan a Basch que los excuse ante el monarca en desgracia, pues consideran el asunto sumamente peligroso. Cuando la noticia de la negativa de Lago llegó a Austria, fue una razón más para cargar sobre el barón toda la culpa por el fracaso del intento de fuga, la cual, consideramos varios historiadores, estaba condenada al fracaso desde un inicio.

Esta noche, a Maximiliano lo vigilan de manera especial, le prenden lámparas en la puerta y además le colocan una en el suelo de su celda en Capuchinas.

Debido a la situación planteada por el proyecto de fuga en el que podrían estar envueltos los embajadores extranjeros, ordena el general en jefe que éstos salgan inmediatamente de Querétaro –menos Eduard von Lago de Austria-, dándoles tiempo suficiente nada más para recoger sus pertenencias de los mesones en los que estaban hospedados desde la madrugada del día cinco de junio en la casa de Diligencias, en la antigua mansión del marqués de la Villa del Villar (hoy Hidalgo 19 esquina con Allende), cerca de la casa que ocupa Escobedo.

Descubierta la conspiración por la delación de Palacios, Escobedo dispone el 14 de junio de 1867 de la prueba deseada contra los conspiradores y decide la expulsión inmediata de la ciudad de Querétaro de la princesa de Salm además de los diplomáticos Lago, Tavera, Curtopassi, Forest y Hoorickx, con la amenaza de que si vuelven a esta ciudad en menos de una semana, serán fusilados; ellos son enviados a Tacubaya y ella a San Luis Potosí. A Forest, ex cónsul francés en Mazatlán, Escobedo lo corrió de su despacho a portazos secos y negándole el plazo de dos horas para partir: para él era inmediatamente. A los ministros europeos siquiera les dejaron sacar sus cosas del hotel de las Diligencias, pero a Inés de Salm, Escobedo le dio un trato muy poco cortés al sentirse engañado y se negó a recibirla y le prohibió que se despidiera del monarca en desgracia y ni sus cosas le dejaban sacar hasta que un escolta se portó flexible y la acompañó hasta sus dos habitaciones en la casona de Hidalgo 15 para vigilarla y ayudarla con su equipaje –del cual se cayó un frasco con esencia de rosas, la cual se esparció

por toda la casa- y subirla a un coche de caballos propiedad de don Bernabé Loyola. Ya despidiéndose de su anfitriona, la Salm Salm recibió un mensaje del general en jefe para que pasara a verlo, pero ella, sintiéndose indignada, ignoró al norteño y se dirigió al norte de la ciudad donde abordó una diligencia que partió a San Luis Potosí por la calle Real de San Pablo, después de escribir una carta a su esposo. Antes de tomar camino hacia San Pablo, ordenó al cochero que la llevara a la casa de Bernabé Loyola y al llegar allí se bajó del vehículo y se le quedó mirando al hacendado liberal algunos minutos, el cual estaba en su balcón. “Como era muy astuta, yo no sé qué comprendió en mis ojos, pero me saludó y volviendo a subir al coche desapareció” –refiere don Bernabé Loyola. Esta señora iba decidida a obtener el perdón de Juárez para el Habsburgo. Era pura novela por lo que hacía y escribía, que posteriormente publicaría a modo de “memorias”. Todos los extranjeros que se encuentran en la ciudad son buscados y a muchos de ellos se les hace prisioneros para interrogarlos sobre la tan comentada fuga. Los que no se presenten en el Cuartel General en un plazo de veinticuatro horas serán severamente castigados. Mientras tanto, dicen los propietarios contemporáneos de la casa de Hidalgo 15 que cada mes de junio se respira un perfume de rosas...

PRIMERA CASA DE MARIANO ESCOBEDO



Primera Casa de Mariano
Escobedo.



Dibujo bien hecho de Mariano Escobedo.

PRIMERA CASA DE MARIANO ESCOBEDO (HIDALGO 27 Y 29)

Este precioso inmueble ocupa la cuarta y quinta fachadas de un conjunto de Ocho que son de un nivel y estilo de construcción que data del siglo XVIII y XIX, con un hermoso patio central con arquería en tres de sus lados y habitaciones alrededor. El estado de conservación es muy bueno y se dedica actualmente a renta de oficinas.

En esta casa se firmaron los Tratados de Guadalupe Hidalgo con los Estados Unidos de Norteamérica, por el presidente de la República don Manuel de la Peña y Peña, terminando así la invasión norteamericana contra nuestro país. La habitó el mandatario en cuestión durante su estancia en Querétaro cuando esta ciudad fue declarada capital provisional de la República al haber ocupado los vecinos del norte la Ciudad de México. La habitación donde fue la firma es la primera por la entrada del número 27 tomando a la izquierda. Por México firmaron el Ejecutivo Manuel de la Peña y Peña y su secretario de Relaciones don Luis de la Rosa; por Estados Unidos lo hicieron los embajadores Nathan Clifford y Ambrose H. Servier, al decir del erudito Valentín Frías.

Desde finales del siglo XIX y hasta 1914 la ocupó el Instituto Guadalupano y posteriormente el Colegio Anaya, propiedad del afamadísimo maestro Manuel C. Anaya, fallecido en 1919 y del que se decía que jamás un ex alumno suyo cometió delito alguno ni se divorciaría nunca.

Durante el sitio de Querétaro de 1867 fue la habitación del coronel y después general Manuel Ramírez de Arellano, ascendido el 24 de marzo de 1867, comandante de la artillería imperialista y muy adicto a Miguel Miramón. El joven general de 36 años, Manuel Ramírez de Arellano, disponía de 522 artilleros

bien entrenados con cinco baterías de campo y dos de montaña, con un total de cuarenta piezas, a los que alojó muy cerca de su domicilio, en el ex convento de El Carmen.

Manuel Ramírez de Arellano, suplió todo con su inteligencia y actividad que le granjearon la simpatía del emperador y una gran reputación en todo el ejército imperial. Estableció una fábrica de salitre, una de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres de maquila necesarios. Pidió permiso al archiduque para arrancar y fundir el techo de plomo del Teatro Iturbide –cosa que obtuvo- y lo convirtió en balas, tal y como ya lo explicamos. De igual manera utilizó para fabricar proyectiles campanas de las torres de las iglesias y todo el hierro que entre los sufridos vecinos pudo conseguir. Reparó el material propio que estaba dañado –al igual que el arrancado al enemigo- y encontró el modo de reemplazar las cápsulas de guerra con cápsulas de papel y cartón, delicadas, pero generalmente útiles para el fin que se les dio. Una parte de los republicanos aprehendidos fueron puestos a trabajar en estas lides.

Ramírez de Arellano fungió como secretario de los Consejos de Guerra imperiales en Querétaro, dada su inteligencia y buena letra, y estaba descansando en esta casa desde la noche del 14 y la madrugada del 15 de mayo cuando se enteró de la toma de la ciudad por los republicanos y optó por esconderse en el antiguo rastro y huir a la Ciudad de México disfrazado de indígena.

El viernes 24 de mayo de 1867 ordena Escobedo el cambio de su Cuartel General de la fábrica de la Purísima Concepción a la casona que ocupó el presidente Manuel de la Peña y Peña en la firma de los tratados de Guadalupe Hidalgo y donde vivió durante el sitio el general imperialista Manuel Ramírez de Arellano. A este domicilio también se trasladó el telégrafo que comunicaba a don Mariano Escobedo con el presidente Juárez sito en San Luis Potosí. Al cambiarse Escobedo a otra casa más próxima al convento de Capuchinas, el telégrafo y el Cuartel General continuaron en esta casa de Hidalgo 27 y 29.

Muy nervioso aguardaba don Bernabé Loyola la noche del 27 de mayo en la salita de espera que el general Escobedo había improvisado en la casona que ocupó recientemente, la de los tratados de Guadalupe Hidalgo. Todavía guardaba el hacendado queretano cierto rechazo contra el vencedor de Querétaro por la forma tan grosera e irónica con la que lo había tratado en marzo de ese año allá en la hacienda de Alvarado cuando fue a plantearle el que le regresara algunos muebles preciosos que la soldadesca republicana había robado de la finca de San

Juanico. Ahora lo buscaba para eso, pero también para una cosa toral a la causa de la República: entregarle los originales del mapa militar de la Ciudad de México, el que había puesto en sus manos (de Loyola) el general Felipe Berriozábal, ministro de la Guerra con Juárez al salir éste de la capital cuando ésta fue tomada por el ejército francés en 1863. Este documento estaba dibujado a gran escala, elaborado por ingenieros militares del estado mayor y era muy pero muy valioso en las actuales circunstancias en que el general Díaz sitiaba la gran ciudad. En el plano se encontraban delineadas todas las fortificaciones y hasta marcado gráficamente el alcance de las piezas.

El liberal queretano ya había tratado de entrevistarse con Escobedo desde los días en que éste tenía su Cuartel General en la Purísima, pero el norteño creía que el objeto de la visita sería el reclamo de los muebles y como no tenía cabeza para esos asuntos frívolos en medio del sitio, la cita fue postergándose hasta el día de hoy. Anunciado por el general Sóstenes Rocha, salió el de Galeana a recibir al señor Loyola de mal talante y sin saludarse ninguno de los dos el general en jefe dijo: “¿Qué se le ofrece a Usted? a lo que el pudiente agricultor contestó: “Presentar a Usted este plano de la Ciudad de México, que el señor Berriozábal me confió al pasar por aquí con el gobierno”. Casi sin acabar de oír las últimas palabras, Escobedo empezó a llamar a gritos al jefe Blanco, a quien estaba dedicado el mapa cuando éste fue ministro de Guerra, precisamente en la época que se levantó el tan preciado documento. Loco de alegría, Escobedo exclamó: “Aquí está el plano que venimos buscando desde Monterrey; pase Usted señor Loyola. No sabe cuánto hemos buscado esto para mandárselo a Porfirio Díaz. Se nos había olvidado dónde estaba y quién lo tenía. Figúrese Usted qué bien le viene para acabar con el enemigo que aún se refugia en México”. El general en jefe estaba entonces más que afectuoso con don Bernabé al que no dejó retirar con el pretexto de la lluvia y por el contrario lo invitó a sentarse y a charlar sobre la guerra en general, sobre el sitio de México y sobre todo de la suerte de los prisioneros en Querétaro, lo cual aprovechó el señor Loyola para abogar por su amigo imperialista, el general Mariano Reyes, jefe de ingenieros de las fuerzas sitiadas, el cual había sido hecho preso en La Cruz y por el cual pedían ante don Bernabé las llorosas hermanas Reyes. Escobedo apuntó que la orden era que fueran fusilados todos los generales que hubieren ejercido puestos importantes durante el asedio, y que Reyes estaba considerado como tal. Loyola aduce que Reyes era general por nombramiento del Imperio, pero en el ejército de la República sólo tenía el grado de coronel,

y reconocerle el grado superior era como reconocer todos los nombramientos hechos por Maximiliano. Ante este argumento Escobedo dudó, pero el coronel y abogado Doria –que estaba presente- apoyó diciendo que la observación de don Bernabé era perfectamente fundada. Todo esto valió para que en la siguiente lista Reyes apareciera como coronel y fuera sentenciado a siete años de prisión, los cuales no hubo necesidad de cumplir por la enfermedad que lo aquejaba, logrando además Bernabé Loyola que se lo entregaran en custodia para llevarlo a la hacienda de Juriquilla donde su suegro, Timoteo Fernández de Jáuregui, era dueño. Este mismo día Escobedo quedó como amigo de la familia Loyola y a diario invitaba al orejón a comer a don Bernabé al Cuartel General, al grado de reñirlo cuando no podía asistir.

Eran entre la una y las dos de la mañana del 28 de mayo cuando el coronel Ricardo Villanueva, doña Inés de Salm Salm y su criada llegaron a esta casa habitada por Escobedo, a quien encontraron de muy buen humor, pues acababa de llegar el de Galeana Nuevo León –acompañado del coronel Doria- de un lugar de recreo non sancto. Don Mariano le entregó de buena gana a la Salm Salm una carta para el presidente Juárez y el consejo de que aprovechara las mulas de posta entre la triste ciudad y la capital potosina.

Escobedo se encuentra el día 31 de mayo en su casa y Cuartel General en el dilema de declarar o no en relación a la conducta de Mejía para con sus prisioneros de guerra, ya que él mismo fue salvado por el indio serrano cuando lo había derrotado y apresado en Río Verde, San Luis Potosí, en los territorios dominados por “Jamás Temió”. Opinando que es ilegal dado que el juez no puede ser testigo y que resulta innecesario porque recae sobre hechos de pública notoriedad además de que el punto a tratar no afecta el asunto principal, aconseja el asesor José María Escoto que Escobedo no acuda a rendir testimonio y así se deniega la petición de don Tomás. La princesa Salm Salm no hallaba cómo justificarse –sin levantar sospechas- ante Escobedo el que no hubiera hecho el viaje a México, después de tanto apresurar con pasaportes al general en jefe, pero se le ocurrió visitarlo en su casa y explicarle que temía que Porfirio Díaz no respetara su carta y la detuviese o, y todavía más, la expulsara del país; que mejor le consiguiera un salvoconducto del presidente Juárez. Al oír esto, Escobedo dijo que con su carta bastaría y encogiéndose de hombros y meneando la cabeza mandó un telegrama a don Benito Juárez, considerando la Salm Salm que no podría marcharse hasta que llegase la respuesta.

Para el martes 4 de junio, el defensor de Miramón, Ignacio Jáuregui, ya está empapado del juicio y lo considera inconstitucional a todas luces, por lo que sostiene con Escobedo una larga entrevista en su residencia y Cuartel General y éste sólo promete poner las consideraciones del abogado ante el Supremo Gobierno por vía telegráfica.

El miércoles 5 de junio, los abogados Martínez de la Torre y don Mariano Riva Palacio inmediatamente atacan la constitucionalidad del Consejo de Guerra y acuden a la casa de los Tratados ante Escobedo para solicitar otra ampliación del plazo dado, a lo que el general contesta que el gobierno sólo concedió veinticuatro horas y nada más.

Parecía que el general en jefe había oído rumores sobre las enormes sumas que los señores ministros querían meter en los bolsillos republicanos, por lo que aumentó sus medidas de seguridad, cambiándose él mismo de domicilio ese 5 de junio de 1867 hasta la casa de la esquina (hoy Hidalgo 33) que daba frente a Capuchinas, para vigilar en sus ratos libres desde su propia azotea. También con esto, Escobedo ganó privacidad al no tener el Cuartel General ni el telégrafo en su misma casa, además que de su anterior residencia no podía ver hacia Capuchinas porque se lo impedía el enorme muro que quedaba del antiguo convento de Santa Clara. El norteño de Galeana ya sabía de un primer intento de fuga: el del príncipe Félix de Salm, no del de su esposa Inés... por el momento.

La tarde de ese 14 de junio, el general en jefe Mariano Escobedo mandó traer a su Cuartel General urgentemente al liberal hacendado Bernabé Loyola a quien a menudo invitaba a comer y éste encuentra muy nervioso y molesto al norteño de Galeana por aquello de la presunta fuga de Maximiliano con la ayuda de ministros extranjeros y la princesa de Salm Salm. Después de los alimentos acuden en coche a la hacienda de San Juanico, a donde Escobedo pensó trasladar a los tres ilustres prisioneros, atendiendo la petición de los médicos de asignarle un lugar más ventilado a Maximiliano.

El viernes 14 de junio de 1867, a las diez de la mañana, el coronel Villanueva y el médico Rivadeneira sacan a Basch de su encierro y lo llevan ante Escobedo, el cual le otorga permiso para volver a Capuchinas al lado de su paciente no sin antes decirle: “Ya conozco los antecedentes de Ud., y le hago responsable de cuanto pueda suceder con Maximiliano; y a Ud. es a quien mandaré colgar primero”, a lo que el germano contestó: “Señor, haga Ud. lo que le parezca”.

El domingo 16 de junio por la mañana, Escobedo firma la sentencia en su Cuartel General y ésta es llevada a Capuchinas por Refugio González, su

escribano, el coronel Miguel Palacios y una tropa de soldados que forman fila delante de la celda de un pálido pero sonriente Maximiliano.

Desde San Luis Potosí ha llegado a las dos de la tarde del 16 de junio un telegrama que ha convertido al Cuartel General de Mariano Escobedo en un panal: se les prorrogaba la ejecución a Maximiliano, Miramón y Mejía por tres días más.

Cuando se recibió el telegrama que comunicaba la prórroga, Escobedo no estaba en el Cuartel General porque quería observar con catalejos el fusilamiento desde el valle de El Pueblito, así que el abogado asesor Escoto lo descifró y quedó perplejo: ¡Cómo detener los preparativos en curso! A él y al coronel Juan Soria se les ilumina el entendimiento y mandan decir a Palacios que no conduzca a los reos al patíbulo, así que ordenan a un mensajero cabalgar hasta El Pueblito para que lleve la noticia al general Escobedo, el cual confirma la suspensión. ¡Esta prórroga fue más un nuevo castigo a los condenados que una última gracia, pues permitió prolongar todavía su suplicio durante más de sesenta horas!

El fiscal Refugio González y su escribano Félix Dávila levantan el acta correspondiente de la ejecución de la sentencia el 19 de junio y cierran el expediente, el cual entregan a Mariano Escobedo en el Cuartel General, que a su vez da parte por vía telegráfica al supremo gobierno de dicho cumplimiento. En las afueras de México, Porfirio Díaz recibe cable telegráfico del Cuartel General de Escobedo donde se le informa de las ejecuciones, el que el héroe del 2 de abril manda reproducir por millares para ser distribuido en la gran ciudad, por lo que Márquez –al enterarse de ello- renunció a su cargo de lugarteniente y fue a esconderse para intentar huir. Vidaurri también lo hace pero será encontrado y fusilado, mientras que Manuel Ramírez de Arellano huirá como polizón a París. Lago le propone a Díaz la capitulación de la ciudad pero éste le contesta al austriaco que lo consultará con su gobierno instalado en la capital potosina. En Querétaro quedaba liquidada la gran reyerta mexicana del siglo XIX- dijo Fuentes Mares.

José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, es sacado de Teresitas el 1 de julio de 1867 –como lo dije cuando vimos Teresitas- y es conducido a la oficina de Escobedo donde éste le pregunta por su grado militar. Blasio contesta que ninguno ya que siempre fue del servicio civil y en ese momento recibe su liberación y escoge su natal Ciudad de México para ir a residir, por estar allí su familia y en donde tendría que reportarse con el ministro Lerdo de Tejada. Antes

pasa dos días en la casa de la familia Trejo para hacerse de viáticos, lo que no le fue difícil conseguir entre los bondadosos vecinos. Hace el viaje en caballo prestado acompañado de los dos fieles criados y cuatro meses después llega a Veracruz donde visita en el castillo de San Juan de Ulúa a sus amigos presos: Félix de Salm, a quien su esposa le consigue permutar la pena de prisión por la de destierro; Severo del Castillo y el general Escobar, antiguo prefecto municipal de Querétaro. Félix de Salm se va con Blasio a Europa y éste no se explica el por qué la princesa Inés no hizo el viaje con ellos...



SEGUNDA CASA DE MARIANO ESCOBEDO



Segunda Casa de Mariano
Escobedo.



Segunda Casa de Mariano Escobedo.



Dibujo de Mariano Escobedo.

SEGUNDA CASA DE MARIANO ESCOBEDO (HIDALGO 33, CASI ESQUINA CON GUERRERO)

Este inmueble tiene dos accesos, uno por la calle de Hidalgo y otra por la de Guerrero sin formar esquina. Este inmueble fue construido durante los siglos XVIII y XIX, teniendo en su acceso frente a Capuchinas un segundo nivel. Claro que la fachada y acceso principales están sobre la calle de Hidalgo. Fue ocupada por Escobedo como casa habitación a partir del 5 de junio de 1867 y hasta que marchó de Querétaro.

En su casa habitación, Escobedo es acompañado la mañana del 19 de junio de 1867, la del fusilamiento de Maximiliano, por don Bernabé Loyola y no deja de pasearse en sus aposentos del segundo nivel (piso superior, que da a la calle de Guerrero) como león enjaulado, hasta que el repique de campanas, precedido por la carga de fusil, le anuncia que todo está consumado, lo que festeja gritando “Justicia nacional”. Loyola, Ramírez Álvarez y Eduardo Rabell Urbiola insisten en que fue en esta casa y no en el Cuartel General de Hidalgo 27 y 29 donde Escobedo escuchó la fusilería de la ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía, a pesar de que hubo ruido en la calle desde las cuatro de la mañana por el marchar de las tropas y rodar de cañones que dieron seguridad en el Cerro de Las Campanas.

Yo me pregunto qué hacía Escobedo en su casa cuando había muchísima actividad, verbigracia el enviar un telegrama urgente a Juárez rindiéndole parte de la ejecución. Que haya utilizado su azotea de la segunda planta, que daba a Capuchinas, para ver de cerca la salida de los tres sentenciados del convento capuchino no me es descabellado, pero quedarse ahí e invitar a Bernabé Loyola

cuando éste pasaba en su carruaje por la esquina se me hace un poco inverosímil,
pero así lo cuenta el liberal queretano en sus memorias.



CONVENTO Y TEMPLO DE SAN JOSÉ DE GRACIA DE POBRES CAPUCHINAS



Capuchinas y Prisión de Capuchinas.



Templo de Capuchinas por
Pilar Carrillo.



Cadaver de Maximiliano.



Cadaver de Tomás Mejía.



Templo de Capuchinas por
Pilar Carrillo.

CONVENTO Y TEMPLO DE SAN JOSÉ DE GRACIA DE POBRES CAPUCHINAS (GUERRERO ESQUINA CON HIDALGO)

Nos dice el inmenso cronista José Guadalupe Ramírez Álvarez que la iglesia y convento de Capuchinas fueron fundados por el Br. D. José Torres Vergara, como albacea del ilustre bachiller Juan Caballero y Ocio, fallecido en 1707 –con un legado destinado a este objeto. Se inició la fundación en 1721; el primero de los mencionados expensó la suma de \$ 300,000.00 para la conclusión de la obra. La primera abadesa de este convento fue la R. M. Marcela Estrada y Escobedo, venida del convento de Capuchinas de México.

La iglesia abrió sus puertas al público el 31 de julio de 1771. Como la mayoría de los conventos de nuestra patria, sirvió para su objeto hasta 1861 en que fueron exclaustradas las religiosas. Es notable por haber sido la última prisión de los infortunados Maximiliano, Miramón y Mejía; de allí salieron la mañana trágica del 19 de junio de 1867 al paredón preparado en el Cerro de las Campanas. Con este motivo fue objeto el convento, por mucho tiempo, de la curiosidad pública, lo que hizo se destruyera notablemente.

La iglesia resintió también serios desperfectos y para repararlos se decoró en 1904. El Sr. Pbro. D. Juan B. Bustos inició esta obra y la concluyó el 11 de febrero de 1904. En la ceremonia de la bendición, ofició el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, tercer Obispo de la Diócesis; cantó la Santa Misa el Sr. Vicerrector del Seminario, Pbro. D. Daniel Frías y predicó el M. I. Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, ambos de grata recordación en Querétaro.

Dice bien Ramírez Álvarez que este convento no tuvo la grandiosidad de otros que adornaron la ciudad, pero que sí fue bastante amplio; hoy sólo queda una

pequeña parte que se esconde entre la moderna casa levantada en una fracción del mismo, por el Sr. Francisco R. Gallegos –dentro de ésta quedaron los cuartos que sirvieron de prisión a Maximiliano, Miramón y Mejía y que desde el año 2001 alberga al Museo de la Restauración de la República- y la iglesia. Por un largo callejón se llega a los soleados patios, olorosos a naranjos que están rodeados de corredores en laberinto y pequeñas celdas; más adentro una huertecilla muy fresca nos muestra varios restos de macizas construcciones.

El interior del templo es elegante: entre otras cosas posee una bella capilla en la que destaca la blanca figurita, con destellos de cielo, de la Virgen de Lourdes. Infatigable, el señor presbítero don Gonzalo Vega llevó a cabo una total reconstrucción del templo capuchino, quitándole con buen sentido estético su feo altar de madera que parecía trastero y el maderamen que lo circundaba, para dejarlo limpio de todo adorno inútil, con un altar en donde luce espléndido el mármol queretano, que guarnece rica y bella balaustrada de mármol que sirve de comulgatorio. El gran cuadro de la crucifixión de Cristo con los dos ladrones que luce en la sacristía es impresionante.

Muchas veces ha servido para escuela y allí estuvieron los colegios de niñas llamados “Del Verbo” y “El Guadalupano”. También se le instituyó en Hospicio de Pobres -1892- donde encontraron consuelo los abatidos por el hambre y la peste en amargos días para Querétaro. En las criptas de Capuchinas, Santiago y Santa Clara todavía se pueden advertir restos de comunicaciones subterráneas entre conventos y casonas, tal y como es el caso también del que existe entre el templo de la Merced Vieja y el Antiguo Obispado (casonas señoriales en la hoy esquina de 15 de mayo y Próspero C. Vega, en la cual el túnel atraviesa la calle de acera a acera).

Varias veces ha servido también el ex convento capuchino para cuartel: albergó el Regimiento de “Tiradores de Querétaro” y a los “Rurales del Estado”; hace poco, cuando el “grito de guerra” se escuchó para nosotros en el Atlántico, nuestra Patria llamó a sus hijos y este lugar pleno de historia, añadió a sus fastos el haber sido escogido para abrigar a los “hijos predilectos de la Patria”. Entre 1956 y 1966 estuvo prestando servicio en este lugar un Regimiento de Caballería de nuestro Ejército Nacional y de 1967 a 1994 sirvió de sede al Comité Directivo Estatal del Partido Revolucionario Institucional. Aunque es de propiedad federal desde 1995 se instaló allí el Museo de la Ciudad dependiente del Instituto Queretano de la Cultura y las Artes.

La importancia de este conjunto arquitectónico es mucha, misma que en las siguientes páginas desarrollaré, comenzando con la historia de que al triunfo de la República en el 15 de mayo de 1867, Capuchinas fue ocupado como cuartel republicano y prisión de los imperialistas.

Carlos Rubio presta su carro para el miércoles 22 de mayo de 1867 para el uso del archiduque. El destino próximo es el que fuera hasta hace poco el convento de Capuchinas; la razón que tuvo Escobedo para hacer este cambio de Teresitas a Capuchinas consistía en que este lugar era más fácil de vigilar que el anterior. El austriaco es llevado a una cámara casi subterránea, oscura y fría, por lo que al penetrar en ella exclama consternado: “Por Dios que esto es una sepultura y eso es de mal agüero”. Pues sí, se le había llevado al salón “de profundis”, en donde muchas lápidas señalan que están ahí enterradas varias monjas ilustres de la comunidad capuchina. En un rincón se coloca su catre de campaña, al lado una mesita y sobre ella un hachón encendido para que Maximiliano pueda continuar leyendo su libro de historia universal. Este regalito de hospedaje se lo debía Maximiliano al colérico y rudo Refugio González, mismo que recibió el reclamo del coronel Villanueva por dicha brutalidad, según la princesa Salm, pero “don Cuco” simplemente contestó: “Sí, ése es su cuarto, y allí debe dormir, a lo menos esta noche, para recordarle que sus horas están contadas”.

Los criados y Basch llegan hasta las ocho de la noche y éste pregunta por su jefe, a lo que Félix Salm le dice jugándole una broma al colérico galeno: “El emperador está en un sepulcro”. Como el mercenario se da cuenta de que el terror se pintaba en el rostro del médico le aclara que Maximiliano vive pero que no es mentira que está confinado en un lugar que parece sepulcro, con frío y olor a tierra húmeda. El archiduque, menos susceptible que Basch, le dice a éste: “No han tenido tiempo de prepararme una cámara, y entre tanto han empezado a hacerme dormir con los muertos”. Para estar al pendiente de su jefe, el médico decide dormirse sobre la amplia mesa en la que se tendía a las difuntas para velarlas, ya que no le ofrecieron cama sus celadores. Pronto dormirán a pesar de la cercanía de un lúgubre féretro que se encuentra cerca. Los otros prisioneros y los criados también dormirán en esa zona baja del ex convento. Allá en la calle, se escuchan los pasos de hombres y bestias que siguen sumándose a las fuerzas sitiadoras de Porfirio Díaz en México.

Dice Bernabé Loyola que cuando el general en jefe dispuso que los prisioneros de Teresitas pasaran al edificio de Capuchinas ya estaba en éste Miguel Miramón,

quien de la casa de Licea había sido trasladado a la cárcel general situada en la casona de La Corregidora.

Durante el día del jueves 23 de mayo, Maximiliano es conducido a la parte alta del convento de Capuchinas y se le destina una pequeña celda (en el hoy Museo de la Restauración de la República) que es fácil de vigilar y que da a un patio arbolado de naranjos. Sus compañeros de infortunio también son encerrados en celdas anexas y el delicado de Basch se queja amargamente de la pequeñez y oscuridad de las mismas, a las que llama calabozos, como si el imprudente germano no supiera que se trataba de una prisión preliminar y sin advertir que en dichas habitaciones vivieron cientos de años delicadas y virtuosas monjas, felices y sin quejarse.

Entre tanto, el güero imperial sigue leyendo historia universal en su celda capuchina, en especial, lo que tiene que ver con la política de conquista de su antepasado Carlos V de Alemania y Carlos I de España. Por cierto que el güero de Austria se inquieta cuando su celador –un jovencito de dieciséis años- se entretiene jugando con un muñequito vestido de levita azul, calzones rojos, corona en la cabeza y enmascarado, el que al quitarle la máscara deja ver una calavera que evoca a Maximiliano, lo que comenta con el impertinente Basch. La familia Rubio sigue alimentando a Maximiliano y financiando los gastos de éste y sus colaboradores principales con la garantía de la casa imperial austriaca.

Por algunas horas Maximiliano se siente mejor de salud y decide pasear por el patio de naranjos de Capuchinas acompañado de su secretario particular José Luis Blasio con quien no había mantenido comunicación desde que salieron de Teresitas. Comenta Blasio que en esas caminatas Maximiliano volvió a echar a andar su imaginación soñadora creyendo que el gobierno lo iba a dejar ir a Europa; en un exceso de optimismo invita a su secretario a irse a Londres por un año para escribir la historia de su reinado y luego ir a Nápoles, Atenas, Turquía y finalmente ir a pasar el resto de sus días en la isla de Lacroma. “Así pues, como siempre, perdido en sus ensueños y en sus ideales, no sospechaba que la muerte lo amenazaba y estaba ya tan cerca de él”. Ese jueves 23 de mayo de 1867, en Capuchinas, Maximiliano tiene una noche inquieta...

El viernes 24 de mayo se trasladan el fiscal Azpíroz y su escribano a Capuchinas para tomar las primeras declaraciones a Maximiliano, Miramón y Mejía, en donde hay un gran movimiento provocado por la visita que hicieron al rubio príncipe sus amigos de apellido Bahnsen y Stephan, los cuales lo habían

inquietado comentándole que no sería difícil escapar de ese lugar, en medio de la postración o depresión en que se encuentra Félix de Salm Salm, quien no ve ninguna esperanza. Entre las cuatro o cinco de la tarde separan de los demás prisioneros a Maximiliano y el coronel Palacios le notifica que va a comenzar el procedimiento en su contra y lo conducen del entrepiso al primer piso –no a la planta baja- del ex convento. Bahnsen –vicecónsul de Hamburgo- logra convencer a los jefes republicanos que Basch alcance a su jefe en su calidad de médico personal en el interrogatorio una hora después, aunque no lo dejan entrar en la celda donde se desarrollaba la diligencia. Maximiliano comenzó a contestar la inquisitiva dando las llamadas “generales de ley”, donde se presentó como archiduque de Austria, príncipe de Hungría y Bohemia, conde de Habsburgo y príncipe de Lorena; se negó a contestar las preguntas que consideraba de carácter político argumentando su carácter de preso político por razones de Estado y que es ilegal que lo juzgue un consejo de guerra ya que él no es militar. Su táctica era muy clara: no responder a los cargos y ganar tiempo para nombrar defensores. Alega que conoce vagamente la Ley del 25 de enero de 1862 y el fiscal Azpíroz promete traerle un ejemplar. El abogado poblano lo “incomunica” en ese lugar que será su prisión definitiva hasta el fin de sus días y lo deja en compañía de Basch mientras se traslada a interrogar a Miramón y Mejía. Esta celda también era un cuartucho oscuro con una puerta y una ventana sin vidrieras ni persianas, a grado tal que Maximiliano mandó poner un sarape para no ser molestado por las miradas de la soldadesca. A su menaje se sumó nada más una mesa. Para cuando Basch se reúne con su jefe, el alemán Bahnsen ya había conseguido hablar con el abogado guanajuatense asentado en Querétaro, Jesús María Vázquez, para hacerse cargo de la defensa del rubio prisionero, y le mandaba consejo de que durante el interrogatorio se limite a negar la competencia del tribunal de guerra y que pida un defensor. Todo esto lo llevaba Basch en un billete que ocultó cuidadosamente hasta quedar a solas con el acusado. Por cierto que el licenciado Vázquez era un liberal catedrático del Colegio Civil queretano, el más experto en derecho procesal al que le atraían el asunto y la personalidad del defenso a pesar de las divergencias ideológicas. Había sido rector del entonces Colegio Civil, pero simpatizó con Maximiliano desde que éste dio el famoso golpe liberal en 1864 para secularizar la educación superior en Querétaro. Su estrategia legal en el asunto que nos ocupa era retardarlo a través de recursos e incidentes con el propósito de que llegara la intervención de las grandes potencias a favor de

su cliente. Estas marrullerías legales enojaban a Escobedo, de quien se cuenta amenazó al licenciado Vázquez con enviarlo a prisión o al paredón.

Al quedar solo con su médico le comenta a éste: “Conmigo no tendrán juego fácil... Ya he recorrido el camino señalado por el abogado; yo también tengo un poco de abogado” Con el objeto de que no se interrumpiera la comunicación con Basch, Maximiliano le pidió al fiscal –que ya había terminado la inquisitiva con Mejía- que le informara a los centinelas que don Samuel era su médico. Azpíroz contestó que no había problema siempre y cuando la comunicación entre reo y galeno fuera en español y no en otro idioma. El alemán asegura que los indios guardianes no son capaces de juzgar en qué idioma hablarían él y su jefe, por lo que con hacerles oír de vez en cuando una palabreja en español los mantendrán tranquilos. ¡En qué concepto nos tenía el galeno germano a los hijos de la raza de bronce!

En otro aposento, el general Mejía es interrogado y éste se extiende considerablemente para afirmar que es conservador y que siempre ha defendido su causa y que reconoció hasta el último momento al Imperio como gobierno nacional, y que aunque últimamente preveía ya su caída, él, como hombre de honor, se resolvió a sacrificarse y caer con él. Para finalizar dio una minuciosa relación de batallas en las que participó, destacando que se le preguntara a sus vencidos y cautivos liberales y republicanos de cómo fue de generosa su conducta hacia ellos. Se le comunica también y se le toma la declaración al general Miramón que hace una breve relación de los hechos que desembocaron en el sitio recién terminado y que nunca apoyó al invasor francés, pero sí al Imperio una vez que Napoleón III retiró a sus gabachos. Se le comunica a don Miguel y siendo ya muy avanzada la noche se suspenden las diligencias para continuarse al día siguiente. Las celdas definitivas de Maximiliano, Miramón y Mejía tenían los nombres de Santa Rita de Casia, Santa Úrsula y Santa Teresa respectivamente, aunque Conchita Lombardo y Fuentes Mares digan que la correspondiente a El Macabeo se llame Santa Rosa.

Esa noche del 24 de mayo, Inés de Salm Salm se encuentra en los pasillos de la prisión de Capuchinas a Bahnsen y al coronel Villanueva, a quienes les pregunta al unísono “¿Quién quiere ir a San Luis Potosí y pedir a Juárez una prórroga?”. El señor vicecónsul se encogió de hombros y dijo: “Nadie quiere ir allá. ¡Pedir una prórroga! Esto es enteramente inútil. Usted no conoce a Juárez. Le conozco mejor. No se debe pensar absolutamente en eso.” Desesperada la princesa exclamó:

“Ahora, coronel, a usted no puedo ni insinuarlo; pero yo que soy mujer, iré”.

La gracia y belleza femeninas se hacen presentes en Capuchinas el 30 de mayo de 1867 ya que llegaron hoy a Querétaro, una desde San Luis Potosí y la otra desde México, la princesa de Salm Salm y doña Concha Lombardo de Miramón. Inés llegó cansadísima a la ciudad a las once de la mañana, y aunque hubiera querido tomar un baño y arreglarse, pensó que Maximiliano hubiera tomado por un crimen su demora y con sus zapatillas rotas, el vestido arrugado y cubierto de barro, los pies desollados, las manos y la cara sucia, los cabellos en completo desorden, pareciendo un espantajo más que una actriz como verdaderamente era, se dirigió a Capuchinas donde el archiduque la recibió a pesar de tener otras visitas. La acompañó a Capuchinas el señor Daus, quien le comenta a Basch –según afirma éste- “que el general enemigo Treviño, indignado por la traición (de López), se marchó de San Luis”.

El monarca en desgracia se conmovió mucho con la visita de la Salm Salm y le expresó su agradecimiento con palabras muy bondadosas. Ya en ausencia de doña Inés la había condecorado (con qué título legítimo si ya no era emperador) con la orden de San Carlos, fundada por Carlota cuando era emperatriz de México y que consiste en una pequeña cruz de esmalte blanco y de adentro verde con la inscripción “Huimilitas”; y que se llevaba en un moño colorado. Por otra parte, la señora de Salm Salm desconfiaba de un proyecto de fuga planeado por su marido, el cual en el papel era magnífico pero de escasa probabilidad dada la poca categoría de los subalternos republicanos empleados por Félix de Salm, quienes después de haber pertenecido al ejército francés se pasaron a los liberales y le parecían a la bella dama unos viles cuyo único y exclusivo interés era sacar dinero.

No teniendo pues demasiada confianza en la anhelada fuga, Inés obtuvo del rubio archiduque la autorización para ir a México por el barón de Magnus y otros plenipotenciarios extranjeros así como por abogados de renombre. La esforzada mujer obtuvo de Maximiliano una carta dirigida a Márquez para que no la arrestara en la capital, otras dirigidas a los juristas Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre y al padre Agustín Fischer. No quiso dejar Maximiliano sin resolver sus asuntos de dinero y remitió otra carta dirigida a Carlos Sánchez Navarro. También logró la Salm Salm un pasaporte de Escobedo dirigido a Porfirio Díaz. Nunca realizó este viaje por culpa de su marido. Digo que por culpa de su cónyuge porque había madurado tanto el proyecto de fuga que cuando ella ya tenía un pie en el estribo para realizar su misión en la capital federal fue

informada de que el escape de Maximiliano debía tener lugar el 2 de junio, por lo que decidió quedarse dado que no le alcanzaba el tiempo para ir y regresar puntualmente en la fecha citada.

En la celda de Miramón hay alegría por la visita de doña Concha, quien se queda con su pareja hasta las nueve de la noche, enseñando al general los trabajos escolares de sus hijos Miguel y Conchita, advirtiéndole que el niño avanza en geografía pero no en escritura y que la niña sí se esforzaba en esta materia. La señora se confiesa muy molesta por haber sido informada por el mismísimo Porfirio Díaz –a quien le presentó su amigo Juan Espinoza de los Monteros- cómo fue que cayó la plaza queretana y “cómo los señores Rincón Gallardo facilitaron el dinero para completar la suma exigida por el traidor, agregando que no creía que hombres así vendidos pudieran ser fusilados, con lo que proporcionó a la futura viuda un consuelo.” Concha llegó acompañada del amigo de la familia llamado Alejandro Argáandar, el que por pena no quiso entrar a la celda, pero al verlo en la puerta Miramón le llamó para que le diera un abrazo. Como Alejandro lloraba, Miramón le preguntó: “¿Dónde están los pantalones?” “Me da vergüenza tenerlos delante de ti”, contestó Argáandar mientras los dejaba solos para que pudieran platicar íntimamente. El Macabeo por fin se decide a hablar con el corazón abierto a su amada y le dice: “No te hagas ilusiones, haz de cuenta que tu marido está gravemente enfermo; que lo ven los mejores médicos, pero que el mal no tiene remedio.”

Maximiliano se acerca a la celda de El Macabeo para regalarle una botella de vino del Rhin pero doña Concha lo recibe con una andanada de reproches por no haber confiado en Miguel en horas definitivas para el Imperio, lo que ahora daba por resultado estar en esta triste situación. Muy conmovido contestó Miramón a la matrona que se dolía de no haber conocido antes a don Miguel. Doña Concepción Pinzón llegó por la tarde a Capuchinas con la niña más pequeña del Campeón de Dios a quien éste no conocía y fue un acto tierno de amor filial al encontrarse la recién nacida con el padre prisionero.

El 31 de mayo de 1867, Jesús María Vázquez, único defensor de Maximiliano hasta el momento, interpone el recurso de apelación en contra del proveído del general Escobedo donde éste niega que haya problema de competencia en la causa seguida a su defenso. Maximiliano recibe además de la princesa y el príncipe de Salm Salm a un abogado norteamericano Federico Hall, por recomendación de Inés. Este jurisconsulto conocía perfectamente el sistema jurídico mexicano y

ayudaría al licenciado Vázquez en la preparación de la defensa. Su posición era que Maximiliano sí era responsable de las acciones militares del ejército francés en contra de México por haber firmado el Tratado de Miramar, pero que se iría en contra de la inconstitucionalidad de la ley del 25 de enero de 1862. La perspicaz señora logra convencer al rubio de que busque la protección del gobierno estadounidense y éste le pide al señor Bahnsen envíe un telegrama a su nombre dirigido a Washington, cosa que dice que hizo –a Inés- y que además nunca recibió contestación, ante la admiración de Maximiliano por tanta descortesía.

Aunque Escobedo ha enviado a Porfirio Díaz más de catorce mil efectivos para apoyar el sitio a la Ciudad de México, todavía se encuentran quince mil soldados republicanos en la ciudad de Querétaro atentos a la prisión y juicio del austriaco, haciendo todo esto que un plan de fuga para los prisioneros de Capuchinas se vea casi imposible. Aun así, ahora la empeñada en ese loco proyecto es Inés de Salm Salm y no su aventurero marido, quien había sido el autor del mencionado plan.

El 7 de junio se prohíbe el uso de cubiertos en las celdas y se corta a los prisioneros toda comunicación: sólo sus abogados, médicos y esposas podrán visitarlos, con excepción de Inés de Salm Salm que podrá visitar al austriaco. Ya son mil los soldados que se encuentran en Capuchinas y, como es lógico, provocan un ruido infernal y expiden olores nauseabundos al ser insuficientes los servicios sanitarios, lo que aumenta el martirio de los internos. Como la salud de Maximiliano sigue deteriorándose se convoca a una junta de médicos donde participan Basch, Rivadeneira, José Siurob, Frías y otros, aprobándose el cambio de habitación del archiduque siempre y cuando lo ratifique Escobedo. Rivadeneira nunca firmó el acta para no comprometerse ante éste. Miguel Miramón recibe una vez más a Concha, pero ahora con su hijita, las que le hacen olvidar el disgusto que tuvo con su abogado, al que de plano le dijo que: “Supuesto que esto es lo que ha hecho, señal será de que no puede hacer más”. Acude a la prisión el general Francisco Paz para decirles a los tres procesados, de parte de Escobedo, que se sabe de la maquinación de una evasión y les advierte que si se persiste en la idea y llega a ocurrir la fuga se usará el “último rigor”. Miramón, que ciertamente nada sabe del proyecto de la Salm Salm, contesta “que presume que algo pasa y que ya su esposa habló con el fiscal sobre ello y aprueba las intenciones del general en jefe respecto de los que quisieran evadirse”. ¡No me ayudes compadre! se quedó pensando Maximiliano al oír la expresión recta de El Macabeo. Esa noche se terminan las visitas desde las siete de la noche y seis jefes republicanos

duermen en los pasillos para vigilar personalmente que la tan traída fuga no se dé. Contrastando con el silencio y la pesadez que se respira en las Capuchinas, afuera, todo es jolgorio en ese viernes 7 de junio, ya que en la plaza de Abajo se celebra una serenata con las bandas militares de los cuerpos que se encuentran todavía en la ciudad.

El sábado 8 de junio visita el ministro de Italia a Maximiliano. Miramón se traslada a la celda del monarca en desgracia junto con doña Concha y Javier Corral, por lo que ambos reciben la noticia de las disposiciones del gobierno juarista respecto a los demás prisioneros, incluyendo la buena nueva de libertad a oficiales y algunos civiles. La princesa levanta el ánimo de Maximiliano al contarle que Escobedo le platicó haber recibido un telegrama que entre otras cosas dice que el archiduque y sus dos llamados generales, Miramón y Mejía, serán juzgados por el Congreso”, lo que a mi parecer es falso y fruto de la socarronería de Escobedo o del entusiasmo juvenil de Inés que ya no sabía cómo llamar la atención de su admirado barbado.

Frente a Capuchinas se apuesta un batallón y Maximiliano imprudentemente comenta que “Así me gusta; tiemblan los de abajo porque el león se agita en su jaula”. Achaca el austriaco el descubrimiento del intento de fuga a la indiscreción de las señoras y dice: “A las mujeres les debemos esto; creo que ha sido la mujer de Miramón la que charló”. ¡Qué cobarde criterio el de Fernando Maximiliano, echarle la culpa a las aguerridas damas que procuraban su salvación! Por qué mejor no pensar que un secreto que comparten más de dos ya no es tal. En su dichoso secreto estaban implicadas centenares de personas... Maximiliano no está bien y se siente en extremo débil.

Se toman las providencias de seguridad para custodiar a los acusados en su traslado desde Capuchinas al Teatro Iturbide y su estadía en el coso queretano. Sabedor el archiduque de la celebración del consejo, se niega terminantemente a acudir, no así sus generales. Un gran movimiento de tropas se registra en Capuchinas por la noche de ese 12 de junio al ser relevada la guardia ordinaria por un fuerte destacamento de caballería y las puertas de las celdas de los prisioneros deben permanecer toda la noche entreabiertas. Mejía sufre una fiebre tenaz. En la ciudad hay también mucho barullo pues los más significados vecinos quieren obtener un billete de entrada para presenciar el juicio que iniciará mañana, lo que es bastante difícil pues a la mayoría de la oficialidad republicana que no estaba de servicio se le ordenó asistir. El archiduque manda llamar al médico Rivadeneira

para que se convenza de que está realmente enfermo y que por ese motivo no podrá asistir al juicio y dicho galeno no tuvo más opción que declararlo así.

El jueves 13 de junio, el teniente coronel Carlos F. Margáin ejecuta la orden de que a las seis de la mañana se formen frente al templo de San José de Las Capuchinas cincuenta cazadores de Galeana debidamente montados y armados y cincuenta hombres del batallón de Supremos Poderes, quedando todos ellos al mando del coronel Miguel Palacios. A eso de las nueve de la mañana, una escolta acude a las celdas de Miramón y Mejía para llevarlos en un carro cerrado -custodiado por cuatro compañías de infantería y una de caballería- al teatro, en donde hay una banda militar tocando músicas alegóricas, lo que se le hace de mal gusto a los seguidores de los enjuiciados. El coronel Miguel Palacios, quien tenía a su cargo el mando superior en la prisión de Capuchinas.

Miramón continúa con su diario culpando a López de traición, merced a lo que le contaron los republicanos Francisco Vélez y Pepe Rincón Gallardo y reclama la presencia de su defensor Jáuregui. Poco después, ese 14 de junio, recibe la inesperada visita de Escobedo –quien en el fondo sentía admiración por las dotes militares del Campeón de Dios- con quien conversa largamente, como si fueran dos antiguos camaradas de armas, como si Escobedo hubiera ido al Colegio Militar en lugar de andar de arriero; como si el vencedor no hubiera dispuesto el fusilamiento del hermano de su interlocutor en San Jacinto, apenas unos meses atrás. Al irse el general en jefe, Miramón se entrevista con Maximiliano por largo rato en la celda del archiduque.

Maximiliano y Miramón tienen una amplia conversación sobre los acontecimientos del día 14 de junio de 1867 y no ven más que nubarrones en su horizonte personal inmediato, pues están ciertos de que se les condenará a muerte. El Macabeo recuerda con ternura el folletinesco plan de fuga alterno que su esposa presentó para que él huyera a través de una cuerda por la azotea de Capuchinas o el de escaparse disfrazado de mujer con un vestido ampón de matrona mexicana.

“En don Miguel Miramón nunca se vio la hipocresía del traidor sino la enemistad franca del que defiende sus ideas”, dijo José Fuentes Mares. La guardia de caballería asentada en Capuchinas hace un infernal ruido con su chocar de tacones y sables y por lo mismo no dejan conciliar el sueño esa noche a los dolientes Maximiliano y Mejía que siguen muy enfermos, el primero de una diarrea consecutiva causada por una disentería agudísima y grave; mientras que

el segundo seguía sufriendo fiebres reumáticas severas. Don Miguel Miramón se dedicó a leer “De Imitationes Christi”, el consolador libro de Tomás de Kempis.

El viernes 15 de junio, a las diez de la mañana, el coronel Ricardo Villanueva y el médico Rivadeneira sacan a Samuel Basch de su encierro en el Casino Español y lo llevan ante Escobedo, el cual le otorga permiso para volver a Capuchinas al lado de su paciente no sin antes decirle: “Ya conozco los antecedentes de Ud., y le hago responsable de cuanto pueda suceder con Maximiliano; y a Ud. es a quien mandaré colgar primero”, a lo que el germano contestó: “Señor, haga Ud. lo que le parezca”. El desgraciado príncipe recibió a don Samuel con sorpresa, ya que había recibido falsas noticias de que lo habían trasladado a San Luis Potosí. Aclarado el punto, le encargó una vez más que el testamento se haga válido aunque Lago lo haya dejado a medias. En eso estaban cuando el coronel Julio María Cervantes, comandante militar de la plaza, visita al ilustre prisionero, sumándose de manera inesperada Tomás Mejía quien –en complicidad con Miramón– sin más preámbulo le da la noticia de que la princesa Carlota Amalia ha muerto en Europa. Con estoicismo recibe la fatal nueva Maximiliano y sólo afirma: “un vínculo menos en la vida”, y de inmediato continúa dictando una carta dirigida a Lago, en cuya posdata agrega que “En este momento acabo de saber que mi pobre esposa dejó por fin de penar; esta noticia, aunque me ha afligido profundamente, por otro lado me sirve de infinito consuelo en estos momentos”. Y sí, cesaba la angustia por la suerte que correría Carlota, viuda y privada de la razón. Al poco rato llegó un ayudante de Escobedo para saber si el príncipe había sido ya notificado de la infausta noticia. Esto quiere decir que la falsa información –de buena o mala fe– le llegó a Mejía por voz de los republicanos. Con serenidad, los tres presos esperaban la publicación de la sentencia a muerte que ya conocían y Maximiliano se dedicó el resto del día a dictar a Basch cartas de despedida para familiares y amigos estando presentes los criados Grill y Tüdös.

A mediodía llegó el padre Soria y Breña, quien venía recomendado por el Lic. Vázquez; sin embargo, Maximiliano no se confesó con él inmediatamente ya que aseguró a Basch que “Yo no me confieso indistintamente con cualquier sacerdote y he mandado llamar al padre para ver si estamos de acuerdo acerca de algunos puntos preliminares”.

Maximiliano acude a la celda de Miramón ese 14 de junio, y delante de doña Concha, le participa del fallecimiento de Carlota, por lo que ahora, ésta ya no cuidará de la señora Concepción Lombardo y sus pequeños hijos, sino que en su

lugar el emperador de Austria y el rey de Bélgica se encargarán de su manutención. Se estrecha aun más la vigilancia en Capuchinas en donde Maximiliano dormirá –desde esta fecha y hasta el día 19- en compañía de su médico.

El domingo 16 de junio de 1867, por la mañana, Escobedo firma la sentencia y ésta es llevada a Capuchinas por Refugio González, su escribano, el coronel Miguel Palacios y una tropa de soldados que forman fila delante de la celda de un pálido pero sonriente Maximiliano, el cual oye al fiscal y, dominando sus emociones, simplemente dice: “Estoy pronto”, que en el idioma de Dante quiere decir “estoy dispuesto o listo”. Miramón pidió que fuera revocada la sentencia por el ministro de Guerra. Unos guardias cruzan sus bayonetas para impedir el paso a Concha Miramón, quien forcejea cual luchadora, y que consigue llegar hasta la celda de su cónyuge, el cual le da la infausta noticia. Mejía, en cambio, simplemente tomó la pluma y sin pronunciar una sola palabra firmó. El guerrero empedernido que por fin se había enamorado y amancebado con una jovencita se despedía de este mundo casi en plena luna de miel. Se sabía desde antes que el general Escobedo le ofreció a Mejía salvarle la vida por las dos ocasiones en que éste se la había salvado, pero el noble indio queretano manifestó a toda suerte de enviados republicanos que correría la misma suerte que sus compañeros de dolor. Apunta Fernando Díaz Ramírez que la esposa de Mejía rechazó cualquier ayuda proveniente de Escobedo al que consideraría el asesino de su cónyuge. El mismo autor considera que don Mariano nunca tuvo el poder suficiente para salvar sin riesgos para su propia persona a Mejía, tal y como lo reconoció la esposa del mismo Escobedo de manera pública en 1891, porque así se lo había confiado el vencedor de Querétaro. Sin embargo, el general Amado Aguirre sostiene que a las 24 horas de ese día, Escobedo fue a Capuchinas con el objeto de pagar la deuda que tenía pendiente con Mejía al ser capturado en Río Verde por el coronel Tinajero años atrás, en 1863, y en donde don Tomás Mejía le facilitó la fuga con todo y sus ayudantes. De igual modo pues, dice Amado Aguirre que Escobedo dijo al sentenciado: “...abajo en la puerta del cuartel está un caballo ensillado que me permito regalarle, con dos ayudantes y una escolta para que le conduzca a usted a la sierra de Querétaro, donde sus familiares lo esperarán sin duda para vivir tranquilo, y con lo cual dejo saldada una deuda sagrada de gratitud que conservaba siempre para usted y que guardaré mientras viva”. Sigue diciendo Aguirre que “con suma sorpresa recibió el general Mejía tan noble proposición” pero que la declinó al no contemplarse en la fuga a Miramón y a Maximiliano,

y después de insistir el republicano al conservador, se estrecharon en un abrazo y se despidieron ambos con los ojos rasados por las lágrimas, no sin antes pedir el bravo serrano por su esposa y un pequeño hijo, a lo que el jefe republicano accedió y juró solemnemente encargarse de ello, gestión que apoyaron el ministro de la Guerra y el mismísimo Juárez a decir de Aguirre. El mismo autor profundiza en dicho pasaje y nos relata que Juárez reaccionó ante aquella negativa heroica y temeraria de esta manera: “No me extraña la respuesta del señor Mejía; no podía esperarse otra cosa de él, porque es de nuestra raza, y especialmente de la mía. Eso no lo habrían hecho los blancos del otro lado del mar. Debemos lamentar la pérdida de un hombre como ese, que pudo haber hecho mucho a favor de la patria, si sus malos consejeros no lo hubieran hecho volver de Arroyo Zarco, cuando en 1862 iba a presentármese a México para ofrecer sus servicios en bien de la nación. Sírvase usted, señor ministro, decir al señor general Escobedo, que lamento sobremanera el mal resultado de sus nobles gestiones, aprobando su noble oferta al señor Mejía, a la cual me adhiero en todas sus partes, en lo que se refiere a velar por su familia”.

A Concha Lombardo le daba pena la soledad del Habsburgo, al que fueron a visitar ella y su marido a su celda, presentándose a sus ojos tan pálido como un muerto y lamentando no tener a nadie que pueda encargarse de su cadáver. Al ver a la matrona, Maximiliano le tiende la mano y le asegura que la casa imperial de Austria verá por el futuro de ella y de sus hijos. Así mismo, entre los dos convencen a la enérgica señora para que trate de convencer a Juárez de otorgar el indulto, por lo que tomará mañana hacia el norte, sin saber que este incómodo viaje fue planeado por su esposo para evitarle el dolor de contemplar el cruento sacrificio del que iba a ser sujeto.

Se corrió la noticia de que ese mismo día 16 de junio de 1867, a las tres de la tarde –como a Cristo–, sería la ejecución de la sentencia, aunque erróneamente estaba señalada para las dieciocho horas por culpa del telegrafista que inicialmente había enviado el telegrama. El jefe de Telégrafos de San Luis Potosí encuentra al barón de Magnus en la calle y le comunica lo anterior (que realmente es a las quince horas), por lo que raudo y veloz, el plenipotenciario alemán, junto con los dos defensores del Habsburgo, redacta una elocuente y larga carta de súplica en que solicita el indulto o, cuando menos, una prórroga de tres días con el objeto de que Maximiliano tuviera tiempo de disponer instrucciones para su familia, y la entrega en el despacho de Lerdo de Tejada. Todo esto de las negociaciones

de Magnus para lograr una prórroga no se sabía en Querétaro. Después de tres cuartos de hora de consultar con Benito Juárez la petición de don Antón von de Magnus, don Sebastián contesta a los interesados que la ejecución de los tres sentenciados y condenados será la mañana del miércoles 19 de junio. Ante la negativa del indulto, Martínez de la Torre y Riva Palacio se dirigen por vía telegráfica al gobierno de Estados Unidos para que intervenga, con ayuda de potencias europeas, a favor del desgraciado príncipe, no obteniendo al final ninguna ayuda efectiva, sólo una débil comunicación del secretario de estado norteamericano enviada a Juárez sin comprometerse para nada.

Después de una larga meditación en el Cuartel General, se señala al Cerro de Las Campanas como el lugar del fusilamiento, disponiéndose el envío de tropas suficientes para formar un amplio cuadro al sitio de la ejecución. En la celda capuchina de Miramón, a la una de la tarde, el padre Soria celebra una misa junto con otros sacerdotes –que se muestran consternados y temblorosos- y da la comunión a los condenados a muerte, concediéndoles indulgencias para la hora final.

Dice Blasio –que fue sacado de su celda de Teresitas por petición de Maximiliano- que la celda capuchina de su jefe “era muy estrecha (y) la famosa cama de latón, una mesa, un lavabo y dos o tres sillas componían el mobiliario de la última morada imperial.” El fiel secretario veía con enojo a un lépero oficialillo que custodiaba la puerta de la celda con las piernas indolentemente estiradas sin mostrar cortesía alguna cuando alguien pasaba, ni con Maximiliano siquiera.

Cuenta Blasio que el criado Grill lloraba en la celda de al lado y que él mismo sollozó, a lo que el austriaco los increpó porque en nada ayudaban en darle la fortaleza necesaria para afrontar con aplomo su destino. Además le dijo a su noble secretario que lo de las cartas era un pretexto nada más para verlo y despedirse de él y comentarle que lo había recomendado a la familia imperial austriaca para que le procuraran ayuda y empleo. Que en todo caso, las cartas las hubiera podido dictar a Basch.

Afuera de Capuchinas esperan las tropas que conducirán a los reos al patíbulo y Maximiliano en su celda sigue dictando a Blasio y a Basch correspondencia, dirigida entre otros, a Carlos Rubio al que le pide dinero para el embalsamamiento y traslado de su cadáver a Europa y que éste sea sepultado junto al de la princesa Carlota, además de pagar sueldos y viáticos para Basch y los dos criados extranjeros. Estas trágicas previsiones que el archiduque dictó a Blasio sobraban,

ya que el gobierno mexicano las había tomado en consideración para costearlas por su cuenta. En esos momentos entran al aposento el coronel Palacios y el teniente coronel Margain a los cuales el archiduque les agradece las atenciones recibidas y les entrega una bolsa con cinco onzas de oro para que se repartan entre los soldados que debían fusilarlo. Al quedar solos nuevamente, Maximiliano entrega a Blasio una pequeña cartera, autografiada con lápiz con la fecha del 16 de junio de 1867 y éste la recibe con veneración y se despiden abrazándose dos veces, pecho con pecho, y el escribano siente entonces una lágrima ardiente en su mano. ¡No pudo más y se retiró llorando como un loco atravesando los patios y pasillos de Capuchinas, literalmente atestados de tropa, saliendo a la calle a las doce y pico y dirigiéndose en medio de su escolta hasta su celda en Teresitas donde sollozó por otras dos horas hasta que un centinela se apiadó de su dolor y le comentó del aplazamiento de la ejecución de la sentencia! Todavía le dice Maximiliano a su médico que “...esto de morir es mucho más fácil de lo que yo me había figurado. Me hallo completamente dispuesto”.

Cuando faltan sólo quince minutos para las tres de la tarde y Maximiliano se despidió de sus criados que llorando le besan las manos, entrega su anillo nupcial a Basch y le hace la encomienda de hablar pormenorizadamente con sus padres y parientes del sitio de Querétaro y de sus últimos días, además –exclusivamente a su madre- que murió como buen cristiano. Se acerca llorando y pidiendo disculpas el oficial designado para mandar el piquete de fusilamiento y el rubio responde: “Es usted soldado, tiene que cumplir con su deber”. Dieron las tres y nadie se presentaba para llevar a los reos al suplicio, y así dieron las cuatro de la tarde con Maximiliano conversando con los sacerdotes y los abogados Vázquez y Ortega, mientras que sus dos compañeros de infortunio mataban el tiempo leyendo en sus devocionarios o hablando con los sacerdotes que los asistían. Contemplando el cálido y hermoso día queretano, Maximiliano afirma que “Siempre he deseado morir en un día hermoso, al menos este anhelo mío se ha cumplido”. Pues no se le va a cumplir tal deseo porque desde San Luis Potosí ha llegado a las dos de la tarde un telegrama que ha convertido al Cuartel General de Mariano Escobedo en un panal. Estaba Maximiliano despidiéndose de una manera conmovedora de sus criados cuando entran en su celda el coronel Palacios, el nuevo fiscal y su escribano para notificarle la prórroga para el día 19 de junio, lo mismo que a sus generales. El Habsburgo se muestra contrariado con el aplazamiento de su muerte y dijo: “Lo siento, a estas horas ya me había yo despedido completamente de este

mundo. Es una crueldad, ya me había resignado a morir”. Al hacérsele notar que la prórroga pudiera traer un plus como el indulto o perdón por la presión de las potencias europeas afirmó: “Que hagan lo que gusten; yo no pertenezco a este mundo”. Miramón es más agradecido con Dios al saber la noticia y decide esperar con cierta ilusión los días por venir, aunque dijo: “Nos van a matar dos veces”. Y así se separó de Concha, el amor de su vida con quien compartió ocho años y medio de un amor inmenso en medio de la guerra.

Cuando se recibió el telegrama que comunicaba la prórroga, Escobedo no estaba en el Cuartel General porque quería observar con catalejos el fusilamiento desde el valle de El Pueblito, así que el abogado asesor Escoto lo descifró y quedó perplejo: ¡Cómo detener los preparativos en curso! A él y al coronel Juan Soria se les ilumina el entendimiento y mandan decir a Palacios que no conduzca a los reos al patíbulo, así que ordenan a un mensajero cabalgar hasta El Pueblito para que lleve la noticia al general Escobedo, el cual confirma la suspensión. ¡Esta prórroga fue más un nuevo castigo a los condenados que una última gracia, pues permitió prolongar todavía su suplicio durante más de sesenta horas!

Los cuatro mil soldados de la tropa asignada al fusilamiento son retirados del siniestro cerrillo de Las Campanas y la ciudad queda en silencio mucho antes de que caiga la noche de ese atareado 16 de junio. Maximiliano todavía le escribe a su amiguísimo del alma, el conde Bombelles, con quien dicen las malas lenguas que sostiene una relación más allá de lo normal. Ahora el abatido es el padre Soria y no Maximiliano, el cual consuela al virtuoso vicario y abogado queretano, el que no dejará de asistir a Capuchinas de aquí y hasta la hora del sacrificio.

El lunes 17 de junio, Maximiliano redacta una comunicación a los generales y jefes de alta graduación presos en otros sitios dentro de la misma ciudad agradeciéndoles su lealtad. Esta jornada transcurre pesada y lenta para los prisioneros que lo mejor que pueden hacer es arreglar las cosas del espíritu que tienen pendientes. Dicta Maximiliano a Basch una carta dirigida a su madre, la archiduquesa Sofía, a quien le pide por la señora Lombardo de Miramón y sus hijos. En el Cerro de Las Campanas se pueden observar a vecinos morbosos que han acudido a ver el lugar donde serán ejecutados en tres días los ilustres imperialistas, no faltando los ventajosos que hasta cosas para la vendimia llevan. En el interior de la ciudad se ven las calles desiertas, como en un gran duelo por el devaluado monarca al que las féminas y chiquillada queretanas recordaban con simpatía por sus galantes y caballerescos detalles.

Durante el anochecer del lunes 17 de junio Maximiliano se abrió de capa ante Miramón y le manifestó: “Qué tarde le conocí a usted”. El Macabeo, conmovido, se retira a su celda y le dice a su confesor Pedro Ladrón de Guevara: “Padre, es cierto; si el Emperador me hubiera creído; si me hubiera dado toda su confianza él no muere en el cadalso, el Imperio no cae y la suerte de la patria sería otra...” En el claustro de las Capuchinas sólo se escuchan el cambio de guardia y el grito de alerta, mientras que los condenados duermen tranquilamente, sin haber recibido el anuncio salvador que esperaban. Blasio sigue intentando inútilmente que lo dejen ir a Capuchinas a servir a su jefe... ¡Nunca más lo volvería a ver!

El martes 18 de junio, el abogado Vázquez trae a la celda de Maximiliano la contestación de los generales y jefes encerrados en Teresitas quienes se solidarizan con su ex jefe y “se apuntan para verse con él en el cielo”. Al mediodía se presentan en Capuchinas el barón de Magnus y el vicedónsul de Hamburgo, Bahnsen, quienes habían llegado de San Luis en la madrugada, acompañados del médico alemán Szanger, quien estaba preparado para auxiliar en el embalsamamiento si Basch continuaba preso. El príncipe austriaco y Basch entregan papeles importantes al abogado Jesús María Vázquez para que los salvaguarde hasta después de la ejecución y sean entregados por el intrigoso médico alemán a la familia de Fernando Maximiliano. Éste, en una carta de su puño y letra, da las gracias a sus abogados defensores por su “perseverancia y energía” y dirige un telegrama al gobierno en la que pide se perdone la vida de sus dos generales, Mejía y Miramón, “para que yo sea la única víctima, que es lo que pedí desde que caí prisionero”.

Enseguida, Maximiliano escribe una carta al impasible Juárez que fecha en día 19 de junio porque según él debía enviársele ese día, es decir, al día siguiente, la cual, entre otras cosas, dice lo siguiente: “A punto de sufrir la muerte por haber querido hacer la prueba de si con nuevas instituciones políticas era posible poner término a la guerra civil, que desde hace tantos años aflige a este desventurado país; afronto con gusto la pérdida de la vida, si este sacrificio mío puede contribuir a la paz y a la prosperidad de mi nueva patria. Pero persuadido profundamente de que nada duradero podrá fundarse sobre una tierra empapada en sangre y sacudida por fuertes conmociones, os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad propia del momento en que me hallo, a que mi sangre sea la última que se derrame; así como también, a que consagréis aquella perseverancia que condujo vuestra causa a la victoria, y que en mis días de fortuna supe conocer y apreciar en vos, al noble fin de conciliar los ánimos, y de procurar una vez a este

desgraciado país la paz y la tranquilidad fundadas sobre bases firmes y estables”.

El Habsburgo recibe al canónigo Pedro Ladrón de Guevara, cura de catedral (San Francisco), y se confiesa. Después entra al aposento el ilustre sacerdote Manuel Soria y Breña quien le trae el borrador de una carta que el prisionero quiere enviar al papa Pío IX, a quien por este medio le pide perdón y que lo lleve en sus oraciones para que su alma encuentre la paz. El canónigo Soria también recibe el encargo de solicitar a Escobedo autorización para celebrar una misa al día siguiente antes del fusilamiento, a lo que éste accede siempre y cuando sea oficiada a las cinco de la mañana. Eran cerca de las tres de la tarde de ese martes 18 de junio en Capuchinas cuando el coronel Palacios interrumpe el coloquio entre Maximiliano, Magnus, Basch y el coronel Villanueva; el recién llegado se dirige a los dos alemanes y les dice que es preciso que el archiduque se entendiese personalmente con el general Escobedo para las disposiciones concernientes a su cadáver. Al saber Maximiliano lo anterior dijo: “Esto sí que es indecente”, por lo que Basch dictó una carta al coronel Villanueva –que sabía alemán- en la que el austriaco comunica su deseo de que su cuerpo sea entregado a Magnus y al propio Basch para transportarlo a Europa. Miramón recibe un telegrama de despedida de su esposa y otro de la asociación gregoriana de corte militar. A las cinco de la tarde llega contestación de San Luis Potosí negando la solicitud al príncipe de Habsburgo en la que solicitaba gracia para El Macabeo y para Papá Tomasito. A las veinte horas Maximiliano se mete en cama quedándose solamente Basch en el aposento, a donde llega el coronel Palacios –como a las nueve de la noche- a decirle al condenado que Escobedo aprobaba la que sería su última voluntad respecto de su cadáver. A las once y media de la noche alguien se mete a la habitación del germano: era Rivadeneira que iba de parte de Escobedo, mismo que estaba afuera en el pasillo. Maximiliano encendió la luz, preguntó el motivo de la visita e hizo entrar a Escobedo y retirarse a los dos médicos. Después de que el sentenciado le regala un retrato suyo autografiado al neoleonés, la última cita duró poco. Dice Basch que Maximiliano masculló: “Escobedo vino a despedirse de mí. ¡Vaya! De mejor gana hubiera yo seguido durmiendo”. Maximiliano apagó la luz de su lámpara y después de una hora por fin durmió con una respiración sosegada la que sería su última noche en este plano del universo... El doctor Basch le suministraba dosis grandes de opio para atenuar sus males y se afirma que en sus últimas horas entre el 18 y 19 de junio de 1867 estaba completamente dopado.

Otra versión, de la conseja popular queretana, cuenta que Mariano Escobedo, el general en jefe, acude a la celda de Mejía hasta este día 18 (y no el día 16 de junio) cerca de la medianoche y le propone a éste que se deje conducir a San Luis Potosí fuertemente escoltado, bajo su responsabilidad (la de Escobedo), para arreglar su situación, pero el bravo queretano se niega a tan gentil ofrecimiento si sus dos compañeros van a ser fusilados. Miramón dicta una tiernísima carta a su adorada Concha donde además le encarga hacerse cargo de minucias como el pago de los abogados defensores y cuidar la trenza de su madre que está en poder de su amigo Ordóñez. También escribe a su amigo del alma, el general Manuel Ramírez de Arellano, a quien les encarga la formación de su hijo Miguel, quien jamás deberá tomar las armas si no es contra un enemigo extranjero. Dice Víctor Darán que Miramón nunca creyó en la clemencia de sus enemigos ni en la eficacia de los medios jurídicos y no jurídicos puestos en práctica para salvar su vida, disponiéndose a repartir su escaso patrimonio entre familiares y amigos: a éstos les dejó su biblioteca, a su esposa ochocientos pesos y a su abogado Moreno dos caballos. Finalmente escribió: “Todas las puertas se han cerrado, menos las del cielo...” Durmió tres horas antes de salir al cadalso.

Mejía por su parte, formuló un sencillo testamento en el que dejaba a su joven mujer Agustina Castro y a su pequeño hijo dos casas de adobe y dieciocho vacas, sus únicas propiedades. Maximiliano, sin saberlo, dejaba una loca en Miramar, Mejía dejaba un hijo en cuna y una mujer algo enajenada, pero Miramón dejaba más críos y una mujer fuerte y robusta, de los cuales uno estaba en brazos. Cuando sus compañeros visitaban en su celda a Mejía, éste apenas respondía a medias con palabras ininteligibles, volviendo a caer en el silencioso abatimiento de los indios. Más tarde le sacarían sus trapitos a Mejía sobre un hijo bastante grandecito y una legal esposa de un primer matrimonio sin disolver...

Con la estupenda coreografía de la ciudad de Querétaro como fondo, Maximiliano –al igual que sus generales– se despierta con un toque de diana a las tres y media de la madrugada de su nuevo y último día: miércoles 19 de junio de 1867. Basch se levanta y llama a los criados Grill y Tüdos para que preparen la celda para la misa que ha de tener lugar a las cinco, habiendo improvisado el altar doña Concha de Miramón días antes. Los sacerdotes llegan a las cuatro de la mañana y confiesan a los penitentes y al sonar las cinco en el reloj comienza el oficio religioso encabezado por el padre Soria y Breña, quien se nota conmovido y de vez en cuando interrumpe con sollozos la homilía. La concurrencia nada más

son el médico, los dos criados, los cuatro sacerdotes y los tres condenados, quienes reciben el viático con devoción y vestidos elegantemente de negro, solamente que Mejía se colocó debajo de su chaleco la banda azul de general divisionario. Al cuarto para la seis de la mañana se les sirve un desayuno que consiste en media botella de vino tinto, pollo, pan y café. El gobierno puso especial empeño en que la última mesa de los presos fuera digna y decorosa. Inmediatamente después de tomar sus alimentos, Miramón escribe tres documentos donde resalta el cierre de su “diario” y la súplica a Concha su esposa de que no guarde rencores para quienes le hacen tan grande mal. El indio recio de Mejía no quiere ya saber nada de las cosas de este mundo y sigue preparándose para la otra vida.

En Capuchinas, Maximiliano apurado por el capitán de Supremos Poderes, Rosendo Allende, vuelve a entregar al médico Basch el anillo nupcial, le repite los encargos y le da también un escapulario para su madre, la archiduquesa Sofía, el cual le había regalado su confesor Soria. A las seis y media de la mañana vino por los detenidos el coronel Palacios fuertemente escoltado y los condujo a los carruajes de sitio 10, 13 y 16 que habían sido alquilados por el Cuartel General desde la noche anterior y que ya esperaban afuera del claustro. Antes de bajar la escalera Miramón le preguntó a Maximiliano quién de Mejía y él harían el papel de Dimas y quién el del mal ladrón llamado Gestas, a lo que el austriaco contestó: “Señor general, ya no es tiempo de chanzas, puesto que la cosa es bastante seria”. Pero todavía en el corredor capuchino Maximiliano bromeó a Miramón preguntándole si le parecía bueno el traje llevaba para el suplicio, a lo que El Macabeo contestó con una sonrisa en los labios: “ Señor, como es la primera vez que me van a fusilar, no puedo decir a usted si ese traje que lleva sea adecuado al objeto” Aun tuvieron tiempo para intercambiar comentarios sobre el sentimiento que invadía al rubio imperialista el no haber conocido a fondo a Miramón y éste le reprochó en tono amistoso el que hubiera confiado Maximiliano más en Márquez que en él, porque de no haber sido así ahora estarían cubiertos de gloria consolidando el Imperio.

Por su parte, Víctor Darán afirma que también Maximiliano le preguntó a Miramón el significado de las dianas y toques de clarín que se escuchaban hasta el corredor, a lo que éste también afirmó que no sabía por ser la primera vez que lo fusilaban. Se dice que el abogado Eulalio Ortega fue testigo de este comentario por acompañar a la comitiva e ir dialogando con el archiduque.

Basch se despidió de Maximiliano en el descanso de las escaleras y ahí queda, ya no puede más, le faltan las fuerzas.

Ocupa el carro 10 Maximiliano en compañía del padre Soria, Miramón sube al 16 acompañado del canónigo Pedro Ladrón de Guevara y, finalmente, Mejía asciende al carruaje 13 en medio de los religiosos José María Ochoa y José Francisco Figueroa. Se organiza la marcha con una fuerza de caballería al frente y otra posterior, que va por las calles de El Placer, La Laguna, La Fábrica, San Antoñito y de El Campo (actuales Hidalgo poniente desde Guerrero hasta Tecnológico). Los queretanos discretos se asoman curiosos con el rostro pintado de terror, desesperación, indignación y siempre de respeto, tras los visillos, azoteas, ventanas y balcones pero los de clase baja, hasta se formaron atrás de la retaguardia para acompañar al fúnebre cortejo hasta el cerrillo más famoso de todo México a partir de ese día.

Basch está abatido en Capuchinas. Son las siete con cinco minutos y la descarga se oyó claramente en la parte baja de la ciudad, no así en las partes altas como La Cruz y San Francisquito. En la mayoría de los hogares hay luto y se reza de hinojos. ¡Es el epílogo de un sueño dorado construido en cimientos de arena!

Cuenta el señor Loyola que al ser trasladado el cadáver de Maximiliano del cerrillo al templo de San José de Las Capuchinas, unas damas enlutadas y llorosas se acercaron a la caja de muerto y empaparon sus pañuelos en sangre real. Al llegar a Capuchinas a las ocho de la mañana, Palacios saluda a Basch de mano y sin poder guardar sus emociones exclama que Maximiliano “era un alma grande”. El fiscal Refugio González y su escribano Félix Dávila levantan el acta correspondiente de la ejecución de sentencia y cierran el expediente, el cual entregan a Mariano Escobedo, que a su vez da parte por vía telegráfica al supremo gobierno de dicho cumplimiento. Se dice que después de recibir la noticia del fusilamiento, Juárez cayó durante una semana en un estado de decaimiento. Seguramente fue la reacción que sigue a cuando uno concluye con un estado de tensión prolongado, productor de adrenalina, y luego viene la calma.

No había pasado mucho tiempo después del fusilamiento cuando ya la celda capuchina de Maximiliano presentaba pintas expresando dolor, pesar, perdón y resignación, hechas por los celadores. Del Cuartel General se ordena que los médicos Licea y Rivadeneira hagan la necropsia en Capuchinas y el embalsamamiento, el cual durará ocho días, pudiendo Basch estar presente en todo eso. Dice el docto Ratz que el general y médico Rivadeneira ni las manos metió en tales operaciones por no ser de su especialidad. El cuerpo de Maximiliano se deposita en una larga y fría mesa cubierto con una sábana, cercano al cadáver de Mejía, a donde acuden

Escobedo y el señor Loyola, observando que el del príncipe casi está como cuando vivía, salvo la lividez cadavérica, pero el rostro de Mejía está más feo que cuando estaba vivo, “como una pesadilla”. Algunos morbosos presencian la triste tarea del ginecólogo Licea, que dejó pasar al fotógrafo Francisco Aubert para que se llevara a fotografiar las ropas de Maximiliano en su estudio privado. Después de tomar las placas, Aubert entrega los vestidos a Basch.

El jueves 20 de junio se entrega a la viuda de Mejía el cadáver de éste y después de un modesto funeral donde asistieron principalmente campesinos de los alrededores y depositarlo unos días en la capilla de La Santa Escala en el templo de San Antonio, la mortaja es llevada a México donde será la inhumación en el panteón de San Fernando. El cadáver de Miramón ya fue embalsamado en la casa de La Zacatecana y también será llevado a la capital del país, a San Fernando, con su padre enterrado allí. El de Maximiliano sigue en Capuchinas donde es visitado por muchos curiosos insanos, los cuales tampoco han dejado de ir al cerrillo del poniente, donde un recalcitrante partidario monarquista ha formado una ofrenda que contiene una “M” coronada, dejándola sobre el sitio en que su adorado monarca cayó fulminado. Sobra decir que en Querétaro no existen los elementos químicos necesarios para hacer un buen trabajo de embalsamamiento.

Para el viernes 21 de junio, los médicos legistas han iniciado en Capuchinas el retiro de las vísceras de Maximiliano pues no hay manera de conservarlas, y con métodos anticuados se ha procedido con el vaciado total de sangre. El miércoles 27 de junio, a la semana del fusilamiento, por fin se concluye el malhecho embalsamamiento de Maximiliano por Licea, al que se le ha aumentado una fama tétrica por el decir popular que no tiene más comprobación que el chisme de boca en boca. Ahora resulta que el ginecólogo de referencia se lavó las manos con sangre del ex monarca en el propio cadáver o que su amigo el coronel Palacios había ordenado echar las vísceras del rubio a los perros. El corazón de Maximiliano se coloca en un frasco de vidrio esterilizado y relleno de alcohol de noventa grados para ser entregado a Basch.

Rivadeneira rinde informe de la operación al general Mariano Escobedo y entrega el jueves 28 del mismo mes el cadáver de Max a Miguel Palacios que monta una fuerte vigilancia adentro y fuera del templo de San José de Capuchinas. El público en general ha podido visitar el cadáver que ahora está en una doble caja, de cedro y zinc, con un cristal que permite ver la cara del difunto, el cual está vestido con un pantalón negro, botas militares. Levita azul con botones dorados,

camisa blanca, corbata y guantes de cabritilla negra, aspecto al que estaban tan acostumbrados los queretanos desde el 19 de febrero que llegó. Corre la conseja popular que los ojos de vidrio azul que luce el cadáver fueron arrancados a la imagen de Santa Úrsula o de San Gonzalo ubicada en el templo de San Domingo, sito a unas dos cuadras de Capuchinas, pero eso es totalmente falso, ya que Licea mandó traer los ojos postizos de la Ciudad de México. Por cierto, Licea aclara que Rivadeneira no intervino en la tétrica tarea de embalsamar y quien lo ayudó fue el médico D'Orbscastel.

El 29 de junio tratan infructuosamente los allegados a Maximiliano de recoger su cadáver pero Lerdo de Tejada vuelve a dar una negativa, permitiendo sólo que en el templo de San José de Las Capuchinas se le hagan oficios religiosos al enemigo caído.

Como sigue vacante la plaza de obispo de Querétaro, continúa ejerciendo la función el vicario Manuel Soria y Breña, quien encabeza las honras fúnebres a su amigo y feligrés muerto. Al verse que ha sido poco respetuosa la gente en general con el recinto donde está depositada la mortaja imperial, el Cuartel General decide llevarlo con el resguardo del batallón de Supremos Poderes a la casa de la familia Cabañas Muñoz Ledo, ubicada en las calles de El Ángel y Segunda de Santa Clara (hoy antiguo Palacio de Gobierno de Madero 70) la triste tarde del 30 de junio de 1867.

El 3 de octubre de 1867 fue entregado el cadáver al almirante austriaco Tegetthoff y subida a La Novara, la misma embarcación que en el lejano 1864 lo trajo desde lejanas tierras. Todavía el 5 de octubre los marinos austriacos divisaron el Pico de Orizaba desde altamar, arribando a Trieste el 16 de enero de 1868, donde es trasladado en FFCC a Viena, a donde llega finalmente dos días después. De Capuchinas Querétaro al convento de Los Capuchinos de la capital de Austria: ¡macabra semejanza! Mientras tanto, una bella loca tendría ratos de lucidez y viviría sesenta años, hasta enero de 1927, preguntando por su amado Maximiliano.

CASA DE VICENTE LICEA



Casa de Vicente Licea.



Ginecólogo Vicente Licea.

CASA DE VICENTE LICEA (GUERRERO 19 NORTE)

Herido el general Miguel Miramón, volvió a su casa (Hidalgo y Allende) pidiendo un médico, pero como no llegara, a pie se dirigió a la casa del médico Vicente Licea en donde éste dio aviso de que allí se encontraba; se quedaron allí también los generales Casanova y Moret y los ayudantes de Miramón Gorbitz y Castillo. Más tarde llegó el general Refugio I. González y otros republicanos; por la tarde los generales Rocha, Vélez, Echegaray y los coroneles Pedro y José Rincón Gallardo y Martínez trataron de sacar a Miramón de la casa del Dr. Licea en donde era realmente prisionero para arreglarle su salida de la ciudad por la noche pero les fue imposible, más tarde todavía se le pretendió llevar prisionero pero gracias al coronel Julio Cervantes no fue así y por la noche en que algunos amigos trataron de propiciarle la fuga quedó ya definitivamente prisionero, siendo llevado posteriormente a Capuchinas.

Esta vetusta y algo hermosa casona fue construida en el siglo XVIII, a un lado del convento de Las Capuchinas. Miramón sufría durante el Sitio de Querétaro de exceso preocupaciones y mal pasadas que empeoraron su dolencia hepática, y por lo cual buscó al médico Vicente Licea en la casa de éste, que cuidaba también a Tomás Mejía. Miramón se encuentra enfermo, tal parece que se le recrudece un viejo padecimiento hepático –que nada tiene que ver con el alcohol- y le provoca picazón en la palma de una de sus manos, molestia insistente que a menudo lo saca de quicio. Ambos generales enfermos son atendidos por el médico Vicente Licea, “el que más tarde se cruzará con ellos en la morgue”.

El 30 de abril de 1867 los jefes imperialistas continúan indagando cómo se enteran los chinacos de todo lo que ocurre en el interior de la plaza, pues no hay movimiento que ignoren, ni proyecto que anticipadamente dejen de conocer,

sobre todo en los últimos tres días recientes. Ignoran los jefes monárquicos que Bernabé Loyola y sus incondicionales formaron un verdadero grupo de informantes y contraespionaje, del que sólo sabían algunos vecinos del ala liberal. Los espías de Méndez y Severo del Castillo sospechan del médico Vicente Licea, por reuniones secretas de éste en su casa junto a Capuchinas, y del padre y abogado Nicolás Campa que realiza ocultos encargos con el objeto de que concluya de una vez por todas la terrible situación que vive Querétaro y que afecta a todos los habitantes, no nada más a los partidarios del usurpador.

Miguel Miramón iba muy conmovido y sangrando abundantemente para su alojamiento en la mansión del Conde de Sierra Gorda a las tres de la mañana del día 15 de mayo de 1867, después de ser herido en la plaza de San Francisco. Al llegar y no ser atendido por nadie, acude a la casa del médico Licea en la calle de Capuchinas 17 (hoy Guerrero 19) con el objeto de ser curado, para lo cual se empeña El Macabeo en que le saquen la bala que creía tener. Vicente Licea le explicó que sólo se trataba de un astillamiento del hueso en su mejilla pero la necesidad de Miramón provocó una larga y dolorosa operación que duró dos horas.

En la calle de Capuchinas, hacia las tres o cuatro de la tarde de ese miércoles 15 de mayo, Miramón es entregado por Vicente Licea al general republicano Refugio González, quien es cuñado del médico, y que entrando a la sala de convalecencia lo hizo rendirse; cuando se da cuenta don Miguel de la situación, le escribe a su amigo el coronel Julio María Cervantes la siguiente nota: “He sido descubierto; estoy herido. Te doy mi palabra de no fugarme”, recado que no llegó a su ex discípulo sino a Mariano Escobedo que lo regresó con esta orden: “Queda prisionero bajo la responsabilidad del coronel Cervantes”. Entonces llegó éste a confirmarle su prisión en donde ya estaba desde muy temprano. Preguntó Cervantes a su amigo Miguel, al que siempre se le dieron con éxito las cosas y al que había advertido en su charla en el Puente Colorado sobre el Río Blanco que podía perder: “Pero hombre, ¿qué pasó? siempre se te había dicho el resultado”, “Nada. Con pendejos y con muchachos y muchachas ni a bañarse” –respondió Miramón recordando las felonías y tonterías de Márquez, Méndez, López y Severo del Castillo. Julio María Cervantes puso una guardia en casa de Licea, más para proteger a Miramón de un atentado que porque temiera su fuga y así se lo explicó al antiguo compañero de aulas. Licea, en cambio, le sacó al Macabeo de su levita la cartera con papeles y onzas de oro, los cuales fueron enviados a Escobedo y éste

fue a ver a don Miguel y le dijo: “General, aquí tiene usted su cartera; le aseguro bajo palabra de honor que no he leído sus papeles. Puede usted leerlos –contestó Miramón–; son papeles de familia y apuntes míos que no contienen secretos, pero por el peso conozco que faltan seis onzas de oro que dentro había. Debe haberlas cogido Licea –dijo Escobedo– porque tenía oro en la mano cuando me entregó la cartera; voy a hacer que las devuelva. No –replicó Miramón–, si él las tiene, que las guarde en pago de lo que ha hecho conmigo”.

Licea se defenderá años más tarde de estos cargos alegando que la cartera la descubrió su cuñado Refugio González y que éste fue quien la entregó a Escobedo y que Miramón sólo recibió atenciones de su parte, además de que El Macabeo le rechazó un ofrecimiento de escape y que más tarde, cuando ya era imposible ayudarlo en su fuga, Miramón se enojó con el médico al rechazar éste un proyecto de escapatoria propuesto por aquél de una manera exigente y grosera. Licea también alega que antes de hacer la operación en la mandíbula del general Miramón, éste durmió con sobresaltos y delirios, hablando inconsciente. Afortunadamente para El Macabeo, muchos de sus amigos republicanos lo visitaron el resto de la tarde y noche: Rocha, Vélez, Echegaray y los coroneles Pepe y Pedro Rincón Gallardo, además de los imperialistas Casanova, Moret, Gorbitz y Castillo, en tanto que los ayudantes de Miramón de apellidos Jáuregui y Acebal se esconden en casas de la ciudad y logran salvarse de la furia china. Con esta denuncia de Licea se acabó el ofrecimiento de Sóstenes Rocha de salvar a su amigo y discípulo en el Colegio Militar facilitando su escape por la noche de ese día.

El 17 de mayo Miramón sigue convaleciendo en la casa de Licea, por lo que nunca estuvo con Mejía y Maximiliano en las prisiones de La Cruz y Teresitas. Dice Bernabé Loyola que cuando el general en jefe dispuso que los prisioneros de Teresitas pasaran al edificio de Capuchinas el jueves 23 de mayo de 1867 ya estaba en éste Miguel Miramón, quien de la casa de Licea había sido trasladado a la cárcel general situada en la casona de La Corregidora. Afirma también el liberal queretano que cuando Maximiliano y Miramón se volvieron a encontrar se abrazaron cordialmente.

Después de tomar las placas mortuorias al cadáver y vestimenta de Maximiliano, el fotógrafo francés Françoise Aubert entrega los vestidos de éste a Samuel Basch, pero otros objetos menores del príncipe austriaco son guardados por Licea en su casa –al igual que la mascarilla del muerto que hizo el propio Vicente– quien los va a ofrecer por quince mil pesos a la princesa de Salm Salm que

así lo había solicitado para el vicealmirante Tegetthoff. El gobierno republicano, ansioso de guardar el “decoro nacional”, manda abrir proceso al doctor Licea, requisando estos objetos para entregarlos a Tegetthoff. También resulta de mal gusto el que Aubert y un tal Pereire hayan hecho y vendido cartas de naipes con las fotos de las reliquias de Maximiliano.

De modo subrepticio comienzan los rumores de que Licea está vendiendo pañuelos y gasas con pelo, piel y sangre del cadáver de referencia, sobre todo a ricas damas de la sociedad local que tienen para pagar un recuerdo de aquel al que amaron tanto.

Los chismes han dado lugar a que descienda la estima y prestigio social de que gozaba Licea antes del sitio: el 22 de junio, lo rodea una pesada atmósfera que lo llevará en un tiempo más a encarar un proceso penal ante un juez de la Ciudad de México por la acusación que le haría el vicealmirante austriaco al que supuestamente el médico le ofreció en venta la mascarilla de muerto y órganos de Maximiliano.

El miércoles 27 de junio, a la semana del fusilamiento, por fin se concluye el malhecho embalsamamiento de Maximiliano por Licea, al que se le ha aumentado una fama tétrica por el decir popular, que no tiene más comprobación que el chisme de boca en boca. Ahora resulta que el ginecólogo de referencia se lavó las manos con sangre del ex monarca en el propio cadáver y que además su amigo, el coronel Miguel Palacios, había ordenado echar las vísceras del rubio a los perros, como ya lo dije. El corazón de Maximiliano se coloca en un frasco de vidrio esterilizado y relleno de alcohol de noventa grados para ser entregado a Samuel Basch. El corazón de Mejía estuvo depositado también en un frasco con alcohol pero en la casa de Licea, quizá esperando que la viuda lo recogiera previo pago de elevados honorarios, hasta que el gobierno procesó al galeno y lo obligó a entregarlo.

El 9 de septiembre de aquel año, el gobierno juarista decidió trasladar el cuerpo de Maximiliano de Querétaro a la Ciudad de México, como apunté en páginas anteriores. El ministro Lerdo de Tejada y el presidente Juárez visitaron el cadáver de Maximiliano en el convento de San Andrés en la Ciudad de México después del segundo embalsamamiento, ya que en el camino de Querétaro a la Ciudad de México el cuerpo inerte se cayó dos veces al agua por los accidentes del camino en plena época de lluvias y lo dejó en un estado tan lamentable – peor que el del embalsamamiento hecho por Licea- que hubiera provocado una

reclamación diplomática. En San Andrés pudo apreciar Juárez que Maximiliano estaba mal formado: piernas y brazos muy delgados y largos en proporción a su tronco y la barbilla de chivo –que tenía que cubrir con la barba- muy al estilo de Carlos V y sus descendientes.

Esta nueva operación fue llevada a cabo por cuatro médicos capitalinos que reimplantaron los órganos del cadáver en sus cavidades naturales –los que Licea conservó en recipientes de plomo- para acabar con las suspicacias de que se había traficado con ellos, y tuvo un costo de doce mil pesos para el gobierno federal más setecientos y pico de pesos por sustancias químicas, amén de que uno de los médicos que la hicieron murió intoxicado por veneno cadavérico. Se colocó al cadáver en nuevo ataúd, de madera de rosas y zinc. Me parece oportuno anotar que Inés de Salm acusó formalmente por la vía penal ante el gobierno juarista al médico Vicente Licea de traficar supuestamente con los órganos y vísceras de Maximiliano y robar la mascarilla de yeso hecha al cadáver de éste, por lo que el galeno estuvo preso por dos años mientras demostró su inocencia en la última instancia, en que logró acreditar que la famosa necropsia la hizo sin elementos químicos apropiados y sin recibir ningún apoyo del gobierno federal, ni siquiera del personaje designado por éste para realizar la macabra tarea. También se defendió Licea de la acusación de haber entregado a Miramón la mañana de la toma de Querétaro, pues declaró que el mismo oficial que hirió a Miramón frente a San Francisco siguió al Macabeo hasta la casa del médico y desde ese momento montaron guardia los republicanos afuera del inmueble. También se defendió Licea de no haber robado monedas de oro a Miramón esa mañana, sino que entregó la cartera y monedas áureas al mismísimo general Escobedo y que si mandó hacer a su costo la mascarilla del rostro del cadáver de Maximiliano fue con autorización del gobierno de la República y con motivo de preservar para los tiempos por venir tal reliquia histórica. En su defensa, utilizó Licea términos muy duros en contra de la princesa de Salm Salm. El exitoso abogado defensor del médico queretano lo fue el joven Manuel Romero Rubio, futuro suegro del presidente Porfirio Díaz y padre de Carmelita Romero Rubio de Díaz.



ARCHIVO GENERAL DEL ESTADO



Madero 70.



Madero 70, 2016.



Caja mortuaria
de Maximiliano

ARCHIVO GENERAL DEL ESTADO (MADERO 70)

Data este edificio de fines del siglo XVIII y ha pertenecido a la Señora Muñoz y Velarde, Señora Cabañas, Señor Félix Malo, Licenciado Muñoz Ledo, Don Cayetano Rubio y al Estado. Las oficinas gubernamentales locales se trasladaron a este edificio en 1861, siendo gobernador el general José María Arteaga.

Fue adquirido en definitiva por el Estado el 16 de junio de 1868, durante el gobierno del coronel Julio María Cervantes. Varios episodios se registran en su historia. El 4 de junio de 1863 se instaló el presidente Juárez cuando viajaba hacia el Norte del país a defender la constitucionalidad de la República. En 1877, al proclamar el abogado José María Iglesias el Plan de Salamanca, en su carácter de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, contra Sebastián Lerdo de Tejada, estuvo despachando en lo que era la Sala de Recepciones y despacho del Gobernador, convertido hoy en despacho del secretario del Trabajo estatal.

El 30 de abril de 1882, en ocasión de haber llegado a Querétaro el Ferrocarril Central, se organizó una exposición en este lugar que duró varios días, a ella concurrieron representantes de casi todos los estados de la República. La primera planta eléctrica que hubo en Querétaro fue instalada en uno de sus departamentos. Por varios años estuvo en el antiguo Salón Gobernadores un museo, que fue muy visitado durante el Congreso Constituyente de 1916-1917. En uno de sus cuartos estuvo prisionero el famoso bandido “Chucho El Roto” a finales del siglo XIX. Otros grandes acontecimientos de nuestra vida política se han efectuado dentro de los muros de este soberbio edificio, llegando a convivir en él los tres poderes del Estado y además fue Palacio Nacional del 2 de febrero de 1916 al 7 de marzo de 1917 en que Carranza despachó en él como encargado del Poder Ejecutivo.

En su patio principal se promulgó y publicó la Constitución que hoy nos rige el 5 de febrero de 1917 a las dieciséis horas. En la tercera década del siglo XX fue convertido este palacio en Casa del Agrarista por el gobernador Saturnino Osornio. Entre 1943 y 1949, el inmueble anexo (casa habitación de una planta) fue adquirido por el gobierno del licenciado Agapito Pozo Balbás para ampliar el palacio y hacerlo más funcional, pero la segunda planta de Madero 68 fue construida por el gobernador Gorráez.

En abril de 1979 el gobernador Antonio Calzada Urquiza inauguró el Salón de la Historia que se conforma con bellos murales con pasajes de nuestro devenir histórico local, que pintó el maestro yucateco Fernando Castro Pacheco. Durante el gobierno de Mariano Palacios Alcocer se destinó la mayor parte de este bello edificio neoclásico a ser la sede del Archivo del Estado de Querétaro.

Sigue vacante la plaza de obispo de Querétaro en 1867, por lo que está desempeñando la función el vicario Manuel Soria y Breña, quien encabeza las honras fúnebres a su amigo y feligrés muerto llamado Fernando Maximiliano de Habsburgo. Al verse que ha sido poco respetuosa la gente en general con el recinto capuchino donde está depositada la mortaja imperial, el Cuartel General decide llevarlo con el resguardo del batallón de Supremos Poderes a la casa de la familia Cabañas Muñoz Ledo, ubicada en las calles de El Ángel y Segunda de Santa Clara (hoy antiguo Palacio de Gobierno de Madero 70) la triste tarde del 30 de junio de 1867. Esta casona que había sido construida en el siglo XVIII por la familia Septién Castillo, fue rentada en junio de 1867 por el comandante militar de la plaza, Julio María Cervantes, para convertirla en palacio gubernamental, y al saber que era probable la visita a Querétaro del presidente Juárez en los próximos días se apresuró a arreglarla. Diré que se trataba esta acción de que nadie pudiera ver la famosa fiambre imperial, por lo que fue depositada en el cuartito ubicado a la derecha del entresuelo, subiendo la escalera principal del edificio en mención. No se permitiría el paso a nadie.

Hasta el 1 de julio de 1867 se sabe en Europa del fusilamiento de Maximiliano llenando de luto las cortes y de remordimiento a Napoleón III y a su frívola esposa Eugenia de Montijo. El papa católico Pío IX celebró las honras fúnebres del archiduque asistiendo “in throno” para pedir por el alma del ajusticiado, cuyo cuerpo (ficción jurídica del derecho canónico) presente fue incensado y rociado pomposamente. Cuando los liberales queretanos se enteraron de este acontecimiento respondieron indignados en La Sombra de Arteaga: “¿Cuándo el

Santo padre celebrará honras por el descanso de tantos que fueron víctimas del Imperio?

Se tiene noticia cierta el 4 de julio de 1867 de que al día siguiente (5 de julio) llegará a la ciudad de Querétaro Benito Juárez (la primera en su camino a México) y el gobierno local acelera los preparativos. Se han adquirido nuevos muebles para la habitación de él y para las de sus acompañantes, pues se piensa que se quedará una o dos noches en el flamante nuevo palacio de gobierno.

La ruta que seguirá el patricio oaxaqueño es Santa Rosa Jáuregui, San Pablo, San Gregorio, Cerro de Las Campanas, ribera del Río Querétaro hasta el Puente Grande o de El Marqués, vuelta a la derecha por calle de El Puente, Miraflores, El Tesoro, La Alhóndiga y llegada a la esquina del Portal de Carmelitas con calle de El Hospital (actuales Juárez y Madero) donde se le había construido un arco floral. De allí será llevado a su alojamiento. Todos los vecinos debían de adornar el frente de sus casas.

El día viernes 5 de julio por la tarde está la ciudad en espera del hombre de Guelatao y en esa vigilia cae un fuerte aguacero a eso de las diecisiete horas, duró mucho tiempo y empapó a todos pero no acabó con el entusiasmo de un pueblo voluble que lo mismo recibía a gritos y sombreros a un monarca cuatro meses antes y ahora daba la bienvenida a un sobrio republicano con las venas hinchadas de sangre zapoteca. Al fin llegó a San Pablo Querétaro el tozudo presidente liberal, alrededor de las nueve de la noche, desde cuya garita y hasta el palacio del gobierno estatal no dejó de recibir vítores recordando su triste paso del 4 de junio de 1863 rumbo a Guanajuato llevando como equipaje solamente su famoso carruaje, su levita, la Constitución de 1857 y el archivo de la nación, o el ya lejano viaje del 15 de enero de 1858 al iniciar la guerra de Reforma y en el que se alojó en la humilde casa del general Arteaga, el cual vivía en los anexos del entonces (1867) Palacio Departamental (desde 1981 Palacio de Gobierno) en la calle de Guadalupe 3 (hoy Pasteur), como ya lo vimos. En medio de farolas y “gallos” de los diferentes barrios citadinos, se le condujo a la sala principal donde departió con lo más selecto de la sociedad queretana, ochenta personas en total, contando a Escobedo y a sus oficiales de más alto rango, a los miembros del Club José María Arteaga, a Julio María Cervantes, quien se quedaría con la gubernatura de Querétaro y le cerraría el paso para siempre al gran jurista cadereyense, Ezequiel Montes Ledesma, que todos los puestos importantes ocupó, menos el más anhelado por él: el de gobernar su tierra. Dentro de los triunfales discursos que se dieron esa noche,

destaco el de Luciano Frías y Soto por hacer la defensa de esta prócer ciudad ante Juárez y sus ministros Lerdo e Iglesias, pues mucho se hablaba de desintegrar al Estado de Querétaro en una próxima reforma constitucional. Su hermano Eleuterio va más allá y dice: "...Querétaro no es la ciudad traidora. Es la ciudad víctima de la traición. No es la ciudad maldita sino la que lanza su anatema a sus opresores...Querétaro tiene la honra de ser la tumba del pretendido Imperio". Después de esto pasan a degustar un sencillo y severo banquete amenizado por una banda militar.

Aprovechando Escobedo que ya no hay visitas indiscretas, aborda al presidente y le da pormenores graves del sitio, cuando de pronto la charla se encamina en torno al asunto de Tomás Mejía. "Pero hay otro secreto que sí me pertenece porque es mío y puedo comunicarlo a usted: yo quise salvar a Mejía; le ofrecí la vida porque le debía atenciones y grandes favores" dijo Escobedo, a lo que Juárez preguntó: "¿Y qué contestó?", "Me preguntó cuál sería la suerte de Maximiliano, y como en mis palabras advirtiera la verdad, me dijo terminantemente que no aceptaba nada y que correría la suerte de sus compañeros de infortunio" respondió a su vez el neoleonés. Ante esta verdad, el patricio del sur quedó pensativo y sólo atinó a decir lacónico: "Era indio y era leal". La casa de gobierno estatal se ha convertido por una noche y dos días en Palacio Nacional y por ello lo guarda una imponente fuerza militar. A fuerza de voluntad, un adolescente queretano de apreciable familia, descendiente del primer gobernador constitucional del Estado, ha logrado que lo dejen quedarse a dormir cerca del presidente al que tanto admiraba; su nombre era José María Diez Marina, al que acompaña el mayordomo de la hacienda de Miranda, un tal Terrazas. Ya el patricio y sus ministros duermen a profundidad porque dentro de unas pocas horas continuará su camino a México de donde salió en 1863. Quiero agregar que el programa elaborado con anterioridad a la visita no fue cumplido por los problemas que se atravesaron en el camino del futuro benemérito y que por tal causa llegó retrasado a la prócer ciudad. Simplemente cuento que salieron cincuenta carruajes de la capital potosina y por lo accidentado del viaje llegó a Querétaro sólo una pequeña comitiva acompañando al impasible y pétreo Juárez.

Apenas despuntaba el alba de ese 6 de julio y ya está en pie el zapoteca refrescándose en el corredor de la casona gubernamental. Es visto por el gobernador Cervantes, quien lo alcanza en compañía de Lerdo de Tejada, el mayordomo Terrazas que los alumbró con un farol y el joven Diez Marina, dirigiéndose los

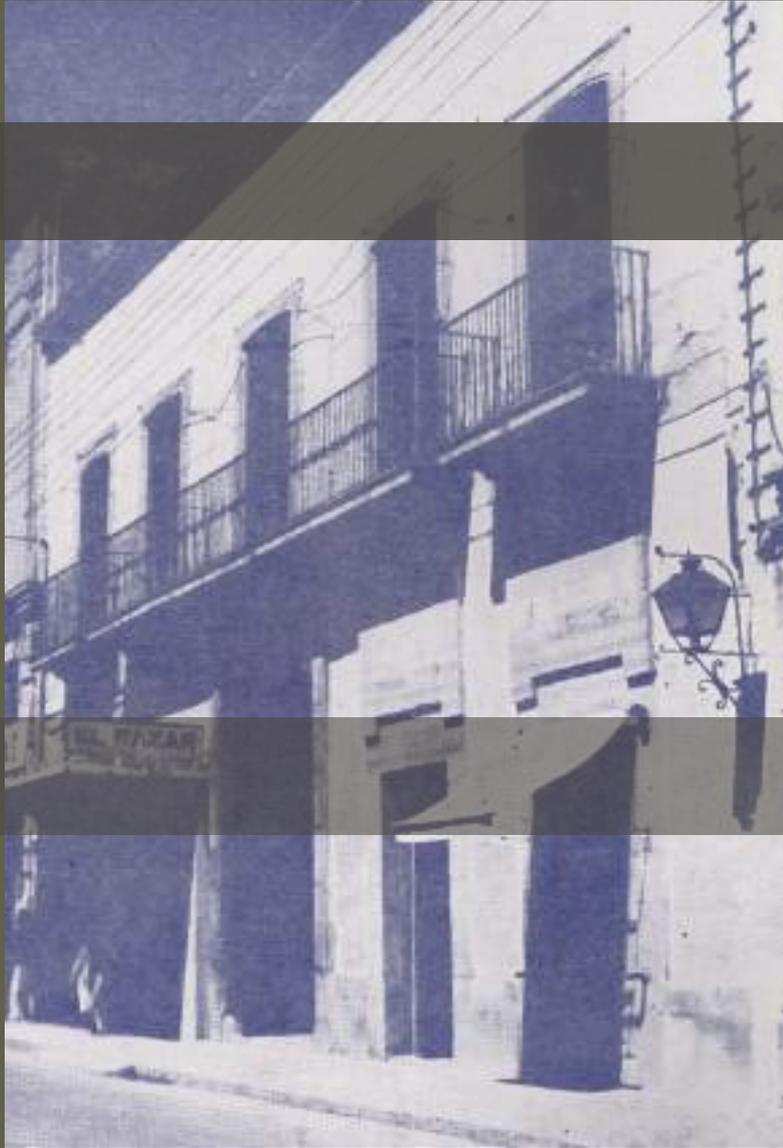
cinco al descanso de la escalera principal para luego introducirse a una pequeña estancia donde se haya un largo ataúd que reposa sobre cuatro bancos de madera. Todos se acercan y, como la tapa de la caja fúnebre está levantada, contemplan la mortaja del que un día soñó heredar el trono de Moctezuma. Se acerca un poco más el presidente Juárez, alumbrado por el poblano coronel Cervantes, y puede observar durante diez minutos el rostro que refleja la rigidez cadavérica, el embalsamamiento deficiente y uno de los ojos de vidrio azul desviado. Ni una sola palabra se pronuncia. Salen del oscuro cuarto los tres próceres y Diez Marina y Terrazas cierran caja y habitación, mientras que el patricio se dirige nuevamente a sus habitaciones a tomar un frugal desayuno, tal y como su espartana forma de vida se lo dictaba. A las ocho de la mañana es despedido por Cervantes –a quien ese 6 de julio se le oficializa su cargo de gobernador del Estado de Querétaro Arteaga- en medio de una guardia de honor a su investidura.

Samuel Basch contempla impotente por la Calle Real el paso del carruaje presidencial: no lo dejaron acercarse a Juárez para pedirle la devolución del cadáver de su antiguo jefe. El 15 de julio llegará el jefe de la nación a la Ciudad de México desde donde pronunciará para el mundo su inmortal apotegma: “Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.” Quizá el presidente no quiso permanecer mucho tiempo en Querétaro para no ser molestado por los familiares y amigos de los prisioneros que todavía estaban en la ciudad y para los cuales pedían libertad, como fue el caso de varias señoras que lo abordaron para solicitarle clemencia para con Severo del Castillo. Aun así, ni la ciudadanía local cooperó con un mil seiscientos pesos para construir un monumento a la victoria republicana en el zócalo nacional, a pesar de la pobreza en que estaba sumergida.

El 9 de septiembre de aquel año de 1867, el gobierno juarista decidió trasladar el cuerpo de Maximiliano de este Palacio de Gobierno de Querétaro a la Ciudad de México.



CASINO ESPAÑOL



Casino Español, Madero 22.



Pasaje de La Llata.

CASINO ESPAÑOL

(HOY PASAJE DE LA LLATA EN MADERO PONIENTE 12)

El edificio está ubicado en la antigua calle del Hospital Real, hoy avenida Madero poniente; probablemente fue construido en la primera mitad del siglo XVIII y en octubre de 1865 el Casino Español de Querétaro se instaló ahí cuando la finca en aquella época era propiedad de doña Trinidad de la Llata y de don Juan Antonio de los mismos apellidos y por la cual el casino le pagaba una renta mensual de sesenta pesos. A don Juan Antonio lo mandó encarcelar Severo del Castillo durante el sitio por no pagar las injustas exacciones que éste pedía a nombre del emperador.

La casa ocupaba el terreno en donde hoy se encuentra el patio actual, el pasillo que da entrada al pasaje comercial y la superficie de éste, el ancho de la calle de 16 de Septiembre, y el lugar que ocupan los comercios del lado norte de esta calle. La fachada de la casa, era la misma que la actual, con excepción del comercio del lado poniente que tiene cortina de fierro pues ahí había dos puertas iguales a las que están en el lado oriente sin el aparador. Ojalá y que eso se remediara para que la fachada presentara su aspecto original, escribió el inmenso historiador Manuel María de la Llata. En la planta alta, los cinco balcones daban luz a un salón que se extendía a lo largo de toda la fachada. El patio principal era el mismo que hoy existe pero sin el feo corredor de la planta alta del lado poniente, pues ahí lucían dos balcones. Ese adefesio del corredor también debería eliminarse según don Manuel María para que se recuperara el aspecto arquitectónico del edificio que está catalogado como histórico. Tampoco existía el arco con vidrios que se ven en el corredor del lado norte de la planta alta. La casa tenía un segundo patio con una amplia cochera, con caballerizas cerradas con dos arcos, con aposentos y con

pilas para agua. En el tercer patio se encontraban dos lavaderos y dos pilas, así como una escalera de mampostería que conducía a la planta alta y a un “mirador” desde el cual se contemplaba una muy arbolada huerta. La tapia posterior de la huerta, lindaba con otra huerta que pertenecía al edificio que tenía entrada por la calle de la Alhóndiga, hoy Juárez norte (pasaje San Francisco), al no existir la calle de 16 de Septiembre.

El día 19 de febrero de 1867 cuando el emperador Maximiliano de Habsburgo llegó a Querétaro, desde la garita de México y hasta el centro de la ciudad, en cuya calle principal, la de Las Monjas (la actual Madero), estaba el Casino Español (actual pasaje De la LLata), destinado para la habitación de Maximiliano, se apiñaba una multitud que saludaba al séquito imperial con gritos entusiastas; no había ventana ni balcón ni puerta que no ostentara cortinas y banderolas, y hermosas mujeres que lanzaban flores y batían manos al paso del soberano y de su comitiva. Por el aire volaban millares de hojas, en las que se leía un himno dedicado a Maximiliano. Se alojó el archiduque en el Casino Español y ahí celebró grandes recepciones civiles y reuniones y consejos con sus generales y jefes militares. Cuando quedó cerrado el sitio de la ciudad, el emperador generalmente pernoctaba en los campamentos del Cerro de Las Campanas y convento de La Cruz, pero siguió usando el Casino Español como su residencia particular hasta que fue aprehendido el día 15 de mayo. Con las limitaciones propias de la hora, ese 19 de febrero de 1867 se organizó un banquete en el propio Casino Español al que el emperador no acudió, evento organizado por los generales encabezados por Miramón. Su eminencia no acudió seguramente porque ya sabía que a Miguel le habían ofrecido la presidencia de la República y por ello le tiene desconfianza.

Dicen que en el banquete se ahondaron más las diferencias entre Márquez y Miramón, pues a la hora de los brindis, el chacal de Tacubaya –es decir Márquez-, pronunció un discurso en que prácticamente se burlaba de la derrota de El Macabeo en Zacatecas y se refirió a “la temeridad juvenil” de éste, y por poco llegan a las armas si Miramón no se contiene, a pesar de que palideció de ira. Después de la recepción en el casino, Maximiliano caminó con su séquito por la calle del hospital Real de la Limpia Concepción, abarrotada de curiosos, para acudir al Tedeum en San Francisco. Con ese fracaso interno del pleito en Márquez y Miramón concluyó el primer día de Maximiliano en Querétaro.

El 22 de febrero por la mañana Maximiliano y su séquito paseaban por la ciudad. Retornan al casino los paseantes y piden su almuerzo. Allí recibe el rubio

barbado noticias de los movimientos de tropas afectas y desafectas a él. Quiso y pudo el monarca un día reunir en su mesa a sus antiguos oficiales de órdenes que se encontraban en la triste ciudad, entre los que cuento al ministro Aguirre, Pradillo, Ormachea, Basch, Blasio, al coronel Joaquín Rodríguez y al coronel Laurent, estos dos últimos por intrigas palaciegas habían sido separados de la Corte, y que fueron quienes trajeron de Miramar la respuesta de aceptación de Maximiliano al trono de México. En esa comida íntima, se habló extensamente de los días felices del Imperio, los que cual nube al viento se habían ido para no volver más.

También se celebró en el Casino Español el 23 de febrero de 1867 el banquete que Maximiliano ofreció al general Ramón Méndez y a los jefes y oficiales de las tropas de Michoacán. Se celebraron también ahí, varios de los consejos de guerra que presidió Maximiliano.

Para el 28 de febrero de 1867 el austriaco sigue durmiendo en el Casino Español, donde improvisó un salón para jugar su acostumbrado partido de boliche, mientras dictaba interminables cartas a su médico Basch y a su secretario Blasio. Se termina febrero 28 y con él el segundo mes del año, así que el 1 de marzo revisa la organización del ejército a detalle en su despacho del Casino Español, no nada más en los primeros niveles, y dispone que con el general Miramón van el general Severo del Castillo, el coronel Farquet, el coronel Calvo, el general Moret, el general Manuel Escobar, el general Herrera y Lozada, el general Pedro Valdés, el general Silverio Ramírez y el general Casanova; con el general Tomás Mejía van el coronel Félix de Salm Salm, el general José M. Gutiérrez, el general Mariano Monterde y el coronel Julián Quiroga (hijo natural de Vidaurri). ¡Estaban dispuestos a conseguir por sí mismos y con nueve mil hombres, lo que no pudieron treinta mil soldados franceses, belgas y austriacos!

Según su médico Samuel Basch, el emperador sólo utilizaba en el Casino Español dos piezas: una como dormitorio y la otra como gabinete de trabajo donde daba audiencias y recibía visitas. Después de trabajar durante el día, se distraía un poco por la noche jugando el ya mencionado boliche. Su hora acostumbrada de acostarse eran las nueve de la noche y de levantarse a las cinco de la mañana, a menos que se lo impidiese un asunto grave.

Maximiliano se presentó en los hospitales de sangre el 18 de marzo – hasta El Casino Español fue improvisado como tal- para ver a los heridos, muchos de los cuales presentaban lesiones de gravedad y tremendas mutilaciones que

les originaban insoportables dolores y sin que fuera posible proporcionarles ni siquiera una mediana atención, porque se carecía igualmente de personal facultativo y especializado, así como de medicinas, material sanitario y muchos otros elementos, confiándose principalmente en la resistencia física de los individuos para que al reaccionar sus propias defensas orgánicas consiguieran su alivio.

Cuando el jefe del Ejército Republicano, general don Mariano Escobedo, supo que había una componenda para liberar al emperador Maximiliano después de la toma de la ciudad, ordenó el 23 de mayo que los generales imperialistas que estaban prisioneros en el convento de Capuchinas fueran trasladados al Casino Español y de ahí fueron trasladados al convento de Teresitas. El general Severo del Castillo es separado de sus compañeros de armas y conducido al que fuera el Casino Español, en donde también se encuentran otros detenidos -generales y oficiales- en espera de una decisión sobre su destino inmediato.

El martes 11 de junio de 1867 se realiza el traslado de los generales que han estado presos en el Casino Español y que son llevados a Teresitas en donde se afirma que serán juzgados. Todo el trayecto lo hacen acompañados por las miradas compasivas de los curiosos vecinos. Anuncia el coronel Palacios al médico Basch que desde San Luis Potosí el gobierno le concede la libertad y le advierte que si así lo desea puede pedir pasaporte para irse de México. El galeno replica de manera inmediata que permanecerá en prisión para atender a su paciente. En el Casino Español Samuel Basch fue interrogado sobre el proyecto de fuga de Maximiliano.

El 10 de julio causa conmoción entre los vecinos el saber que el consejo de guerra ordinario ha condenado a muerte a los generales imperialistas Severo del Castillo, Casanova, Moret, Ramírez, Reyes, Valdés, Herrera y Lozada y a Félix de Salm Salm. El general del Castillo obtendrá la conmutación de la pena al haber sido dejado en libertad por unas horas para despedirse de su familia prometiendo regresar al amanecer del día de la ejecución. Esa libertad furtiva se la dio el coronel Carlos Fuero en el Casino Español sin pedir autorización a Escobedo, por lo que al enterarse éste le dijo a aquél que -si no regresaba Severo del Castillo- el fusilado iba a ser el propio Fuero. Al otro día llegó del Castillo haciendo honor a la palabra empeñada. Los demás generales serán beneficiados con la conmutación hasta el 16 de agosto de este agitado 1867: las penas iban a variar a hora entre diez y dos años de prisión.

En el edificio que fue el Casino Español, estableció su residencia el gobernador del Estado, coronel don Benito Santos Zenea, en los años de 1873 a 1875 y

ahí falleció repentinamente en la noche del día 15 de septiembre de 1875, en los momentos que se disponía a salir para efectuar la ceremonia del “Grito de Independencia” en el Teatro Iturbide.

En mayo de 1904, la empresa de Mórrison y Villagrán y con el nombre de “Salón Rojo” instaló en el patio de esa casa el primer local público que hubo en Querétaro para exhibir películas cinematográficas, pues antes solamente se habían presentado en el Teatro Iturbide. La sillería se colocó en el primer patio y la pantalla en el pasillo que daba entrada al segundo patio. Las películas eran mudas y las funciones se amenizaban con un pianista. El “boleto” personal costaba cinco centavos.

En el primero y segundo patio de este edificio, funcionó la terminal de automóviles para pasajeros denominados “Corsarios del Bajío”, que dieron servicio “de primera” entre las ciudades de México y de Querétaro. Cada uno de esos vehículos transportaba siete pasajeros y un chofer, recorriendo la distancia en siete horas por la ruta de Huichapan, Ixmiquilpan y México.



TEMPLO Y BEATERIO DE SANTA ROSA DE VITERBO



Santa Rosa de Viterbo, dibujo
por Fernando Pérez Nieto.



Santa Rosa de Viterbo.



Beaterio de Santa Rosa de Viterbo.

TEMPLO Y BEATERIO DE SANTA ROSA DE VITERBO (CALLE ARTEAGA ESQUINA CON EZEQUIEL MONTES)

Dice el inmenso cronista Ramírez Álvarez que a mediados del siglo XVII vivió cristianísima familia compuesta por Juan Alonso, su esposa Antonia Herrera y nueve hijos. Con el fruto de su trabajo adquirió primero un solar, aquí donde hoy se levanta airosa esta iglesia monumental. Tres de sus hijas: Francisca de los Ángeles, Gertrudis de Jesús María y Clara de la Asunción, autorizadas por sus padres y su director espiritual, decidieron vivir alejadas del mundo, y en el silencio y la paz, creadores de fuertes espíritus. Para ello construyeron tres pobres celditas en el año de 1670.

Sigue argumentando el maestro Ramírez Álvarez que “Las grandes obras atraen por difíciles que se las suponga; así ésta atrajo a las vírgenes de aquel siglo por la vida santa y sencillez de la comunidad naciente. Y a poco el local humilde no bastó para contener a quienes ahí vivían en religión... cuando aparece el genio del bien, Juan Caballero y Ocio, que las dota no sólo de más celdas, sino de humilde capilla en 1699 y las coloca bajo la égida milagrosa de la Virgen de Guadalupe. La educación de la niñez es el trabajo que emprende la comunidad. Tan bien que el Excmo. Sr. Virrey D. Baltazar de Zúñiga, mediante no pocos esfuerzos, logra se erija, por real cédula, a esta institución en Colegio Real de Santa Rosa de Viterbo en 1727”.

El Papa Clemente XIII, en 1732, las considera con todos los privilegios de la orden franciscana. La construcción actual se debe al ingenio extraordinario de Ignacio Mariano de las Casas y a la esplendidez grandiosa de José Velázquez y

Lorea, bizarro militar queretano. Fue dedicado el 24 de enero de 1752.

En 1861 la comunidad fue exclaustrada y rota su vida fecunda y sencilla, yéndose algunas beatas rosas a Cadereyta y otras a Colón.

El exterior del templo y beaterio acusa ya la grandiosidad de la obra. Graciosa es la esbelta torre, dedo imponente que señala al infinito, que un día lució el primer reloj de repetición construido en América.

La cúpula cuajada de azulejos y adornada con labrados de cantera se destaca graciosa de entre los muros que sostienen dos atrevidos y monumentales botareles. Ocho grandes ventanales guarnecidos por rejas fuertes de hierro desparraman chorros de luz en el interior. Los pórticos de cantera labrada enmarcan los viejos portones de madera que llevan al interior. Todo el conjunto es coronado con hermosa balaustrada rota a tramos por los remates de las gigantescas columnas del muro.

El interior es desfile triunfal de obras de arte venidas de la gloria. El coro bajo, donde “se yergue esbelto y silencioso, el órgano de Mariano de Las Casas”, cerrado por reja de hierro rematada en cortinaje dorado enmarca al buen Jesús y sus Apóstoles, en pinturas excelentes. El alto, enrejado también, despliega en lo alto inmenso resplandor sobre dorado. Los retablos son bellísimos, simulación afortunada de flores y plantas de jardines de ensueño. El mágico pincel de Cabrera hace de pronto aparición y nos entrega maravillas. El púlpito, copa gigante labrada por Cellini, bellamente acabado con incrustaciones de plata y revestimiento de marfil es único en la talla mexicana. La sacristía ostenta una mesa, obra maestra de ebanistería, y un cuadro llamado “Hortus Conclusus” que es un símbolo. Desgraciadamente el altar mayor, como el de Santa Clara, desapareció hace mucho y fue sustituido por uno de madera que afea este recinto que no sólo es casa de Dios, sino relicario del arte queretano en su barroco desafortado.

Opino contra la ignorancia popular que el Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo nunca fue convento porque sencillamente allí no hubo monjas sino beatas, las que no profesaban para monjas, se quedaban en colegialas. Fue don Juan Caballero y Ocio quien primero tuvo la idea de fundarlo; para ello se dirigió al rey Felipe V, sin resultado satisfactorio, pues murió sin ver realizados sus proyectos. Otros esforzados y celosos sacerdotes continuaron la obra hasta conseguir llevarla hasta su conclusión.

En la visita que a esta ciudad hizo el arzobispo de México, Fray José Lanciego, 1715, después de convencerse personalmente del arreglo y virtud de las beatas,

les impuso clausura voluntaria y les concedió los privilegios otorgados a estas obras. Pero fue más tarde cuando se les confirmaron, por instancias de Bartolomé Crespo, que al pasar por la ciudad se “aficionó a ellas y se compadeció de su triste situación”, llevadas ante las Cortes Españolas.

Esta confirmación llegó aquí el 2 de julio de 1728 en cédula real despachada en España el año anterior. Clemente XII, en bula recibida aquí el 21 de octubre de 1723, les concede nuevos privilegios. Más de cien años se dedicaron las hermanas enclaustradas al noble trabajo de inspirar entre la niñez y la juventud femeninas su amor a Cristo. En 1861, de acuerdo con las Leyes de Reforma, se efectuó la exclaustación quedando el edificio a disposición del Gobierno. Este dispuso, en el año de 1863, el traslado al mismo beaterio del Hospital Real que por años estuvo en la esquina de las hoy calles Madero y Allende, por estar muy al centro de la ciudad.

Amplísima y monumental es la construcción. Se debe al ilustre arquitecto queretano Ignacio Mariano de Las Casas y a la generosidad de don José Velázquez y Lorea. Es posterior a la construcción de la iglesia. La parte principal está circundada por enorme patio rodeado de amplísimos corredores formados por fortísimas columnas de cantera, rematadas en arcos de estilo atrevido y elegante, como lo afirma Ramírez Álvarez.

Una vez trasladado el Hospital Civil, en 1963, a la antigua carretera Constitución (hoy avenida 5 de Febrero), ocuparon el inmueble diversas dependencias y organismos como el Colegio México-Italiano de Artes Gráficas, el Ministerio Público, la Procuraduría General de Justicia, oficinas de Policía y Tránsito y ahora el Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, donde funciona el CEART (Centro Estatal de las Artes).

Quizá la obra por la que se recuerda a la desgraciada princesa belga Carlota en México es el haber fundado La Maternidad, hospital para mujeres y parturientas pobres que aun subsiste. En Querétaro estuvo de 1863 a 1963 en el ex convento de Santa Rosa de Viterbo, el cual se convirtió en el Hospital Regional número 1.

Durante el Sitio de Querétaro, el único hospital en forma – aunque con escasez de elementos- era el de Santa Rosa de Viterbo, que fue destinado por los imperialistas a “hospital de sangre”, mientras que los otros eran completamente improvisados.







BIBLIOGRAFÍA

Águila Herrera, Jesús. Querétaro, su historia sus leyendas, Lobs, México, 1981.

Aguilar, Enrique e Iglar, Susanne. Carlota de México, Versiones Literarias de un personaje histórico en Obras Selectas de la literatura mexicana del siglo XX, ensayo, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1998.

Arce, Francisco. El Sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1967.

Arias, Juan de Dios. Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del Ejército del Norte durante la Intervención Francesa, imprenta de Nabor Chávez, México, 1867.

Arriaga, Antonio. La patria recobrada, FCE, México, 1967.

Arriola Vizcaíno, Adolfo. Mamá Carlota: el fin de la fugaz emperatriz de México, Planeta, México, 2008.

Arvizu Vázquez Mellado, José. El Sitio de Querétaro. En La Reforma y La Guerra de Intervención, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1963.

Azpeitia, Hugo. Prólogo a Iglesia y Sociedad en Querétaro. Los años de La Reforma (1854-1880), Ramón Del Llano, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 2000.

Balbontín, Juan María. Estadística del Estado de Querétaro (1854-1855), Archivo Histórico del Estado de Querétaro, México, 1993.

Basch, Samuel. Recuerdos de México, ed. México Universitario, tercera edición, México, 2003.

Blasio, José Luis. Maximiliano Íntimo. El Emperador Maximiliano y su Corte. Memorias de un secretario particular, Librería de la Viuda de C. Bouret, París-México, 1905.

Cabrera Delgado, Edgardo. El tesoro del Emperador, Viterbo Editorial, México, 2007.

Conte Corti, Egon Caesar. Maximiliano y Carlota, segunda reimpresión, Fce, México, 1984.

Cuevas Mariano. Historia de la nación mexicana, cuarta edición, Porrúa, México, 1986.

Darán, Víctor. El general Miguel Miramón. Apuntes históricos, tomo II, ed. El Tiempo, México, 1887.

De la Llata, Manuel María. Así es Querétaro, tercera edición, Ex Libris, México, 1991.

De la Peza, Ignacio y Pradillo, Agustín. Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México, imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1870.

De la Torre Villar, Ernesto. La Intervención Francesa y el triunfo de La República, segunda edición, FCE, México, 2006.

De la Vega Macías, María Concepción. La destrucción del convento franciscano en Querétaro, en Constitución de 1917, Querétaro capital de la República, Instituto de Estudios Constitucionales del Estado de Querétaro, México, 2013.

De León Toral, Jesús. *La Intervención Francesa en México. Historia militar*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1962.

Del Llano Ibáñez, Ramón. *Iglesia y Sociedad en Querétaro. Gobierno del Estado*, México, 2000.

—Compilador. *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante El Sitio a las fuerzas del Imperio en el año de 1867*, UAQ / Porrúa, México, 2009.

—Compilación e Introducción. *Boletín de Noticias: Testimonio de un Imperio, documentos facsimilares*, UAQ, México, 1998.

Del Paso Fernando. *Prólogo a Máximas mínimas de Maximiliano*, ed. Píldoras Amargas, México, 2007.

Desternes Suzanne y Chandet Henriette. *Maximiliano y Carlota*, ed. Diana, 1967.

Díaz Ramírez, Fernando:

—*Galería de queretanos distinguidos*, ed. Carmelitas, México, 1972.

—*Historia del Estado de Querétaro*, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1979.

—*Juárez en Querétaro*, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1972.

—*La verdadera intervención del coronel Miguel López en El Sitio de Querétaro*, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1967.

—*La vida heroica del general Tomás Mejía*, Jus, México, 1970.

—*Las dos batallas por Querétaro. Cimatario: 24 de marzo y 27 de abril de 1867*, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1966.

—*Vida militar y política de Leonardo Márquez Araujo*, editorial Libros de México, México, 1978.

El Sitio de Querétaro, Versión periodística de El Sol, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, México, 1994.

Elton James, Frederic. *Con los franceses en México, Mirada Viajera*, Conaculta, México, 2005.

Fortson, James. Los gobernantes de Querétaro, Gobierno del Estado, México, 1987.

Frías, Valentín. Las calles de Querétaro, tercera edición, Gobierno del Estado y Presidencia Municipal de Querétaro, México, 1995.

Frías y Soto, Hilarión. Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano, segunda edición, editorial México Universitario, México, 2003.

Fuentes Aguirre, Armando. Juárez y Maximiliano. La Roca y el ensueño, editorial Diana, México, 2006.

Fuentes Mares José:

—Juárez, el Imperio y La República, Grijalbo, México, 1983.

—Miramón el Hombre, tercera edición, editorial Joaquín Mortiz, México, 1978.

Galeana Patricia. Las relaciones Iglesia-Estado durante el Segundo Imperio, Unam, México, 1991.

Galindo Galindo Miguel. La gran década nacional 1857-1867. La República Liberal. Obras Fundamentales, tomo III, Inehrm, México, 1987.

García Ugarte, Marta Eugenia:

—Breve historia de Querétaro, serie Breves Historias de los Estados, FCE, México, 1999.

—Hacendados y rancheros queretanos (1780-1920), Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, México, 1992.

Garrido del Toral, Andrés:

—Constitución de Querétaro, Inehrm—Instituto de Estudios Constitucionales del Estado de Querétaro, México, 2016.

—El Querétaro que se nos fue, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 2007.

—Episodios queretanos, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, México, 1996.

—“La defensa de Vicente Licea sobre su participación en El Sitio de Querétaro” en Revista Querétaro, Tiempo Nuevo, números. 104 y 105, 1994.

—Maximiliano en Querétaro, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, México, 2010.

—Prólogo a Memorias de Concepción Lombardo de Miramón en Querétaro, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, México, 1993.

—Queretalia, Facultad de Derecho, UAQ, México, 2002.

—Queretalia, Crónica del Cronista, Fondo Editorial de Querétaro, México, 2014.

Gutiérrez Grageda, Blanca:

—Querétaro devastado. Fin del Segundo Imperio, Uaq, México, 2007.

—“Ciudad Estrangulada. Querétaro 1867” en revista Ciencia UAQ, número Especial de Ganadores del Premio Alejandrina 2007, México, 2008.

Guzmán Jesús y Guzmán Raz. Bibliografía de La Reforma, La Intervención y El Imperio, Monografías Bibliográficas Mexicana, México, 1930.

Hans, Alberto. Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano, editorial Jus, México, 1962.

Hernández, Manuel. Memorias del general de división Juan A. Hernández sobre La Guerra de Intervención en el occidente y el centro de la República, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1962.

Ibarra de Anda F., Carlota (Infidelidades de Maximiliano), editorial La Prensa, México, 1958.

Iglesias Calderón, Fernando. Rectificaciones históricas. La traición de Maximiliano y La Capilla Propiciatoria, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, México, 1902.

Isla Estrada, Augusto. El Sitio de Querétaro y la restauración de la República, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1992.

Islas García, Luis. Miramón, caballero del infortunio, segunda edición, editorial Jus, México, 1989.

Jiménez Gómez, Juan Ricardo. Mercedes Reales en Querétaro, los orígenes de la propiedad privada 1531-1599, Universidad Autónoma de Querétaro, México, 1996.

Jiménez Jiménez, Lauro. Las Casas Reales de Querétaro, Fondo Editorial de Querétaro, México, 2016.

Junco Alfonso. La traición de Querétaro, tercera edición, editorial Jus, México, 1960.

Kératry Conde E. de. Elevación y caída del Emperador Maximiliano. Intervención Francesa en México, Imprenta del Comercio de N. Chávez, México, 1870.

Lombardo de Miramón, Concepción. Memorias, segunda edición, Porrúa, México, 1989.

Loyola, Bernabé. El Sitio de Querétaro, memorias íntimas, Gobierno del Estado de Qro, México, 1967.

Luna Sánchez, Patricia. El Molino de San Antonio antes de Cortés, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 2005.

Macías López Marco Antonio. Un estudio psicoanalítico sobre el duelo. El caso de la emperatriz Carlota, UAQ, México, 2002.

Máyer Edelmiro. Campaña y guarnición. El ambiente republicano contra el Imperio de Maximiliano, Departamento del Distrito Federal, México, 1985.

Márquez, Leonardo:

—Refutación al Libro Las últimas horas del Imperio del general de brigada Manuel Ramírez de Arellano, Nueva York, 1869.

—Manifiestos. El Imperio y los Imperiales, ed. F. Vázquez, México, 1904.

Merla, Pedro. Semblanza depurada de Miramón. Réplica al Libro Miramón, caballero del infortunio, editorial Peregrina, México, 1967.

Moreno Pérez, Edgardo. Vuelo y andanzas por los barrios de Santiago de Querétaro, Archivo Histórico del Estado, México, 2005.

Naredo Naredo, Manuel. Columna “Aquí Querétaro” en el Diario de Querétaro.

Ochoa Ruiz, Ma. Gloria Reyna. Miguel Ruiz Moncada y el cine, Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, México, 2012.

Orozco, Ricardo. Introducción, selección y notas a La Muerte de Maximiliano de Habsburgo ¿Castigo justiciero? ¿Venganza partidista?, México y lo mexicano, Cultural y Librero, México, 1998.

Pola, Ángel. Prólogo y notas a Los traidores pintados por sí mismos. Libro secreto de Maximiliano, Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1900.

Pruneda, Pedro. Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867, FCE, México, 1996.

Quirarte, Martín. Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano, Unam, México, 1993.

Ramírez Álvarez, José Guadalupe:

—El Sitio de Querétaro, segunda edición, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1973.

—Guía Histórica de El Sitio de Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 1967.

—Leyendas de Querétaro, editorial Ndamaxey, México, 1967.

—Querétaro, Visión de mi Ciudad, cuarta edición, Municipio de Querétaro, México, 2016.

Ramírez de Arellano, Manuel. Las últimas horas del Imperio, Tipografía Mexicana, México, 1869.

Ratz, Konrad:

—Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota, FCE, México, 2003.

—Querétaro: Fin del segundo Imperio mexicano, Conaculta, Gobierno del Estado de Querétaro, México, 2005.

Reed Torres, Luis. El general Tomás Mejía frente a la Doctrina Monroe, Porrúa, México, 1989.

Resumen integral de México a través de los siglos, tomo V, La Reforma, décima octava edición, editorial Compañía General de Ediciones S.A., México, 1978.

Rivera, Agustín. Anales mexicanos: La Reforma y el Segundo Imperio, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963, México, 1963.

Rivera, Cambas, Manuel. Miguel Miramón. Presidentes de México, Editorial Citlaltépetl, México, 1971.

Rocha, Sóstenes. “Apuntes históricos sobre El Sitio de Querétaro” en El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos, tercera edición, Porrúa, México, 1982.

Salm Salm, Princesa. “Diario” en El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos, tercera edición, Porrúa, México, 1982.

Sandoval, Guillermo. La conspiración frustrada, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, México, 2006.

Solana Gutiérrez, Mateo. Maximiliano de Habsburgo, editorial Polis, México, 1940.

Sommano López, Rubén Darío. Liberación de la patria mexicana en Querétaro, Sedena , México, 1967.

Tafolla Pérez, Rafael. El Imperio y La República, Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, tomo 23, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1963.

Taibo, Paco Ignacio II. El general orejón ese, Ficciónario, Ediciones B, México, 2007.

Tamayo, Jorge L. Epistolario de Benito Juárez, FCE. México, 1957.

Valadés, José C. Maximiliano y Carlota en México. Historia del Segundo Imperio, segunda reimposición, editorial Diana, México, 1977.

Valdiosera, Ramón. Maximiliano vs. Carlota. Historia del affaire amoroso del Imperio Mexicano 1865-1927, ed. Universo México, México, 1980.

Vera Soto, Antonio Eduardo. 80 exposiciones ganaderas en Querétaro, la más antigua del país, Asociación Ganadera del Estado de Querétaro, México, 2015.

Villalpando, José Manuel:

—Maximiliano. Trilogía del Imperio, Clío, México, 1999.

—Yo Emperador. Memorias de Maximiliano de Habsburgo, ed. Planeta, México, 2005.







Elaborado por la Sección Editorial de la
Dirección Estatal de Archivos

Lic. Jaime García Alcocer
Director Estatal de Archivos

Lic. Erica Real García
Brenda Guadalupe García Loyola
Formación y Diseño

M. en C. Jorge Marroquín Narvárez
Corrección de estilo

Guía Histórica del Sitio de Querétaro fue escrito por el doctor Andrés Garrido del Toral, y se imprimió en los Talleres Gráficos del Poder Ejecutivo del Estado de Querétaro, dependientes de Oficialía Mayor, en el mes de marzo de 2017, bajo la dirección del Lic. Alvaro Mondragón Pérez, con un tiraje de 1,000 ejemplares.

